
Cuando todos esperan tu lealtad, hacer lo correcto puede ser la peor de las traiciones
JAVIER ZAMORA
NUNCA FUI UNO DE ELLOS
PLAZA JANÉS

JAVIER ZAMORA

NUNCA FUI UNO DE ELLOS

PLAZA JANÉS

A mi madre,
mi primer refugio y mi última certeza

You’re like a big wave comin’ on strong
Ain’t never seen nothin’ like you in, oh, so long
I wanna thank you for lettin’ me know
What it feels like to have love
From the head down to my toes

DONAVON FRANKENREITER, *Big Wave*

1

Cementerio de Novodevichy, Moscú

Estaba a punto de enterrar a mi padre. Y era el día más feliz de mi vida.

Ella me cogió la mano. Acabábamos de llegar al cementerio. A pesar de todo, mi madre sentía su muerte. Después de tantos años de maltrato y anulación, había normalizado el dolor. Y aquel día, a las puertas del cementerio, minutos antes de enterrarlo, era incapaz de sentirse aliviada por la muerte de su verdugo.

Apretó mi mano con fuerza. Tenía el rostro desencajado y la mirada perdida. Me acerqué a su oído y le susurré:

—Ya queda poco.

Ella asintió, sin girarse.

Era el tercer día de luto, el día de funeral. Como mi padre era cristiano ortodoxo, tuvimos que perder tres días antes de poder cubrirlo de tierra. Un suplicio que me obligó a fingir que me apenaba su merecida muerte y emocionarme con los sollozos de familiares y amigos que lamentaban su prematuro deceso.

No los culpaba. Ellos lloraban al hombre que habían conocido. Yo solo me esforzaba por impedir que el alivio resquebrajara la máscara de hijo afligido.

El velatorio tuvo lugar en casa. Su cuerpo amoratado presidió el salón durante tres días, con los pies apuntando hacia la puerta. Según la iglesia ortodoxa rusa, esa posición ayuda al difunto a emprender el camino ascendente al cielo. Y yo no me opuse a la tradición. No quise ser un obstáculo para que aquellos pies muertos salieran de nuestras vidas para siempre.

Cruzamos la arcada que contorneaba la entrada al cementerio y nos encaminamos hacia el pasillo central. El cementerio de Novodevichy es el más importante de Moscú. Allí descansan personalidades históricas, políticos y afamados compositores. Y desde aquel día lo iba a hacer también mi padre. Era muy difícil conseguir ser enterrado allí, pero para un alto cargo del Partido Comunista durante la época soviética y de Rusia Unida después siempre se encontraba un agujero.

El cortejo fúnebre lo abría el sacerdote; después iba mi padre, envuelto en caoba; a continuación, mi madre y yo, y detrás, familiares y amigos del difunto. El tiempo acompañaba, tan desapacible como él: la niebla cubría el cementerio y partía los cipreses por la mitad, mientras el frío nos calaba hasta los huesos y nos apremiaba a terminar cuanto antes.

Cuando llegamos a la fosa, el sacerdote inició las oraciones por la salvación de su alma. Mientras lo hacía, observé con detenimiento a los presentes. Había muchos uniformados: jueces y mandos de la Armada. También miembros del comité del partido y familiares. La más afectada era mi tía Claudia, hermana del muerto, una arpía de la misma calaña que él.

—Hermanos, es el momento de darle cristiana sepultura a nuestro querido Boris Ivanov —anunció el sacerdote.

Los militares deslizaron unas cuerdas por debajo del féretro y empezaron a aflojarlas lentamente. Mi padre descendió despacio hacia la oscuridad, hundiéndose en la tierra que pronto enriquecería con su podredumbre.

Cuando llegó al fondo, a unos tres metros de profundidad, uno de los militares me ofreció la pala. Me pareció un gesto justo. La cargué con todas mis fuerzas. Cada golpe, cada insulto, cada humillación…, todo regresó a mis brazos, que se tensaron mientras descargaba la tierra sobre él.

No sentí pena. Ni siquiera alivio. Solo un silencio extraño dentro de mí, el de alguien que ya había perdido a su padre mucho antes de enterrarlo.

Entonces ocurrió algo hermoso. Sin darme cuenta, entre la tierra húmeda había cargado una pequeña lombriz rojiza. De esas que excavan galerías interminables para encontrar comida. El gusano, al aterrizar sobre el féretro, empezó a arrastrarse estirando y contrayendo sus músculos para avanzar por la madera.

Me quedé absorto contemplando a aquel invertebrado que reptaba sobre un hijo de la patria. «Justicia divina», pensé, si es que algún Dios existe.

Seguí cubriéndolo hasta rellenar por completo la fosa. Cuando terminé, clavé la pala en el montículo y observé el barro removido unos segundos, como si el frío escapara de la tierra recién abierta. Después, con la suela de mis botas, me aseguré de que hubiera quedado bien compacta. Pisé una vez. Luego otra. La tierra apenas cedió. Boris Ivanov ya no podría imponerse a nadie. Ni siquiera a las raíces que acabarían atravesándolo.

Solo quedaba el maldito pésame. Nos colocamos frente a la verja lateral del cementerio y, uno a uno, fueron pasando amigos de mi padre, familiares y uniformados para transmitirnos sus condolencias.

«Te acompaño en el sentimiento».

«Lo siento mucho».

«Que descanse en paz».

En paz íbamos a descansar nosotros.

La vi acercarse entre los últimos del cortejo. No llevaba flores ni expresión compungida. Solo ese abrigo negro pensado para pasar inadvertida y una serenidad que no encajaba con el momento. Cuando se detuvo frente a mí, sentí que mi rostro dibujaba, sin querer, una media sonrisa, pero la ahogué al instante. No podía sonreír. Faltaba apenas un mes para que todo empezara, y una sola grieta podría echar abajo el plan entero.

Ella se inclinó, me besó la mejilla y, sin bajar la mirada, susurró:

—Enhorabuena.

Kira era la única entre los allí presentes que sabía la verdad. La única que estaba al tanto de que aquel ataúd no ocultaba un cuerpo al que el corazón había fallado, sino una decisión ejecutada con precisión. Porque no hubo ningún infarto, solo una simple coartada. Fue ella quien lo hizo posible, y ahora me tocaba a mí.

Llevaba un año preparándome. El precio de su muerte era alto, quizá demasiado. Pero me compensaba. Estaba a punto de poner mi vida en manos de otros, de convertirme en alguien que no era, de caminar sobre un alambre sin red. Pero mi padre estaba muerto.

Me compensaba.

2

Moscú

Todo cambió el día en que Kira apareció con aquella propuesta.

Salí de la biblioteca. Faltaban apenas dos meses para licenciarme. Eran los últimos días de nieve y esta se amontonaba, gris, en los bordes de las aceras, apelmazada por el hielo y la suciedad. Me dirigí hacia la parada del autobús para coger el tercer anillo, la autopista que rodea Moscú y articula el acceso a los barrios periféricos. Me dejaba cerca de Presnensky, donde vivíamos desde que mi padre fue destinado a la ciudad, en uno de los pisos que el Ministerio de Defensa había asignado a sus oficiales a finales del siglo pasado.

Me aposté en la parada con las manos hundidas en los bolsillos por el aire frío, absorto en mis pensamientos. Faltaban cinco minutos para que pasara el autobús. Entonces, una mujer alta y delgada se sentó a mi lado. Vestía un abrigo de lana negro que le daba un aire enigmático.

—Buenas noches —me dijo con cortesía medida.

Una coleta le tensaba implacablemente el pelo. Su rostro transmitía una simpatía calculada, demasiado perfecta para ser real.

No era el perfil habitual que solía subir al autobús en esa parada. La mayoría éramos universitarios que regresábamos a casa y, a

última hora, también operarios de Koolstof, una compañía azulejera que tenía sus fábricas frente al campus.

—Buenas noches.

—¿Cómo estás, Luka?

Me quedé inmóvil. No me conocía, o eso creía yo, y, sin embargo, me llamaba por mi nombre.

—Bien —contesté con la voz temblorosa.

Siempre había tenido esa inclinación: esperar lo peor. Cualquier gesto fuera de lo común bastaba para que mi cabeza activara todas las alarmas.

—Acaban de cancelar el de las siete y cuarto —dijo, señalando la pantalla colgada en la parada—. ¿Te apetece dar un paseo por el parque hasta que pase el siguiente?

Dejé de notar el frío en la cara.

—Eh…, no…, lo siento —balbuceé—. Prefiero quedarme aquí.

Ella no respondió de inmediato, como si estuviera midiendo algo.

—Luka… —insistió al fin, bajando el tono de voz—, quiero hablar contigo de tu padre. Sé lo que estáis viviendo tu madre y tú. Deja que os ayude.

Mientras hablaba, acercó su dedo índice a mi muñeca. Con cuidado, lo deslizó varias veces sobre la cicatriz que la atravesaba. Me miró y supe que lo sabía. Me bastó ese gesto para volver allí, a aquella noche en la que mi padre discutía con mi madre en la cocina e intenté interponerme. Él me clavó sus uñas en la piel hasta que la sangre tibia resbaló por mi muñeca. Me marcó de por vida.

La mujer se levantó de golpe y, sin mirar atrás, dejó tras de sí la parada sin despedirse para adentrarse en el parque Lefortovo.

Dudé apenas un instante antes de ir tras ella. El miedo me atenazaba el cuerpo, pero había algo más fuerte empujándome desde dentro, una necesidad casi física de entender qué estaba ocurriendo y por qué había irrumpido así en mi vida.

Cuando quise darme cuenta, ya había empezado a seguirla.

En cuanto entré en el parque, la luz cambió. La niebla se acumulaba baja entre los troncos y deformaba las distancias. La perdí de vista enseguida. Avancé guiado solo por el ruido seco de sus pasos sobre el suelo cubierto de hojas. El sendero serpenteaba entre los árboles desnudos y el aire frío me raspaba la garganta cada vez que respiraba.

De pronto, el camino se abrió. El sendero desembocó en una pequeña explanada, apartada de los caminos principales. Ella estaba allí, inmóvil, como si supiera exactamente cuándo iba a alcanzarla.

Me detuve a unos metros. A mi espalda, los árboles cerraban el paso y aislaban el claro del resto del parque. El silencio era denso, apenas roto por el murmullo lejano del tráfico. El miedo seguía ahí, tensándome el cuerpo, reteniéndome en el sitio. Pero había algo más. No era curiosidad. Era algo más hondo, más antiguo. Un dolor que me acompañaba en silencio, forjado desde mis primeros años, y que ahora exigía una respuesta. Aquella mujer había sabido rozarlo, y necesitaba entender por qué.

Desde pequeño, mi vida podía resumirse en una incesante lucha por conservarme intacto, en una extenuante confrontación con mi padre por no perder mi identidad.

Cuando mi madre, Olga Ivanova, se quedó embarazada, él respiró aliviado. Tras casi tres años intentándolo, por fin lo había conseguido: iba a ser padre de un varón al que acuñar a golpes con su perverso troquel identitario.

Antes de que yo naciera, él ya había decretado mi carácter, mis estudios e incluso la profesión que iba a ejercer. En su cabeza, Luka Ivanov ya estaba decidido: debía tener un carácter autoritario y rudo, con una ausencia total de empatía. Esas eran, para él, las virtudes más representativas de la virilidad. La sensibilidad —decía— era propia de las mujeres. Ningún hombre, realmente hombre, podía ser sensible. Ni atento. Ni reflexivo. También había decidido que mi futuro profesional transcurriría dentro del ejército. Y en eso era absolutamente intransigente.

Boris Ivanov quería que su hijo continuara con su legado e hiciera carrera en el Ejército ruso. Primero obtendría un título universitario y después ingresaría directamente como oficial para ir ascendiendo hasta la cúpula militar, algo que él no había podido alcanzar por no tener estudios superiores. Era una forma de colmar sus aspiraciones frustradas y, de paso, acabar por completo con las mías.

Él había ingresado en el ejército a los dieciséis años, en plena Guerra Fría, tras un proceso de instrucción en el que, como siempre repetía, dejó de ser un niño y se convirtió en un hombre. Con veinte años participó en la invasión soviética de Afganistán contra los insurgentes muyahidines que financiaba Estados Unidos. Aquella guerra terminó con una retirada que muchos vivieron como una derrota difícil de asumir. Para él, sin embargo, no fue un motivo de duda, sino de reafirmación.

La caída de la Unión Soviética no lo desorientó, como sí les sucedió a tantos otros. Mientras algunos de sus compañeros trataron de adaptarse y otros se derrumbaron, él permaneció firme. Y esa capacidad para mantenerse así cuando el sistema se venía abajo fue bien valorada por sus superiores. Se había afiliado al Partido Comunista en los últimos años del régimen, y tras su desaparición, nunca abandonó esa forma de entender el poder. Creía en la abolición de las clases sociales y en el ideal del socialismo de Estado. Rechazaba de plano las corrientes aperturistas que abogaban por reabrir el comercio exterior para oxigenar la maltrecha economía rusa y democratizar el Estado. Sentía un profundo desprecio hacia el capitalismo y hacia quienes lo defendían.

Mi padre no fue un hombre anclado en la nostalgia, sino en el poder. Y cuando el poder cambió de forma, supo adaptarse. Con los años, acabó integrándose en las estructuras del nuevo Estado ruso y se alineó con el partido dominante, Rusia Unida.

Ascendió discretamente como oficial en el ejército y en el partido. Sabía que la cúpula militar era inalcanzable para él, pero su férrea disciplina y ciega sumisión le granjearon varios puestos de responsabilidad. El último que ocupó fue el de juez militar de la comandancia general de Moscú. Era el encargado de juzgar los delitos militares y dictar sentencias conforme al código castrense en una Rusia distinta, pero regida por los mismos principios de obediencia y control que él jamás había cuestionado.

Nunca supo separar el trabajo de su vida privada ni de su familia. El mismo sentido de la disciplina que exhibía en el ejército y en los comités del partido impregnaba también sus relaciones personales. Especialmente la forma en que trataba a mi madre. Despreciaba

cualquier atisbo de sentimientos. Nunca la besaba. Nunca la acariciaba. Nunca salía a cenar con ella. La trataba como si su matrimonio fuera un cuartel y ella, su soldado más débil.

Y así fue como llegué al mundo. Con toda mi vida trazada. Con un padre que no contemplaba que fuera más que un muñeco de arcilla que moldear a su antojo. Pero el destino tenía preparado otro camino para mí.

Dicen que la naturaleza nos condiciona más de lo que quisiéramos admitir, que una parte de lo que somos no se aprende, se hereda. Yo nací con la personalidad de mi dulce madre. Llegué al mundo para negar todo lo que mi padre encarnaba. Fui un niño atento, delicado y sensible. Eso me contó ella siempre. Prefería los puzles a dar patadas a un balón, prestar mis juguetes a arrebatárselos a los niños del parque, la pintura a la gresca, las caricias a los golpes.

Muy pronto mostré una especial sensibilidad por las artes, sobre todo por la pintura y la música. Ella me apoyaba: quería que fuera quien yo quisiera ser, que desarrollara las habilidades que me hacían feliz. Pero los dos chocábamos con el muro infranqueable y despótico de la intolerancia de mi padre.

Boris Ivanov me prohibió, en nombre de la virilidad, tomar clases de pintura, apuntarme al conservatorio e incluso juntarme con chicas en el parque. A la fuerza, y en contra de mi voluntad, me inscribió en la academia de artes marciales que regentaba un compañero suyo de la Armada. «Hay que enderezarlo urgentemente», repetía a mi madre.

Esa academia fue una de mis primeras pesadillas. Desde que abría los ojos ya sentía el peso del día encima. Solo pensar que tenía que ir, ponerme los guantes, golpear y dejarme golpear por niños que ni

siquiera conocía… me dejaba sin aire. No entendía qué tenía que ver todo aquello conmigo, pero para mi padre era imprescindible. Decía que me haría más fuerte, más duro, más hombre. Para él, cada puñetazo que recibía era una inversión en masculinidad. Y yo callaba. Nunca conté lo mucho que sufría. Lo guardé todo para mí, creyendo que pasaría, que aguantar era lo correcto. Pero no pasó. Y el silencio, con los años, se convirtió en una herida más profunda que cualquier golpe.

Cuando pasé al instituto y me convertí en adolescente, los problemas se agravaron. Yo no me resignaba a despojarme de mi identidad y mi padre no estaba dispuesto a permitírmelo. Y por eso me pegaba. Cada vez más y con más fuerza. Me decía que tenía que convertirme en un hombre. Que el hijo de Boris Ivanov no podía ser un blandengue afeminado.

En el instituto mis moratones nunca llamaron la atención. Ningún profesor me preguntó si tenía problemas o si necesitaba ayuda. Mi maltrato fue siempre invisible. No sé si las influencias de mi padre tuvieron algo que ver. Solo sé que nunca tuve auxilio. Durante años, el consuelo de mi madre fue lo único que me mantuvo en pie.

Todo empeoró cuando terminé el bachillerato. Hasta entonces, mi vida había sido una sucesión de imposiciones. Aquella fue la primera vez que tuve que decidir algo que de verdad me pertenecía. Tenía que elegir universidad, poner nombre a un futuro que otros llevaban años trazando por mí. Yo lo tenía claro: quería estudiar Bellas Artes.

De niño, en casa, pintaba a escondidas. Mi padre me había prohibido las clases, pero nunca consiguió arrebatarme aquella forma silenciosa de resistencia. Un día, sin avisar, mi madre dejó sobre mi cama un estuche de Faber-Castell. No dijo nada. No hacía

falta. En aquel gesto había algo parecido a una invitación a la rebeldía.

Las tardes en que mi padre se quedaba trabajando, yo sacaba los pasteles y dibujaba: frutas, pájaros, o los crisantemos del pequeño jardín de la galería. Mientras lo hacía, el tiempo se volvía impreciso. Me concentraba en mezclar colores, en rozar el papel sin rasgarlo, y algo dentro de mí se aquietaba. Era como si, al menos durante un rato, pudiera habitar en un lugar donde nadie me exigía ser otro.

La tarde en la que tuve que rellenar el formulario de acceso a la universidad fue uno de los peores momentos de mi vida. Mi madre y yo habíamos ensayado cada palabra, buscando una forma de intentarlo sin que todo se viniera abajo.

Él entró en casa como de costumbre: dando un portazo y dejándose caer en el sofá, sin ni siquiera saludar. Yo permanecí de pie unos segundos, calculando el momento, notando cómo el estómago se me cerraba poco a poco.

—Papá…, ¿podemos hablar? —dije al fin. La voz me salió más baja de lo que pretendía

No respondió. Subió el volumen del televisor.

—Mañana es el último día para formalizar la inscripción a la universidad.

Giró la cabeza de golpe.

—¿Y por qué has esperado hasta el último día? —gritó.

—Porque… quería acordar contigo los estudios que voy a cursar —conseguí decir.

—¿Otra vez? —vociferó—. ¡Ya te he dicho que no hay nada que acordar! Vas a estudiar Ingeniería Aeronáutica y, cuando termines, te alistarás en el ejército.

—Papá…, no voy a hacer nada de eso. Quiero estudiar en el Instituto Académico Estatal de Bellas Artes.

Era la primera vez que me oponía frontalmente a él.

Desde la cocina, mi madre observaba la escena sin intervenir. Apretó los labios y cerró los ojos, como si ya conociera el desenlace.

Él se levantó de golpe. Su rostro se fue tiñendo de ese rojo denso y amenazante que yo conocía demasiado bien. Avanzó hacia mí sin prisa, con esa calma previa que siempre anunciaba lo mismo.

Me agarró del antebrazo. Sentí cómo sus dedos se clavaban en mi piel, como si quisieran atravesarla.

—Tú, Luka Ivanov —dijo muy despacio—, vas a estudiar lo que tu padre te diga.

—Solo quiero estudiar lo que me haga feliz —repliqué.

Sus ojos se le enrojecieron de golpe, hinchados por una rabia inmediata. Vi cómo alzaba la mano y, en un instante, la sentí cerrarse en torno a mi cuello.

Mi cabeza chocó contra el borde del aparador con un golpe seco. No se detuvo. Apretó con más fuerza y el aire empezó a faltarme. Abrí la boca pero no entró nada. El salón se redujo a su mano, a la presión brutal en mi garganta, al zumbido sordo que me llenaba los oídos.

—¡Suéltalo! —gritó mi madre desde la cocina—. ¡Boris, suéltalo!

Su voz sonaba desgarrada, irreconocible. Le suplicaba que parara, le repetía que era su hijo. Que estaba asfixiando a su propio hijo.

—¡El hijo de Boris Ivanov no va a ser un desviado! —rugió, sin soltarme.

Intenté hablar, pero no pude. Apenas salió de mi garganta una súplica que no llegó a ser palabra. El mareo me invadió de repente,

la habitación empezó a oscurecerse por los bordes. Y en ese límite borroso, a punto de desfallecer, el rostro de mi madre emergió con nitidez en mi mente. Imaginé lo insoportable que sería para ella. Si yo me iba, no habría nada en el mundo que la mantuviera con vida. Yo era el asidero que sujetaba las pocas ganas de vivir que le quedaban. Y me aferré. Algo dentro de mí estalló y lancé la pierna contra la rodilla de mi padre con la fuerza que me quedaba. Él perdió el equilibrio y cayó de espaldas con un estruendo que hizo vibrar el suelo.

Jadeando, me apoyé en el aparador buscando aire. Las piernas me fallaron y acabé en el suelo, encogido, abrazándome las rodillas mientras mi cuerpo se sacudía con espasmos desesperados.

Durante unos segundos, todo quedó suspendido. Mi padre tirado en el suelo, con la rodilla torcida en un ángulo imposible. Ella llorando desgarrada, con el rostro deshecho al comprobar hasta dónde había llegado el hombre con el que compartía su vida.

Y fue por ella que al final cedí. Me rogó que no me enfrentara otra vez a él. Que estudiara Ingeniería Aeronáutica y que, al acabar, buscara un trabajo que me hiciera feliz y me permitiera independizarme para siempre de Boris Ivanov. Mi madre necesitaba una tregua. No podría soportar otra discusión como aquella.

Él no me volvió a pegar. Aquella patada habló su mismo idioma: el de la violencia. Dejó de maltratarme porque yo ya había crecido lo suficiente como para devolverle cada golpe. A partir de entonces, la emprendió con ella.

Durante años le pegó con una regularidad silenciosa, como si aquella violencia formara parte del orden doméstico. Mi madre se levantó una y otra vez después de que la empujara contra la pared

del recibidor. Aprendió a esconder los moratones que le subían a los pómulos, a disimular las marcas violáceas que yo descubría cuando volvía a casa y la encontraba de espaldas, fregando en silencio.

Siempre eligió ser ella la que recibiera los golpes, como si su dolor fuera el precio necesario para que yo pudiera seguir respirando.

Ingresé en la facultad de Aeronáutica con la sensación de entrar en una celda sin barrotes, diseñada para convertirme en algo que nunca quise ser. Ingeniería eléctrica, termodinámica, tecnología aeroespacial, mecánica de sólidos… Cada asignatura me alejaba un poco más de mí mismo, como si estudiara para borrar lo que era.

Lo que me mantuvo a flote fue la vida universitaria. El murmullo de los pasillos y las risas en las cafeterías se convirtieron en mi refugio. Me sumergí en un ambiente nuevo que me ayudó a evadirme del infierno en el que Boris Ivanov había convertido mi casa. La universidad fue una ventana que me permitió conocer personas de entornos y mentalidades distintos. Salí de mi barrio y de su asfixiante escrutinio para reconciliarme conmigo mismo. Para darme cuenta de que el problema jamás había sido yo.

Nunca había sido una persona muy sociable. Me costaba relacionarme, sobre todo al principio. Esa dificultad provenía, en gran parte, de mis propios fantasmas. Me consideraba diferente. Pensaba que llevaba pegadas en la frente todas y cada una de las etiquetas con las que mi padre me había ido acomplejando desde pequeño.

En la facultad, algo empezó a cambiar. Poco a poco, comencé a salir de mi escondite. A hablar más, a mirar a los ojos, a entablar una conversación sin tartamudear ni sonrojarme. Y en aquellos

pequeños gestos, casi sin darme cuenta, empezó también un principio de aceptación.

En la clase de primero coincidimos un grupo de alumnos de orígenes muy distintos. Lo que más me alivió fue comprobar la ausencia de ese tipo de masculinidad dominante y agresiva que me había rodeado desde niño. A diferencia de mi barrio, donde ser hombre significaba imponerse, allí se respiraba respeto y la certeza de estar a salvo. Por primera vez sentí que no tenía que endurecerme para encajar.

Aquellos años también me sirvieron para conocer la amistad y, creo, incluso el amor. Igor llegó cuando más lo necesitaba. Fue mi primer amigo. Tenía una bondad limpia, sin grietas, y una risa contagiosa que aparecía incluso cuando las cosas iban mal. Era de Kolomna y, al comenzar la universidad, se había instalado en Moscú, donde compartía un piso en el centro histórico.

Los dos nos sentábamos juntos en clase y compartíamos trabajos, almuerzos y confidencias. Recorríamos los pasillos de la facultad con ese paso despreocupado de quien empieza a creerse libre.

Recuerdo especialmente una tarde: Igor me ganó ocho partidas seguidas al *Durak.* Fingí enfadarme, él me tiró una carta a la cara y acabamos rodando por el césped del parque Lefortovo entre gritos y risas. Un momento así, tan simple y feliz, habría sido imposible solo unos meses antes.

Con Igor empecé a ganar una seguridad que nunca había tenido. Aprendí a bromear, a opinar sin miedo, a ocupar un lugar. Con él, algo en mí se movió más profundo. Algo que entonces aún no me atrevía a nombrar. A su lado, bajé la guardia por primera vez. Su risa

empezó a deshacer la tristeza que arrastraba desde niño. Me permití ilusionarme, creer que yo también tenía derecho a ser feliz.

Fuimos todo lo que pudimos ser por entonces. Caminamos tan lejos como nuestros límites nos permitieron. Tardamos en hablar de «nosotros», pero algo nos unía: estaba en las largas miradas, en los silencios que no incomodaban, en el calor que me dejaba su compañía en el pecho. Había ternura. Había deseo también, aunque disfrazado. Yo no sabía aún cómo llamarlo, ni estaba preparado para hacerlo. Solo sabía que lo sentía.

Pasaba muchas horas en el campus, prácticamente todo el día. Como regresar a casa se me hacía insoportable, solía terminar las jornadas en la biblioteca, donde permanecía hasta su cierre. Incluso los fines de semana era habitual que fuera el último en salir, cuando a las ocho de la tarde el señor de la limpieza se me acercaba a recordarme que tenía que cerrar.

Sin darme cuenta, empecé a destacar entre mis compañeros. A partir del segundo curso, mis resultados académicos comenzaron a despuntar. Las asignaturas me seguían pareciendo igual de tediosas, pero tantas horas de estudio y dedicación dieron sus frutos. Los sobresalientes y las matrículas de honor fueron colándose en mi expediente académico sin dejar indiferentes a compañeros ni a profesores. Y todo gracias a mi padre. Gracias a lo insoportable de su presencia. Cada vez salía de casa más temprano y regresaba más tarde. Él me lo permitía porque sabía que estaba en la universidad, estudiando la carrera que me había impuesto. Y yo, por huir de él, por quedarme en cualquier sitio que no fuera mi casa, acabé, contra todo pronóstico, siendo el mejor.

En tercer curso, mi profesor de Termodinámica, Fiodor Novikov, me propuso como candidato a las olimpiadas de Ingeniería Aeronáutica de Rusia. Quedé segundo. Al año siguiente, las gané. Tardé meses en asimilarlo. No fue solo un reconocimiento personal, también lo fue para la universidad. Que uno de sus alumnos se alzara como el mejor estudiante de Aeronáutica del país era un espaldarazo a su plan de estudios y a su claustro de profesores y un reclamo para futuros estudiantes. Después vinieron las becas, las publicaciones en revistas especializadas, los artículos y las ponencias en seminarios. Y todo ello siendo aún un estudiante que ni siquiera había terminado la carrera.

Tanta acumulación de méritos no me cambió. Mi deseo de dedicarme a las bellas artes seguía intacto. Aquella carrera, por mucho que empezara a dar frutos, seguía siendo para mí una imposición paterna que, en cuanto pudiera, iba a abandonar.

Fiodor, en cambio, no cejaba en su empeño. Mi profesor me recordaba una y otra vez que tenía cualidades excepcionales para la aeronáutica, que no podía permitirme desperdiciarlas. Decía que hacía años que no veía en un alumno lo que veía en mí, que renunciar a ese camino sería un error imperdonable.

Con el tiempo entendí cuál fue, en realidad, el papel de Fiodor. Formaba parte de esa estructura invisible que casi nadie ve, aunque esté ahí, observándonos. Desde que se fijó en mí, su cometido fue claro: medir mis límites, evaluar hasta dónde era capaz de llegar. No era solo un profesor. Era algo mucho más preciso y calculado.

Hubo algo concluyente para él. Algo que bastó para que mi nombre apareciera en un expediente que envió a sus superiores: el proyecto con el que debía concluir la carrera.

Escogerlo fue una tortura. Nada me interesaba. En la facultad, a finales de cuarto curso, los tablones del pasillo se llenaron de hojas impresas: listas de temas propuestos por cada departamento, con títulos largos llenos de siglas heredadas de antiguos programas soviéticos. Pasé semanas volviendo a esos tablones una y otra vez, sin decidirme.

Casi todo giraba en torno a lo mismo: optimización de trayectorias, sistemas de navegación, diseño de estructuras…, enfoques con una aplicación casi siempre militar. Y yo no quería dedicar meses de mi vida a investigar sobre algo así.

Una noche, Igor y yo vimos una película. Estábamos en su piso cansados de estudiar, tirados en el sofá, y él propuso que viéramos *Star Trek IV. Misión: salvar la Tierra*. Nunca fui fan de la ciencia ficción, pero aquella película me atrapó por completo. La trama era absurda y conmovedora a la vez: en el futuro, la Tierra estaba a punto de ser destruida por una sonda alienígena que emitía un sonido incomprensible para intentar comunicarse con una especie extinta: las ballenas jorobadas.

Encontré algo profundamente poético en la idea. Me conmovió que la salvación del planeta dependiera del canto de dos criaturas marinas desaparecidas por nuestra arrogancia.

Los días pasaban y la película no se me iba de la cabeza: un mundo que únicamente podía salvarse escuchando lo que había dejado de oír. Empecé a interesarme por los cantos de las ballenas: su frecuencia, sus patrones y su persistencia. Investigué sobre acústica marina y cómo esos cantos podían interferir en los sonares pasivos, esos aparatos que escuchan en silencio lo que ocurre en las profundidades del mar. Descubrí, con asombro, que las ballenas

podían distorsionar dispositivos de espionaje diseñados para la vigilancia y la detección submarina por el mero hecho de cantar. Fue entonces cuando las piezas empezaron a encajar.

Presenté una propuesta que ni yo mismo esperaba que aceptaran: «Interferencia acústica en sistemas de sonar pasivo: la fauna marina como variable de distorsión en entornos de espionaje submarino».

Aquel trabajo fue lo que hizo que terminaran por decidirse: yo era el elegido. Mi relación con Fiodor cambió de forma casi imperceptible: se volvió más próxima, más constante, como si de pronto siempre hubiera algo pendiente entre nosotros. En aquel momento lo interpreté como interés académico, pero era mucho más que eso.

Fiodor sabía exactamente lo que hacía. Cerró el círculo sin prisa, sin levantar sospechas. Me fue rodeando con delicadeza, convirtiendo la confianza en hábito.

Acabé hablándole de mi padre, de lo que había significado crecer bajo su sombra. Y no tardé en comprender que ese era el punto exacto que buscaban.

Todos tenemos un precio. No siempre adopta la forma del dinero, del poder o del sexo. A veces se esconde en zonas más oscuras y dolorosas.

La mujer se volvió hacia mí y se me acercó con paso tranquilo hasta detenerse.

—Hola de nuevo, Luka.

—¿Quién eres? —pregunté en un susurro, con la voz demasiado frágil.

Ella me sostuvo la mirada unos segundos.

—Me llamo Kira. Soy agente del FSB, el servicio de inteligencia del Estado.

No respondí. Noté cómo se me tensaba el estómago.

—Llevamos tiempo observándote.

Negué con la cabeza, casi por reflejo.

—Sales de casa a las siete y cuarto. Tomas el autobús en el tercer anillo. Algunos jueves por la tarde vas a casa de Igor. Estudias una carrera que nunca elegiste…

Se me aceleró el pulso.

—Tu madre ya no puede aguantar mucho más.

Hizo una pausa.

—Y él… —dejó la frase en el aire un instante— os está quitando la vida.

Tardé unos segundos en reaccionar.

—¿Por… por qué me habéis estado siguiendo? —logré decir—. ¿He hecho algo malo?

Kira negó despacio con la cabeza.

—Queremos ayudarte.

Tragué saliva.

Los minutos que siguieron se convirtieron en un pulso entre la realidad y la negación. Varias veces tuve la sensación de estar soñando, incapaz de creer lo que escuchaba. Kira me conocía a la perfección. Solo Igor era capaz de bucear en mi interior a mayor profundidad que ella. Fiodor no era el único que había estado jugando conmigo. También el quiosquero del barrio, compañeros de trabajo de mi padre, el vecino que compartía rellano con Igor…

Todos formaban parte de una red invisible tejida para cercarme sin dejar rastro.

Cuando, por fin, dejó caer aquella propuesta que estaba a punto de cambiarme la vida, sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

Respiré hondo antes de hablar.

—Kira…, mi padre es un hombre muy importante —dije al fin—. Tiene varios cargos. Conoce a gente muy influyente.

Sonrió.

—Tu padre es un inútil. Y un cobarde.

Su voz sonaba firme, sin rastro de duda.

—De joven fue a Afganistán, sí. Como tantos. Pero desde que pisó el frente, se escondía cada vez que podía. Lo único que le interesaba era salir de allí con un cargo de despacho. Estar cerca del poder sin asumir riesgos.

Me quedé inmóvil mientras la imagen que tenía de mi padre se deshacía poco a poco.

—Cuando en los noventa todo se derrumbó, Boris se mantuvo. No cambió de bando. Y eso se recompensó.

Hizo una pausa.

—Le dieron un cargo que nadie quería: juez militar. Sabían que alguien tan sumiso como tu padre no tendría ningún problema en cerrar un caso o dictar la sentencia adecuada cuando se lo ordenaran.

Me costó reconocerlo en las palabras de Kira. No lo imaginaba capaz de una sumisión así.

—Lo premiaron por su lealtad en un momento complicado. Nada más. Él aspiraba a otros puestos, pero nunca se movió de ahí.

Negó levemente con la cabeza.

—Todo ese teatro de la disciplina —continuó Kira—, esa pose de fuerza que exhibe en casa, esa masculinidad impostada con la que intenta dominarlo todo… no es más que rabia mal dirigida.

Se inclinó apenas hacia mí.

—¿Sabes por qué te odia? ¿Sabes por qué te pegaba antes a ti y ahora a tu madre?

—Porque nunca fui lo que él esperaba.

Ella asintió.

—Quería un hijo varón que corrigiera lo que él no fue capaz de ser. Pero muy pronto supo que tú no eras ese niño. Por eso intentó cambiarte. Y cuando entendió que ya no podía, buscó a quién culpar.

Me recorrió una sensación de desnudez difícil de sostener. Era como si estuviera escuchando a alguien que me descifraba por completo.

—Pero no fue solo eso —continuó—. A principios de siglo, con la reestructuración del ejército, se abrieron ciertos puestos para perfiles leales, aunque no tuvieran ningún tipo de formación superior. Cargos de gestión, de influencia, pero sin exposición. Era exactamente lo que él soñaba. Se postuló para adjunto del comandante de brigada en el distrito militar de Moscú… y lo descartaron.

Me quedé atónito.

—Exigían disponibilidad total. Sin ataduras. Sin vínculos que pudieran condicionar sus decisiones. Y tu padre tenía una familia.

No fue exactamente una sorpresa para mí. Lo que me descolocó fue la facilidad con la que todo empezó a encajar. No era solo que yo quedara fuera de su idea rígida de lo que debía ser un hombre. Mi

madre y yo éramos la excusa que él había encontrado para explicarse a sí mismo todo lo que no había conseguido alcanzar.

—Tu padre es un cobarde, Luka —continuó Kira—. Uno de esos hombres que no soportan su propia mediocridad y descargan su frustración sobre quienes no pueden defenderse. Como tu madre y tú.

Hizo una pausa, apenas un segundo.

—Es la sombra de lo que quiso ser. Y las sombras solo desaparecen cuando se apaga la luz.

Me sostuvo la mirada.

—Y ahora, Luka, la luz está en tus manos.

3

Moscú
Un año antes del despegue

Me desperté empapado en sudor, con la garganta seca y un temblor que no sabía contener. Apenas había dormido. Las palabras de Kira seguían presentes, repitiéndose sin darme tregua.

Volví a apoyar la cabeza en la almohada y fijé la vista en el techo. La grieta que lo atravesaba de lado a lado parecía haberse ensanchado durante la noche, como si el yeso se hubiera partido por la mitad y me obligara a decidir en cuál de los dos lados quedarme. La grieta no iba a cerrarse. Y yo no podía quedarme en medio.

Me preguntaba una y otra vez por qué. ¿Por qué yo? No era fuerte. Ni valiente. Tampoco ambicioso. Lo único que había querido siempre era vivir tranquilo, sin miedo. Pero, para ellos, yo era el elegido.

Aceptar implicaba dejarlo todo atrás. Fingir y mentir primero, para desaparecer después. No habría despedidas, solo una versión falsa de mí marchándose sin explicación.

Me dolía pensar en ellos. En cómo mi madre se quedaría esperándome sin entender nada. En cómo Igor repasaría cada conversación, tratando de encontrar una pista que explicara mi

desaparición. También tenía miedo. No me veía capaz. Siempre fui de los que dudan, de los que miran hacia otro lado cuando la vida exige coraje.

Negarme parecía lo más sensato. Y, aun así, cada vez que cerraba los ojos, regresaba la misma idea: si aceptaba, podría poner fin a todo. Era la única forma de apartarlo de nuestra vida para siempre. Porque no me habían ofrecido dinero, ni poder, ni mujeres. Tampoco hombres. No me tendieron ninguna trampa para chantajearme después. Me ofrecían algo mucho más difícil de rechazar: la posibilidad de que mi madre y yo pudiéramos, por primera vez, vivir sin miedo.

Fragmentos de mi infancia se colaban en mi mente como destellos involuntarios: sus gritos, sus manos, el golpe de sus botas contra el suelo. La forma en que me obligaba a mirar al frente mientras repetía que los hombres no lloran. Después mi madre, en el suelo de la cocina, cuando a mí ya no podía pegarme. Y en ese momento imaginaba otra vida: ella levantándose cada día sin dolor en los ojos; yo siendo, por fin, fiel a mí mismo.

Lo escuché en el baño moviéndose con la misma rutina de siempre: el agua, el roce contra el lavabo, el golpe seco del cajón al cerrarse… Me incorporé de inmediato y noté el frío del suelo al apoyar los pies. Tenía que darme prisa si quería salir de casa antes de cruzarme con él.

Me calcé y abrí la puerta de mi habitación sin hacer ruido. Justo entonces, mi padre salió del baño. Nuestras miradas se cruzaron apenas un segundo. Aparté la vista al instante, con un gesto aprendido. Tuve la sensación de que, si la sostenía un poco más, podría leer en mí algo que ya no sabía ocultar. Sentí su proximidad,

su olor rancio y desagradable, el peso de su cuerpo ocupando el espacio. Me fijé en su mano cuando estuvo a punto de rozarme. La misma con la que golpeaba a mi madre. La misma que yo había aprendido a temer antes incluso de entender por qué. Y entonces volvieron las palabras de Kira. La propuesta. La forma en que lo había dicho todo, sin levantar la voz, como si no hubiera otra salida posible.

Fui hasta la cocina, que aún estaba en penumbra. La mesa, pegada a la ventana, dejaba ver el patio interior, encajonado entre bloques de hormigón y ropa tendida rígida por el frío.

Un portazo anunció que se marchaba a trabajar.

Me quedé solo. Mi madre no estaba. Era domingo y estaría en la iglesia, aferrada a una fe que yo nunca había sabido entender. Siempre me había preguntado cómo alguien que había tenido una vida tan desgraciada podía seguir creyendo en algo. Cómo podía seguir entrando allí, encendiendo velas y susurrando oraciones, como si aún confiara en que la vida pudiera ser otra cosa.

Permanecí un momento más en la cocina, sin moverme. Sobre la mesa, el termo y la taza preparados. Pero yo no tenía apetito. Solo la necesidad urgente de tomar la decisión correcta.

Miré a mi alrededor. La casa vacía, casi en paz. Por un instante imaginé que todo podía quedarse en eso, en una normalidad sencilla, sin gritos, sin golpes. Y entonces empezó a abrirse paso, despacio. No lo formulé. No quise, o no me atreví. Pero estaba ahí. Aunque me diera miedo siquiera rozarlo, aunque no pudiera admitirlo ni en pensamiento, algo dentro de mí ya se había inclinado. Sentí un leve vértigo que me empujó a moverme. Y casi sin pensarlo, cogí la chaqueta.

Salí de casa y bajé a la calle sin mirar atrás. Moscú seguía siendo gris, pero ya no nevaba. La ciudad parecía suspendida en una pausa, negándose a dejar marchar el invierno. Caminé con prisa, con los hombros encogidos, mirando más al suelo que a la gente. El frío se colaba entre mis dedos. No me había puesto guantes. Necesitaba sentir el frío, aferrarme a algo real.

El rumbo me lo marcaba aquella frase de Kira:

—Cuando tengas la decisión tomada, ve al parque de Nikitsky Bulvar.

El tiempo parecía detenido cuando llegué a la altura del bulevar. Crucé la acera y me adentré en el arbolado sin detenerme. El suelo estaba húmedo, irregular en algunos tramos, con pequeños charcos de deshielo que me obligaban a medir los pasos. Había poca gente. Un hombre mayor avanzaba con las manos a la espalda, absorto en sus pensamientos. Más adelante, una mujer empujaba un carrito de bebé.

Seguí caminando entre los árboles, con la sensación de que todo a mi alrededor se movía más lento de lo habitual. Entonces la vi. Allí, erguida, ajena al paso del tiempo. La estatua de Gógol estaba ligeramente apartada del paso. Siempre me había impresionado. No por su altura ni por el brillo del bronce, sino por su postura y su expresión: sentado, con la cabeza inclinada, con el gesto de quien lleva siglos escuchando un secreto imposible de olvidar.

Al otro lado del paseo, casi pegado a la acera, vi el puesto de flores del que me habló Kira: una pequeña mesa con cubos y ramos apoyados sin orden. Me acerqué sin pensarlo demasiado. Durante unos segundos miré las distintas flores, sin fijarme realmente en

ninguna. Hasta que supe que no podía seguir demorándolo. Alargué la mano y lo cogí. Un clavel blanco.

Lo sostuve entre los dedos unos segundos y noté cómo el pulso se me concentraba en las yemas. Estaba a punto de tomar la decisión más importante de mi vida y, sin embargo, no era del todo consciente. Mi cuerpo parecía haber actuado antes que mi mente.

Bajé la vista a la flor y di un paso hacia la estatua. Luego otro. Avancé hacia Gógol con una determinación que no reconocí. El clavel blanco pesaba en mi mano, cargado de un significado que me superaba. No era una flor. Era mi decisión. El crisantemo morado para el no, el clavel blanco para el sí.

Me agaché y acaricié la hendidura del pedestal con un dedo. Era estrecha, apenas visible. Una grieta abierta en la piedra que parecía estar esperándome. Deposité el clavel en su interior. Al soltarlo, el frío de la estatua se me quedó adherido a la piel.

Me incorporé despacio. Y entonces lo supe: ya no había vuelta atrás.

No sabía mentir, aún no me habían enseñado. Pero tenía que hacerlo. Kira me había insistido:

—No puedes desaparecer sin una razón creíble —dijo—. Si alguien te descubre, te borrarán antes de que llegues a entender por qué.

La miré sin decir nada al principio.

—¿Y qué digo? —pregunté al fin—. Es mucho tiempo.

Ella me sostuvo la mirada, evaluando algo que no supe interpretar.

—Lo que haga falta.

—¡Yo no sé mentir!

—Aprenderás.

Tragué saliva.

—¿Cómo voy a mentirle a mi madre?

—Luka…, a veces, la mentira también es una forma de protección.

El silencio se alargó.

—¿Qué voy a hacer un año allí?

—Prepararte.

—¿Prepararme para qué?

Kira soltó un leve suspiro, apenas perceptible.

—Luka, estás haciendo unas preguntas que todavía no estás en disposición de formular. Ni de entender. Cuando ingreses en la instalación, irás descubriendo poco a poco lo que se espera de ti.

Pasé noches enteras ideando una historia que sonara convincente. Inventé una beca, un puesto de prácticas en una empresa de tecnología aeroespacial con sede en Nizhni Nóvgorod: investigación en sistemas de propulsión avanzada. Lo bastante técnico para sonar aburrido, lo bastante lejano para justificar mi ausencia.

La víspera se lo dije.

—¿Te han cogido? —preguntó mi madre, con los ojos húmedos—. ¿De verdad?

Asentí. La garganta se me cerró.

—Hijo. —Me abrazó con fuerza—. Me alegro tanto… ¿Pero es necesario que te marches tan lejos? Eres tan joven aún…

Sentí la mentira acomodarse en mi boca.

—No hay opción de hacerlo a distancia, mamá. Pero es temporal… Cuando acabe las prácticas, volveré.

Lo más difícil no fue mentir, sino dejarla sola con su maltratador.

—Me voy para tener un futuro mejor.

Aquella fue la única verdad que le dije.

Mi padre, al principio, se opuso. Dijo que perder el tiempo en una empresa civil era una estupidez, que lo que debía hacer era alistarme cuanto antes. Pero cambió de idea en cuanto supo que aquella empresa era contratista del ejército. Seguía empeñado en vivir a través de mí, en exigirme el valor que él nunca tuvo.

Mientras tanto, yo contaba los días. Estaba a punto de hacer justicia. Él no lo sabía, pero su cuenta atrás para alejarse de nosotros ya había empezado.

Con Igor fue mucho más difícil. Se lo conté en nuestra cafetería de siempre, situada en una esquina modesta de la calle Maroseyka. No tenía nada especial: sillas metálicas que chirriaban al moverse y un cartel donde se leía, en cirílico gastado, Кофе и пирог, «café y pastel».

Para nosotros, aquel lugar era casi un refugio. Allí habíamos pasado tardes enteras repasando apuntes e imaginando un futuro compartido. Fue entre aquellas paredes, sin admitirlo, donde empezamos a intuir que algo nos unía más allá de la amistad. También fue allí donde, por primera vez, me atreví a hablarle de mi padre, de sus golpes, del maltrato que había marcado nuestra casa y de las heridas que había dejado en mi madre y en mí.

Aquella tarde, sin embargo, todo parecía distinto: la cafetería, más pequeña; el aire, más espeso. O quizá era yo, que no estaba preparado para empezar a perderlo.

Cuando se lo dije, me sostuvo la mirada con un silencio que pesó más que cualquier palabra. Él no me reprochó nada, pero sus ojos

sí. Y lo que vi en ellos me rompió por dentro. No era enfado ni desconfianza. Era algo peor: decepción, esa herida que no se cura con el tiempo.

Siempre habíamos hablado de lo que vendría después. De cómo, cuando termináramos la universidad, empezaríamos una nueva vida. Yo me imaginaba buscando trabajo en alguna galería de arte, aunque mi única experiencia fueran las láminas que pintaba en casa, al pastel. Él probaría suerte en empresas de ingeniería. Soñábamos con eso: con un futuro donde cada uno siguiera su camino, pero el destino fuera el mismo. Nunca lo juramos en voz alta, pero los dos lo entendíamos igual: donde fuera, pero juntos.

Y ahora yo me iba.

—Luka…, ¿estás seguro?

Bajé la mirada a mi café, ya frío.

—Sí —mentí.

Igor negó muy despacio, sin apartar los ojos de mí.

—No… —susurró—. No lo estás.

El chirrido de una silla al fondo atravesó el silencio. Nadie más parecía darse cuenta de que algo se estaba rompiendo a pocos metros.

—Es solo un año —volví a mentir—. Pasará rápido.

Sentí su decepción.

—¿Y nosotros?

La pregunta quedó suspendida entre los dos. Abrí la boca, aunque no salió nada. No podía seguir mintiéndole. Aparté la mirada, pero ya era tarde. La emoción me nubló los ojos y el mundo se volvió borroso. Lloramos los dos, con la desesperación de quien intenta detener algo que ya ha empezado a irse.

Por un instante deseé que me lo preguntara todo. Que me obligara a decir la verdad. Pero no lo hizo. Su forma de quererme me dolió más que cualquier reproche.

La instrucción comenzó dos días después. Un coche negro sin matrícula me recogió a las cinco de la mañana frente a una gasolinera de la calle Ulitsa Zamorenova. Antes de subir, seguí las instrucciones al pie de la letra: me saqué el móvil del bolsillo y lo arrojé a un cubo de basura oxidado.

Al cerrar la puerta, sentí que también cerraba el mundo que había conocido hasta entonces. El coche se puso en marcha, y yo empecé a desaparecer.

Avanzábamos en silencio por una ciudad todavía adormecida, mientras el aire dentro del coche se iba volviendo irrespirable, como si el espacio se estrechara a cada kilómetro. Me obligué a mirar la ventanilla empañada; las gotas que descendían lentamente por el cristal marcaban, una tras otra, todo lo que estaba dejando atrás.

Me dejaron en las afueras, junto a un camino de tierra. Desde allí caminé durante veinte minutos siguiendo a un hombre con abrigo oscuro que se limitó a indicarme que lo acompañara. El miedo avanzaba conmigo, acompasado a mis pasos, creciendo en silencio a medida que nos acercábamos a nuestro destino.

De lejos la vi. La llamaban simplemente «la instalación». Sin nombre. Sin cartel. Estaba oculta en mitad de un bosque cerrado, a pocos kilómetros de la carretera entre Klin y Tver. No había alambradas ni torres de vigilancia, solo árboles altos que tapaban el cielo. El edificio principal parecía una vieja fábrica soviética

reconvertida: bloques de hormigón y ventanas ennegrecidas con un patio descubierto en el centro.

Crucé el umbral. Dentro hacía más frío que en el exterior. Avancé unos pasos sin saber muy bien hacia dónde ir. El edificio estaba en silencio; un pasillo largo se abría frente a mí, iluminado por tubos fluorescentes. El suelo, desgastado, devolvía el eco de mis pasos con una nitidez incómoda.

Entonces escuché su voz.

—Llegas puntual.

Al principio no supe de dónde venía. Hasta que giré la cabeza y la vi. A unos metros de mí, casi fundida con la sombra, Kira me observaba con una calma que me resultó insoportable.

—Bienvenido, Luka.

Las primeras semanas fueron un proceso de vaciado, de deshumanización. Por las noches lloraba en la habitación, recordando los ojos de Igor; la forma en que me había mirado, como si ya estuviera despidiéndose sin decirlo. Sus labios, temblando apenas, preguntándome qué iba a ser de nosotros. Pero allí dentro no había espacio para las respuestas.

Me despertaba con un pitido agudo a las seis de la mañana. Cinco minutos después debía estar desayunando; diez más tarde, corriendo. Luego venían las cuarenta flexiones y los cien abdominales. Sin reloj, sin móvil, sin noción del tiempo, mis días empezaron a medirse por números y repeticiones.

Mi cuerpo dejó de ser mío. Me dolía de una forma que atravesaba la piel y se quedaba en los huesos. Cada músculo parecía resistirse a seguirme. Pero lo físico no era lo peor. Lo que me llevaba al límite eran las pruebas psicológicas.

Dos veces por semana me sentaban en una sala blanca, sin ventanas, con una luz directa que me cegaba los ojos. Las preguntas caían una tras otra, la mayoría sin sentido. No querían entenderme, solo borrar lo que quedaba de mí. También me obligaban a mirar mi reflejo durante horas, en silencio. Decían que un espía debía poder sostener su propia mirada sin romperse. Pero yo no lo conseguía. Había un momento en que el rostro del espejo se volvía ajeno, como si el que me observaba fuera otro, alguien que empezaba a ocupar mi lugar.

Una noche me metieron en una habitación pequeña, con las paredes cubiertas de altavoces. Durante horas, una grabación de sirenas y gritos sonó sin interrupción. No podía dormir ni pensar. Querían que aprendiera a mantener la calma incluso cuando el mundo se derrumbaba a mi alrededor.

Pensé en abandonar. Muchas veces. Llegué a imaginar cómo lo haría: fingiendo una lesión, dejándome caer hasta que creyeran que mi cuerpo había dicho basta. Pero entonces recordaba a mi madre: la noche en que me abrazó creyendo que su hijo se marchaba a construirse un futuro mejor. Recordaba su silencio y su rostro cubierto de un maquillaje que no lograba ocultar los moratones. Y eso me mantenía en pie.

En la instalación no estaba solo, aunque casi nunca veía a nadie. Nos mantenían aislados en módulos separados, bajo la orden estricta de no dirigirnos la palabra entre nosotros. A veces me preguntaba quiénes eran, qué rostros se ocultaban tras las paredes contiguas. Para qué tipo de misiones los estarían preparando. Si también ellos se despertaban con arcadas, o contaban las horas siguiendo el eco de los pasos en el pasillo.

Pasaron las semanas, los meses, y llegó un punto en el que dejé de resistirme. Me rendí. Me vaciaron por dentro hasta dejar solo lo necesario. Luka Ivanov empezó a desdibujarse, como una fotografía que pierde color con el tiempo. A partir de entonces, la instrucción se aceleró: entrenamiento físico, sesiones de idiomas, lectura de perfiles, construcción de una nueva identidad.

Aprendí a medir cada palabra, a responder solo lo necesario y a borrar cualquier rastro de duda en mi voz. Me enseñaron a sostener la mirada, a controlar mis gestos, a soportar cualquier interrogatorio. A mentir tan bien que ni yo mismo podía distinguir cuándo decía la verdad. Me entrenaron para detectar vigilancia encubierta, me enseñaron a desmontar un arma a ciegas, a pilotar un caza de combate.

La mañana en que Kira me habló por primera vez de la operación, lo hizo recurriendo a un símil. Estábamos en una de las salas de análisis de la instalación.

—Siéntate —me dijo.

Se apagaron las luces. En la pantalla apareció un cuerpo humano. No se trataba de una imagen estática. Era como mirar a través de la piel, en directo. El corazón latía, casi podía oírlo. Las arterias se contraían y expandían, el diafragma subía y bajaba al ritmo de la respiración. Cada órgano ejercía su función con un realismo que hipnotizaba.

—Todo lo que ves es flujo y movimiento. Vida —me dijo.

Kira se acercó a la pantalla. Tocó un punto del cuello y la imagen se amplió hasta mostrar la carótida, que latía con fuerza.

—¿Ves esto?

Asentí, casi hipnotizado.

—Lo que transporta no es solo sangre —continuó—. Lo que ves moverse es información: niveles de oxígeno, defensas inmunológicas, presión arterial, glucosa… El cuerpo lo cuenta todo, si sabes leerlo.

Se apartó de la pantalla y me dejó solo ante aquella imagen palpitante.

—Las venas y las arterias no solo transportan lo que mantiene vivo al cuerpo. También transportan sus secretos. El estado real del organismo, sus puntos débiles, su pronóstico.

Yo no entendía el propósito de aquella explicación. Pero había algo en su tono, en la forma de mirar la pantalla, que me decía que no se trataba de una lección más.

—Mira aquí —continuó mientras se acercaba para ampliar una sección del tórax—. La bifurcación de la aorta abdominal. Parece una autopista segura, pero si algo falla justo en este cruce…

Señaló la confluencia donde se dividía la aorta.

La imagen giró lentamente. Aparecieron nuevas formas, pero ya no eran vasos ni tejidos. Lo que tenía delante había dejado de ser un cuerpo: era una red sumergida, tendida bajo el océano. Líneas que se extendían desde la costa este de Estados Unidos hasta el continente europeo. Algunas eran rectas, otras se bifurcaban en tramos irregulares. Había zonas donde varias líneas se unían en un solo punto, como arterias convergiendo en un nodo.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó Kira, sin apartar la vista de la pantalla.

Tardé un segundo.

—Cables submarinos —contesté.

Ella asintió muy despacio. Luego giró apenas el rostro hacia mí.

—Lo más parecido que existe a un sistema circulatorio.

Me quedé mirando la pantalla, siguiendo las bifurcaciones, entendiendo por fin por qué había empezado hablándome de venas y arterias.

—Por esos cables circula todo —añadió—. Comunicaciones diplomáticas, transacciones financieras, datos de inteligencia, señales militares, fotos y vídeos alojados en nubes de miles de millones de ciudadanos, mensajes cifrados… Cada día. Cada hora. Cada segundo. En lugar de órganos y cuerpos, esos cables mantienen vivos a países.

La imagen se acercó a uno de los puntos de cruce. Un nodo de líneas que salían desde la costa de Virginia y se ramificaban hacia el Atlántico.

—Esta es la información más valiosa del mundo, Luka.

Se volvió hacia mí.

—¿Y sabes quién vigila toda esa infraestructura?

No me dio tiempo a contestar.

—Sonares pasivos. Hidrófonos —continuó—. Sistemas instalados en fondos marinos que escuchan cada burbuja, cada cambio de presión. Hay sensores en los cables, en los nodos, incluso en las rutas de aproximación.

Hizo una pausa.

—Pero todos ellos tienen una debilidad. Y tú sabes cuál es.

Me miró de nuevo.

—El ruido —susurré.

Kira sonrió, y me recordó mi proyecto final de carrera: «Interferencia acústica en sistemas de sonar pasivo: la fauna marina como variable de distorsión en entornos de espionaje submarino».

La instrucción se volvió más intensa a medida que se acercaba el final. Memoricé protocolos, planos, nombres y rostros que no debía olvidar: modelos de submarinos, erupciones de volcanes españoles, jerarquías militares, políticos y directores de agencias de seguridad.

Doce meses después, me habían reordenado por dentro. Y casi también por fuera. Cuando me miraba al espejo, percibía una distancia leve entre el Luka débil que siempre había sido y lo que tenía delante. Era como observar a un extraño imitando mis gestos.

El último día en la instalación amaneció igual que los demás, pero pronto comprendí que algo era distinto. No hubo pitido, ni órdenes. Solo mi número resonando por el altavoz:

—Seiscientos cuarenta y uno.

En la oficina del fondo me esperaba Kira.

Cuando entré, me sostuvo la mirada durante unos segundos.

—Estás listo.

La frase me golpeó más de lo que esperaba. No por el tono neutro, casi burocrático, sino por lo que implicaba.

—Mañana mataremos a tu padre.

—¿Qué? —alcancé a decir.

—A eso nos comprometimos, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Me dijisteis que lo apartaríais de nuestra vida. ¡No que lo ibais a matar!

Ella hizo una pausa lo bastante larga como para helarme la sangre.

—Después de todo…, ¿aún lo proteges?

—Él es un monstruo. Yo no.

—Pues ese monstruo debe morir si quieres que tu madre siga con vida.

Se me aceleró el pulso. Hacía un año que no sabía nada de ella. Cada vez que había preguntado, Kira se limitaba a repetir que la información del exterior estaba restringida. Que no me preocupara.

—¿Por qué dices eso?

Kira me miró fijamente.

—Tu madre salió del hospital la semana pasada. Ha estado ingresada dos meses después de la última paliza.

Sentí cómo el suelo se hundía bajo mis pies.

—Tuvo un traumatismo craneoencefálico.

—No… —susurré, negando con la cabeza.

—Ya está en casa —continuó Kira—. Pero aún no ha recuperado del todo el lenguaje.

Algo estalló dentro de mí. Golpeé la mesa con el puño, con una rabia que me subió desde el estómago hasta la garganta.

—¡Hijo de puta! —exclamé.

El eco de mis palabras resonó en la oficina. Kira volvió a buscarme con la mirada.

—Mañana mataremos a tu padre —repitió.

Y entonces me descubrí a mí mismo anhelándolo, con una claridad que me dio hasta miedo. Quería ver a mi padre muerto.

—Lo velaréis durante dos días —añadió—, y al tercero lo enterraréis.

Asentí.

Entonces bajó la voz:

—Un mes después comenzará tu misión. Hasta entonces, aquí tienes el colgante.

Miré el dispositivo sin decir nada. Fuera de la instalación, y durante el mes que me quedaba, aquel token camuflado me iba a dar acceso a los sistemas internos del FSB para terminar de preparar la operación.

—Suerte, Ivanov —dijo Kira.

Asentí y salí de la oficina.

Cuando crucé el umbral de la instalación, el aire fuera era el mismo. Yo ya no.

4

Barrio Presnensky, Moscú
Día del despegue

Faltaban cuatro horas para que comenzaran las maniobras sobre el mar Negro. Mi madre estaba en la cocina, terminando el desayuno. Era sábado, y como siempre, el olor del pastel de manzana recién horneado llenaba la casa.

—Buenos días, mamá —dije mientras me acercaba a darle un beso en la mejilla.

—Dentro de un par… dentro de… unos minutos estará listo el desayuno, cariño —respondió con cierta dificultad, pues todavía no había recuperado del todo la fluidez al hablar.

Me avergonzaba que, con veinticinco años yo, ella siguiera levantándose temprano para prepararme el desayuno cada fin de semana. Pero nunca se lo pude quitar de la cabeza, como si aún fuera el niño que ella despertaba cada mañana.

—Hoy te… tenías eso…, la entrevista, ¿verdad, hijo?

—Sí.

Me miró con una sonrisa orgullosa mientras colocaba con cuidado las rodajas de manzana caramelizada sobre el pastel. La mentira ya formaba parte de mí. Después del año de prácticas, le había contado

que varias empresas se habían interesado por mi perfil. Aquella mañana debía ir a Kazán a entrevistarme con una multinacional que estaba desarrollando un proyecto de reconversión de antiguos sistemas de navegación.

—No tengo ninguna duda —dijo—. Te van a contratar.

Luego me acarició el pelo, despacio, con esa ternura que solo una madre conserva intacta.

Apuré el pastel de manzana sin saborearlo. Luego la abracé con fuerza, intentando retener su olor antes de soltarla.

—Ten… ten cuidado, hijo.

—No te preocupes, mamá. Todo irá bien.

Le llené la cara de besos, uno por cada palabra que no podía pronunciar. Ella creía que al cabo de unas horas volvería a casa, con una sonrisa y una oferta de trabajo bajo el brazo. Pero la verdad era otra: si todo salía bien, tardaría meses en volver a verme. Si no, ya nunca lo haría.

Cerré la puerta y las lágrimas me nublaron la vista. No pude contenerlas más tiempo. Solo me consolaba saber que le había salvado la vida. En medio de tanta mentira, al menos una verdad seguía en pie: ella, por fin, estaba a salvo.

Hacía un mes exacto que habíamos cubierto a mi padre de tierra. Los primeros días ella lloró. No de forma descontrolada, sino en pequeñas sacudidas, como si el cuerpo le fuera soltando el dolor poco a poco. La escuchaba desde mi habitación, por la noche, intentando ahogar el llanto contra la almohada. Se me hacía insoportable oírla llorar por él. Pero comprendí que, a pesar de todo,

había sido su compañero durante casi cuarenta años y que nadie se libra de un duelo.

Poco a poco empezó a recomponerse. Una mañana la encontré colocando las mantas en el sofá. Siempre doblaba una y la dejaba a su lado, para él, como si aún fuera a necesitarla. Dudó un segundo y la guardó en el armario. Aquel gesto me hizo entender que empezaba a asumirlo. A partir de entonces, algo cambió en ella. Caminaba más erguida, hablaba sin miedo, volvía a parecer viva. No fue de golpe. Hubo una suma de pequeños gestos: dejó de encogerse cada vez que lo recordaba, volvió a encender la radio en la cocina. Mi madre se dio cuenta de que merecía algo más que lágrimas y miedo. Volvió a sonreír. Y esa sonrisa, que creí perdida para siempre, me confirmó que había hecho lo correcto. Le había salvado la vida. Ella no sabía cómo ni por qué había muerto su marido, era demasiado noble para imaginarlo. Y sobre esa mentira pudo volver a levantarse.

Yo lo llevé de otra manera. Lo borré en cuanto eché la última palada. O eso quise creer. A veces volvía, en destellos mínimos, en recuerdos que no había invocado. Pero se evaporaban rápido.

Los últimos treinta días, para mí, no habían tenido nada que ver con un duelo. Habían sido una cuenta atrás. Desde que me fui de la instalación, cada jornada empezaba igual: salía de casa y me dirigía a la sede del FSB. Allí nadie me conocía ni me hacía preguntas. No figuraba en ningún departamento ni existía más allá de los registros de acceso que dejaba cada mañana.

Avanzaba entre las miradas desconfiadas de funcionarios, descendía por pasillos subterráneos y terminaba siempre ante la misma puerta: K-27. Dentro no había margen de error. El colgante

era el acceso. Un token cifrado que, al encajarse en la ranura del terminal aislado, abría una capa de carpetas y documentos con toda la operación.

No se trataba solo de memorizar. Tenía que eliminar la distancia entre ese plan y yo. Repetirlo hasta que dejara de parecerme ajeno. Diez horas al día. Sin tomar notas. Todo debía quedarse en mi cabeza.

Luego volvía a casa. Y ahí tampoco podía bajar la guardia. Kira había sido clara: aislamiento absoluto. Nada de distracciones ni de vínculos que pudieran introducir ruido. Hasta que todo empezara, mi mundo debía reducirse a dos espacios: la sala K-27 y mi habitación.

Casi lo cumplí. Pero un día cambié el trayecto que repetía cada tarde para volver a casa. No fue una decisión del todo consciente. Simplemente, tomé otro autobús. Y, cuando me quise dar cuenta, estaba frente a la puerta de Igor.

Tardó en abrir. Cuando lo hizo, no dijo nada. Solo me miró, como si intentara comprobar si era yo o una prolongación de algo que había terminado.

Tardé un segundo en darme cuenta de que él ya no era el mismo. Noté una distancia que antes no existía entre nosotros.

Me dejó pasar sin decir nada.

El piso estaba distinto. No supe exactamente por qué. Más ordenado, quizá. O simplemente lo sentí menos mío.

Nos sentamos sin saber muy bien cómo empezar. Había desaparecido un año, sin una llamada, sin responder a un solo mensaje. Él no me reprochó nada. Pronto entendí por qué.

—Estoy con alguien —me dijo.

Me dolió. Pero no había nada que pudiera exigirle.

—¿Quién? —le pregunté.

Se tomó su tiempo en contestar.

—Se llama Erika.

Tardé un segundo en reaccionar.

—¿Erika?

Asintió sin añadir nada más. Y sentí el golpe con una claridad incómoda.

—Desapareciste, Luka. Te fuiste a hacer unas prácticas y, sin más, me dejaste.

Agaché la mirada.

—¿Puedes imaginar lo que supuso para mí?

—Lo siento…

—Me destrozaste. Lo peor no fue que te fueras, fue no saber nada. Era como si hubieras muerto, Luka.

—Igor…

—Y no podía hablarlo con nadie. Como nuestra relación no existía, nadie entendía lo que me pasaba. Ni siquiera sabía cómo explicarlo.

No supe qué decir.

—Y un día decidí cambiar. Rehacer mi vida —continuó—. Apareció Erika… y vi en ella una forma de encaminarme, de darle sentido a todo.

No pude evitarlo. Me sentí responsable. Sentí que, de algún modo, lo había empujado a tomar ese camino, como si mi ausencia hubiera dejado tal vacío que lo hubiera obligado a llenarlo con una vida más fácil de sostener.

En algún momento, dejó de importar lo que estábamos diciendo. Terminamos llorando, abrazados. No entendíamos lo que había pasado entre nosotros, pero dejamos de intentar explicarlo. El

silencio y las miradas largas empezaron a ocupar más espacio que las palabras. La distancia entre nosotros se volvió incómoda; luego, innecesaria.

Fue él quien se acercó primero. Apenas un gesto, casi imperceptible.

No me aparté. Sus manos buscaron las mías; después, mi cuello. Y el resto vino después, sin que ninguno de los dos lo detuviera. Volvimos al lugar que conocíamos sin nombrarlo. Y el tiempo allí dejó de importar, como si ese año no hubiera existido entre nosotros. Y por eso fue peligroso. Porque durante un rato olvidé lo que estaba a punto de hacer.

Cuando salí de su casa no sentí culpa ni alivio. Había incumplido las órdenes. Pero no había sido un error. Fue necesidad. Necesitaba verlo, recordar lo que habíamos sido. Volver a su cuerpo antes de subirme a un caza de combate.

Al día siguiente, la víspera de la operación, ya sin margen para errores, lo noté. Fue un gesto reflejo: la mano al cuello. No estaba. Las instrucciones eran claras: antes de que todo empezara, el colgante debía desaparecer. Tenía que destruirlo para evitar que la llave de acceso que contenía pudiera caer en manos equivocadas. Pero ya no colgaba de mi cuello.

Regresé al piso de Igor, alterado, atrapado en la idea de que podría haberlo perdido allí. Perdí las formas con él, lo traté con una dureza que aún me revuelve el alma. Recorrí el salón y su habitación sin dejar un solo recoveco por comprobar. Allí no estaba. Volví a mi casa. Mi madre debió de notar mi nerviosismo porque me preguntó varias veces qué ocurría. Me limité a decirle que había estado en el

piso de Igor y que no me pasaba nada. Seguí revolviendo cajones y armarios, pero tampoco apareció.

El tiempo no se detuvo, implacable, acabando con cualquier posibilidad de que el colgante apareciera. Me obligué a pensar con frialdad. Tenía que estar en casa. No había otra opción. No me había movido por más sitios. A simple vista no era más que un colgante. El dispositivo que ocultaba en su interior solo tenía sentido al conectarse a un terminal aislado en una sala subterránea del FSB. Si mi madre lo encontraba, no vería más que un objeto sin importancia.

Me aferré a esa idea. Con ella apagué la luz de mi habitación y traté de apagar también la preocupación que sentía.

Subí al autobús. El trayecto hasta la base aérea de Domodédovo me sirvió para repasar uno por uno cada paso de la operación. Estaban implicados el Ministerio de Defensa, el de Asuntos Exteriores y los dos servicios de inteligencia más poderosos de Rusia: el FSB, encargado de la inteligencia interior, y el SVR, responsable de la red de agentes desplegados en las principales potencias del mundo.

La operación tenía una envergadura tal que el propio presidente la había autorizado. Nadie por debajo de él podría haber dado luz verde a algo así.

Cuando crucé la verja de la base aérea, los nervios me golpearon con una violencia inesperada. El estómago se me cerró de golpe. Intenté serenarme repasando mentalmente la instrucción, las pautas de control emocional, los ejercicios de respiración que me habían enseñado.

Superé el control de autorizaciones con la certeza de que ya no quedaban puertas de salida. Una vez dentro, me dirigí a la oficina central, donde los pilotos recogían sus carpetas con el plan de vuelo, las maniobras y los protocolos de seguridad.

Un intendente de rostro inexpresivo me entregó la mía.

—¡Ni un paso atrás! —exclamó con tono marcial.

Era una de las consignas más repetidas dentro del Ejército ruso. La frase procedía de un discurso de Stalin, pronunciado en 1942, y durante décadas había servido para justificar la ejecución inmediata de quienes mostraban la menor señal de cobardía.

Entré en el vestuario y me invadió una arcada; el olor a queroseno y metal espesaba el aire como una nube tóxica. Abrí mi taquilla: dentro, el mono de vuelo descansaba perfectamente doblado, con el casco colocado encima.

Aprender a pilotar un caza fue la parte más brutal de la instrucción, más que cualquier prueba psicológica. Yo era ingeniero aeronáutico, pero lo único que había pilotado hasta entonces era mi vida, y con un rumbo torcido. Sabía lo que un caza podía hacer. En la carrera, había estudiado sus límites, sus velocidades, sus márgenes de error, y precisamente por eso le tenía tanto miedo.

Antes de pisar la pista pasé varios meses en simuladores: cabinas exactas, emergencias inducidas y horas de repetición hasta que cada maniobra se volvía mecánica. Allí el error no me costaba la vida y siempre había un botón para empezar de nuevo.

Los primeros días ni siquiera era capaz de enfundarme el traje. El mono me asfixiaba, se pegaba a mi carne como una segunda piel. Sudaba antes incluso de subir a la cabina.

La primera maniobra real fue como saltar al vacío. Recuerdo el rugido bajo mis pies, la vibración del fuselaje, la presión partiéndome el pecho. Durante los primeros despegues el cuerpo se rebelaba solo, sin pedirme permiso. Me orinaba.

Con el tiempo aprendí a contenerlo, a respirar dentro del vértigo. La instrucción me vació tanto que ya no quedaba lugar para el temblor. Y, como en tantas otras cosas, acabé cruzando límites que jamás habría creído que pudiera soportar.

Salí a la pista con mis once compañeros.

Cada tres meses, el Ejército ruso realizaba maniobras en algún punto del país o en territorio aliado: ejercicios extremos de velocidad, dirección y altitud que servían tanto para entrenar a las tropas como para exhibir el poderío militar ruso. Los servicios de inteligencia rara vez participaban en esas operaciones. Su campo de acción era otro. Pero ciertos departamentos, y algunos agentes, eran requeridos en ocasiones muy concretas.

Yo era uno de ellos. A los pilotos que volaban conmigo les habían informado de que un agente del servicio secreto debía completar su instrucción participando en las maniobras. Ninguno me conocía ni sabía lo que estaba a punto de hacer.

Una hilera de doce Su-57 se extendía en el centro de la pista, brillando bajo la luz del sol. Eran los cazas más avanzados del país: tecnología furtiva, doble propulsión y el sistema de ocultación ante radares enemigos más eficaz del mundo.

Subí las escaleras del avión, me coloqué el casco y la máscara de oxígeno y bajé la carlinga, esa cúpula transparente que aísla al piloto

del mundo exterior.

Por radio comenzaron a llegar las confirmaciones:

—Alfa 22, listo para el despegue —dije, cuidando de que mi voz no delatara mis nervios.

Hubo unos segundos de espera. Revisé los indicadores por última vez, recorrí con la mirada la estrecha cabina, los paneles, la pista extendiéndose frente a nosotros como una línea infinita.

Desperté los motores. El rugido fue inmediato, brutal; el caza empezó a vibrar como un animal contenido a la fuerza. La aceleración me hundió contra el asiento, sentí el peso contra el pecho, la sangre empujando hacia atrás.

Nos lanzamos hacia el cielo y, en cuestión de segundos, el suelo desapareció bajo el fuselaje y formamos una V perfecta.

A través de la carlinga se desplegaba una bóveda azul inmensa, moteada de nubes pálidas. Descendimos hacia el sur, por la ruta de Omsk, que conecta Rusia con Kazajistán. Sobrevolamos el mar Caspio, el lago más grande del planeta, una masa de agua tan vasta que parece un continente líquido.

La cabina era tan estrecha que apenas unos centímetros me separaban del vacío. El traje antigravedad me comprimía las piernas y el abdomen durante las maniobras más bruscas para forzar la circulación y asegurar que el flujo sanguíneo hacia el cerebro no se redujera en ningún momento.

A las 18.15 penetramos en el espacio aéreo del mar Negro: nuestro destino. Respiré hondo y esperé.

Nos alineamos para iniciar las maniobras. Aquella tarde debíamos ejecutar varios movimientos tácticos: el tonel completo, el corte vertical y la simulación de un ataque furtivo con misiles hipersónicos.

Miré la hora: las 18.29. Faltaba un minuto.

Comprobé los indicadores: altitud, presión, combustible. Todo correcto.

Las 18.30. El punto de no retorno.

Modifiqué las coordenadas y desvié el rumbo quince grados al oeste. La formación se rompió al instante. Uno de los sensores comenzó a parpadear: el ordenador de a bordo intentaba corregirme. A las dos millas, giré otros treinta grados. El escuadrón quedó atrás, empequeñecido en la distancia.

La radio chispeó:

—¡Alfa 22! ¿Me recibe? ¡Trayectoria desviada! Recupere posición de inmediato, ¡está saliendo de los límites autorizados!

Esperé.

—¡Alfa 22, conteste!

Apagué la radio.

Todo seguía según lo previsto. Nadie a bordo de los otros cazas conocía mi verdadera misión. La operación estaba clasificada con el nivel más alto de reserva. Solo un grupo muy reducido, apenas diez personas, entre las que se encontraba el presidente del país, conocía mis verdaderos objetivos.

Agarré el mando derecho y activé el modo furtivo. Las turbinas rugieron como si el aire se partiera en dos. El avión se disparó hacia arriba. Las nubes quedaron abajo y el azul del cielo adquirió una profundidad solemne. En el horizonte, la curvatura de la Tierra era una línea delgada que separaba el mundo de lo desconocido.

A veinticinco mil metros desactivé los sistemas de localización. Acababa de desaparecer del campo de detección de radares. Por delante me esperaban doce horas de vuelo sostenidas por una

secuencia de repostajes en el aire ejecutados en puntos ciegos previamente definidos.

La ruta más directa habría sido cruzar Europa y el Atlántico, pero eso equivalía a un suicidio. Ningún caza podía atravesar espacio aéreo extranjero sin autorización. Por eso debía regresar primero a territorio ruso, avanzar hasta el mar de Ojotsk y desde allí lanzarme al Pacífico.

Cuando sobrevolé la última porción de tierra y el océano se abrió ante mí, una oleada de vértigo me recorrió el cuerpo. La próxima vez que avistara tierra, estaría rozando la frontera de Estados Unidos, un país que, al detectar un caza ruso no identificado, activaría el nivel máximo de alerta antiterrorista.

Frente a mí solo había azul: un vacío inmenso e hipnótico, capaz de engullir a cualquiera que se atreviera a penetrarlo. El Pacífico Norte, nueve mil kilómetros sin un solo aeropuerto en el que aterrizar en caso de emergencia. Una ruta que los aviones comerciales evitaban incluso en tiempos de paz. Y allí estaba yo, cruzando la inmensidad como una mota suspendida entre dos mundos.

A las puertas del inmenso océano, eché la vista atrás. Pensé en el último año, en cómo todo se había precipitado sin darme tiempo a entenderlo. Integrarme en el FSB, aceptar aquella misión…, nada había sido una elección consciente. Igual que estudiar aeronáutica o aprender artes marciales.

Mi sueño había sido otro: abrir una galería de arte, pintar, respirar. Jamás imaginé que acabaría pilotando cazas de combate ni participando en operaciones firmadas por el presidente de mi país. Odiaba la guerra. Pero la posibilidad de apartar a mi padre de mi

vida me empujó, una vez más, a recorrer un camino que no era el mío.

Al destino solo le pedí una tregua. Después de tantas decisiones impuestas, merecía tomar por fin las riendas de mi vida. Cuando todo terminara, si conseguía salir vivo, solo quería ser libre. Ser el dueño de mi vida era mi única aspiración adulta.

5

Pacífico Norte
26°28’06.3”N, 170°52’24.2”W

Llevaba más de once horas volando, atrapado en un cubículo hermético que me aislaba de una bóveda infinita a treinta grados bajo cero. El traje antigravedad me oprimía el abdomen como si quisiera dejarme hueco por dentro, y la máscara de oxígeno me raspaba la piel con cada movimiento. Solo me acompañaban el murmullo constante de los motores y mi propia respiración amplificada.

Frente a mí, el inmenso océano. No veía nada más: ni una línea de costa, ni una embarcación, ni una señal de vida. Al principio intenté mantener la mente ocupada: repasé los parámetros de vuelo, comprobé todos los sistemas del caza, incluso conté los segundos entre cada variación casi imperceptible del motor. Pero todo terminaba igual: el silencio volvía, más denso, más pesado.

El tiempo empezó a disolverse; las horas se licuaban. Mi mente, en ese estado, acabó fragmentándose. Primero fue una ligera sensación de desconexión, como si el avión no avanzara y estuviera suspendido en el mismo punto del océano. Después, pensamientos que no llegaban a completarse, imágenes que irrumpían sin sentido.

Tuve que forzar la mente para volver al presente, como me habían entrenado a hacer: controlando la respiración, anclando la mirada en un punto fijo, repitiendo mentalmente cada paso de la misión.

Recordé, entonces, que bajo aquel manto azul no había solo agua, sino silencio. Y secretos. Buques de guerra, bases de escucha submarina, drones no tripulados, redes acústicas capaces de registrar el más leve desplazamiento sin emitir un solo sonido… Todo sucedía allí abajo sin que nadie, en la superficie, lo advirtiera.

Tras la caída de la Unión Soviética, Rusia perdió gran parte de su músculo militar. Las maltrechas finanzas del país no permitían seguir invirtiendo en la industria de la guerra. Solo hubo un campo en el que no se frenó la inversión: los submarinos. Rusia mantuvo la investigación tecnológica y el desarrollo de submarinos nucleares con el objetivo de no perder el predominio que siempre había ostentado en ese terreno. Y lo consiguió. Desde principios del siglo XXI, el país volvió a ser una potencia mundial en la fabricación de sumergibles: espías silenciosos bajo el océano capaces de observar el mundo sin dejar huella.

Pensaba en todo ello cuando algo cambió. No dentro de mí, sino afuera: una variación apenas perceptible en el horizonte, un matiz distinto en la luz. Miré al frente. A lo lejos, entre el azul y la niebla, aparecieron manchas de tierra. Eran las islas de Hawái, flotando en medio del Pacífico. La señal. Tenía que prepararme.

Giré veinte grados al norte y reduje la velocidad en doscientos kilómetros por hora. Eran las 5.45 de la madrugada. Al cabo de menos de una hora, la Fuerza Aérea estadounidense activaría el *alpha scramble*.

Comprobé la radio. Seguía desconectada. Debía permanecer así hasta estar a menos de quinientas millas de la costa. De lo contrario, me obligarían a desviarme.

6.15. A setecientas millas del litoral.

Por el pequeño compartimento de la barbilla del casco me introduje una pastilla en la boca. El fármaco había sido diseñado para mí: un tranquilizante que bloqueaba el pánico sin alterar la concentración.

6.35. Moderé aún más la velocidad.

En el horizonte, una línea fina comenzó a definirse entre el cielo y el mar. Primero, un trazo difuso; luego, tierra firme: la costa oeste de Estados Unidos. En ese preciso momento, la Fuerza Aérea estadounidense estaría intentando contactar conmigo. Al tercer intento fallido, activarían la alerta antiterrorista y pondrían en marcha el protocolo *alpha scramble*. El procedimiento era claro: dos cazas despegarían en menos de cinco minutos de la base más cercana para interceptarme.

Y así ocurrió. Mi radar los detectó al instante. Dos puntos negros que se desplazaban a velocidad supersónica. Eran F-35 Lightning II. Tal y como estaba previsto, acababan de despegar de la Base Aérea de Andrews, la más cercana a la costa californiana.

Activé la radio. Estaba a doscientas millas de la costa. Desde esa altura podía ver con perfecta nitidez la línea de la Pacific Coast Highway, la carretera estatal que conecta San Francisco con San Diego.

Sentí cómo se me cerraba la garganta y me sudaban las palmas dentro de los guantes. Estaba entrando en uno de los momentos más arriesgados de toda la primera fase de la operación.

Los F-35 ascendieron en vertical y me flanquearon con precisión milimétrica. Los sentí antes de verlos: el aullido de las turbinas, la vibración del fuselaje, el cambio de presión en la cabina… Cuando aparecieron a ambos lados, los tenía tan cerca que pude distinguir sus cabinas, las viseras polarizadas y los paneles luminosos flotando sobre sus manos.

El sistema me confirmó su bloqueo. Los tenía encima.

—Su-57, desvíese inmediatamente o será derribado —escuché por radio.

Silencio.

—¡Su-57, desvíese inmediatamente o será derribado! —repitieron con tono marcial.

Sabía lo que debía decir. Lo había ensayado decenas de veces. Aun así, me costó tragar saliva. Llevaba demasiadas horas respirando oxígeno puro. Tomé aire y pulsé el comunicador.

—Aquí Su-57, ¡bandera blanca! No estoy a cargo de ninguna operación ni pretendo hostigar a Estados Unidos. Pido permiso para aterrizar en la base aérea más cercana —contesté, con la voz entrecortada.

—Permiso rechazado —replicaron al instante—. ¡Desvíese inmediatamente o será derribado si traspasa la línea territorial!

Entré en el espacio aéreo norteamericano.

Di el siguiente paso.

—Pido permiso para aterrizar por motivos políticos. Repito: solicito el asilo político en Estados Unidos de América.

—¡Permiso rechazado! ¡Dentro de cinco segundos será derribado si no desvía su rumbo! Cinco, cuatro…

—¡Me llamo Luka Ivanov! Soy oficial de la inteligencia naval rusa. Estoy desertando de mi país. Solicito autorización para aterrizar en la base aérea más cercana y el asilo político. A cambio, estoy dispuesto a colaborar con sus servicios de inteligencia.

Se hizo el silencio. Y yo sabía perfectamente por qué. Los dos cazas estaban consultando con sus superiores, probablemente el Consejo de Seguridad Nacional, cómo debían proceder. Transcurrieron varios segundos que se me hicieron eternos. Y, en ese impás, sentí cómo mi cuerpo comenzaba a traicionarme. El pecho me palpitaba con violencia, como si mi corazón quisiera huir antes que yo. Aumenté el flujo de oxígeno que la máscara me proporcionaba para tratar de recuperar el control de mi cuerpo. Si los americanos no me creían o rechazaban mi ofrecimiento, mi destino era tan inmediato como irreversible: un misil de corto alcance saldría disparado hacia mí y, en milésimas de segundo, mi Su-57 se convertiría en una bola de fuego desintegrándose sobre las costas de Malibú.

En el último momento, creí que perdía el control del caza: la cabina giró levemente a la izquierda y mi visión se estrechó. Justo entonces, la radio crepitó:

—Su-57, tiene autorización para aterrizar en formación —dijo la voz al otro lado—. Será escoltado hasta la base aérea. Cualquier maniobra no autorizada será interpretada como una amenaza y recibirá una respuesta inmediata.

Los dos F-35 se me acercaron aún más para escoltarme durante la maniobra de aterrizaje y asegurarse de que no me desviaba.

Descendimos en picado, pasando a escasos metros de las playas todavía desiertas de la paradisíaca costa californiana.

Acababa de amanecer.

6

Playa Lagoon State
Malibú, California

Archie dormía sobre el colchón desgastado de su autocaravana cuando un estruendo ensordecedor lo arrancó del sueño de golpe. Durante un instante no supo dónde estaba. La Volkswagen T2 en la que vivía se estremeció con aquel rugido que hacía vibrar la chapa y sacudía su interior.

Tardó unos segundos en entender que no era la autocaravana la que rugía, sino el cielo sobre ella. Sobresaltado, se incorporó desnudo, con el cuerpo aún tibio del sueño. El sol empezaba a filtrarse por la lona de la ventanilla y le dibujaba líneas oblicuas en el pecho, como si el amanecer también quisiera tocarlo.

Se giró instintivamente hacia Bella. Seguía dormida.

Con cuidado de no despertarla, se deslizó hasta el cristal trasero. Desde allí, entre reflejos todavía difusos, distinguió tres aeronaves que cruzaban el cielo a muy baja altura. No eran aviones comerciales cargados de turistas rumbo a Santa Mónica. Parecían militares, como relámpagos negros disparados sobre el Pacífico.

Bella seguía ajena a todo, envuelta en las sábanas. Hawaiana, de piel dorada, había ido a Malibú a pasar el verano y se había

apuntado a una de sus clases de surf. La química fue inmediata, de las que empiezan en el agua y terminan sin ropa en una cama. Horas antes habían hecho el amor con esa entrega despreocupada de los cuerpos que saben que no se deben nada, ni siquiera explicaciones.

Archie se enrolló una toalla a la cintura y bajó descalzo a la arena. El aire había empezado a templarse, pero bajo los pies aún podía sentir el frío de la noche; esa era una de las sensaciones que más le gustaban de cada mañana.

Alzó la vista al cielo. Los aviones ya se habían alejado. Entonces reparó en otra cosa: el viento que habían dejado atrás aún corría sobre la arena. Archie frunció el ceño y avanzó unos pasos hacia la entrada a la playa. La pancarta había caído, arrastrada por el vendaval.

La sábana blanca que él mismo había colgado años atrás, su pequeño gesto de resistencia contra la urbanización, ya no colgaba de las dos palmeras. La encontró unos metros más allá, cubierta de arena y enganchada a uno de los postes de madera del paseo marítimo.

Archie coordinaba un grupo de vecinos y activistas que se oponían a la construcción del complejo Malibu Luxury Villas, una urbanización proyectada sobre el faldón de la laguna y que iba a robarles los pocos metros de playa pública que la especulación aún no había devorado.

Malibú ya tenía tres cuartas partes de su litoral ocupadas por gigantes de hormigón donde vivían estrellas de Hollywood,

cantantes y jugadores de la NBA. No solo habían arrasado el paseo marítimo y la vegetación; también habían cerrado el acceso a un mar que antes era de todos.

Quienes se negaban a ser extranjeros en su propia ciudad protestaban cada lunes frente a la Comisión Costera de California, exigiendo que se revocaran los permisos concedidos a la constructora.

Sus esperanzas eran escasas. En el país del culto al dólar, creer que veinte idealistas podían frenar un pelotazo urbanístico era una utopía.

Las amenazas no tardaron en llegar, especialmente contra Archie, como coordinador del grupo:

—No pararemos hasta arruinarte —le decían los abogados trajeados de la constructora—. Ni en tres vidas podrás pagar la indemnización por calumnias que te va a caer.

Pero no le quitaban el sueño. Al contrario: aquellas amenazas, envueltas en trajes impecables y sonrisas afiladas, le arrancaban una media sonrisa. No pensaba rendirse. No mientras quedara un metro de arena libre. La laguna de Malibú merecía ser defendida hasta el último aliento.

Estaba terminando de sujetar la pancarta al tronco de las dos washingtonias cuando un frenazo seco lo hizo girarse. Un coche se había detenido junto al paseo. En su lateral, rotulado en azul y blanco, destacaban las siglas de ANN, American News Network, una de las principales cadenas del país. De inmediato, una mujer trajeada bajó del vehículo, micrófono en mano. Se descalzó con prisa y avanzó por la arena con paso decidido, mientras el cámara

trataba de seguirle el ritmo, hundiéndose torpemente a cada zancada.

—Tres, dos, uno…, ¡dentro! —contó el cámara, alzando la mano.

—Buenos días desde la playa Lagoon State, en Malibú, California. Hace apenas unos minutos, tres aeronaves no identificadas han descendido en picado sobre esta zona en una maniobra extremadamente arriesgada. Hemos intentado contactar con el Consejo de Seguridad Nacional, pero por ahora han declinado hacer declaraciones.

Archie soltó el nudo de la cuerda y se giró sin mirar atrás. Ya había tenido suficiente. Los problemas del sistema le resbalaban. No le interesaba la política ni nada que oliera a poder. Mientras avanzaba, con la arena pegándosele a los pies, pensó en las veces que el Gobierno había manipulado a los ciudadanos con guerras inventadas y amenazas fantasma. Detestaba el *establishment*, los juegos de poder, la corrupción, las mentiras disfrazadas de patriotismo… Por eso nunca había votado. Se negaba a legitimar un sistema que había reemplazado el *We, the people* por un nuevo «nosotros»: el de los poderosos.

—¡Disculpe! —exclamó la periodista justo cuando Archie abría la puerta de su autocaravana—. Estamos en directo para ANN News. ¿Ha presenciado la maniobra de las aeronaves? ¿Cómo ha podido soportar el rugido de las turbinas?

Archie no se inmutó. Le daba igual aparecer semidesnudo en uno de los informativos más vistos del país; lo que le revolvía el estómago era el tono, la frivolidad con la que lo trataban todo. A la reportera le parecía un espectáculo que tres aviones militares hubieran sobrevolado una de las playas más salvajes de California.

Le daban igual la contaminación o el trastorno causado a las aves que descansaban en la laguna durante su ruta migratoria por el Pacífico.

—Déjame en paz —dijo, sin mirarla.

—Por favor, es usted uno de los pocos testigos de lo que podría ser un intento de atentado terrorista. ¿Podría contarnos qué ha visto?

Entonces sí se detuvo. La miró fijamente, cansado de su impertinencia, y por un segundo se acercó al micrófono con una calma que heló el aire.

—Pregúnteselo a sus jefes —dijo—. Viven todos en mansiones por aquí. Igual alguno lo ha visto.

La periodista lo fulminó con la mirada y despidió la conexión.

—¡Tengo un novio famoso que sale en televisión! —gritó Bella desde dentro de la autocaravana.

Archie giró la cabeza, intentando disimular el leve cortocircuito que le provocó la palabra «novio».

Un instante después, Bella apareció en la puerta, desperezándose. Llevaba puesta una vieja camiseta de Archie con el rostro de Harvey Milk; los tirantes apenas sostenían la tela.

—Esa camiseta te queda demasiado bien —murmuró él, todavía embobado.

La vio luminosa: piel dorada, cabello revuelto, mirada tranquila. Bella le devolvió una sonrisa pícara, evocando la noche anterior. Pero el instante se quebró por un arrebato de compromiso:

—Si vamos a tener algo serio, no quiero compartir tu cuerpo con todo el país —dijo ella, con un sarcasmo que no alcanzaba a disimular el reproche.

—¿Cómo?

—Vamos, no disimules. Te conozco poco, pero te tengo calado. Te gusta exhibirte, tienes un buen cuerpo y lo sabes. Pero de ahí a aparecer así en las noticias…

—Bella…

—Y no me malinterpretes, tampoco soy de etiquetas —lo interrumpió—. Llámalo como quieras, pero si después de lo de anoche pretendemos seguir conociéndonos, déjame ser clara: podrías haberte tapado un poco antes de ponerte delante de la cámara.

Archie bajó la vista, rascándose la nuca como quien busca una frase que no llega.

—Bella…, creo que te estás confundiendo.

Ella lo miró fijamente, sin parpadear.

—¿Confundiéndome?

—Sí. No quiero ofenderte, de verdad, pero… lo de anoche fue solo sexo. Nada más.

La expresión de Bella se endureció, como si una puerta se cerrara por dentro.

—Ya. —Asintió con la cabeza, seca—. Pues gracias por aclararlo. La próxima vez que te arrimes con ese aire de chico perdido, sabré que solo buscas cama.

—No es eso…

—Tranquilo. Lo has dejado clarísimo. —Forzó una sonrisa tensa, más de autoprotección que de ironía—. Es lo que hay, ¿no?

—No quería que te hicieras una idea equivocada. No estoy en ese punto. Hace mucho que no lo estoy con nadie.

—No te preocupes, de verdad. —Dio un paso atrás, con la voz ya despojada de emoción—. Voy a recoger mis cosas y me marcho.

Para Archie, aquello se había convertido en una rutina más, como raspar la parafina de la tabla, calentar el té o recargar las botellas de oxígeno del equipo de buceo. Decir que el compromiso no iba con él ya no le producía ni pudor ni culpa.

Con el tiempo, comprendió que era lo mejor. Que todo lo que durara más de un par de noches, por mucho que lo tentara, suponía un riesgo demasiado alto: el de encariñarse con alguien a quien, tarde o temprano, iba a abandonar.

Durante años trató de entender qué se torcía dentro de él, por qué el afecto le oprimía el pecho justo cuando empezaba a asentarse. Se dejó cuidar, se dejó querer. Pero al final, siempre se alejaba.

Y acabó aceptándolo: lo suyo eran los vínculos breves, los encuentros sin promesas. Y con esa certeza, también el remordimiento se fue diluyendo. Ya no sentía culpa por cortar lo que no podía cuidar. Era su modo de vivir, su manera torpe de no hacer daño.

Sin embargo, algo había empezado a cambiar recientemente en él. Ni siquiera el sexo, ese refugio fácil donde antes encontraba placer rápido y olvido, lo movía como antes. Todo le sabía a repetido.

Era hedonista por naturaleza. Amaba la buena comida, la música, la vida lenta y los placeres inmediatos. Y, sobre todo, el cuerpo: la piel, el contacto, la electricidad de un roce. Esa siempre había sido

su forma favorita de sentirse vivo. Pero ahora, el deseo se había vuelto un gesto aprendido. Se acostaba con mujeres hermosas, con cuerpos espectaculares que olían a mar y a verano, pero lo hacía con la inercia de quien cumple un rito en el que ya no cree.

Cuando Bella salió de la autocaravana y le devolvió su camiseta, Archie la miró sabiendo que, en otra época, aquella escena le habría dolido más. Pero no dijo nada. Se limitó a observar cómo se alejaba, con el mar abriéndose a su espalda. Y se quedó allí, ajeno a que, a ciento ochenta kilómetros de distancia, un joven ruso estaba a punto de cambiarle la vida para siempre.

7

Capitolio de Estados Unidos, Washington D. C.

Veintiún congresistas habían sido convocados de urgencia aquella misma mañana. La reunión no figuraba en la agenda de sesiones del Capitolio y, como todas las de la Comisión de Inteligencia, se celebraba a puerta cerrada. La Ley de Seguridad Nacional imponía límites férreos a sus sesiones: ni móviles, ni asesores, ni grabaciones. Los teléfonos quedaban inservibles por los inhibidores de frecuencia instalados en las paredes, y los asistentes juraban confidencialidad antes de cruzar el umbral.

La Comisión Permanente Selecta sobre Inteligencia de la Cámara de Representantes y la del Senado eran los únicos órganos con autoridad para supervisar la actuación de la CIA. Los padres fundadores habían querido asegurarse de que ningún poder escapara al control del pueblo, y la Agencia no era una excepción.

Aquella convocatoria era urgente. Lo habitual era que la Comisión se reuniera dos veces al mes para celebrar audiencias previamente agendadas. En esa ocasión, sin embargo, se trataba de una sesión convocada con apenas cuatro horas de antelación. Algo inusual, teniendo en cuenta que no todos los congresistas vivían en

Washington y que muchos de ellos debían coger un avión cada vez que acudían al Capitolio.

No era el caso de Mitch Callahan, presidente de la Cámara de Representantes. Para el republicano, Washington era su hábitat natural. Había llegado a la ciudad con dieciocho años para estudiar Relaciones Internacionales en Georgetown y ya nunca se había marchado. La política no solo era su profesión: era su vida. A ella se lo debía todo.

Callahan había sido congresista, secretario de Estado y ahora, en la cúspide de su carrera, ocupaba el cargo de presidente de la Cámara Baja: la tercera autoridad del país, tercero en la línea de sucesión, justo cuando el presidente, Robert Brown, se acercaba al final de su segundo mandato.

Entró en la sala RHOB-2359, el recinto blindado donde se celebraban las sesiones de la Comisión. Los veintiún congresistas ya habían tomado asiento. En el estrado, bajo la bandera estadounidense y el emblema de la Cámara de Representantes, aguardaban el director de la CIA, el asesor de Seguridad Nacional, el jefe del Estado Mayor y el director de la NSA. Sus rostros lo decían todo: algo grave había ocurrido.

—Gracias por venir —comenzó el asesor de Seguridad Nacional, Ben Nely, que presidía la reunión—. Como saben, esta madrugada, un caza Su-57 de la Armada rusa ha penetrado en nuestro espacio aéreo sin autorización ni plan de vuelo. El avión seguía la ruta del Pacífico Norte y, cuando fue detectado por los radares de la Fuerza Aérea, no respondió a ninguna de las comunicaciones que le enviamos por radio. En un primer momento se barajó la hipótesis de un atentado terrorista. Desde la Sala de Situación de la Casa Blanca,

el equipo de Seguridad Nacional ha monitorizado, a través de las cámaras de nuestros cazas, la interceptación de la aeronave frente a la costa de Malibú, a unos novecientos metros de altitud.

—¿Cuál era el nivel de alerta? —preguntó Raymond Cutter, congresista octogenario y experto en defensa.

—Se manejaron tres escenarios —contestó Nely—. Escenario uno: piloto inconsciente; eso explicaría la falta de respuesta y la navegación automática activada. Escenario dos: atentado terrorista. De confirmarse, la orden hubiera sido derribar el Su-57 de inmediato.

—¿Y el tercero? —preguntó otro congresista desde la bancada.

—El más improbable: desviación no hostil por fallo técnico; avería en los sistemas de localización o comunicaciones.

—¿Y bien? —insistió Cutter.

—Justo en el momento en que nuestros cazas flanquearon al Su-57 y lograron contacto visual, el piloto inició comunicación por radio. Y ese es el motivo por el que todos ustedes han sido convocados de urgencia —concluyó el asesor de Seguridad Nacional.

—Explíquese —ordenó Mitch Callahan.

El presidente de la Cámara de Representantes no confiaba en las agencias. Ni en la CIA, ni en la NSA. Tampoco en el Consejo de Seguridad Nacional. Estaba convencido de que siempre ocultaban parte de la información, de que cada informe llegaba filtrado por intereses cruzados o conveniencias políticas.

—Luka Ivanov —continuó el asesor— se ha identificado como oficial de la inteligencia naval rusa. Afirma haber desertado y solicita asilo político en Estados Unidos. A cambio, se ofrece a colaborar con

nuestros servicios de inteligencia. Dice que posee información clasificada de altísimo valor geopolítico y estratégico para la nación.

El silencio cayó como una losa sobre la sala. Nadie respiraba. Los congresistas se miraban unos a otros, intentando asimilar lo que acababan de escuchar.

Callahan no reaccionó de inmediato, como si necesitara unos segundos más para encajar cada pieza. Un piloto ruso. En California. Pidiendo asilo. Repitió los elementos en su cabeza y los dejó asentarse. Solo entonces empezó a tomar forma la dimensión del asunto. Lo que Ben Nely acababa de exponer no era un incidente militar aislado. Era un problema diplomático, mediático y político de primer nivel.

—Desde la Sala de Situación, el equipo de Seguridad Nacional decidió autorizar el aterrizaje —prosiguió el asesor—. Ante la magnitud del ofrecimiento, se optó por permitir la maniobra escoltada en lugar de forzar la expulsión. Desde entonces, Luka Ivanov permanece recluido en la Base Aérea de Edwards, a la espera de que esta Comisión determine cómo proceder.

El presidente de la Cámara no dijo nada. Mantuvo la vista fija en el escudo que presidía el estrado, sin apartarla de él, como si la respuesta pudiera estar allí. Como presidente de la Cámara Baja, tenía margen para orientar el voto de los suyos. Pero ese margen no solo era poder. También era responsabilidad. Si salía mal, la decisión llevaría su nombre.

Para él, la política rara vez era lo que parecía. Siempre había intereses en juego, equilibrios que sostener. Los ideales importaban, sí, pero tenían que convivir con otras prioridades.

Había servido cuatro años como secretario de Estado durante el primer mandato de Robert Brown, y conocía de primera mano el riesgo que Rusia suponía para Estados Unidos. Por eso, la historia de Ivanov le resultaba demasiado limpia para ser espontánea. Un oficial ruso que desertaba y ofrecía secretos a cambio de protección sonaba a guion escrito por el enemigo. Rusia había perfeccionado ese arte durante la Guerra Fría.

Sin embargo…, la duda no desaparecía. ¿Y si era cierto? Dejar pasar una oportunidad así sería un error histórico.

El director de la CIA, Michael Harrington, que hasta entonces había guardado silencio, tomó la palabra.

—Congresistas —dijo con voz medida—, corresponde a esta Comisión, en virtud de sus competencias constitucionales, decidir el destino de este supuesto desertor. La información que les ha trasladado el asesor es toda la que tenemos a esta hora. La Agencia no dispone de un análisis de antecedentes ni de un perfil psicológico que permita completar la evaluación. Las opciones son dos: expulsar de inmediato a Luka Ivanov o iniciar el procedimiento de verificación con vistas a su posible reclutamiento.

La verificación de un activo era un procedimiento regulado en la Ley de Contrainteligencia. Consistía en someter al desertor extranjero a pruebas rigurosas, investigaciones de fondo y contrastes de inteligencia para determinar si había repudiado realmente a su país.

Un congresista demócrata tomó la palabra en nombre de su bancada.

—Nuestra posición es clara —dijo—: debemos expulsar cuanto antes a Ivanov. Representa un riesgo demasiado elevado y no

podemos asumir la incertidumbre de una verificación. Extraditarlo a Rusia es lo más prudente; lo contrario sería una irresponsabilidad.

—Discrepo —replicó cortante Mitch Callahan—. No sería ninguna irresponsabilidad que la mejor agencia de inteligencia del mundo, que es la CIA, tuviera la oportunidad de determinar si ese ruso es o no un impostor.

—Señor Callahan, todos recordamos el caso de Magomedov en los noventa y el inmenso daño que causó a nuestras capacidades hasta que descubrimos que filtraba información a Rusia. Si es un agente doble, habrá sido entrenado para…

—Congresista, ¿está dudando de la capacidad de la CIA para verificar la verdadera identidad de ese ruso? —cortó Callahan.

—No manipule mis palabras —contestó el congresista, crispado—. He expuesto la posición de mi grupo y votaremos en consecuencia.

En su interior, Mitch sabía que el demócrata tenía razón. Era arriesgado y estaba demasiado cerca de una línea que no se podía cruzar sin asumir riesgos. Pero había otro factor que no podía ignorar: las elecciones presidenciales. Estaban a la vuelta de la esquina.

No elaboró un plan de inmediato. Se limitó a dejar que la idea tomara forma, encajando lentamente las piezas. Sabía que no era una decisión fácil. Tampoco segura. Pero Callahan estaba convencido de que en política solo triunfaban los valientes.

El director de la CIA lo miró un segundo con cautela, como si tratara de intuir las intenciones del político, y luego tomó la palabra con su tono frío de siempre.

—Congresistas, creo que es momento de someter la cuestión a votación —dijo Michael Harrington—. ¿Votos a favor de iniciar el

procedimiento de verificación de Luka Ivanov con vistas a su posible reclutamiento por la CIA?

Callahan hizo un gesto con la cabeza a sus compañeros de bancada y los doce congresistas republicanos alzaron sus brazos con decisión.

Y aquellos doce brazos en alto marcaron el inicio de una partida implacable sobre el tablero de la geopolítica: el duelo entre los servicios de inteligencia de dos de las principales potencias del mundo: Rusia y Estados Unidos de América.

Al salir del Capitolio, Harrington dio una orden seca a su chófer:

—A Langley.

Había intervenido lo justo durante la sesión por prudencia. En su interior opinaba que la opción más sensata habría sido expulsar a Ivanov de inmediato. Años al frente de la Agencia le habían enseñado que los desertores rara vez llegaban sin red, y que detrás de muchos ofrecimientos se escondían operaciones encubiertas de potencias extranjeras.

No creía en las casualidades, sobre todo cuando venían del Kremlin. Tampoco confiaba en Mitch Callahan: conocía su ambición, su habilidad para convertir crisis en oportunidades; y su brújula ética era, cuando menos, oscilante.

Langley lo recibió como siempre: pasillos largos y desiertos, iluminados por luces frías que no dejaban sombras. Harrington convocó a su núcleo duro en una sala sin ventanas, en la última planta.

—Quiero saber si ese ruso es quien dice ser —dijo sin rodeos—. Si está fingiendo, no lo desenmascararemos con protocolos psicológicos estándar ni con exámenes de conducta habituales. Hace falta algo distinto. Hay que sacarlo del guion. Los rusos son expertos en contraespionaje; debemos desmontarlo desde dentro.

Sabía que no podía permitirse fallar. Un solo error de cálculo podría dejar expuesta a la nación. Tenían que buscar en Ivanov la grieta más pequeña, la fisura que rompiera su máscara, si es que existía.

Durante más de tres horas debatieron y cruzaron hipótesis. Revisaron hasta el último dato disponible sobre el joven ruso, recopilado de bases confidenciales y de informes activados desde el mismo instante en que aterrizó el caza. No se limitaron a su expediente académico o antecedentes familiares; rascaron en sus vínculos afectivos, patrones emocionales y zonas de vulnerabilidad. Necesitaban saber qué lo movía, qué podía quebrarlo.

Pasadas las dos de la madrugada, Harrington se levantó. La camisa remangada, la corbata floja y los ojos hundidos delataban su desgaste:

—Lo tengo —murmuró.

Había diseñado un escenario que no apelaba a protocolos ni a técnicas de inteligencia, sino a la zona más frágil del objetivo. No buscaba poner a prueba su capacidad, sino llevarlo hasta el punto en el que la máscara deja de proteger.

Si Luka Ivanov estaba intentando engañarlos, acabaría delatándose.

El reloj ya había empezado a correr.

8

Base de la Fuerza Aérea Edwards
Condado de Kern, California

Seis hombres me esperaban junto al avión. En cuanto descendí la escalera, me cubrieron la cabeza con una capucha negra antes siquiera de que pudiera respirar aire americano. Fue en esa oscuridad cuando entendí que había dejado de ser Luka Ivanov y que, a partir de entonces, cualquier error sería fatal.

Me metieron en un coche, encajado entre dos cuerpos que no pronunciaron palabra, pero cuya rigidez sentía como un muro. El motor arrancó, y el traqueteo se volvió la única forma de medir el tiempo. No veía nada, pero en mi mente las imágenes se sucedían una tras otra: los entrenamientos, los protocolos, las instrucciones finales de Kira…

No dejaba de preguntarme cuánto sabrían ya de mí. La CIA no necesitaba tiempo, solo intención. Tenía a su alcance la mayor red de información oculta del planeta: bases de datos alimentadas por satélites, escuchas y pactos sucios con gobiernos extranjeros. Podían poner el foco sobre cualquiera y escarbar hasta en las grietas más íntimas de su vida.

En algún momento el coche se detuvo. Una mano me agarró del brazo y me obligó a incorporarme. Caminé a ciegas, guiado por empujones secos, atravesando pasillos que parecían no terminar. Alguien murmuró algo detrás de mí, una orden breve, y todo quedó en silencio. Entonces me arrancaron la capucha y la luz me golpeó en plena cara.

Estaba en una sala desnuda, con las paredes de hormigón, sin ventanas. En una esquina, un colchón hundido y, junto a él, una letrina metálica y una silla oxidada. Los hombres que me habían arrastrado hasta allí salieron sin decir palabra y cerraron con un portazo que sonó a sentencia.

Me quedé solo, junto con el silencio. El miedo se me anudó en el pecho y me cortó la respiración. Me senté en el borde del colchón y respiré hondo. Conté hasta cuatro; después, hasta diez. El temblor seguía ahí, pero no podía permitírmelo. Un oficial de inteligencia que deserta de su país y se ofrece a una potencia extranjera no duda. No tiembla.

Traté de contenerme, pero mi cabeza volaba sola. Entonces apareció Igor. Nunca había necesitado tanto su voz tranquila ni su mano en mi hombro. Una lágrima pugnó por salir y tuve que contenerla con todas mis fuerzas.

Al principio permanecí alerta, convencido de que la puerta se abriría en cualquier momento. Después, el cuerpo dejó de sostener aquella tensión y perdí la noción del tiempo.

El ruido del cerrojo me sacó del letargo. No era capaz de estimar cuánto tiempo había permanecido así. Horas, quizá un día entero.

Dos agentes entraron sin mirarme y me esposaron con destreza. El metal frío me devolvió a la realidad y disipó de golpe el embotamiento que se había apoderado de mí. Me bastó aquel contacto para entender a qué estaba a punto de enfrentarme.

Me condujeron por un pasillo largo hasta una sala de interrogatorios clásica: mesa en el centro, botella de agua, dos sillas enfrentadas, una lámpara colgante y un espejo que devolvía más sombras que reflejos. Me empujaron suavemente hacia la silla y me senté. Miré hacia el espejo, casi como quien saluda. Sabía que detrás de aquel cristal unidireccional había analistas de la CIA estudiando cada rasgo, cada gesto.

Apoyé las manos sobre la mesa e inspiré hondo. Mi pulso no terminaba de asentarse, latía un punto por encima de lo que podía justificar como controlado. No era miedo —o eso me obligué a pensar—, sino una reacción inevitable de mi cuerpo. Un año entero de instrucción debería haber bastado. Cada gesto, cada respuesta, cada silencio estaban ensayados. Y, sin embargo, allí sentado, notaba cómo la seguridad que me habían inculcado no acababa de imponerse.

Valoré quién podía ser la persona que se iba a hacer cargo. En la instrucción habíamos ensayado cuatro escenarios posibles según el interrogador. El más temido: Michael Harrington, director de la CIA. El hombre que no preguntaba para obtener respuestas, sino para desmontarte desde dentro.

La puerta se abrió de nuevo de golpe y entonces lo vi. Era él. Me tocaba enfrentarme al «cirujano», así lo llamaban los informes de la inteligencia rusa por su precisión y frialdad. Que Michael Harrington

en persona me interrogara solo podía significar una cosa: los americanos se habían tomado muy en serio mi ofrecimiento.

Harrington avanzó despacio hasta la silla vacía y se sentó frente a mí con la misma parsimonia con la que, imaginaba, habría hecho caer a decenas de hombres antes que yo. Su sola presencia era imponente, casi insoportable.

No fingió cortesía. Me miró directamente y el silencio se impuso entre los dos. Yo no bajé la mirada. Había entrenado aquello: el silencio como arma y la espera como castigo. Sabía lo que estaba haciendo: buscaba el temblor, el exceso de parpadeo.

Imaginé lo que estaría pensando: que mi cara de niño no encajaba con el prototipo de espía soviético de la Guerra Fría, pero que esa primera impresión no significaba nada. Harrington había visto demasiados lobos disfrazados de cordero como para dejarse engañar por una mirada inocente.

Pasaron fácilmente treinta segundos hasta que, por fin, abrió la boca.

—¿Quién eres? —preguntó el director de la CIA. Su voz era más grave de lo que esperaba: sin afecto, sin prisa.

—Luka Ivanov, desertor de la inteligencia naval rusa —dije, esforzándome por mantener el tono firme.

—Eso ya lo dijiste ayer.

—Es la verdad.

Harrington entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante.

—¿Por qué estás aquí, Luka Ivanov?

—Por venganza —dije, bajando la voz, como si me doliera pronunciarlo.

—Puedes mentir mejor que eso. ¿Por qué estás aquí? —repitió.

—Rusia se ha convertido en un país autocrático que no respeta las libertades ni los derechos humanos. No quiero seguir fingiendo lealtad a un sistema que aplasta los derechos que afirma proteger.

Harrington no cambió el gesto.

—¿Eres homosexual?

La pregunta me sacudió. Sabía que, desde mi aterrizaje el día anterior, la CIA habría hurgado en cada pliegue de mi pasado. Que sus tentáculos se habrían deslizado por los rincones más íntimos de mi biografía. Pero ¿también eso? ¿También lo que ni yo mismo me atrevía a nombrar?

—No —respondí, sin saber bien si decía la verdad o si ocultaba una para la que aún no estaba preparado.

—Entonces, dime, ¿qué derechos y libertades te han sido arrebatados? ¿Qué te ha hecho Rusia, Luka? ¿Qué te ha hecho tu patria para que la traiciones? ¿Para que escupas sobre el nombre de tu familia?

Sentí que algo empezó a tensarse dentro de mí. No por el contenido de sus preguntas, sino por cómo parecían dirigidas a algo que ya tenía en mente.

—Ingresé en inteligencia naval para servir a mi país, para proteger a sus ciudadanos. Creí, ingenuamente, que mi trabajo ayudaría a prevenir atentados, a salvar vidas —dije, intentando reconducir la conversación—. Pero con el tiempo descubrí que no trabajaba por la seguridad de nadie. Lo que hacía solo tenía una dirección: la guerra. La guerra contra este país. Y no quiero ser parte de eso.

—Recitas muy bien, Luka —dijo, reclinándose en la silla con la tranquilidad de quien no necesita fingir—. ¿De qué murió tu padre?

Fue otro golpe calculado. Cada pregunta del director era una embestida dirigida al punto exacto de fractura. Me pregunté entonces si solo estaba jugando conmigo. Si ya conocía la verdad y solo se entretenía antes de acusarme formalmente de intento de conspiración contra Estados Unidos.

—Mi padre falleció el mes pasado de un infarto —dije, fingiéndome abatido.

—¿Y por qué no cubrieron su ataúd con la bandera rusa, Luka? ¿Un alto mando de Rusia Unida y juez de la comandancia de Moscú, enterrado sin honores? Un infarto… muy extraño, ¿no crees?

Una gota de sudor frío me recorrió la espalda. La CIA había hurgado hasta en el funeral de mi padre. Mi pie derecho empezó a temblar. Aparté la mirada, aunque sabía que no debía hacerlo. Los nervios me estaban ganando la partida.

—Fue una decisión de mi madre. Ella no quiso que el entierro se convirtiera en un acto político.

—Tu madre… —repitió Harrington, dejando que el eco de esas dos palabras flotara entre nosotros—. ¿Por qué le haces esto, Luka? ¿Crees que tu deserción no va a poner su vida en riesgo?

Me estaba desmontando pieza por pieza. Ahora usaba a mi madre como palanca. Harrington se sacó un teléfono del bolsillo interior de su chaqueta y lo dejó con calma sobre la mesa. Sus dedos se deslizaron por la pantalla, y al instante se escucharon tonos de llamada. Mi respiración se aceleró. Pensé que no se atrevería, que era solo una amenaza, pero no lo era.

—¿Dígame?

La voz era temblorosa, apenas un susurro. La reconocí al instante. Era ella.

—¿Dígame? —repitió.

—¿Mamá? Soy yo, Luka —logré decir con la voz rota.

Pude oír cómo contenía el aliento.

—Luka… Dios mío… ¿Dónde estás?

Tuve que cerrar los ojos.

—Me he tenido que marchar…

—¿Marcharte? —Hubo un silencio breve, como si no lo entendiera —. Luka, ¿dónde estás?

—Mamá…

—¿Te ha pasado algo? —preguntó, sin aire—. ¿Cuándo vas a volver a casa?

—No lo sé…, pero, por favor, no sufras. Estoy bien.

Respiré entrecortadamente, intentando contener el llanto que me subía por la garganta.

—Hijo, te escucho distinto, sé que te pasa algo. Ven a casa, por favor…

Harrington se inclinó sin decir una palabra y colgó el teléfono con la serenidad de un verdugo que ha cumplido su cometido.

Me quedé helado. La mesa, la silla, el cristal…, todo empezó a girar. Con un movimiento brusco, descargué las manos esposadas contra la botella derramando el agua sobre la mesa y salpicando la camisa del director de la CIA.

—¡No me has dejado despedirme de ella! —vociferé, con una rabia que no pude contener—. ¡Llámala otra vez!

El director no dijo nada. Se limitó a observarme, inmóvil, con una calma que dolía.

Mi respiración seguía desbocada, aún cargada de rabia, pero mi mente empezaba a pedirme que volviera a tomar las riendas de mis

emociones. La partida no había hecho más que empezar. Tenía que seguir jugando.

—Michael —dije, mirándolo con una firmeza que apenas lograba sostener—, no hace falta que sigas con esta farsa. Tengo información. Información real. Valiosa. Si no te interesa, dímelo y nos ahorramos este teatro.

Harrington entrecerró los ojos. No dijo nada.

—Operación Cumbre Vieja —dije al fin, observando con atención el más mínimo gesto en su rostro, esperando una reacción.

—Curioso nombre para una operación rusa —dijo, con sarcasmo.

—¿Conoces el volcán?

—Aquí las preguntas las hago yo —replicó cortante.

Decidí avanzar.

—Rusia planea provocar el colapso del flanco occidental.

Harrington dejó escapar una risa breve, casi despectiva.

—¿Eso es todo lo que tienes? —Negó con la cabeza—. ¿Que pretendéis derribar media montaña en España?

—Cuando esa «media montaña» —enfaticé— caiga sobre el Atlántico, dejará de ser solo un problema español.

Por primera vez percibí un cambio en su mirada. En los ojos de Harrington se encendió un brillo casi imperceptible, pero suficiente.

—Año 2001, Simon Day y Steven Ward. Publicaron una investigación sobre ese volcán. —Hice una pausa—. Un escenario concreto: la ladera oeste sufría un colapso masivo y se desplomaba hacia el mar. De golpe. Millones de toneladas de roca deslizándose hacia el Atlántico en cuestión de segundos.

Silencio.

—La investigación señalaba que el océano respondería de inmediato: un tsunami de dimensiones devastadoras, olas de decenas de metros arrasarían las islas Canarias y cruzarían el Atlántico en cuestión de horas. La costa este sería arrasada antes de que nadie pudiera reaccionar.

—Conozco esos estudios —dijo—. Y también lo remota que es la posibilidad de que algo así suceda.

—Si fuera tan improbable, no vigilaríais tan de cerca el volcán.

Harrington frunció el ceño.

—Sabemos que la NASA controla el Cumbre Vieja desde el espacio. Satélites como Landsat 9, Terra o Sentinel-1 monitorizan cualquier variación térmica o morfológica. Especialmente desde la erupción de 2021.

Harrington apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿Y cómo se supone que tu país va a provocar el derrumbe de una montaña?

—Esos son los detalles que te ofrezco a cambio de asilo político. Puedo ayudaros a detener un desastre que arrasaría vidas y ciudades enteras en cuestión de horas.

Harrington se recostó lentamente, cruzando los brazos.

—Esto no funciona así, Ivanov. —Su voz sonó calmada, pero afilada—. No estamos aquí para negociar condiciones. Si tienes algo que valga la pena, empieza a hablar. Si no, te extraditaremos mañana.

—Sin garantías no puedo dar detalles. —Por primera vez, sentí que el tablero dejaba de estar inclinado y la partida se igualaba—.

Solo te diré esto: Rusia planea sumir bajo el agua gran parte de la costa este del país.

Durante unos segundos no dijo nada, pero su mandíbula se tensó ligeramente. Luego se levantó despacio, recogió la carpeta de la mesa y la cerró con un golpe seco.

—Hemos terminado —dijo con frialdad.

Dio un paso atrás, dispuesto a marcharse.

—Espera. —Mi voz sonó firme.

Avanzó hacia la puerta.

—No voy a perder más tiempo —dijo mientras la abría.

—Dame un minuto más. Solo un minuto.

Harrington no respondió, pero su mano quedó suspendida sobre el pomo.

—El Cumbre Vieja estuvo activo por última vez en 2021. Fue una erupción de nivel VEI 3 que acentuó la erosión de una ladera ya muy deteriorada.

El director de la CIA se giró despacio.

—Tu minuto se ha acabado.

—La cara oeste del Cumbre Vieja quedó en un estado crítico —me apresuré a decir—. La inteligencia rusa lo sabe, y desde entonces ha desplegado una red de estaciones submarinas alrededor de la isla de La Palma para forzar el colapso del volcán.

Él entrecerró los ojos, como si analizara lo que le acababa de decir.

—Se trata de dispositivos anclados al talud submarino, donde el flanco del volcán se prolonga bajo el mar. Cuando se activen, generarán pequeñas fisuras en la roca a través de un sistema de inyección profunda, suficientes para que la ladera ceda y se

desprenda sobre el océano. Las olas os alcanzarán al cabo de nueve horas. Y todo parecerá un accidente natural.

Se volvió a sentar.

—¿Quién y cómo se supone que ha depositado esas estaciones?

—Submarinos rusos —respondí—. Bajo protocolos de mínima firma acústica. Los servicios de inteligencia españoles no han detectado nada.

Harrington tragó saliva. Su seguridad pareció vacilar levemente.

—Una historia interesante —dijo con un tono que no dejaba entrever nada.

El director de la CIA se levantó y caminó hacia la puerta con paso firme. Antes de abrirla me sostuvo la mirada. Fue solo un segundo, pero bastó para hacerme dudar.

—A veces, el mejor espía es el que ni siquiera sabe para quién trabaja.

Y se fue.

Me quedé inmóvil, sin saber si acababa de ganar mi primera batalla o de firmar mi condena de muerte.

9

La vida de Archie nunca fue sencilla. Sus padres lo abandonaron cuando tenía tres meses, y durante mucho tiempo no supo entender lo que eso implicaba. No había recuerdos, ni escenas a las que aferrarse; solo un vacío que fue llenando como pudo con los años.

En algún momento dejó de buscar explicaciones. Entendió que no hubo una decisión consciente, sino un impulso que no llegó a sostenerse. Nació una vida y murió un amor.

Creció en el hogar de acogida de Santa Mónica, un edificio de ladrillo rojo frente al mar. Desde las ventanas del piso superior se veía la línea azul del Pacífico, inmensa y serena; dentro, en cambio, todo era más opresivo. Archie compartió habitación con niños marcados por historias de violencia, abandono y abuso; y pronto aprendió a convivir con esa tristeza sin dejarse arrastrar por ella.

Buscaba el mar cada vez que podía. Frente a aquella inmensidad, el orfanato perdía peso. Allí corría, nadaba, se tumbaba sobre la arena caliente y miraba al horizonte como si, al otro lado, alguien hubiese dejado una puerta abierta. Durante años, Venice Beach fue lo más parecido a un hogar.

Ese vínculo con el océano acabó moldeándolo más que la familia que no tuvo. Le dio una forma de libertad. Archie creció con la

costumbre de abrirse a los demás sin pedir permiso, de vivir hacia afuera.

A los dieciséis años, el sistema lo empujó a la adultez. Sin familia, sin dinero y sin estudios superiores, Archie fue consciente de que la vida no iba a ser fácil para él. Durmió donde pudo y trabajó en lo que encontraba: un taller de bicicletas en Long Island, unos cuantos bares que lo explotaban… Todo fugaz, todo mal pagado.

Una tarde, mientras el sol caía sobre Santa Mónica y el mar se teñía de cobre, un hombre se le acercó. Era alto, con canas cuidadas y una sonrisa que no sabía envejecer.

—Tienes un físico perfecto —dijo mientras sus ojos se deslizaban lentamente por el cuerpo de Archie—, las facciones cuadradas más buscadas en el mundo de la moda, el pelo ondulado…

Le acercó una tarjeta plastificada con un logotipo dorado: una agencia de modelos. A Archie aquello le pareció una broma, pero cuatro días después ya estaba posando para una marca de bañadores.

Esa etapa duró varios años. Catálogos, campañas de surf, ropa interior, revistas de estilo de vida… Su cuerpo era su pasaporte. Y él lo lucía con una mezcla perfecta de descuido y magnetismo.

Archie era atractivo sin pretenderlo: libre, salvaje, con una mirada inocente y pícara a partes iguales. La piel bronceada, el pelo revuelto, el torso trabajado entre olas y corrientes… Era de los que no necesitaban esforzarse para despertar deseo.

Su físico fue la puerta de entrada a la agencia de modelos y también la de salida. El dueño, un hombre de familia tradicional y discurso conservador, creyó que el cuerpo que le llenaba los bolsillos también le pertenecía. Archie lo permitió durante demasiado tiempo,

hasta que un día, cansado de que aquellas manos sucias lo tocaran como quien revisa una mercancía, recogió el cheque de su último encargo, salió por la puerta y no volvió jamás.

Con sus ahorros, se compró una Volkswagen T2 verde menta y decidió construir una vida sobre ruedas. Recorrió la costa oeste como un nómada del sol, con su tabla de surf atada al techo y una botella de oxígeno que recargaba con la generosidad de los clubs de buceo.

Era libre. Sin calendario, sin destino fijo. Conoció paisajes hermosos y mujeres que lo convirtieron en un adicto a los encuentros breves. Amó sin red ni compromiso. A veces por unos meses, a veces solo por una noche. Y aunque muchas lo intentaron, ninguna logró retenerlo.

Disfrutó mucho, demasiado, de aquella vida desenfrenada. Pero sin que él lo advirtiera al principio, aquella sucesión de orgasmos sin futuro fue dejando en su interior una huella difícil de borrar. Tras cada noche inolvidable había un amanecer vacío.

Con el tiempo, Archie descubrió que la libertad también desgasta. Cada intento de construir algo duradero acababa igual: él salía por la puerta sin mirar atrás, con una mezcla de culpa y alivio.

Hasta que lo asumió. Entendió que sus huidas y su manera de vivir habían dibujado un camino del que ya no podía desviarse. Y se convenció de que la felicidad solo podía encontrarla así: lejos de cualquier compromiso, siguiendo la marea que lo había hecho libre… y prisionero al mismo tiempo.

Un día decidió volver a sus orígenes. Después de años recorriendo la costa oeste desde la bahía de San Diego hasta Dabob, sintió que necesitaba detenerse. Y eligió Malibú. Aparcó su furgoneta en la

arena de la playa Lagoon State y se prometió que no volvería a marcharse.

Con el dinero justo para aguantar unas semanas, se presentó a un concurso de buceo local. Lo ganó. Lo suyo no era destreza, era instinto puro. Un miembro del jurado, vinculado a la Liga de Apnea y Buceo de Estados Unidos, lo fichó en cuanto lo vio emerger.

Empezó a entrenar con él y muy pronto llamó la atención. En las prácticas de inmersión superaba con holgura los tiempos del resto: mantenía la dirección pese a las corrientes, localizaba objetos sin apenas visibilidad y administraba el aire con una eficiencia que ningún instructor lograba explicarse.

En menos de dos años, Archie era imbatible. En 2023, la Federación Internacional de Actividades Subacuáticas lo reconoció como el mejor buceador del mundo.

Desde entonces, vivía del agua. Daba clases de buceo y surf en la misma playa que consideraba su casa. Y entre clase y clase, volvía a ser el chico de Venice Beach, el que no tenía nada pero lo tenía todo: una vida sin dueños y el mar como único testigo de sus pasos.

Se despertó con los primeros rayos de sol colándose por la ventana trasera de su Volkswagen. Solo, sin nadie a su vera. Desde que Bella se marchó enfadada, ninguna persona había vuelto a probar sus encantos. Y a decir verdad, no lo había echado de menos.

Vivir en una autocaravana varada en la ladera de la playa no era solo una elección para él. Era una forma de estar en el mundo. Cada mañana, al abrir la puerta, la brisa salada le revolvía el pelo antes del primer bostezo.

Para Archie, trabajar y disfrutar eran sinónimos. Ganarse la vida en el mar le parecía un privilegio raro, casi un milagro. Sabía que pocos podían decir lo mismo, y por eso se sentía tan afortunado. El mar le daba lo que ningún otro lugar: la certeza de estar vivo. Si el oleaje era intenso, se lanzaba a surfear. Deslizarse sobre el agua le devolvía una sensación de equilibrio que no encontraba en tierra. Y cuando el mar se calmaba, bajaba a sus profundidades, donde todo se ralentizaba y podía mimetizarse con la naturaleza.

Aquella mañana, Archie desayunó lo de siempre: té chai y pan con manteca de cacahuete. Nada parecía diferente, pero algo estaba a punto de romper la calma en la que vivía.

Por la ventana de la autocaravana vio que empezaban a llegar los primeros alumnos. Salió descalzo, con el neopreno bajado hasta la cintura, y les dio la bienvenida.

Doce personas se habían apuntado a la clase de buceo. Una de ellas, morena, de ojos verdes y cuerpo atlético, no dejó de mirarlo desde que se presentó. No hacía el menor esfuerzo por disimularlo. Sostenía la mirada con una mezcla de descaro y curiosidad que no pedía permiso.

Él le devolvió el mismo interés, dejando que la tensión se instalara entre ambos, fantaseando con lo que podía nacer de aquel intercambio de miradas.

La clase comenzó con unas nociones básicas sobre la arena. Archie les enseñó a respirar, a aletear, a entender las corrientes y leer el oleaje. También la posición adecuada para saltar desde la lancha y las precauciones necesarias durante la inmersión.

Cuando estaban a punto de zarpar, se le acercó un hombre alto y corpulento, de ojos negros.

—¡Perdona! ¿Puedo unirme a la clase? —preguntó, visiblemente acelerado—. Acabo de llegar.

—Lo siento, la clase está completa. Tienes que reservar tu plaza antes.

Conseguir un hueco libre en una de sus clases era casi imposible, sobre todo en temporada alta en Malibú.

—Te pagaré lo que haga falta. Pero, por favor, déjame participar —insistió.

—De verdad, no puedo. No sería justo con los que están en lista de espera.

—Te lo ruego… Mañana regreso a Atlanta y no quiero despedirme de este paraíso sin descubrir ese fondo marino del que todo el mundo habla.

Archie dudó. Entendía el deseo de aquel desconocido. Malibú no era un lugar que se olvidara con facilidad, y si uno no buceaba allí al menos una vez en la vida, no llegaba a conocerlo de verdad.

—¿Has buceado antes? ¿Has hecho algún bautismo?

El hombre no dudó.

—Sí, claro. Pero en otros sitios.

Al final cedió. Lo hizo sin saber que aquella decisión, *a priori* inofensiva, estaba a punto de marcar un antes y un después en su vida.

El tipo se llamaba Oliver. Y no se molestó en darle las gracias, como si la negativa nunca hubiera sido una opción real para él.

Los alumnos se enfundaron los neoprenos y, entre todos, arrastraron la lancha mar adentro hasta que empezó a flotar con holgura y pudieron subirse. Oliver se sentó frente a Archie y no tardó en centrar toda su atención en él. Lo observaba con

intensidad, escaneando cada rasgo de su cuerpo, de la cabeza a los pies.

El trayecto hasta el centro de la bahía de Santa Mónica, donde Archie solía fondear, duró poco más de media hora. Tiempo suficiente para que Oliver comenzara su particular interrogatorio. Le preguntó dónde vivía, si tenía familia, si estaba a gusto con su trabajo. También se interesó por sus logros. Quiso saber si eran ciertos los rumores. Archie asintió sin darle demasiada importancia. Le confirmó que en 2023 la Federación Internacional de Actividades Subacuáticas lo había reconocido como el mejor buceador del mundo.

Fue muy sutil, casi imperceptible. Oliver le pidió ayuda para ajustarse el chaleco y Archie, con la rutina de quien lo había hecho cientos de veces, se acercó para ayudarlo. En ese momento, Oliver giró ligeramente el cuerpo y su mano rozó la de Archie con un gesto rápido. El surfero notó una ligera punzada en la yema del dedo. Pensó que quizá se había clavado un ganchito del velcro o un saliente metálico del equipo. No le dio importancia. Solo retiró la mano, la sacudió levemente y siguió con la clase.

Aquella punzada, provocada por una microaguja retráctil, fue una extracción de sangre. Con ella obtuvieron su ADN. El engranaje había empezado a girar y Archie ni siquiera era consciente de ello. Aquel agente disfrazado de alumno fue su primer contacto con una agencia que representaba a la perfección el *establishment* y los juegos de poder que él tanto detestaba.

La clase terminó pasadas las doce. Archie ayudó a los alumnos a recoger el equipo, y uno a uno se fueron despidiendo. La chica de ojos verdes le dedicó una sonrisa cargada de intención antes de

alejarse por la pasarela de madera. Archie respondió con un leve movimiento de cabeza y, cuando se dio la vuelta, se encontró con Oliver de pie, junto a la lancha.

—¡Si te has quedado con ganas de más, no te voy a dar otra clase! —soltó Archie, con una amplia sonrisa mientras se sacudía la arena de las manos.

—Me quedé con ganas de hablar contigo —respondió Oliver, más serio de lo que Archie esperaba.

El tono lo descolocó. Había algo en su actitud que no cuadraba. Ya no era el tipo entusiasta maravillado con la idea de bucear en Malibú. Había algo más tenso en sus gestos.

—¿Hablar… de qué? —preguntó Archie, alzando una ceja mientras colgaba la manguera del equipo en su soporte.

—No aquí. Necesito un lugar más tranquilo.

Archie lo miró de reojo, sin borrar del todo su sonrisa. Se inclinó para recoger las aletas y respondió sin apartar la vista del equipo:

—Si se trata de una propuesta indecente, no me interesa.

Oliver no se rio. Solo lo miró, en silencio.

—Es otro tipo de propuesta. Algo que creo que te va a interesar.

Archie ladeó la cabeza, desconfiado.

—¿De qué se trata?

—Dame cinco minutos. Solo cinco.

Archie se pasó la toalla por la nuca, empapada de sudor y sal. Empezaba a irritarlo aquella insistencia. No sabía qué pretendía Oliver, pero su intuición empezaba a advertirle de que aquello no era una simple conversación entre desconocidos.

—Mira, Oliver, yo ya tengo mi vida hecha. Trabajo en lo que me gusta, vivo donde quiero y no necesito nada más. No sé a qué te

refieres, pero de verdad que no me interesa.

—Es algo que ni siquiera puedes imaginar. Necesito que me escuches.

—Explícate de una vez —replicó, molesto.

Oliver dudó. Echó un vistazo a su alrededor. La playa estaba casi desierta; solo una pareja de turistas caminaba cerca del paseo. Sacó un documento doblado del bolsillo lateral de su mochila y se lo tendió.

Archie lo abrió y leyó el contenido en silencio. El documento llevaba el membrete de ABC Real Estate. En él, el director general de la promotora se comprometía a cancelar la construcción del complejo Malibu Luxury Villas si Archie Corrigan aceptaba la oferta de trabajo que Oliver Anderson le proponía.

—¿Qué clase de broma es esta?

—No es ninguna broma. Si aceptas, no solo se anulará el proyecto, sino que el gobierno federal aprobará una protección especial para toda la laguna de Malibú. Ni una sola villa más. Nunca.

Archie sintió que Oliver se estaba burlando de él.

—¿Aceptar el qué? ¡No me conoces de nada! Solo te he dado una clase de buceo. ¿Te estás quedando conmigo?

—No. Archie, todo esto es muy serio. Necesito que aceptes. Nosotros cumpliremos contigo. El resto lo entenderás más adelante.

—Ni de coña. ¡No pienso aceptar una propuesta que ni siquiera conozco! —espetó, retrocediendo un paso.

Oliver guardó el papel con calma.

—Prepara una maleta para dos días. Te espero en el paseo. En tus manos está paralizar la construcción de ese resort de lujo. La

conservación de todo lo que te rodea depende única y exclusivamente de ti. Tienes cinco minutos.

Y sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se alejó hacia el paseo.

Archie se quedó quieto, con el corazón acelerado y la mente hecha un torbellino. Llevaba años luchando por proteger la laguna, firmando peticiones, organizando protestas, enfrentándose a la constructora… Y por primera vez, la posibilidad de salvarla dejaba de parecer lejana. Aquello podía ser real.

Respiró hondo y volvió a su autocaravana. Metió en una mochila dos camisetas, unos pantalones cortos y su cepillo de dientes y pegó en la ventana una nota para sus alumnos:

CLASES SUSPENDIDAS TEMPORALMENTE

En el paseo, un Chevrolet negro de tamaño desproporcionado lo esperaba con el motor encendido. Archie se acercó a la puerta y, al instante, como si quisiera darle la bienvenida, se encendió un punto de luz en la maneta.

Entró en el coche y fue incapaz de adivinar dónde debía sentarse. No había asientos convencionales. En su lugar, el interior se organizaba alrededor de una mesa central, con superficies tapizadas en cuero blanco. Oliver estaba sentado en el asiento del copiloto. Al volante, un hombre de rasgos asiáticos y espalda ancha; llevaba una camiseta negra demasiado ceñida y un pinganillo en la oreja.

El conductor lo miró por el espejo retrovisor interior y arqueó las cejas.

—¿Piensa presentarse así en Langley?

—¿Así cómo? ¿Langley? ¿Qué es Langley?

—Da igual.

Encendió el motor y, con un acelerón, se pusieron en marcha.

10

Gran Palacio del Kremlin, Moscú

La sala de prensa del Kremlin estaba abarrotada. Cientos de periodistas, cámaras y fotógrafos se apretaban unos contra otros, intentando conseguir un ángulo mejor. Llamaba la atención la cantidad de medios extranjeros presentes, también norteamericanos, cuyos micrófonos sobresalían entre el mosaico de siglas internacionales.

De pronto, dos uniformados de la Guardia Presidencial de la Federación Rusa avanzaron hasta el centro de la sala y golpearon tres veces el suelo con la punta de sus sables. Entonces, los portones dorados se abrieron con un leve crujido metálico. Al fondo, una figura comenzó a perfilarse bajo la luz de los focos. Caminaba con paso firme, marcial, la vista al frente y el rostro implacable. Era Dimitri Petrov, ministro de Asuntos Exteriores.

Varios periodistas comenzaron a murmurar, sorprendidos por su expresión crispada. Petrov avanzaba con el ceño fruncido y los labios apretados. Sin saludar ni mirar a nadie, se detuvo frente al atril de madera dispuesto en el centro y colocó con precisión unos documentos sobre la bandeja. Levantó la mirada, recorrió la sala con ojos fríos y severos y esperó.

En cuestión de segundos, el murmullo se apagó; solo quedó el zumbido de las cámaras y la expectación contenida de quienes intuían que algo importante estaba a punto de anunciarse.

—Buenos días —comenzó, con voz grave—. El Gobierno de la Federación Rusa quiere informar del refuerzo de su presencia en la región ártica…

Kate Sullivan, corresponsal de ANN News en Moscú, apenas escuchaba. Solo esperaba su turno.

La intervención del ministro continuó varios minutos más, durante los cuales desgranó los detalles del despliegue.

—… queremos garantizar la seguridad de nuestras rutas marítimas y de nuestros intereses estratégicos en la zona. Muchas gracias.

Petrov cerró la carpeta.

El ministro solo admitió una pregunta, que fue concedida a la televisión pública del Kremlin, un medio plenamente alineado con la postura oficial y que nunca se desmarcaba de las directrices del Gobierno y la Duma.

Kate esperó a que terminara de responder. Entonces, se puso en pie. La responsable de prensa se giró de inmediato, visiblemente molesta.

—Señor ministro, ¿tiene conocimiento el Gobierno del incidente protagonizado por un Su-57 de la fuerza aérea rusa frente a las costas de California?

Un murmullo recorrió la sala.

—La declaración ha terminado —anunció la responsable de prensa con gesto severo.

Kate dio un paso al frente, tratando de interpelar una vez más a Petrov.

—Señor ministro, ¿no tiene nada que decir sobre la interceptación por Estados Unidos de ese caza?

Petrov ya se había apartado del atril y avanzaba hacia la salida. Durante un instante pareció ignorarla, pero, a medio paso, se detuvo.

—Le recomendaría prudencia antes de difundir ese tipo de afirmaciones —dijo sin mirarla, con un tono cortante, casi despectivo.

Y se marchó.

Kate salió del Gran Palacio del Kremlin por la puerta lateral, la que utilizaban los periodistas acreditados. En los alrededores se alzaban las postales más icónicas de Moscú: la Plaza Roja, la cúpula de San Basilio, la Torre Spasskaya y la catedral del arcángel Miguel. Pero Kate no estaba allí para admirar monumentos. No era una turista, ni tenía tiempo para serlo. Caminaba deprisa, con el abrigo aún entreabierto y el gesto tenso, intentando sacudirse la impresión de haber tensado más de la cuenta un margen que, en un país sin libertad de prensa, apenas existía.

Se sentía frustrada, desplazada. Después de años cultivando fuentes en el Capitolio, de moverse entre senadores, asesores y lobistas, cubrir un conflicto diplomático en Moscú le sabía a destierro. Su lugar estaba en Washington, frente a los micrófonos del Capitolio, no bajo el cielo gris de una capital extranjera que detestaba y hablando un idioma que aborrecía.

No habían pasado ni cuarenta y ocho horas desde que ANN News le había comunicado, justo tras el directo en Malibú, su traslado temporal a Moscú. La cadena quería que cubriera el conflicto diplomático que acababa de producirse. Y no pudo negarse. Ni

siquiera tuvo tiempo de hacer la maleta. Tras el directo en la playa con aquel bohemio engreído, regresó a Washington y un coche de la cadena la llevó al aeropuerto para tomar el primer vuelo a Moscú.

Kate había hecho carrera en los pasillos del Capitolio y en los bares que lo circundaban, donde se citaba con congresistas y senadores para obtener información. Su objetivo eran las intrigas partidistas, las negociaciones sobre el techo de deuda, las presiones de los lobis y los recovecos de los caucus.

Su trabajo la apasionaba. En Estados Unidos, la prensa no era un observador lejano, era un actor imprescindible del proceso político. Las filtraciones interesadas a periodistas formaban parte del juego, eran una herramienta habitual de congresistas y senadores. Una forma, a menudo poco ortodoxa pero eficaz, de mover piezas y alcanzar objetivos.

Kate sabía más del Partido Republicano que la mayoría de sus dirigentes. Con sus exclusivas, había elevado a unos y destruido a otros. Años atrás había revelado escándalos de financiación, *affaires,* negocios oscuros… Era una pieza más del tablero político sin necesidad de presentarse a unas elecciones. Formaba parte del llamado cuarto poder: un ecosistema mediático con una extraordinaria capacidad de influencia sobre la opinión pública y las corrientes sociológicas norteamericanas.

Su carrera, sin embargo, se había torcido por motivos ajenos al periodismo. Cinco años atrás había iniciado una relación con Mitch Callahan, el entonces secretario de Estado.

Lo conocía desde sus primeros años como periodista política. Lo admiraba. Mitch Callahan era carismático, letal en los pasillos del poder, y tenía un instinto político casi animal. Sabía anticiparse a las

crisis, colocarse junto al ganador y desaparecer justo antes del derrumbe. En menos de cuatro legislaturas, había pasado de redactar discursos a ocupar el cargo de presidente de la Cámara de Representantes.

Kate fue testigo directo de aquel ascenso. Y también su cómplice. Era su periodista de confianza. Él le filtraba información comprometedora sobre sus adversarios y ella la convertía en titulares. Ambos salían beneficiados. No existían dilemas morales entre ellos. Todo lo que Kate publicaba era cierto. Cómo lo obtenía Mitch, o si era ético traicionar a compañeros de partido, era algo que ella no se cuestionaba.

La relación se mantuvo en secreto hasta que un error la destapó. Una noche, tras un largo pleno, Mitch la recogió con su coche oficial. Pensó que nadie los vería, pero un asesor demócrata los fotografió y subió la imagen a Twitter. Desde entonces, todo cambió. ANN News no lo pasó por alto. A pesar de su línea editorial equilibrada, la cadena era percibida como más cercana a los demócratas, y la relación de su periodista estrella con un republicano de alto rango fue considerada un conflicto de interés.

La dirección alegó que Kate había perdido su objetividad. Y aunque seguía siendo una de las periodistas más respetadas y reconocidas del país, le retiraron las coberturas nacionales y la destinaron a cubrir asuntos de política internacional que la mantuvieran apartada del Capitolio.

Mientras caminaba por la plaza Ivanovskaya, Kate sacó el teléfono de su bolso. Iba a llamar a Mitch para contarle la rueda de prensa

que acababa de cubrir, pero un movimiento hizo que se detuviera. Cuando estaba a punto de pulsar el icono de llamada, una mujer se cruzó frente a ella. Llevaba una acreditación de prensa colgada al cuello; el logotipo le pareció, por un instante, el de Discovery Rusia.

—Sígueme —le dijo, sin detenerse ni mirarla a los ojos.

Kate vaciló apenas un segundo. Pensó en lo absurdo de seguir a una desconocida en mitad de Moscú. Estuvo a punto de detenerse, pero algo la empujó a avanzar. Y la siguió.

La mujer apuró el paso y se internó en el parque Zariadie sin mirar atrás. Kate tuvo que acelerar para no perderla. La seguía a unos metros de distancia, con cuidado de no llamar la atención.

El recorrido se abría y cerraba en tramos irregulares. La figura de aquella mujer desaparecía por momentos entre los desniveles del terreno y las curvas del camino, obligando a Kate a aumentar el ritmo para evitar perderla del todo.

Cruzaron el parque hasta el extremo que daba al río. Allí, junto a un pequeño anfiteatro se alzaba un puente flotante en forma de V, suspendido sobre el Moscova. Desde su vértice, la ciudad se abría en una panorámica perfecta: la catedral de San Basilio, las torres del Kremlin y las estrellas rojas sobre las cúpulas.

La mujer se detuvo en el centro del puente y, por primera vez, se giró hacia Kate.

—Aquí podremos hablar con más tranquilidad —dijo, apoyando una mano en el cristal que bordeaba la pasarela.

A su alrededor, apenas había gente. Unas pocas personas cruzaban la plataforma en silencio, moscovitas que caminaban

deprisa concentrados en sus asuntos.

—Me llamo Mariya Lebedeva. —Su voz sonó serena—. Soy periodista. He trabajado en varios medios locales… El más importante, RNNT News, hasta que lo cerraron.

Mariya continuó, sin apartar la vista del río.

—Tan solo tratábamos de hacer periodismo independiente —añadió—. Pero en Rusia la verdad tiene dueño. Primero nos retiraron las acreditaciones, luego empezaron las amenazas anónimas, los grafitis en la fachada… Nos acusaron de conspirar para subvertir el orden público y atentar contra la estabilidad del Estado. Y al final nos cerraron. Una orden ejecutiva de la Duma les bastó.

Kate estaba incómoda. La escuchaba sin entender el motivo de aquella confesión. No sabía si esa mujer buscaba ayuda o simplemente a alguien que la escuchara.

—Desde entonces me ha costado mucho encontrar trabajo —continuó—. Haber pasado por RNNT News te marca. Nadie quiere buscarse problemas. Al final, el año pasado, conseguí entrar como *freelance* en Discovery Rusia. No es un medio generalista, pero me permite seguir cubriendo política. Por eso voy a las ruedas de prensa del Kremlin.

Kate cruzó los brazos, buscando una postura de equilibrio entre la cortesía y la desconfianza.

—¿Por qué… me estás contando todo esto? —preguntó.

La joven giró la cabeza.

—Porque sé quién eres.

Kate arqueó una ceja.

—¿Me conoces?

—Por supuesto, Kate Sullivan. Supe que quería ser periodista el día que te vi en televisión destapar el DCgate. Me impresionó tanto verte enfrentarte al poder, sola, con aquella exclusiva…

Kate sintió un nudo en la garganta. Aquellas palabras la conmovieron más de lo que habría querido admitir.

—Gracias —dijo sincera, atrapada por la nostalgia.

Aquellos años en los que sus artículos podían tumbar gobiernos parecían lejanos, casi irreales. En 2006, había estado a punto de ganar el Pulitzer por aquella investigación. El DCgate destapó una red institucional que usaba documentos privados y declaraciones fiscales con fines políticos. Kate publicó los correos en los que el jefe de gabinete de la Casa Blanca pedía al Servicio de Impuestos Internos expedientes tributarios de líderes opositores para filtrarlos a la prensa y desgastarlos políticamente.

—Eres un referente para mí, Kate. Cuando te he visto formular la pregunta e insistir en la rueda de prensa, he estado a punto de acercarme, pero… no quería que nadie te viera conmigo. Preferí esperar y buscar un sitio más discreto.

Kate sonrió, conteniendo la emoción.

—¡Para ya! Vas a conseguir que me eche a llorar.

Por un instante, el hielo se rompió entre ellas. A Kate la fascinaba que su voz hubiera resonado a miles de kilómetros e inspirado incluso vocaciones periodísticas.

Mariya respiró hondo. Su tono cambió.

—Iré al grano —dijo, y su expresión se endureció—. Te he pedido que me acompañaras porque necesito contarte algo importante. Necesito que me ayudes.

Kate asintió, incómoda.

—Si algo he aprendido en estos años es que, en Rusia, las cosas nunca son lo que parecen. Lo más verosímil suele ser lo más falso. Y lo que contradice la lógica oficial… suele esconder la verdad.

Kate la miró sin comprender del todo.

—Antes de contarte lo que sé, necesito que te comprometas, Kate. —Su tono era firme, casi solemne—. Quiero que me digas que me vas a ayudar a llegar hasta el final.

—¿A qué te refieres?

—Necesito que me ayudes a desenmarañar todo lo que está pasando. Y a contarlo. Quiero que, cuando termines la cobertura y regreses a tu país, publiques la verdad. El mundo tiene que entender que Rusia dejó de comportarse como un Estado democrático hace mucho tiempo.

Kate la observó en silencio, visiblemente desconcertada. Durante unos instantes, solo se escuchó el murmullo del río bajo el puente.

—Mariya…, no puedo comprometerme a publicar algo que no conozco… Ni siquiera sé de lo que estamos hablando. Ni lo que está en juego —dijo al fin, con cautela.

La periodista rusa apretó la barandilla de cristal.

—En juego está mi vida. Y la de mi familia. Por eso necesito a alguien que no tenga miedo de publicar lo que aquí no puede ni siquiera decirse.

Kate trató de procesar sus palabras. Había llegado a Moscú para cubrir un incidente puntual, no para abrir una investigación en un país donde las reglas no eran las mismas que las del suyo. Cuando ANN News se cansara de esperar una declaración oficial que no iba a producirse, la enviarían de vuelta a Washington. Lo razonable era mantenerse al margen. Y, sin embargo, algo le impedía hacerlo. En

Mariya percibía una mezcla de idealismo y convicción que la impulsaba a ayudarla.

Respiró hondo, para intentar acallar la voz interior que le advertía de que aquello no acabaría bien.

—De acuerdo —dijo al fin—, te ayudaré.

Mariya asintió, con una sonrisa apenas visible, y miró a su alrededor antes de continuar.

—¿Te suena el nombre de Luka Ivanov?

Kate negó.

Mariya esbozó una leve sonrisa de conformidad, como si esperara esa respuesta.

—Luka es el piloto del caza que fue interceptado frente a la costa de California.

La americana no dijo nada, a la espera de algo más.

—En Rusia se está tratando de silenciar el incidente. Ya has visto la reacción del ministro cuando has preguntado…

Kate exhaló por la nariz.

—El nombre lo he conseguido gracias a la mejor fuente que tengo —continuó Mariya, bajando un punto la voz—. De los doce pilotos que participaron en las maniobras, el que desvió la trayectoria y acabó en Estados Unidos es Luka Ivanov.

—¿Y qué tiene eso de extraño?

—Todo.

La periodista extranjera arqueó ligeramente una ceja.

—Luka odia el ejército y la guerra. Su pasión son las bellas artes. Es muy extraño que ese chico haya hecho algo así.

Kate la escuchaba con atención, enroscando un mechón de su cabello entre los dedos.

—¿Cómo sabes todo eso, Mariya?

—Espera, no te adelantes —le pidió—. Luka siempre tuvo una relación complicada con su padre. Boris Ivanov era un juez militar duro, autoritario. Un hombre educado bajo los viejos códigos soviéticos que nunca mostró afecto por su hijo. Quería que se alistara en el ejército, pero Luka siempre se negó.

Kate la observó con atención.

—Mariya… —dijo, midiendo cada palabra—, no quiero que te molestes, pero… todo eso son solo suposiciones.

La joven negó con la cabeza.

—Kate, el carácter de ese chico es incompatible con el ejército y con verse implicado en un asunto así. Hay algo que no encaja, y necesito que me ayudes a descubrir qué es. Estoy convencida de que detrás de todo esto hay algo muy grande.

Kate suspiró.

—Mariya, quizá estás viendo fantasmas donde no los hay. Has vivido la censura en primera persona, te cerraron el medio, te marginaron como periodista… Es normal que desconfíes de todo…

—Escúchame bien, Kate. —La voz de Mariya sonó firme, cortante —. No son conjeturas ni sospechas. Luka Ivanov formó parte de mi familia.

Kate se quedó inmóvil.

—¿Qué?

—Mi hermano Igor estudió Ingeniería Aeronáutica con él. Mantuvieron una relación sentimental hasta que Luka desapareció sin dejar rastro.

Una punzada de inquietud se instaló en el pecho de Kate. Por un instante, su mente voló a Washington. Su instinto le decía que las

cosas estaban a punto de torcerse.

11

Base de la Fuerza Aérea Edwards
Condado de Kern, California

Durante varios segundos, no fui capaz de adivinar dónde estaba. No reconocía aquel techo agrietado en el que mis ojos se habían quedado fijos. Tuve que parpadear un par de veces para empezar a recordar.

Estaba en Estados Unidos, en una base de la Fuerza Aérea cercana a la costa californiana. El recuerdo del interrogatorio con el director de la CIA se me vino encima como un alud. Quizá el dolor de cabeza era por eso. Por Harrington. Por su forma de mirar, de escarbar. Durante casi tres horas me manipuló como un neurocirujano sin guantes: me abrió el cráneo, hurgó entre mis recuerdos y lo cerró sin anestesia.

Las palabras de mi madre me dolían más. Aún escuchaba con perfecta nitidez su voz rota al otro lado del teléfono pidiéndome que volviera a casa. Cerré los ojos un instante, pero no sirvió de nada. Su voz seguía ahí, dentro de mí.

Todo lo había hecho por ella. Eso me repetía una y otra vez. Para liberarla de las garras de mi padre y darle una vida que no estuviera marcada por el miedo. Y, sin embargo, ahora volvía a imaginarla sola

en casa, caminando de un lado a otro, pendiente de cualquier ruido, de cualquier llamada.

Había cambiado un miedo por otro. Había desaparecido su marido, pero también lo había hecho su hijo.

Por un momento pensé que me había equivocado, que quizá no tendría que haber aceptado. Pero ya no había vuelta atrás. Estaba en otro país, a merced de la agencia de inteligencia más poderosa del mundo, sosteniendo una mentira que no había hecho más que empezar.

La incertidumbre se me hacía cada vez más insoportable. No sabía qué iban a hacer conmigo. Cuando terminó el interrogatorio, me devolvieron a aquella sala sin ventanas y no volví a ver a nadie.

La CIA era metódica e infalible. No dejaba cabos sueltos. La mayor parte del interrogatorio tuve la sensación de que me habían descubierto y que solo estaban jugando conmigo. Fue solo al final, cuando mencioné la operación Cumbre Vieja, cuando algo cambió. Harrington, que hasta entonces se había mostrado implacable, aflojó la tensión. No fue mucho, pero lo suficiente para percibirlo. Por primera vez, tuve la impresión de que mis palabras despertaban en él cierto interés. Pero no estaba seguro. Tal vez era solo otra de sus maniobras. En aquella sala de interrogatorios, nada era lo que parecía.

Con torpeza, logré incorporarme; mi cuerpo aún dudaba de si debía seguir obedeciéndome. Mi uniforme seguía en la silla, arrugado, con el sudor seco de los últimos tres días. Me lo puse pieza por pieza, abrochando los botones en un intento de recuperar algo de compostura.

Las botas me hicieron detenerme.

Me senté en el borde del colchón y las tomé con ambas manos. Me las calcé con una lentitud casi reverencial. En el interior de la bota derecha, oculta dentro de una diminuta cavidad de la lengüeta, seguía la única garantía si todo se torcía: la cápsula. Mi último recurso.

No había otro sitio para esconderla. El uniforme y las botas eran lo único que iba a quedar de mí cuando aterrizara. Si algo fallaba, si la CIA sospechaba, si yo dudaba en el momento equivocado, no habría tiempo para explicaciones. Bastaría con un movimiento, un acto reflejo.

La cápsula tenía el tamaño de una lenteja. Nunca quise saber qué contenía. Solo que, llegado el momento, bastaría con morderla. Muerte cerebral en cuestión de segundos. El corazón se me pararía poco después.

—Gajes del oficio —me había dicho Kira.

Durante días no pude dormir. La sola idea de tenerla tan cerca me quemaba la garganta. ¿De verdad iba a ser capaz de hacerlo? ¿De decidir mi propia muerte en un segundo? Aunque la certeza de ser descubierto me helaba la sangre, seguía convencido de que nunca tendría el coraje suficiente.

—Esa situación nunca se dará —me aseguró ella—. Pero si sucediera, lo harás. No será una decisión. Será instinto. Igual que parpadeas ante el peligro.

Quise creerla. Quise pensar que no habría duda, que todo sería automático. Pero cada vez que me calzaba las botas, el miedo volvía.

Me aferraba a la idea de que, llegado el momento, no habría tiempo para decidir. Que la muerte se deslizaría dentro de mí de

forma silenciosa y me apagaría antes de que pudiera comprender lo que estaba ocurriendo. Un segundo, quizá dos. Y luego, la nada.

Casi parecía un privilegio. Sobre todo, si lo comparaba con la muerte que tuvo mi padre.

Ocurrió una mañana de cielo plomizo. Boris Ivanov atravesaba el patio central de la comandancia general con una cartera de piel negra en la mano derecha repleta de expedientes clasificados, informes internos y aquel viejo código castrense que siempre lo acompañaba. Sobre el antebrazo izquierdo, el abrigo gris del uniforme doblado con precisión militar.

Kira me contó que el procedimiento fue limpio.

Al llegar a su despacho, mi padre cambió la cartera de mano para liberar la derecha. No sabía que el pomo metálico de la puerta había sido rociado, minutos antes, con Novichok, un gas nervioso invisible y letal.

Solo tenía que tocarlo.

Giró el pomo sin pensar y entró. A partir de ahí, el reloj empezó a correr.

Durante los primeros minutos no notó nada. Probablemente se sentó, abrió la cartera, ordenó sus papeles… Puede que incluso hiciera alguna llamada. Pero en algún momento, quizá al ajustar la montura de las gafas, rascarse la nariz o pasarse la mano por la cara, el veneno entró en contacto con las mucosas y los pulmones. Y entonces comenzó.

Primero una leve opresión en el pecho, luego calor en las sienes, la lengua entumecida. Intentó levantarse, pero las piernas ya no respondían. El gas había empezado a bloquear sus receptores nerviosos. Sus pupilas se contrajeron hasta desaparecer, sus globos

oculares se volvieron blancos. Su cuerpo convulsionó, empezó a babear sin control.

Murió solo. Asfixiado. Incapaz de pedir ayuda. Incapaz de entender por qué.

Cuando Kira abrió la puerta, lo encontró tirado junto al escritorio, con un brazo doblado bajo el torso y la cabeza ladeada en un ángulo imposible. Su rostro ya no tenía expresión: la boca entreabierta y un rastro de espuma en la comisura de los labios.

Kira llamó a emergencias y repitió la versión oficial: el juez ha sufrido un infarto. No hubo autopsia. Dos días de luto y un entierro sin honores militares ni de partido.

Así de eficiente.

Así de ruso.

Un golpe seco en la puerta me devolvió al presente.

Me incorporé con el pulso acelerado. Por un instante creí que venían a ejecutar la sentencia que ya había imaginado. Pero aquellos agentes no llevaban guantes, ni esposas. Parecían relajados, casi amables. Uno de ellos, de mandíbula cuadrada y ojos claros, dio un paso al frente.

—Señor Ivanov, ¿puede acompañarnos?

Me desconcertó el tono. Y las palabras. Asentí en silencio y caminé tras ellos por un pasillo que nos llevaba hasta el exterior. Al cruzar una compuerta metálica, la luz me cegó durante varios segundos. Ante mí se abrió una explanada de hormigón inmensa con líneas pintadas de blanco. A lo lejos, los cazas de la Armada estadounidense brillaban bajo el sol. Algunos estaban alineados con

precisión milimétrica, listos para despegar. Otros yacían en hangares, rodeados de mecánicos que trabajaban entre humo, ruido y olor a queroseno.

El trasiego de personas era constante. Pilotos y técnicos iban y venían sin parar. Me sorprendió ver que muchos de ellos no parecían mayores que yo. Rostros imberbes, decididos, con el uniforme ceñido al cuerpo. La mayoría tenían la complexión de atletas olímpicos: espaldas anchas, brazos muy marcados.

Seguí caminando, cada vez más confundido. Nadie me decía nada. Los dos agentes que me habían acompañado habían desaparecido. Por un instante pensé que se trataba de otro juego de Harrington. Otra maniobra psicológica.

Me quedé quieto. Respiré hondo y traté de aparentar tranquilidad perdido en aquella inmensa pista de despegue.

Un rugido de motor me hizo girar la cabeza. Un caza despegó a toda velocidad al fondo de la pista, levantando una nube de polvo que cubrió momentáneamente la visión. Entre las partículas suspendidas, una silueta emergió caminando con paso tranquilo, como si acabara de salir del humo.

Era él. Michael Harrington, con sus gafas oscuras y una gorra que le ocultaba parte del rostro, cruzaba la explanada. Llevaba una carpeta en la mano y una expresión de seguridad absoluta.

Se acercó a mí. Cuando estuvo lo bastante cerca, levantó ligeramente una ceja y dijo:

—¿Sabes que tienes pinta de espía en paro?

No supe si reír o enderezarme. Me limité a sostenerle la mirada.

—Vamos, Ivanov. Acompáñame.

Y sin esperar respuesta, echó a andar.

Avanzamos juntos unos metros por la pista, entre el rugido lejano de los motores. Harrington no decía nada. Solo caminaba con parsimonia, las manos en los bolsillos.

Nos detuvimos junto a una zona de césped chamuscado por el sol. El director de la CIA bajó la mirada y se inclinó apenas. Allí, entre las grietas de la pasarela de hormigón, se movía una pequeña criatura. Un escarabajo, negro y brillante, intentaba cruzar el suelo caliente a toda prisa.

Harrington lo observó en silencio. Luego, sin previo aviso, lo tocó con la punta del zapato y lo giró panza arriba. El insecto quedó inmóvil por un instante, con las patas agitándose en el aire. Parecía desorientado, completamente vulnerable, ridículo en su esfuerzo por volver a su eje.

—¿Sabes lo que pasa cuando un escarabajo queda así? —dijo Harrington, aún mirándolo—. Entra en pánico. Pierde la orientación. Y la mayoría muere antes de conseguir girarse.

Me mantuve callado.

—Es una forma de tortura, en el fondo —añadió—. No hay que hacerle daño. Solo hay que dejarlo así. Verlo luchar hasta que se rinde a la muerte.

Luego, sin más, bajó el talón.

El crujido fue viscoso, como si hubiese pisado fruta podrida. Un líquido espeso se escapó por el borde de su suela.

Harrington se limpió la bota en el bordillo de la pasarela. Luego se volvió hacia mí.

—A veces la tortura es innecesaria —dijo con tono suave—. Solo hay que recordar lo que uno es. Y lo que puede acabar siendo si se empeña en ir en la dirección equivocada.

Me sostuvo la mirada. Yo no dije nada.

—Tenlo presente, Ivanov —concluyó—. Aquí, todos los movimientos se observan. Y todos los errores se pagan.

Y echó a andar de nuevo.

Seguí caminando tras él, en silencio, pero algo dentro de mí se revolvía. ¿Por qué me había dicho eso? ¿Era una advertencia sutil? ¿O una amenaza directa? Intenté convencerme de que todo había sido una puesta en escena, una teatralidad propia de un tipo como Harrington.

Se detuvo junto a un mirador metálico elevado que daba directamente al final de la pista de despegue. Desde allí, se alcanzaba a ver el horizonte del desierto de Mojave, y más allá, las líneas de la falla de San Andrés.

Harrington apoyó los codos en la barandilla y contempló el paisaje. No dijo nada al principio. Dejó que el silencio se instalara entre nosotros, solo interrumpido por el rugido lejano de otro caza que despegaba.

Se giró entonces, con la carpeta aún bajo el brazo.

—Te va a ser concedido el asilo político en Estados Unidos, Ivanov —anunció con tono solemne.

No reaccioné de inmediato. Me apoyé en la barandilla y la estructura metálica crujió con mi peso. Tragué saliva y fingí seguridad. Harrington acababa de pronunciar la frase que llevaba días esperando. Los americanos habían aceptado mi ofrecimiento.

—Gracias, señor.

—Te va a ser concedido el asilo político —repitió—. A cambio, vas a ser reclutado para la CIA. Y eso significa una sola cosa: cumplir con tu palabra. Desde el mismo instante en que pongas un pie en

Langley, te comprometerás a revelarlo todo: operativos en los que estuviste asignado, protocolos, identidades de agentes encubiertos… Y sobre todo: la operación Cumbre Vieja. Queremos todos los detalles, la ubicación exacta de las estaciones submarinas, la tecnología utilizada… Absolutamente todo. ¿Me has entendido?

—Sí.

—Si decides ocultarnos algo —hizo una pausa— o, peor aún, mentirnos, créeme que no vas a tener tiempo de arrepentirte. Serás aplastado inmediatamente como un mísero escarabajo. ¿De acuerdo? —insistió elevando el tono.

—Sí, señor. Será un honor para mí trabajar para la CIA.

—Mañana mismo iniciarás tu instrucción práctica.

—¿Instrucción práctica, señor?

—Hemos revisado tu historial.

Harrington abrió ligeramente la carpeta que llevaba bajo el brazo.

—Consta instrucción en artes marciales, nivel básico. —Pasó una página—. Pero nada de buceo.

No pude evitar la reacción. Habían llegado mucho más lejos de lo que esperaba.

—Y lo vas a necesitar —continuó—. Vas a trabajar en inteligencia naval. Es el campo en el que más útil puedes serles a la agencia y al país. Para eso, primero debes ser instruido en buceo técnico operativo. Esa división va a ser requerida para realizar operaciones submarinas y encontrar las estaciones de las que me hablaste.

—De acuerdo —contesté sin estar del todo convencido.

12

Pacific Coast Highway

Avanzaban hacia el sur por la Pacific Coast Highway. A su derecha, las playas de Will Rogers se abrían junto al océano, salpicadas por las inconfundibles casetas de los socorristas californianos.

Archie conocía bien esa autopista: la había recorrido en su Volkswagen, con el mar a un lado y la libertad al volante. Lo que nunca imaginó fue que un día la surcaría a bordo de un enorme Chevrolet, acompañado por dos tipos que trabajaban para una empresa misteriosa dispuesta a ofrecerle un trabajo del que aún no sabía nada.

—¿Dónde vamos? —preguntó por enésima vez—. ¿Qué es Langley?

—He dicho que pronto lo sabrás —lo cortó Oliver.

Archie resopló y miró por la ventanilla, invadido por el arrepentimiento. Había sido un inconsciente.

Se desviaron por la zona del muelle de Santa Mónica, justo a la altura del acuario, para tomar la Interestatal 10. La autopista cruzaba el país de oeste a este, pero no era ese su destino. Apenas unos segundos después, cogieron el primer desvío con un giro seco. Un cartel anunciaba la entrada al aeropuerto.

El cuerpo de Archie se estremeció. Nada tenía sentido. La promesa de frenar la urbanización ya no sonaba a oportunidad, sino a anzuelo.

—Quiero bajar del coche —exigió, nervioso.

—No va a ser posible —contestó Oliver.

—¿Cómo que no va a ser posible? ¡Te estoy diciendo que quiero bajarme, tío! ¡Para el coche ahora mismo! —Archie se inclinó hacia delante y empezó a zarandear el reposacabezas del conductor—. ¡Voy a llamar a la policía, joder!

—Estamos a punto de llegar, tranquilízate. Te espera personal de la agencia. Ellos te lo explicarán todo. Yo no estoy autorizado para darte detalles.

—¿Agencia? ¿Qué agencia? —gritó.

El coche, lejos de aminorar, aceleró todavía más.

Atravesaron tres controles de seguridad a toda velocidad. Oliver enseñó una tarjeta azul en cada punto de acceso y las barreras cedieron al instante.

El Chevrolet irrumpió en la pista del aeropuerto y avanzó por el lateral sin reducir la marcha. Archie, pegado al cristal, vio desfilar aeronaves comerciales, luego *jets* más pequeños y, al fondo, en una zona apartada, una hilera de aviones privados.

Se detuvieron frente a uno de ellos: de color negro brillante, sin logotipo alguno. Solo una diminuta bandera de Estados Unidos adornaba la cola del avión.

Oliver salió y le abrió la puerta.

—Hemos llegado. Baja.

Archie dudó solo un segundo. Luego actuó por instinto. Se lanzó fuera del coche de un salto y echó a correr. Llevaba chanclas, pero

no le importó. Corrió a ciegas, con todas sus fuerzas. El corazón le golpeaba como un tambor de guerra mientras buscaba una salida por la que poder escapar. A lo lejos vio la valla metálica que cercaba la pista y cambió de dirección, decidido a escalarla. Pero no llegó. Un tirón seco lo detuvo en pleno impulso. Dos manos gigantes lo levantaron en el aire como si fuera un muñeco de trapo. Sus piernas quedaron suspendidas, pataleando inútilmente. Giró la cabeza, jadeando, y entonces lo reconoció: era el conductor del coche, imperturbable, con la calma de quien repite un protocolo aprendido. Aquel asiático fornido lo sujetó con fuerza del antebrazo y, sin pronunciar palabra, comenzó a arrastrarlo de vuelta hacia el avión.

A lo lejos, mientras tiraba de él por la pista, emergió una figura entre el reflejo del fuselaje. Archie parpadeó. Una mujer pelirroja bajaba con lentitud por la escalerilla desplegada. Llevaba un vestido de oficina ceñido y tacones de vértigo. Descendía despacio, como si el tiempo jugara a su favor.

Cuando aquella mujer tuvo a Archie delante, lo recorrió con la mirada de arriba abajo, sin disimulo. Se detuvo en la parte baja de su torso, justo donde la camiseta dejaba ver su abdomen. Los pantalones del surfero, sueltos y caídos, dejaban al descubierto sus oblicuos marcados con una perfección casi obscena.

—Mal hecho, Archie —dijo con voz melosa—. ¿De verdad creías que podías huir de nosotros corriendo en chanclas por la pista de un aeropuerto? —Sonrió, divertida.

Se acercó más a él y le rozó la mejilla con los dedos.

—Escúchame bien. Te estamos dando una oportunidad. No la arruines… Si lo haces, créeme, las cosas pueden ponerse muy feas para ti.

—¿Qué oportunidad? ¿Dónde vamos? —soltó Archie, casi sin aliento.

—Volamos a Langley.

—¿Otra vez Langley? ¿Qué coño es Langley?

—Virginia. Sede central de la CIA. Sube al avión.

—¿Qué? —exclamó él.

Megan se giró y comenzó a subir la escalerilla. Él vaciló un instante, lanzó una última mirada a la pista y terminó siguiéndola.

—Bienvenido a bordo. Siéntate donde quieras —dijo ella al llegar arriba. Su voz ahora era suave, envolvente—. Soy Megan Foster, directora de Operaciones Encubiertas de la CIA y la responsable del operativo al que vas a ser asignado.

13

Capitolio, Washington D. C.

Había algo casi ceremonial en la forma en que se sentaban. Eran cuatro hombres de trajes oscuros, relojes suizos y pelo engominado. Los conocía a todos, por nombre y por facturación anual. Representaban a conglomerados distintos: inteligencia artificial, tecnología militar, infraestructura energética y una farmacéutica que dictaba la política sanitaria sin necesidad de pisar el Capitolio. Sectores diferentes, pero un mismo lenguaje: el del poder.

Mitch Callahan los había citado al margen de su agenda oficial, en su despacho del ala oeste del Capitolio. Las persianas a media altura dejaban pasar una luz tenue, de final de la tarde. Sobre la mesa, una caja de puros entreabierta, *bourbon* y una carpeta azul.

—Agradezco que hayan venido a pesar de que los hayamos convocado con tan poca antelación —dijo Mitch, rompiendo el silencio—. Lo que voy a plantearles no es oficial. Ni definitivo. Pero exige la máxima reserva.

Los cuatro hombres lo miraron sin asomo de emoción. Compartían un mismo interés: estar siempre un paso por delante. Su instinto para anticiparse a lo que otros ni siquiera veían les había hecho ganar a lo largo de los años cientos de millones de dólares.

—Estoy valorando una decisión —continuó Mitch—. Una decisión que abriría una nueva etapa. No solo para mí. También para quienes decidan acompañarme si al final doy el paso.

Los cuatro hombres cruzaron sus miradas.

—¿Está hablando de las primarias? —preguntó sin rodeos el del fondo.

Mitch no respondió de inmediato. Se levantó con gesto controlado, caminó hacia el ventanal y entreabrió ligeramente la persiana. La cúpula del Capitolio emergió como un recordatorio de todo lo que estaba en juego.

—Estoy hablando de una oportunidad —dijo sin girarse—. Y de la necesidad de saber, antes de tomar la decisión, si cuento con ustedes o no.

El más veterano de los presentes entrelazó las manos.

—Entendemos su ambición, Mitch, y valoramos su trayectoria. Pero tiene que saber que hay otros candidatos ya en movimiento —dijo, dando por hecho a qué se refería—. Con estructuras. Con capital. Con base electoral.

—Y con garantías —añadió otro—. Si entra en la carrera, tendrá que demostrar que puede ganarla. Nadie invierte en incertidumbre.

Mitch asintió despacio. Lo había previsto. Esa sería la primera barrera: el escepticismo. Volvió a su asiento, abrió la carpeta azul con el sello del Comité Nacional Republicano y la deslizó hacia el centro de la mesa.

—Encuestas internas. De esta semana. Sin anuncios. Sin campaña. Sin que nadie me haya oído siquiera insinuar una candidatura.

Los cuatro se inclinaron a mirar. Uno arqueó una ceja. Otro silbó apenas, sorprendido.

—Está tercero. Por encima de Bailey. A siete puntos de Michelle McDonnell.

—No está mal… Pero…

Mitch esperó a que terminaran de leer y luego cerró la carpeta con la palma de la mano.

—Entiendo sus dudas. Pero no los he citado solo para mostrarles encuestas.

Mitch se reclinó ligeramente.

—Ustedes están analizando el tablero. —Hizo una pausa breve—. Yo estoy trabajando en la partida.

—¿A qué se refiere? —preguntó el CEO de la multinacional de tecnología militar.

—Muy pronto ocurrirá algo que va a devolver a Estados Unidos al lugar que nunca debió perder. El pueblo americano lleva años pidiendo recuperar el liderazgo, el predominio que nuestro país tenía en el mundo… Y yo se lo voy a dar.

—¿Estamos hablando de política exterior?

—No puedo darles detalles. Solo asegurarles que hay movimientos en marcha que aún no han salido a la luz. Cuando lo hagan, el escenario cambiará. Y las encuestas también.

Un zumbido que provenía del bolsillo interno de su americana lo interrumpió. Como miembro de la Comisión de Inteligencia, Mitch tenía un teléfono de línea segura y cifrada, un terminal que casi nunca sonaba. Estaba reservado para emergencias o asuntos confidenciales que no podían discutirse por líneas convencionales susceptibles de interceptación.

El republicano pensó que se trataría de un aviso de batería baja. Pero un segundo zumbido, más prolongado y vibrante, lo puso en alerta. Introdujo la mano en la americana con disimulo, colocó el terminal sobre su pierna y marcó el código de desbloqueo. Una burbuja azul apareció en el centro de la pantalla.

«Llámame, es urgente. Kate».

Leyó el mensaje y frunció apenas el ceño. Durante un instante pensó en ignorarlo. Kate estaba en Moscú haciendo su trabajo, y él tenía asuntos más urgentes entre manos. Pero el canal elegido no era el habitual.

Se disculpó con una fórmula escueta y dejó a los cuatro magnates solos en el despacho. Ya en los baños del Capitolio, se aflojó el nudo de la corbata y marcó el número de su mujer.

—¡Cariño!

—¿Qué pasa, Kate? Acabo de leer tu mensaje —dijo nervioso—. ¿Estás bien?

—Sí, tranquilo. Pero necesito contarte algo.

—¡Joder, Kate! No vuelvas a hacer esto. Me has sacado de una reunión importante. Sabes que esta línea solo puede usarse para temas clasificados. ¿No podías esperar a esta noche?

—No.

La periodista le relató toda la conversación con Mariya.

—Kate, por favor. ¿De verdad le das crédito a una niña jugando a ser periodista de investigación? —la interrumpió con tono despectivo.

Aquellas palabras la irritaron. Sintió que su marido la estaba ridiculizando.

—Solo te estoy diciendo que la excuñada de ese chico cree que algo raro está pasando.

Mitch se pasó la mano por la frente, conteniéndose. Sabía que Kate solo estaba preocupada por él. Además, ella atravesaba un momento complicado en lo profesional. Y, aun así, seguía siendo su apoyo más firme. Y fue esa lealtad la que le hizo cruzar, una vez más, la línea. A pesar de que las deliberaciones y los acuerdos de la Comisión de Inteligencia eran confidenciales, el político, amparado en la privacidad de la línea segura, le relató todo lo sucedido.

—¡Mitch, me dejas más preocupada!

Él cerró los ojos un segundo, conteniendo la respuesta.

—¡Entonces fuiste tú quien impulsó el procedimiento de verificación de ese chico! —continuó—. Imagina por un momento que Mariya tiene razón. Que Luka Ivanov está metido en algo… —Dudó un instante—. En una operación de contraespionaje…

—¡Por el amor de Dios, Kate! —insistió él—. La CIA se está encargando de todo. Están investigando su trayectoria, contactos, familia… No va a quedar un solo capítulo de la vida de Luka Ivanov por destapar. Pasado mañana empieza su verificación bajo confianza inducida.

La confianza inducida consistía en hacer creer al aspirante a la CIA que ya había sido reclutado, con la intención de que se relajara y mostrara sus verdaderas intenciones. Para ello, colaboradores de la agencia trataban de ganarse su confianza para corroborar que realmente estaba interesado en servir, de buena fe, a Estados Unidos.

—¿Y tú pretendes que confíe más en el testimonio de esa periodista cuyo único dato relevante es que Luka Ivanov es

homosexual?

Kate dejó escapar un resoplido.

—Estás cegado por el éxito, Mitch. ¿De verdad no lo ves? Eres el presidente de la Cámara Baja, el máximo responsable de la Comisión de Inteligencia. Fuiste tú quien evitó que Luka Ivanov fuera expulsado del país como pedían los demócratas. ¿Puedes imaginar, por un momento, que Mariya tenga razón y que ese joven ruso…?

—Kate, su captación aún no está decidida —la cortó, bajando el tono—. La agencia primero tiene que verificarlo y asegurarse bien. Yo me limité a presionar a la comisión para que iniciara el procedimiento…

—Solo te pido, Mitch, que te distancies. Aléjate de todo lo que tenga que ver con Luka Ivanov, que sea la CIA la que se encargue de todo. Tengo un mal presentimiento…

—De acuerdo…

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, cariño. Todo va a salir bien.

Mitch se despidió de su mujer y salió de los baños del Capitolio con una leve sonrisa. Tenía la sensación de que las cosas estaban encajando: un trabajo que lo apasionaba y la sensación de que estaba a punto de subir un peldaño.

Entró de nuevo en su despacho.

—Disculpen la interrupción, señores —dijo con cortesía.

Durante su ausencia, el *bourbon* había empezado a fluir y también las palabras valorando el potencial que podía llegar a tener Mitch.

El más veterano de los asistentes tomó la palabra con la voz calmada de quien había hecho lo mismo en otras ocasiones.

—Su planteamiento es… interesante, Mitch. Ambicioso. Diría incluso que con una proyección considerable.

Hizo una pausa justa.

—Pero comprenderá que, desde nuestro lado, resulta complicado comprometer recursos mientras todos los factores no estén sobre la mesa. Necesitamos algo más que promesas.

—Si ese movimiento del que nos ha hablado se concretara en un plazo razonable —dijo el de la farmacéutica—, sería, sin duda, un elemento concluyente para nosotros.

—Eso hay que tenerlo muy en cuenta —añadió el más joven, girando apenas su copa—. Y si puede ser pronto, mejor. Las líneas de comunicación están abiertas con otros candidatos. Y ya sabe…, la apuesta valiosa es la que se hace al principio. El que se suma al final no tiene nada que hacer.

Mitch no respondió de inmediato. Se permitió unos segundos para repasar con la mirada cada rostro.

—Valoro mucho su prudencia —dijo—. Y su disposición. En breve sabrán de mí, se lo aseguro.

El republicano se levantó y selló el momento con un apretón de manos a cada uno de ellos.

Cuando la puerta se cerró, Callahan permaneció quieto, con las manos apoyadas en el respaldo de su sillón, observando el exterior a través de las lamas entreabiertas de la persiana. La cúpula del Capitolio seguía ahí, inmóvil, como si llevara siglos vigilando cada traición, cada ascenso disfrazado de vocación de servicio público. El republicano pensó en cómo las pequeñas cosas podían cambiar el curso de una carrera. Y de un país. En cómo, dentro de unas

semanas, si todo salía bien, nadie recordaría que alguna vez dudaron de él.

El clic de la puerta al abrirse rompió sus pensamientos.

—Lleva más de una hora esperándolo —dijo Travis, el asesor principal de Callahan.

—¿Quién?

—James L. Garrison, subsecretario de Coordinación Legislativa. Está en la sala Monroe desde las cinco. Quiere asegurarse de que votamos a favor del Fondo de Emergencia Climática. El Gobierno necesita cerrar ese capítulo antes de que acabe el mes.

Mitch asintió, pero no se movió.

—Dile que ahora voy.

Travis vaciló un segundo y tecleó un mensaje con su móvil.

—Cierra la puerta.

El asesor obedeció. Mitch caminó lentamente hasta su escritorio y se apoyó sobre él con ambas manos.

—¿Has conseguido lo que te pedí?

—Todavía no. Me he movido. Pero es una gestión muy delicada, señor.

—Se nos acaba el tiempo, Travis. Necesito a alguien dentro.

Travis dudó. El leve giro de su cuerpo hacia la puerta lo delataba. Quería decir algo, pero no estaba seguro de cómo.

—Señor… —empezó, midiendo cada palabra—, entiendo sus intereses, pues son también los míos, pero debe comprender los tiempos de la agencia. La verificación no es un paso menor. Es lógico que se tomen un tiempo…

Mitch alzó las cejas.

—¿Lógico?

—Quiero decir que… que podemos intentar acelerarlo todo, sí. Pero tanto…, quizá es demasiado arriesgado. Podríamos poner en riesgo todo el proceso.

El republicano se quedó en silencio un instante. Cerró la carpeta con un golpe seco y la dejó sobre la mesa.

—No estamos aquí para valorar riesgos, sino para gestionarlos.

El asesor tragó saliva y apartó la mirada un instante, como si necesitara recomponerse.

—Este país lleva años ahogado en procedimientos interminables y burocracia —añadió el republicano.

Se acercó a su asesor.

—Necesito a alguien dentro; el tiempo se me acaba. Si no aceleramos el proceso, no voy a contar con financiación ni apoyos relevantes.

Travis se enderezó como pudo.

—Haré lo posible, señor.

Mitch lo observó en silencio.

—Ofrece todo lo que te dije: contactos, favores, puestos. Y si no…, dinero. Con dinero todo se consigue, Travis.

14

Base de la Fuerza Aérea Edwards
Condado de Kern, California

«Te va a ser concedido el asilo político. A cambio, vas a ser reclutado para la CIA. Y eso significa una sola cosa: cumplir con tu palabra».

No podía quitarme las palabras de Harrington de la cabeza. Ya estaba dentro. Me sentía algo más seguro, menos expuesto. Pero al mismo tiempo, algo no terminaba de encajar.

Durante mi instrucción, el FSB me había preparado para una entrada mucho más agresiva: pruebas psicológicas extremas, interrogatorios despiadados, verificaciones biométricas… Me entrenaron para engañar a sistemas capaces de detectar una mentira en una leve dilatación de pupila y en un parpadeo asíncrono. Pero nada de eso había ocurrido. Todo había sido… demasiado fácil. Desde que aterricé escoltado por dos F-35, apenas habían transcurrido unos días. Y ya estaba dentro.

No podía permitirme bajar la guardia. Un solo error podría costarme la vida. Harrington lo había dejado claro: si ocultaba algo, si mentía, no tendría tiempo ni para comprender qué había fallado.

Me incorporé despacio. No tenía reloj ni referencias. Solo la certeza de que, en algún momento, alguien vendría a buscarme para

empezar la instrucción.

Nunca se me dieron bien los deportes. Mi cuerpo siempre había ido un paso por detrás de lo que se esperaba de él. Aprender buceo técnico era entrar en un terreno completamente ajeno, uno para el que nadie me había preparado. El FSB había diseñado la operación con una precisión casi obsesiva, pero aquello no estaba en el guion.

Caminé unos pasos por la habitación. No sabía a dónde me llevarían ni cuánto duraría el entrenamiento. La CIA nunca daba explicaciones de más. Me imaginé una piscina cubierta, profunda, donde simularían inmersiones en condiciones seguras.

La idea apenas se sostuvo unos segundos. Mi atención se desvió hacia la bolsa de lona gris que habían dejado sobre la mesa de la habitación. Dentro había un par de vaqueros, camisetas básicas y ropa interior envuelta en plástico. Afortunadamente no había calzado. También contenía una libreta pequeña con el membrete de la CIA: papel rugoso, de buena calidad. En la esquina superior derecha, una diminuta bandera de Estados Unidos en relieve. Apoyé los dedos sobre ella y sentí un impulso automático: un rechazo instintivo, grabado tras un año de instrucción.

Me enseñaron a odiar esa bandera y todo lo que representaba. A despreciar a sus ciudadanos por creerse libres mientras obedecían sin saberlo. A reírme de sus discursos sobre democracia, de su necesidad infantil de proclamarse ejemplo moral del mundo. Me hablaron de guerras silenciosas, de presidentes títeres, de corporaciones que dictaban leyes desde despachos en Nueva York.

Para los rusos, Estados Unidos no era una nación. Era una farsa. Su libertad era solo un eslogan. Y aunque no me hubieran hecho

nada, ver esa bandera activaba una alarma interna. Me recordaba que ese símbolo no era inocente. Era un objetivo.

Me guardé la libreta en el bolsillo y salí al exterior. La base estaba casi desierta a esa hora. Avancé por uno de los senderos que bordeaban el edificio principal, junto a una hilera de hangares.

La bandera de Estados Unidos me había hecho recordar que acababa de cruzar el umbral. Que todo lo anterior había sido la parte fácil de la misión, y que la operación real, la más peligrosa, empezaba ahora.

Avancé por la base sin un destino claro, bordeando la pista. El suelo de asfalto devolvía un calor seco que no tenía nada que ver con el frío al que estaba acostumbrado. El aire era limpio, la luz también, sin ese gris apagado que lo impregnaba todo en Moscú.

No había casi movimiento. Tres cazas, cuyo fuselaje reflejaba la luz de la mañana, permanecían alineados junto a los hangares del final de la base. Algún vehículo cruzaba a lo lejos, levantando una estela breve de polvo que se deshacía enseguida. En el horizonte, desdibujada por la bruma seca del calor, una cadena de montañas bajas rompía la línea plana del desierto de Mojave. No eran picos aislados. Era una sucesión irregular de elevaciones, como si el terreno se hubiera ido levantando a golpes, dejando una cresta desigual, fragmentada en pequeños relieves. Al instante, pensé en España y en el volcán que le daba nombre a la operación de la que le había hablado a Harrington. La dorsal alargada, el flanco occidental. Volví a fijarme en la línea de montañas e imaginé una fisura abriéndose de norte a sur, recorriendo la dorsal. Después, el desplazamiento. Y finalmente, el colapso.

Dejé que la imagen quedara suspendida unos segundos más de lo necesario y recordé, entonces, mi objetivo. Era algo mucho más preciso. Más oculto.

El FSB, en clave, lo llamaba H_2O.

Unos pasos detrás de mí me devolvieron al presente. Me giré. Era el responsable de la base.

—Señor Ivanov —dijo—, un coche está esperándolo en la puerta. Ha sido un placer tenerlo entre nosotros.

Asentí en silencio.

En mi habitación, recogí las pocas pertenencias que me habían entregado. Fuera, el coche tenía el motor en marcha. Subí y me acomodé en el asiento trasero.

—Dentro del reposabrazos hay un compartimento —dijo el conductor sin girarse—. Ábralo. Encontrará una carpeta de la agencia con todo lo que necesita saber para los próximos días.

Levanté la tapa y extraje una carpeta negra, sin distintivos. Dentro había un teléfono móvil, mil dólares en efectivo y un informe de la agencia.

Me llevaban a Malibú a instruirme en buceo. No a un centro gris de la CIA con una piscina subterránea y cámaras en cada esquina. A Malibú. La idea no encajaba con nada de lo que había imaginado. Y aun así, había algo en ella que no me incomodaba. Había visto la costa californiana desde la cabina del caza: arena rodeada de vegetación, un océano azul perfecto, surfistas atrapando olas… Lo suficiente como para que la idea del buceo, aunque fuera por un instante, despertara algo en mí.

El propósito, según el informe, era iniciar mi instrucción en buceo como paso previo a mi integración en la división de inteligencia naval

de la CIA. Las misiones que podían requerir mis conocimientos en ese campo eran muy variadas: desde la planificación y la coordinación de la recuperación de estaciones submarinas hasta el análisis y la supervisión de maniobras navales clasificadas u operaciones de contraespionaje en fondos oceánicos.

También indicaba que, al día siguiente, por la tarde, debía presentarme en la playa Lagoon State, donde me esperaba el instructor encargado de mi formación en buceo. Incluía una fotografía y un nombre escrito en mayúsculas: ARCHIE CORRIGAN. Sus credenciales aparecían resumidas en pocas líneas: campeón mundial de buceo, instructor de surf y colaborador ocasional de la CIA en el entrenamiento del personal adscrito a la división de inteligencia naval. Y un último detalle: su hogar era una Volkswagen T2 de color verde menta.

El informe concluía con instrucciones precisas: tenía que buscar por mi cuenta un lugar donde alojarme durante la instrucción, sin apoyo logístico. Supuse que entraba dentro de las habilidades básicas de cualquier espía.

Me detuve más de lo necesario en la imagen que se adjuntaba. Mostraba a un chico joven, con el torso desnudo y una tabla de surf bajo el brazo. Alto, atlético, la piel tostada y el pelo rubio y ondulado. Y sentí algo. Apenas un roce, difícil de nombrar.

Al final de la página, en letra más pequeña, una última indicación cerraba el informe: «No conserve este material. Destrúyalo tras su lectura». Releí la frase varias veces. No eran las palabras, sino la lógica lo que me resultaba familiar.

El colgante me vino a la cabeza. Agencias distintas, pero la misma forma de proceder. Alcé la vista hacia la ventanilla. El desierto seguía

extendiéndose, inmóvil. Pensé en la posibilidad de que mi madre lo hubiera encontrado. Le habría llamado la atención. Yo nunca había llevado nada al cuello, y menos algo así.

Me la imaginé con el colgante en la mano, dándole vueltas. Y me aferré a esa imagen. Era la única que podía permitirme.

15

Hangar de la CIA
Langley, Virginia

El bosque se abrió de pronto, como si la tierra cediera ante el poder de la CIA. El avión descendió en una explanada estrecha y rodó lentamente por la gravilla hasta perderse en un hangar camuflado, enterrado entre la maleza como una madriguera secreta. Cuando los motores se apagaron y solo quedó el zumbido de los insectos, Megan accionó con firmeza la palanca, la compuerta se abrió con un chasquido sordo y la escalera se desplegó.

Salieron del hangar y se adentraron por un pasadizo excavado en tierra firme. Avanzaban deprisa, casi al trote. A cada tramo, nuevas bifurcaciones y más túneles. A Archie le latía la cabeza con una intensidad punzante. Le costaba enfocar. No tanto la vista como el pensamiento. Todo llegaba con un leve retraso, desordenado, como si su mente no terminara de seguir el ritmo de lo que estaba ocurriendo.

No entendía por qué obedecía. Por qué seguía avanzando sin hacer preguntas, sin detenerse. Había algo en su cuerpo, más que en su voluntad, que lo empujaba a continuar.

Al fin, una puerta blindada les cerró el paso. Megan posó su dedo índice sobre un lector biométrico y tras un pitido la puerta cedió.

Accedieron a un vestíbulo deslumbrante, pulido hasta el extremo, en el que todo brillaba en exceso. El suelo era de mármol blanco, reluciente. En el centro, grabado con precisión quirúrgica, el escudo de la CIA.

—Bienvenido a Langley, Archie —dijo Megan—. Acompáñame a autorizaciones.

Él no respondió. Se limitó a seguirla, con la sensación de acabar de entrar en un lugar que le producía un profundo rechazo. Era sobrecogedor. Una arquitectura circular se alzaba en plantas concéntricas. Todo en aquel edificio transmitía una idea: control. Desde la geometría perfecta hasta el silencio absoluto que lo envolvía todo.

Se detuvieron ante un mostrador. Megan señaló unas marcas con forma de pies trazadas en el suelo, frente al cristal. Archie dudó un segundo, pero acabó colocándose sobre ellas. En cuanto lo hizo, la superficie reaccionó bajo sus suelas con una luz tenue. Desde detrás de la mampara, una mano surgió por una estrecha abertura y le tendió una tarjeta de identificación con su nombre.

—Vamos —dijo Megan, dirigiéndose a los ascensores—. Pasa la tarjeta.

Archie la deslizó por el lector y las puertas se abrieron.

—Aquí todo funciona por niveles —dijo ella mientras empezaban a ascender—: accesos, sistemas, servidores… El número que llevas colgado lo decide todo. El tuyo es un nivel uno. Primera planta y servicios comunes. Nada más. A menos que vengas conmigo.

El ascensor se detuvo con un vaivén en la séptima planta y las puertas se abrieron de nuevo. Frente a Archie se extendía un pasillo largo y hermético, sin ventanas.

—La segunda puerta a la derecha —dijo Megan.

—¿Cómo? ¿Me vas a dejar solo? —alcanzó a preguntar.

Las puertas del ascensor se cerraron.

Todo había ocurrido demasiado rápido: Oliver, la oferta de trabajo, el vuelo, la CIA… Sentía que alguien lo estaba arrastrando dentro de una pesadilla de la que no podía despertar. Estaba en Langley, el corazón del monstruo: la maquinaria oculta que manipulaba gobiernos, financiaba golpes de Estado y redibujaba fronteras desde la sombra.

«La segunda puerta a la derecha», se repitió.

Entró en una sala de reuniones. Una mesa ocupaba el centro de la estancia.

—Bienvenido, Archie.

La voz llegó desde un lateral. Un hombre mayor se le acercó con paso lento y manos cruzadas a la espalda. Tenía la mirada hundida y el rostro vencido por el tiempo.

—Soy Michael Harrington, el director de esta casa. Estoy aquí para explicarte lo que necesitas saber. Y para cumplir con nuestra palabra.

Se detuvo a un lado de la mesa. Archie permaneció inmóvil ante él.

—Sé que esto no está siendo fácil para ti —continuó—, por eso quiero agradecerte tu predisposición a trabajar con nosotros.

Levantó la mirada, decidido a hablar antes de arrepentirse.

—Mira, Michael. —Lo tuteó sin pensarlo—. No sé por qué me habéis traído hasta aquí, ni qué queréis de mí. Solo quiero volver a mi playa, a mi casa. Y que me dejéis en paz.

—Lo primero que quiero mostrarte es esto —respondió Harrington, tratando de dirigir la conversación—. Es una resolución del Departamento Federal de Vivienda y Desarrollo Urbano. Lee el último párrafo, por favor.

Archie cogió el documento, lo miró con una leve desconfianza y empezó a leer.

—Se declara… —carraspeó, tragando saliva—, se declara área protegida toda la zona costera de la bahía de Santa Mónica, incluyendo sus colinas y cañones; entendiéndose con esta resolución prohibido cualquier proyecto de construcción o ampliación de unidades residenciales, así como revocadas y sin efecto cualesquiera licencias que estuvieran en trámite.

El documento iba rubricado por el Gobierno federal.

Archie no entendió todos los tecnicismos, pero sí lo importante.

—¿Esto significa que…? —preguntó, con un nudo en la garganta.

—Sí, Archie —confirmó Harrington, con una media sonrisa.

La emoción lo invadió de golpe; habían sido años de lucha por la laguna de Malibú. Los ojos se le humedecieron sin remedio y se llevó una mano a la cara, tratando de contener el peso de aquellas lágrimas que amenazaban con salir.

—A esto nos comprometimos, ¿no es así? Este documento refleja a la perfección lo que es la CIA —añadió—. Si tú cumples, la agencia cumple. Si no nos fallas, nosotros tampoco te fallaremos a ti. Lo único que tienes que hacer, Archie, es no traicionar nuestra confianza.

Él no contestó.

—Tengo otra cosa para ti —dijo el director, entregándole un sobre blanco ribeteado con el escudo de la agencia.

Archie lo tomó sin decir nada. Al abrirlo, sintió al instante lo que había dentro, incluso antes de mirar. Metió la mano y extrajo un fajo de billetes de cien. No quiso contar cuántos. No hacía falta.

—Sé que el dinero no es lo que más te importa. Que tus metas están en otro sitio. Pero este sobre puede ayudarte a vivir como tú quieres, sin cambiar de lugar, sin perder tu esencia. Es solo un adelanto.

—No lo quiero.

Harrington asintió, sin mostrar intención alguna de rebatir la decisión del surfero, y dejó el sobre en la mesa con suavidad.

Entonces cambió el tono.

—Está bien —dijo, mirándolo a los ojos—, es hora de que te explique lo que queremos de ti.

Lo que vino a continuación le pareció a Archie el argumento de una película de ciencia ficción. Harrington le habló de Luka Ivanov, de lo que había hecho, de su ofrecimiento para colaborar con la CIA. También del procedimiento de verificación y del papel que él tenía que desempeñar a su regreso a Malibú.

—¿Estáis seguros de que no os habéis equivocado de persona? —balbuceó, sin entender cómo había acabado en medio de todo aquello.

—Muy seguros. Archie Corrigan: nacido en California, criado en el hogar social de Santa Mónica. Modelo por accidente; surfero y buceador por vocación. Mejor buceador del mundo en 2023. Mujeriego empedernido, con alergia al compromiso. Desordenado,

incapaz de vestir con un mínimo de recato —dijo mientras repasaba su vestimenta—. Eres la persona perfecta para esta misión. Nadie sospecharía de ti. Eres lo opuesto a lo que la CIA representa. Y eso te convierte en nuestro mejor recurso.

Los ojos de Archie se abrieron como platos. Jamás pensó que alguien pudiera describirlo así.

Harrington siguió hablando y Archie sintió cómo su mundo se rompía, pieza a pieza. Cada palabra del director era una herida más en la imagen que tenía del sistema. Agentes dobles, escuchas, operaciones encubiertas… El director le estaba dando una clase exprés de geopolítica e inteligencia que él no quería escuchar. Solo pensaba en una cosa: no podía jugar ese juego. No quería formar parte de ese engranaje oculto que manejaba los hilos del mundo con la arrogancia de quien nunca rinde cuentas ante nadie.

Pero Harrington no se detenía. Sabía cómo presionar.

—Archie, piensa en la laguna. En lo que has conseguido. Piensa en todo ese tiempo luchando contra los promotores. En las firmas, en las protestas, en la frustración. Y ahora mira esta resolución del Departamento de Vivienda. —Señaló el documento—. Esto depende de ti.

Archie miró al director unos segundos, en silencio. Luego bajó la vista al documento que sujetaba entre sus manos. Las letras se emborronaban, sin leerlas. Todo le parecía ajeno, absurdo. Y de pronto, algo se rompió dentro de él.

—No puedo hacerlo —dijo.

Harrington parpadeó, como si no lo hubiera entendido.

—Lo siento, pero no puedo —repitió Archie, esta vez más firme—. No soy esa persona. No sirvo para esto.

—Archie…

—No, en serio. No puedo participar en algo así. No puedo jugar con la vida de alguien que ni siquiera conozco. ¿Tú sabes lo que me estás pidiendo?

Se hizo un silencio denso. El director lo observaba con los dedos entrelazados.

—No soy como vosotros —añadió—. Y no quiero serlo. Búscate a otro.

Harrington no alzó la voz, pero endureció el tono.

—¿De verdad vas a dejar perder esta oportunidad?

Archie no contestó. Seguía con los ojos fijos en el documento.

—¿Vas a dejar que el hormigón tape la arena? ¿Que el agua de la laguna se enturbie hasta pudrirse? —continuó—. Serás el responsable de cada mansión de lujo que se construya. De cada parcela vallada.

A continuación, Harrington lo interpeló con fuerza:

—¿Estás dispuesto a cargar con eso?

Archie apretó la mandíbula. Todo en su interior gritaba. No era solo rabia, era impotencia. Lo estaban obligando a elegir entre la única causa en la que había creído alguna vez y los principios que lo mantenían en pie.

—¿Sabes qué es lo peor? Que parte de mí quiere decir que sí. Estoy tan desesperado por salvar ese lugar que estaría dispuesto a mirar hacia otro lado. Pero no puedo. No puedo hacerlo. No puedo prestarme a hacer eso.

Su mirada ardía.

—Buscad a otro.

Harrington lo observó sin pestañear. Su rostro no denotaba decepción ni enfado. Solo una calma peligrosa, como si ya supiera que Archie acabaría cediendo.

—Está bien, Archie —dijo con frialdad—, te voy a decir por qué vas a hacer todo lo que la agencia te pida.

Por un instante, el surfero sintió miedo de verdad.

—¿Recuerdas el día que Oliver apareció en tu clase de buceo? —continuó—. Se hizo pasar por alumno, sí. Tenía dos órdenes muy precisas. La primera: confirmar que tú eras la persona que le habíamos pedido que localizara. La segunda: extraerte, mediante punción dactilar, dos gotas de sangre. Tu ADN, Archie.

El mundo pareció detenerse un segundo. Y entonces lo recordó: el leve pinchazo en el dedo, tan fugaz que apenas lo notó, mientras ajustaba el chaleco de Oliver.

La rabia brotó como una llamarada. Archie golpeó la mesa con todas sus fuerzas.

—¿Cómo os atrevéis? —rugió, desbordado.

Harrington ni se inmutó.

—¿Quién coño te crees que eres para hacerme esto? —gritó más fuerte aún, con la voz rota, sin poder contener la furia que lo dominaba.

—Como te decía, Archie, vas a hacerlo. Y si en algún momento flaqueas, si dudas, si decides no cumplir tu cometido; o peor aún, si se te ocurre hablar, entonces recuerda esto: tenemos tu ADN. Con una gota tuya, con un simple rastro, podemos colocarte en la escena de cualquier crimen sin resolver. Un atentado, una violación, un asesinato… Bastaría con eso para destruirte y que todo tu mundo se desplome en segundos.

—¡Que te jodan! —estalló Archie; los ojos encendidos, la voz temblando de rabia—. ¡Sois una mafia! ¡Sois basura!

Harrington esbozó una sonrisa leve, casi condescendiente, mientras se dirigía a la puerta con parsimonia.

—Bienvenido a la CIA, Archie.

16

Moscú

Kate esperaba en la última mesa del Hermitage, uno de los cafés más antiguos de Moscú, a pocos pasos del Teatro Bolshói.

Durante el periodo revolucionario y los primeros años del régimen soviético, el Café Hermitage se consolidó como el lugar por excelencia donde políticos e intelectuales comunistas exponían y debatían sus ideas en torno a la construcción del socialismo de Estado. Uno de los revolucionarios más destacados que frecuentaron el local fue Lenin, quien pasaba largas tardes desgranando su ideal de dictadura del proletariado para frenar a la burguesía y reordenar la sociedad.

El paso del tiempo, sin embargo, había transformado su esencia. El Café Hermitage era hoy una atracción para turistas, despojado del protagonismo político que antaño tuvo y rendido al ambiente juvenil, a la cerveza negra y, sobre todo, al vodka.

Mariya la había citado allí. Antes de despedirse el día anterior, le había susurrado: «Mañana a las cinco en el Hermitage».

Eran las cinco y diez. Kate miró su reloj de reojo, sin descuidar la puerta.

Aunque llevaba ya varios días en Moscú, no conseguía desprenderse de la sensación de incomodidad que la acompañaba desde que había aterrizado en la capital rusa. No le gustaba aquella ciudad, ni el ambiente que se respiraba en sus calles. Puede que Mariya le hubiera contagiado sus paranoias, o quizá, simplemente, estaba cansada de cubrir ruedas de prensa en las que sus preguntas nunca se respondían o eran despachadas con desprecio. Lo único que tenía claro era que necesitaba regresar a Washington.

La última llamada con Mitch la había dejado algo más tranquila. Él le había prometido que se iba a mantener al margen del asunto Ivanov. Pero, aun así, sentía que debía estar a su lado. El ambiente en la capital estaba revuelto, las primarias se acercaban y la tensión política crecía como una tormenta a punto de estallar.

Por fin la vio entrar. Kate alzó la mano apenas, lo justo para hacerse visible entre tanto joven excitado.

—Perdona el retraso —dijo Mariya al llegar a la mesa, quitándose el abrigo con un gesto rápido—. Los autobuses en esta ciudad…, ya sabes.

Un camarero se acercó, libreta en mano.

—¿Van a tomar algo?

Kate no dudó.

—Un café solo.

—Té negro. Sin azúcar —añadió Mariya.

La joven terminó de acomodarse. Se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa.

—Vayamos al grano.

Kate la miró sin responder. Mariya despertaba en ella una nostalgia difícil de ubicar, como si al mirarla pudiera ver una versión

antigua de sí misma. Había en su determinación juvenil, en su manera de desafiar el mundo, algo que la devolvía a sus propios comienzos: a aquella Kate recién salida de Columbia, ardiente de ideales, dispuesta a abrirse paso como periodista.

—Estamos muy cerca de un sitio al que tenemos que ir —continuó.

Kate frunció ligeramente el ceño.

—¿Cerca de dónde?

El camarero dejó las tazas sobre la mesa. El leve tintinear de la loza se coló entre las dos mujeres.

—De la casa de Luka Ivanov —contestó Mariya cuando el camarero se alejó.

Kate parpadeó despacio. Luego negó, casi sin darse cuenta, al tiempo que cogía su bebida.

—No…

—Kate, necesitamos hablar con su madre.

La periodista americana apoyó la taza sin llegar a beber.

—No sabes dónde te estás metiendo.

—Por favor, escúchame. Eres una periodista reconocida en medio mundo, has destapado…

—No vamos a ir a esa casa, Mariya —la interrumpió con dureza—. No estamos en Estados Unidos. Aquí no hay premios Pulitzer ni portadas esperándote al final del camino. Hay rejas. Y cargos por traición.

El silencio cayó entre las dos. Mariya bajó la mirada, como si encajara el golpe. Durante unos segundos no dijo nada.

—Tú ves esto desde otro ángulo, Kate. Te marcharás cuando acabe tu cobertura aquí. Rusia no es tu país. Pero sí el mío.

No había reproche en su tono, solo determinación.

—Estoy cansada de que nos manipulen —continuó Mariya—. Quiero saber qué ha pasado con Luka. Dónde está, cómo ha terminado haciendo algo así, qué han hecho los americanos con él…

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Kate bajó la vista hacia su café, aún intacto. Pensó en Mitch y la conversación le volvió de golpe, con una nitidez incómoda. No podía decir nada. Que la CIA había iniciado la verificación de Luka para su posible reclutamiento era información clasificada. Pero al mismo tiempo, no podía quedarse al margen. Si había algo detrás de todo aquello, Mitch tenía que saberlo.

—Está bien —cedió, aún con reservas—. Pero lo hacemos rápido. Entramos, le preguntas lo imprescindible y nos vamos. Y nada de forzarla… La mujer debe de estar preocupada por la desaparición de su hijo.

Las dos periodistas salieron del café y caminaron durante casi media hora por avenidas ennegrecidas por el deshielo hasta internarse en el barrio Presnensky, en el distrito administrativo central de Moscú.

Kate iba encogida, con el cuello hundido en el abrigo, respirando un aire que le quemaba la garganta. A cada paso, la ciudad se le volvía más hostil, como si le recordara que aquel no era su lugar.

—¿Y cómo sabes dónde viven los Ivanov? —preguntó.

—Mi hermano fue… su novio, ¿recuerdas?

—Sí…, pero… ¿fue algo serio?

Mariya esbozó una sonrisa amarga.

—¿Serio? No, eso habría sido imposible. Si ya es difícil ser gay aquí, imagina cómo fue para Luka…, con un padre juez militar y

miembro del comité de Rusia Unida.

Kate frunció el ceño.

—Pensaba que en Rusia había más tolerancia…

—Depende de la época —respondió Mariya, esquivando un charco aún helado—. Tras la revolución bolchevique hubo cierta apertura. Pero en 1933, el régimen volvió a criminalizar la homosexualidad. Con Stalin, ser gay era un delito: los encarcelaban o los enviaban a los gulags. Luego, tras la caída de la URSS, se despenalizó… hasta que volvimos a retroceder. En 2013 se aprobó la ley contra la propaganda homosexual, y desde entonces todo ha ido a peor.

Mientras la escuchaba, Kate no pudo evitar pensar en la distancia que la separaba de todo aquello. En la suerte, casi invisible, de haber crecido en un país donde, con todas sus contradicciones, la tolerancia no dependía del código penal.

El edificio de los Ivanov se alzaba al final de la calle: un bloque gris, macizo, como una reliquia de la era soviética. Mariya empujó la puerta metálica y entraron al portal. La luz del vestíbulo parpadeaba, lanzando destellos breves contra las paredes.

Sin decir palabra, cruzaron hasta la escalera; el ascensor estaba averiado, un cartel manuscrito parecía anunciarlo desde hacía años.

Subieron despacio, contando los tramos. En el séptimo piso, Mariya se detuvo frente a un rellano amplio y mal iluminado. Las puertas mostraban números descoloridos sobre el marco.

—Es aquí —dijo en voz baja—. La setenta y tres.

Se detuvieron frente a la puerta. Mariya dudó un instante antes de alzar la mano y pulsar el timbre.

El zumbido se perdió al otro lado.

Esperaron durante varios segundos. Nadie respondió.

Entonces, en una ventana que daba al patio interior, una sombra se movió tras una cortina amarillenta, como un reflejo que dudaba entre mostrarse o desaparecer.

Mariya lo advirtió al instante y rozó el brazo de Kate.

—Es ella —susurró.

La cortina volvió a moverse, apenas un temblor.

—¡Señora Ivanova! —Mariya alzó la voz—. ¡Solo queremos hablar con usted!

El silencio que siguió fue más largo, más incómodo.

—Déjalo —murmuró Kate, sin apartar la vista de la puerta—. No nos va a abrir.

Mariya insistió.

—Es por su hijo, Luka.

Esta vez no gritó. Lo dijo más despacio. Más consciente.

El nombre quedó flotando en el rellano hasta que un leve sonido metálico rompió la quietud: uno tras otro, tres cerrojos fueron girando con lentitud.

La puerta se entreabrió apenas unos centímetros. Por la rendija apareció un rostro pálido, surcado de arrugas profundas.

—¿Quiénes sois? —preguntó la mujer, con la voz quebrada por la desconfianza.

Los ojos de la madre de Luka, bondadosos pero rotos, mostraban un miedo instintivo.

—No queremos molestarla —dijo Mariya con suavidad—. Solo queremos hablar con usted. Somos amigas de su hijo, Luka.

El nombre la volvió a alcanzar de lleno. Un temblor le cruzó el rostro y la mano que sostenía la puerta se tensó ligeramente.

—No sé nada de él —susurró, sin mirarlas.

Bajó la vista hacia el suelo y empujó apenas la puerta, con la intención de cerrarla. Mariya reaccionó al instante y dio un paso al frente, sin invadir del todo el espacio, pero lo suficiente para impedir que la cerrara.

—Podemos ayudarla, señora Ivanova.

Olga se quedó inmóvil, atrapada entre el impulso de protegerse y la necesidad desesperada de saber algo de su hijo. Al fin, abrió la puerta del todo.

Dentro, el aire era denso, estaba cargado de tristeza. Todo parecía detenido en otro tiempo. Un reloj de pared marcaba los segundos con un tictac melancólico. Cada cuarto de hora era un recordatorio cruel: quince minutos más sin saber nada de su hijo.

—Señora Ivanova, sentimos muchísimo todo lo que está pasando —dijo Mariya mientras tomaban asiento en un sofá hundido—. ¿Cómo se encuentra?

Olga no respondió de inmediato. Se llevó una mano al pecho, como si necesitara sostenerse, y tardó unos segundos en encontrar su voz.

—Estoy… muy preocupada —acertó a decir al fin—. No sé dónde está. No sé por qué se ha ido.

Mariya intercambió una breve mirada con Kate antes de inclinarse ligeramente hacia ella.

—¿No ha tenido ninguna noticia de él?

Olga negó despacio.

—Nada… desde que se fue a esa entrevista de trabajo…

Se voz se quebró en la última palabra.

—Mi hijo es lo mejor que tengo, lo único bueno que me ha dado la vida… —sollozó.

—¿No le ha dicho nada? —insistió Mariya, con un interés que trató de suavizar en el tono—. ¿Ni un mensaje?

—Solo… una llamada.

Kate se incorporó también hacia delante, atenta.

—¿Una llamada?

—Sí… —respondió Olga, secándose las lágrimas con torpeza—. Pero no me dijo dónde estaba.

La mujer tragó saliva antes de continuar.

—Se le oía lejos, como si no pudiera hablar con normalidad. Apenas decía nada.

El silencio se instaló un instante en la sala.

—¿Y qué le dijo? —añadió Mariya, conteniendo la urgencia.

—Que… que se había tenido que marchar.

—¿No le dijo nada más?

Olga negó. Su respiración se volvió irregular.

—Yo… yo le dije que volviera. Que volviera a casa, por favor… —Su voz se rompió, y entonces se llevó la mano a la boca, incapaz de continuar.

Mariya inspiró hondo. Se quedó unos segundos en silencio, como si estuviera ordenando las palabras, midiendo su impacto.

—Señora Ivanova… —empezó, con cautela—, hay algo que debe saber.

Olga levantó la vista, confusa.

—Luka está en Estados Unidos.

El efecto fue inmediato. La mujer parpadeó varias veces, como si no hubiera entendido, y negó con la cabeza.

—No… no puede ser…

—No fue a ninguna entrevista —continuó—. Ese día participaba en unas maniobras con el Ejército ruso. Pilotaba un caza… y terminó entrando en espacio aéreo estadounidense. Fue interceptado.

Olga la miraba sin reaccionar.

—No… —repitió, más despacio. Su mirada se perdió en algún punto del suelo—. ¿Luka en el ejército? Eso es imposible… Eso es lo que quería Boris, pero él… no…

Se llevó las manos al rostro, desorientada.

—Por eso estamos aquí —añadió Mariya—. Porque sabemos que todo esto es muy extraño.

La madre de Luka ya no escuchaba desde hacía rato. Sus ojos estaban fijos, vacíos, como si se hubiera desconectado de la conversación. Su cuerpo cedió de pronto. Se inclinó hacia delante y rompió a llorar.

Mariya se acercó y le tomó las manos con cuidado.

—Vamos a ayudarla —dijo en voz baja—. Vamos a averiguar qué le ha pasado a su hijo. Y va a volver a casa, ¿de acuerdo?

La madre de Luka no respondió. Solo lloraba, completamente vencida.

Pasaron varios minutos hasta que, con un gesto débil, señaló la puerta.

—Por favor…, iros…

Las dos se levantaron sin decir nada. Cuando ya estaban en el umbral, Olga volvió a hablar, casi en un susurro:

—¿De qué conocéis a Luka?

Las dos se detuvieron. Se miraron un instante, sin saber qué responder.

Mariya dudó.

—Nosotras…

No acabó la frase.

—En realidad…, soy la hermana de Igor.

La mujer la observó en silencio. Algo cambió en su expresión, una mínima atención que regresaba.

—¿Y… —murmuró— no le has preguntado?

Mariya frunció el ceño.

—¿Por qué?

Olga tardó unos segundos en responder.

—Porque, poco antes de desaparecer…, Luka estuvo en su casa.

El silencio cayó sobre las tres.

Sin añadir nada más, la mujer llevó la mano a la puerta y la fue cerrando despacio, hasta que el chasquido metálico de los cerrojos la sellaron.

Bajaron las escaleras en silencio.

Al salir del portal, el aire les golpeó el rostro con una frialdad inesperada, o quizá era solo el contraste con el ambiente asfixiante del piso de Olga Ivanova.

—¿Tu hermano? ¿No dijiste que Luka y él ya no tenían contacto? —preguntó Kate, confusa.

—Sí…, eso creía.

—¿Y no puedes preguntarle?

—Lo he intentado. Varias veces estos últimos días. Pero en cuanto menciono el nombre de Luka, cambia de tema. —Hizo una pausa, bajando la mirada—. Creo que… aunque ahora esté con una mujer, todavía no lo ha olvidado.

17

Malibú, California

Bastó un leve giro de volante para que el paisaje empezara a cambiar. Las palmeras perfectamente alineadas quedaron atrás, igual que las casas de revista, los jardines impecables y los corredores con camisetas fluorescentes.

Al otro lado de la ventanilla, Malibú dejaba de ser una postal. Aparecieron caminos de tierra, ranchos dispersos, vallas cubiertas de polvo y maleza sin control.

—Hemos llegado —dijo el conductor cuando detuvo el coche.

Abrí la puerta y la brisa me dio de lleno en la cara. No era solo mar; también arrastraba olor a tierra húmeda. Respiré hondo, despacio, dejando que el aire se asentara en mi pecho, y sentí cómo la piel se me erizaba apenas. Por un instante, todo pareció ralentizarse. No sentí urgencia por moverme. Me quedé allí, quieto, como si antes de dar un paso necesitara entender dónde estaba.

A lo lejos, recortados contra los últimos tonos anaranjados del atardecer, distinguí a varios surfistas saliendo del agua. Caminaban despacio, con la tabla al hombro y el cuerpo aún húmedo reflejando la luz. Los seguí con la mirada, con una mezcla de curiosidad y envidia. Había algo en aquella forma de acabar el día que me

descolocaba. Demasiado ajeno a la manera en que yo había aprendido a vivir.

A mi alrededor, las casas eran bajas, de madera, pintadas en colores suaves que el sol había ido apagando con los años. Todo parecía suspendido en una quietud extraña, como si aquel lugar respirara a otro ritmo.

Eché a andar sin un rumbo claro, dejándome llevar con una despreocupación que era nueva para mí. Al final de la calle, una hilera de viviendas se abría hacia el mar. En una de ellas, una mujer dormitaba en una hamaca, con un libro apoyado sobre el pecho y los pies descalzos. Me detuve un instante a mirarla, quizá demasiado.

—¡Chico! —exclamó de pronto—. ¿Qué miras?

Me sobresalté.

—Perdón —dije, acercándome un poco—. No quería molestar.

—¿Quién te ha dicho que me molestas, carajo?

La mujer se incorporó con una risa breve, apoyándose en los codos. Me observó un instante, con curiosidad.

—¿Qué haces por aquí?

—Estoy buscando un apartamento para pasar unos días.

Ella alzó las cejas.

—¿A estas horas?

Me encogí de hombros.

No pareció sorprendida; más bien le divertía la situación. Patricia —así se presentó— llevaba más de veinte años en Malibú; regentaba el supermercado de la esquina y, según me contó, había desarrollado una especie de radar para detectar a los recién llegados. Turistas, buscavidas, gente de paso…, decía que todos

traían algo consigo, aunque solo fuera una historia que contar al día siguiente en la tienda.

—A estas horas lo tienes complicado —añadió, mirando de reojo hacia la carretera—. ¿Quieres que te deje un sofá?

Me quedé un instante en silencio, no tanto por la propuesta como por la facilidad con la que la hacía.

—Es muy amable por tu parte… De verdad. Pero no quiero molestar.

—¿Otra vez? ¡Que no molestas! —replicó, soltando una carcajada.

No supe muy bien qué decir.

—Lo agradezco mucho —repetí—, pero prefiero buscar algo.

Me miró un instante más, como si valorara si insistir o dejarlo estar, y al final asintió con naturalidad.

—Como quieras. —Se quedó pensativa un momento—. A ver…

Desvió la vista hacia el terreno abierto que había delante de la casa.

—¿Ves aquellas cuatro palmeras que parecen abrazarse?

Seguí su mirada antes de asentir.

—Detrás hay unos apartamentos de madera. No son gran cosa, pero para unos días te apañas.

—Los veo.

—Al principio de las escaleras hay una cajetilla metálica, colgada de un poste. A veces dejan ahí tarjetas de acceso para los que llegan tarde… o para los que no pasan por recepción.

La miré, dudando.

—No te estoy diciendo que te metas sin más —añadió, con una media sonrisa—. Solo que pruebes. Si hay alguna, entra, descansa, y mañana hablas con la dueña. Es amiga mía.

—Gracias, Patricia.

—Y si no hay suerte… —añadió, encogiéndose de hombros—, ya sabes dónde estoy. El sofá no se mueve.

Esbocé una leve sonrisa y ella se incorporó por fin, apoyándose en la barandilla.

—¿Y a qué vienes? —preguntó—. ¿Descanso, trabajo…, nueva vida?

Dudé un segundo.

—Vengo a tomar unas clases de buceo —dije al final.

—¿En la escuela del embarcadero?

Negué con la cabeza.

—No. Es algo más… particular. Me va a dar clase un tal Archie Corrigan.

—¿Archie Corrigan? —repitió Patricia, abriendo mucho los ojos con entusiasmo—. ¡Está buenísimo, hijo! ¡Lo conoce todo Malibú!

Me hice el sorprendido.

—Guapo, simpático, un cuerpazo… —continuó—. Vamos, que hay quien se apunta a sus clases solo para verlo.

Noté cómo se me tensaban un poco los hombros, incómodo, sin tener un motivo claro para estarlo.

—Buceando lo verás embutido en el neopreno, que también tiene su aquel…, pero cuando surfea… ¡Ay, cuando surfea! —dijo entre risas—. Es pura magia. Ahí lo ves en todo su esplendor, como salido de un anuncio.

Aparté la vista hacia el mar. Intenté mantenerme al margen, sostener una expresión neutra. Pero noté cómo se me escapaba una leve sonrisa; como si, en el fondo, me quisiera permitir relajarme un poco, dejar de vigilar cada palabra, cada gesto. Quizá por eso, el

atrevimiento de Patricia —tan lejano a todo lo que yo había conocido — no solo me descolocaba, sino que tenía algo que me retenía.

—Yo porque ya no estoy para subirme a una tabla —soltó una carcajada—, que, si no, sería su alumna más aventajada.

Me reí, sin intentar contenerme.

Patricia se acercó un paso y me dio una palmada en el brazo, casi familiar, antes de volver a la hamaca.

—Buenas noches. Y si mañana te levantas con hambre, pásate por el supermercado —dijo, guiñando un ojo—. Te preparo un café de los que espabilan hasta a los muertos… o a los que se disponen a bucear con Archie Corrigan.

—Buenas noches, Patricia.

Me alejé unos pasos y, casi sin darme cuenta, volví la vista atrás. Ella ya se había recostado de nuevo, balanceaba la hamaca con el pie y sostenía el libro abierto sobre las piernas.

Seguí caminando. La noche era templada y el rumor del mar llegaba amortiguado, como un fondo constante que terminaba de envolverlo todo.

Las cuatro palmeras aparecieron al poco, recortadas contra la penumbra. Detrás de ellas, tal como me había dicho Patricia, se extendía una hilera de apartamentos de madera, cada uno pintado de un color desgastado por el salitre.

Subí los primeros escalones de madera, que crujieron bajo mis pies, y localicé enseguida la cajetilla junto al poste. Al abrirla, descubrí dos tarjetas con números grabados: el dos y el cinco.

Me quedé un segundo mirándolas, como si aquella elección tuviera más peso del que debía. Sin pensarlo demasiado, tomé la que llevaba el número cinco, el día y el mes en que nació mi madre.

Un gesto casi supersticioso, pero suficiente para dar un mínimo sentido a todo aquello. Como si, de algún modo, elegir ese apartamento me mantuviera conectado a ella… y a la razón por la que estaba allí.

Me detuve un instante ante la puerta. Acerqué la tarjeta al lector y el clic de la cerradura me permitió el paso. Empujé la puerta con suavidad y un olor denso, mezcla de madera envejecida y aire encerrado, salió a recibirme. El interior era sencillo: un solo espacio con dormitorio, cocina y baño; dos ventanales enormes que miraban al mar y paredes salpicadas de colores vivos. Nada estaba especialmente cuidado, pero tampoco abandonado. Había algo en su imperfección, en esa falta total de pretensión, que me hizo sentir a salvo.

Dejé la puerta entreabierta a mi espalda y avancé un par de pasos, recorriendo el espacio con la mirada, deteniéndome sin un orden claro en los detalles. En la pared, colgado de una chincheta oxidada, había un póster desgastado. Era una fotografía antigua, en blanco y negro, algo desvaída por el tiempo. En la esquina inferior derecha podía leerse: *Castro District, San Francisco. Pride 1993.*

La imagen mostraba una calle empedrada repleta de pancartas. Algunas apenas eran legibles, perdidas entre la multitud. Una de ellas, justo en el centro, sobresalía sobre las demás, con letras enormes pintadas a mano:

DON’T LIVE THE LIFE THEY CHOSE FOR YOU

Me quedé varios minutos mirándola.

El recuerdo de Igor no llegó de golpe, sino como algo que ya estaba ahí, esperando a ser nombrado. Porque eso fue lo que le dije cuando me contó quién era Erika: no vivas la vida que otros eligieron por ti.

Igor fue mi primer amor. El único, en realidad. Nunca lo dijimos en voz alta, como si ponerle nombre lo hiciera más real de lo que podíamos permitirnos. Lo nuestro sucedía en voz baja, entre susurros y puertas cerradas. A ojos del mundo no existíamos. Y quizá por eso funcionaba.

Con él, por primera vez, no tenía que medir cada gesto. No había nada que corregir. Nada que ocultar. Y, sin embargo, le hice mucho daño. Desaparecí de su vida con mentiras y llevándome por delante todo lo que habíamos empezado a construir juntos.

Volví a mirar la frase del póster. DON'T LIVE THE LIFE THEY CHOSE FOR YOU.

Noté una presión sorda en el estómago. Porque Igor sí la estaba viviendo. Con Erika. Una vida más sencilla de sostener, donde todo parecía encajar sin tener que dar explicaciones. Una vida en la que podía moverse sin tener que justificar cada paso, en la que todo parecía en su sitio…, menos él.

Y lo peor era reconocerme en esa renuncia. Porque, al marcharme, fui yo el que lo empujó a vivir a medias.

18

Sede de la CIA
Langley, Virginia

Se dejó caer boca abajo sobre el suelo del gimnasio. El frío le atravesó la piel sudada y le devolvió una sensación de realidad que no encontraba en ningún otro rincón de aquel edificio. Cerró los ojos un instante, escuchando su respiración todavía acelerada, mientras el cronómetro consumía los últimos segundos de descanso.

Cuando sonó, Archie se incorporó sin pensarlo. Agarró las empuñaduras, bajó el cuerpo con control y volvió a impulsarse hacia arriba. Una y otra vez.

Era la quinta serie de flexiones. Necesitaba que el esfuerzo físico lo ocupara todo. Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir, pero no era el cansancio lo que le pesaba de verdad. Había algo más profundo, más difícil de sacudirse. Su mente seguía atrapada en un único punto, girando sin parar alrededor de la misma idea: todo había sido diseñado para llevarlo hasta allí sin dejarle salida.

Archie necesitaba quemar la ansiedad y sofocar el torbellino que le revolvía el pecho. Las últimas horas habían supuesto una ruptura con la persona que creía ser. Tras su encuentro con el director de la CIA, lo habían sometido a un adiestramiento exprés que lo había

enfrentado a su propia esencia. No querían entrenarlo: querían reescribirlo. Borrar lo que había sido hasta entonces y sustituirlo por algo útil. Algo manejable.

El buceo, le explicaron, no era más que una coartada. La verdadera misión era observar a Luka, estudiar sus reacciones, ver cómo se comportaba cuando bajaba la guardia. Estar atento a visitas inesperadas o comentarios ambiguos. Y para que Megan y el equipo de la CIA pudieran controlar hasta el último detalle, debía trasladarlo todo a informes diarios desde una tableta cifrada.

Apretó la mandíbula. No podía quitarse de encima la sensación de asco, de rechazo a sí mismo. Toda su vida había intentado ser fiel a sus principios. Había trazado su camino lejos de la mentira, sin disfraces y sin deberle nada a nadie. Y ahora, sin poder evitarlo, tenía que ganarse la confianza de un chaval que ni siquiera conocía para que una agencia sin escrúpulos lo diseccionara sin piedad.

Estaba atrapado: dentro de un tubo, en algún laboratorio. Y no había podido negarse. Detener la urbanización de Malibú nunca habría bastado, pero su ADN sí.

El sonido de la puerta al abrirse interrumpió el ritmo de su respiración. No necesitó levantar la cabeza para saber que era ella. El golpe seco de los tacones sobre el suelo pulido lo confirmó antes incluso de verla.

Megan se acercó sin prisa. Mientras lo hacía, él siguió empujando su cuerpo con un ritmo constante, casi mecánico, como si ignorarla fuera una forma de resistencia. Pero su presencia ya lo invadía por dentro. Se le metía en la respiración, en la tensión de los hombros, en la forma en que los músculos se le contraían con cada repetición.

Desde el suelo vio sus tacones detenerse a la altura de su cabeza. Sus tobillos desnudos, la seguridad con la que se había plantado delante de él esperando su reacción.

Hizo otra repetición más. Y otra.

—¿No tienes bastante con mi formación? —preguntó Megan, con tono burlón.

No respondió. Bajó de nuevo, más lento, sintiendo cómo los brazos empezaban a fallarle. Subió una vez más y, esta vez, se quedó arriba, sosteniendo el peso con los brazos temblando.

—¿Y tú? —espetó al fin—. ¿No tienes bastante con lo que me habéis humillado ya?

Megan parpadeó despacio, sin borrar del todo la sonrisa.

—¿Humillarte? Vamos, Archie… No te estamos pidiendo tanto.

Él dejó caer su cuerpo al suelo.

—¿Tan difícil te resulta poner en práctica tu mejor habilidad? —insistió Megan.

Archie se quedó unos segundos boca abajo, respirando contra el frío del pavimento. Luego giró la cabeza lo justo para mirarla.

—¿Y cuál se supone que es?

—Entrar, que baje la guardia… y aprovecharlo.

Se incorporó hasta quedar de rodillas frente a ella. El sudor le corría por el pecho, el cuello y la espalda. La miró con una mezcla de desafío y desprecio.

—Yo no soy así.

Ella le sostuvo la mirada.

—¿Ah, no? —preguntó, ladeando la cabeza—. ¿Seguro?

Archie se levantó.

—Entonces, dime —continuó Megan—, ¿cuántas veces has hecho creer a una mujer que era algo más? ¿Cuántas veces has llegado hasta donde querías… y te has marchado después?

Él tensó la mandíbula.

—Cállate.

—Explícame la diferencia —continuó, implacable— entre ganarte la confianza de un joven ruso para sacarle información… e ilusionar a una chica que se muere por ti cuando solo quieres un polvo.

El silencio que siguió fue denso. Las últimas palabras de Megan le rozaron una herida mal cerrada.

—No me confundas contigo —replicó al fin—. Sois tú y todos los que trabajáis en esta mierda los que os dedicáis a utilizar a la gente como si no valiera nada.

Megan dio un último paso y quedó a escasos centímetros de Archie, sus caras casi rozándose. Él sintió su olor antes de procesar nada: seco, preciso. Como todo en ella. Y no se apartó. La tensión dejó de ser solo mental. Se volvió física, imposible de ignorar.

Ella bajó la mirada recorriendo su cuerpo, sin prisa. Y entonces, alargó la mano.

El contacto fue directo. Sin pedir permiso.

Archie se quedó inmóvil un instante. Su cuerpo respondió antes que su cabeza. Un latigazo seco le recorrió la espalda. Sintió cómo la excitación se imponía, imposible de disimular.

La rabia y el deseo se mezclaron de forma casi indistinguible.

—¿Ves? —susurró ella, muy cerca—. No es tan difícil.

Él tragó saliva.

Durante un segundo, estuvo a punto de ceder. De dejarse arrastrar por ese impulso primario, por la inercia de lo que siempre

había sido. Pero algo no encajó.

No era culpa. Ni moral. Era otra cosa. Un vacío previo, casi físico, que ya conocía. Esa sensación de desgaste que venía después. La certeza de que, por mucho que el cuerpo respondiera, algo dentro de él ya no estaba ahí.

Cerró los ojos un instante. Y entonces reaccionó. Le agarró la muñeca con firmeza y la apartó.

Megan lo observó, evaluando. No había rastro de orgullo herido en su expresión. Solo esa seguridad intacta, casi irritante.

—Como quieras —dijo al fin, en voz baja.

Se apartó con naturalidad, como si nada hubiera ocurrido.

—Dúchate —añadió, ya en otro tono, frío y operativo—. Dentro de diez minutos te quiero abajo. Tienes que estar en Malibú antes de que amanezca.

No esperó respuesta. Se giró y salió del gimnasio con la misma seguridad con la que había entrado.

Archie se quedó inmóvil, la respiración aún desordenada. Su cuerpo no había logrado entender lo que su cabeza ya había decidido.

Se sentó en el suelo, dejando caer el cuerpo hacia atrás.

En otro momento, no habría dudado. Todo en ella estaba diseñado para eso. La seguridad, su atractivo, la manera de invadir su espacio sin pedir permiso… Incluso el contexto: la tensión, la rabia contenida, el chantaje. Antes, todo eso no lo alejaba. Lo encendía. Habría sido inmediato. Instintivo.

Y sin embargo…, ya no.

No era rechazo. Era otra cosa. Hacía tiempo que aquello había empezado a cambiar. No de golpe, pero estaba ahí. En cada gesto

repetido, en cada encuentro que terminaba igual, en esa sensación que llegaba siempre después, puntual, inevitable.

Alzó los ojos al techo.

Quizá lo que estaba haciendo la CIA con él solo contribuía a profundizar en esa sensación. La forma en la que lo habían llevado hasta allí, de decidir por él. De reducirlo a algo previsible, utilizable.

Pensó en lo fácil que había sido siempre. En lo poco que había hecho falta. Y por primera vez en mucho tiempo, tuvo la sensación de que no le bastaba con eso. No con la facilidad ni con lo inmediato. Necesitaba algo más que empezaba a asomar. La idea de no tener que irse siempre.

Archie se duchó y bajó al *hall.* Megan lo esperaba junto a su equipo, que lo había instruido.

—Suerte, Corrigan —dijo ella.

No contestó. Regresaba a Malibú con la incómoda certeza de haberse traicionado. Y con un plan trazado por la CIA que no dejaba nada al azar.

Salvo lo único que no se puede anticipar.

19

25°46’26.6”N, 80°11’30.6”W

El mar tenía ese azul espeso de las tardes sin viento; todo el golfo parecía haberse quedado quieto. Desde la ventanilla del *jet* privado, Mitch Callahan contemplaba cómo Key West se desdibujaba bajo las alas, reduciéndose a una línea difusa entre el agua y el cielo.

Habían sido dos días de playa, langosta y whisky caro; todo pagado por una empresa de telecomunicaciones que esperaba —sin necesidad de decirlo— su voto en contra de una proposición en la comisión antimonopolio de la Cámara de Representantes. Otro gesto discreto en nombre del capitalismo bien entendido.

Ya se estaba acercando a su destino cuando su móvil vibró. En la pantalla, el nombre de su asesor principal: Travis.

—¿Qué pasa? —respondió, sin preámbulos.

—Se lanza. Mañana mismo. Me lo ha confirmado un redactor de *The Washington Banner* —dijo Travis, con ese tono que usaba solo cuando las cosas se torcían—. Michelle McDonnell anuncia mañana su candidatura en un evento privado en Des Moines. Con invitados clave. Me dicen que va a por todas.

Mitch entrecerró los ojos. Llevaban meses midiéndose sin decirlo en voz alta. Un duelo labrado a base de filtraciones y movimientos

estratégicos. Ninguno había confirmado nada, pero en los mentideros de Washington el rumor llevaba semanas fermentando.

Al otro lado de la línea, Travis guardó silencio, consciente de que esos segundos de vacío eran, en realidad, el espacio en el que su jefe tomaba decisiones.

—Hija de puta —murmuró Mitch, incorporándose ligeramente en el asiento de cuero—. Tenemos que adelantarnos.

—¿Cómo?

—Lo anunciamos hoy. En la Conferencia. Y mañana, en abierto.

—¿Qué? —La reacción de Travis fue inmediata—. ¡Es demasiado arriesgado! —Se le quebró levemente la voz—. Señor, todavía no tiene el respaldo de los principales lobis, ni hemos activado a los medios. No hay estructura, ni relato…

—No importa —lo cortó—. Necesitamos el golpe. El primer movimiento marca el tablero. Si salimos antes que McDonnell, controlaremos el mensaje desde el principio.

—Señor…

—Sé que me lleva ventaja —añadió, más bajo, pero con una determinación que no admitía réplica—, pero eso pronto cambiará. ¿Ya tienes a la persona en Seguridad Nacional?

—Todavía no… Me está costando.

—No puedo esperar más, Travis. Ahora sí que no. —Su tono ya era de urgencia contenida—. Cierra eso de una vez.

—De acuerdo.

—Aterrizamos. Ahora te veo.

El *jet* tocó tierra en el aeropuerto de Manassas, en Virginia. Al abrirse la puerta, el aire cambió: más pesado, menos limpio.

Washington siempre lo recibía igual: con una mezcla de niebla, poder y ambición contenida.

En la pista lo esperaba un SUV negro, con las ventanillas tintadas. Sobre el salpicadero, una tarjeta con el emblema del Capitolio.

—¿No era mejor aterrizar en Dulles? —preguntó Mitch mientras se acomodaba en el asiento trasero.

—Demasiado tráfico —respondió Travis desde el del copiloto, mientras se fijaba en la cara de su jefe—. Esta vez se ha pasado, señor. ¡Está rojo!

Mitch soltó una risa seca.

—Si algún periodista pregunta, diré que vengo de inspeccionar una planta solar en Nevada. Este bronceado es por la transición ecológica, Travis —dijo el republicano con sorna.

El coche se incorporó a la carretera. A medida que avanzaban hacia el centro de Washington, el Capitolio emergía en el horizonte, blanco, imponente, casi irreal. Mitch sacó su segundo teléfono, el cifrado. Revisó los mensajes: nada. Ni un movimiento desde Seguridad Nacional. Todo avanzaba demasiado lento.

—¿Y su mujer? —preguntó Travis, sin apartar la vista de la carretera.

—Sigue en Moscú. La cadena la está mareando. Cree que la traerán de vuelta pronto, pero… —negó levemente— ya no me creo nada.

—¿Y… cómo lo está llevando?

Mitch giró la cabeza despacio.

—Kate es fuerte. Lo ha sido siempre. Está pasando un momento complicado a nivel profesional, pero sabrá salir.

Hubo una pausa.

—Señor…, ¿no cree que debería llamarla antes del anuncio?

Mitch miró su reloj.

—No me da tiempo. Voy con media hora de retraso a la Conferencia. La llamaré esta noche.

Cuando el SUV se detuvo en la entrada lateral del Capitolio, Mitch bajó sin esperar a que el chófer abriera la puerta. Se colocó las gafas de sol con un gesto mecánico, como si eso bastara para blindarse del mundo, y echó a andar. Travis lo siguió, dos pasos por detrás.

—¿Está seguro, señor? —insistió una última vez mientras subían la escalinata de mármol—. Podría esperar al acto de la Fundación Westmore. Es dentro de cinco días, tendría cobertura mediática asegurada y…

—Está decidido.

Los pasillos alfombrados de la Cámara de Representantes estaban más silenciosos de lo habitual. O quizá era solo una percepción suya: la antesala de una decisión importante siempre distorsionaba el entorno. Mitch avanzaba con paso decidido; no quería cruzarse con ningún periodista que lo importunara con preguntas incisivas. No le molestaba la prensa —estaba casado con Kate Sullivan, una de las mejores periodistas políticas del país—, pero como político experimentado que era, sabía que el ambiente crispado que se vivía en Washington se traducía en preguntas incómodas. Y una pregunta incómoda siempre era la oportunidad perfecta para meter la pata.

La Conferencia Republicana reunía a todos los congresistas del partido. Era el sanedrín en el que se cocinaban las grandes decisiones: alineamientos de voto, estrategias legislativas, vetos y

los asuntos legislativos más importantes que iban a ser sometidos a la consideración de las Cámaras.

Cuando abrió la puerta, el rumor de voces se detuvo en seco. Mitch avanzó hacia el estrado, subió los dos escalones y ocupó la presidencia, flanqueado por la portavoz adjunta y el secretario de la Conferencia. Dejó el móvil sobre la mesa, boca abajo.

Sus ojos recorrieron la sala. Había caras conocidas, algunas leales, otras no tanto. El grupo parlamentario era un mosaico de tendencias: libertarios, neoconservadores, centristas reconvertidos, evangélicos de discurso inflamado… Y él, Mitch Callahan, el hombre que quería reconciliar a América consigo misma con una sonrisa pragmática.

Mitch Callahan encarnaba el ala más conservadora del partido: Dios, patria y familia como pilares de un ideario firme, arraigado en los principios tradicionales y respaldado por una base electoral sólida, poco inclinada a las concesiones.

Al otro lado estaba Robert Brown. Formaba parte del ala más aperturista, conocida por sus adversarios internos como los «gopdems»: una corriente que trataba de ensanchar los márgenes del Partido Republicano sin romper con su identidad. Defendían reinterpretar la Segunda Enmienda, moderar posiciones en asuntos como el aborto o la eutanasia y asumir el cambio climático como una amenaza real.

Ambas facciones convivían dentro del partido sin especiales turbulencias y, en muchas ocasiones, se alternaban en el poder. Y esa era, precisamente, la expectativa de Callahan: que, tras ocho años de mandato de Brown, el partido y el país volvieran a decantarse por una línea más conservadora, dejando atrás un

periodo marcado por el relativismo y la pérdida progresiva de los principios que habían definido al Partido Republicano durante décadas.

—Buenos días a todos y disculpad el retraso —comenzó—. Antes de empezar a debatir los posicionamientos de voto para el próximo pleno, me gustaría compartir con todos vosotros algo personal.

Su voz era firme y medida, entrenada para no temblar nunca en los momentos decisivos.

—Sé que este no es el foro habitual para hacerlo y probablemente tampoco el momento más oportuno, pero he creído conveniente que seáis vosotros, mis leales compañeros estos últimos años, los primeros en conocer esta importante decisión.

Mitch guardó unos segundos de silencio, demostrando una vez más el dominio absoluto que tenía de su propia puesta en escena. Mientras tanto, observó las caras de máxima expectación de sus compañeros. Los ojos del político se movían de un lado a otro, recorriendo la sala y deteniéndose en cada una de las caras de los congresistas. Cuando su mirada se cruzaba con la de alguno de ellos, el interpelado le regalaba una generosa sonrisa que, en la mayoría de los casos, no podía ocultar los nervios que la tensaban.

A pesar de su mirada conciliadora, los pensamientos de Mitch eran implacables. Si obtenía la nominación de su partido y ganaba las presidenciales, iba a hacer una auténtica purga de todos aquellos cargos que en el pasado no le hubieran sido absolutamente leales:

«Stamper, te quedan dos meses de vida política».

«Smith, no he olvidado tu traición aquella tarde».

«Johnson, eres un cadáver político, aunque aún no lo sepas».

«White, despídete del Capitolio: Utah no te va a salvar».

—He decidido presentarme a las primarias de nuestro partido.

El aplauso fue inmediato, casi por reflejo político. Dos congresistas se levantaron primero. Luego unos cuantos más. En segundos, toda la sala estaba en pie.

—Gracias, muchas gracias —dijo, modulando la falsa modestia.

El aplauso solo creció.

—Gracias, de corazón. Cuento con todos vosotros para recorrer este camino…

20

Malibú, California

La penumbra del apartamento cedía lentamente con la sutileza de los primeros rayos de sol que se colaban por los ventanales. Me estiré despacio, con la calma tibia de quien aún no ha despertado del todo. Giré la cabeza y me hundí en la suavidad de la almohada, mientras el graznido lejano de las gaviotas rompía el silencio.

Entorné los ojos. Una línea anaranjada se deslizaba sobre el suelo de madera, iluminando pequeñas partículas de polvo suspendidas en el aire. La luz fue ganando terreno en mi campo de visión, dibujando lentamente contornos y siluetas… hasta que algo no encajó. No estaba solo.

Me incorporé de golpe. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Un latigazo de adrenalina me tensó los músculos. Frente a mí, sentado en una silla junto a la pared, un hombre me observaba en silencio.

Era alto, de rostro anguloso. Permanecía completamente inmóvil, con una expresión impenetrable. La luz que entraba le partía la cara en dos: una mitad en sombra; la otra, rígida, vigilante.

Apreté los dedos contra la sábana para tratar de contener el temblor.

—Tranquilízate.

Su voz era baja, pero tenía ese tono que no admite réplica.

—¿Quién eres? —pregunté, con la voz quebrada.

—He dicho que te tranquilices.

Hablaba despacio, demasiado, con una calma tan impostada que solo consiguió ponerme más nervioso.

Se puso en pie y dio un paso al frente. El suelo crujió.

—Sean Hamilton —dijo—. Camarada del SVR.

El aire se me quedó a medio camino, atrapado en el pecho. Aquello no encajaba. Era una grieta en el plan.

—No deberías… —murmuré—. Se suponía que no habría contacto hasta la iglesia. ¿Ha pasado algo?

Sean asintió, apenas un gesto.

—Moscú observa, Ivanov. Y tus últimas horas no les han gustado.

Sean empezó a moverse por el apartamento. Revisó enchufes, marcos, la base de la lámpara. No utilizaba ningún dispositivo, solo las manos y los ojos.

—Esto debiste hacerlo tú anoche. Nada más entrar. —Me aguantó la mirada varios segundos, reprochándome que hubiera bajado la guardia—. Está limpio.

Asentí en silencio, admitiendo mi error.

—Anoche parecías un puto turista deslumbrado por el paisaje —continuó con desprecio—. ¿Crees que estás aquí de vacaciones, Ivanov?

Dio un paso hacia mí. La tensión en su rostro se endureció. Sin dejar de mirarme, sacó un teléfono del bolsillo interior de su chaqueta y me lo mostró.

La imagen me golpeó de lleno: un cuerpo colgado boca abajo, desfigurado, los órganos expuestos como carne en un mercado.

Aparté la vista al instante. Un espasmo me atravesó el abdomen.

—Esto es lo que hacen con los espías encubiertos en Guantánamo. ¡Esto es lo que harán contigo! —gritó—. ¿De verdad lo habías olvidado?

Tragué saliva.

—No… —balbuceé, temblando.

—Lo que está en juego es una operación que puede alterar el equilibrio del mundo. ¡Rusia ha depositado en ti una responsabilidad histórica!

—Lo siento —murmuré, sin atreverme a levantar la cabeza.

Sean dio otro paso hacia mí. Me agarró del mentón con fuerza, obligándome a alzar los ojos.

—Mírame. ¡Compórtate como un hombre!

Sentí el pulso en la garganta.

—¿Crees que me han descubierto? —logré decir.

—Nunca se está seguro —respondió con una calma que no encajaba con sus palabras—. Llevo diez años sirviendo a la patria como agente encubierto en este país.

Hizo una breve pausa.

—Cada día es una batalla. Me despierto sin saber si hoy será mi último día.

Me miró fijamente.

—Así que abre los ojos. ¿Me has entendido?

—Sí.

—Esa «instrucción» en buceo no estaba prevista. Es muy inusual en la CIA. Y los americanos no improvisan sin motivo.

Sentí una incomodidad leve, casi imperceptible.

—¿Qué queréis que haga?

—Lo que se te entrenó para hacer: observa, analiza y anticípate.

Asentí, aunque dentro de mí todo se desmoronaba.

—Sigue el plan, Ivanov. Moscú está pendiente de cada paso. Cuando llegues a Langley, prepárate para la batalla final. Localiza el H_2O y todo habrá acabado. Volverás a Moscú como un héroe.

Yo no quería volver como un héroe, solo quería volver.

Sean se acercó despacio a la ventana y apartó la cortina lo justo para observar el exterior. Se pegó al marco, deslizándose apenas entre la luz y la sombra, atento a coches, azoteas y reflejos en los cristales de enfrente. Luego se desplazó hacia la otra esquina y repitió el gesto.

—Volverás a saber de nosotros en la iglesia. ¿Me has entendido?

—Sí.

Y sin más, se deslizó hacia la puerta, la abrió sin hacer ruido y desapareció.

Me quedé inmóvil al borde de la cama, con la espalda rígida y las manos heladas. Durante la instrucción, Kira había sido clara: no estaría solo. Aunque no los viera, habría agentes del SVR siguiendo cada uno de mis pasos. Pero no habría contacto. No hasta una fase mucho más avanzada de la operación. Solo intervendrían si era estrictamente necesario.

Y lo acababan de hacer. Habían roto el protocolo. Y eso solo podía significar una cosa: en Moscú estaban preocupados.

Había bajado la guardia. En cuestión de horas, Malibú me había envuelto como un narcótico lento, diluyendo la operación. Como si no fuera conmigo. Como si no me estuviera jugando la vida.

Apreté la mandíbula. Necesitaba recuperar el control, volver a ocupar cada rincón de mi mente con la tensión necesaria. Me habían entrenado para eso.

Me levanté despacio. Tenía la garganta seca, el pulso aún irregular.

En la cocina, casi sin mirar, abrí el grifo y bebí directamente. El agua fría me sacudió por dentro como en un intento torpe de volver a estar presente.

Cogí la tarjeta que abría la puerta y salí.

La luz del mediodía me golpeó de lleno. El sol ya estaba alto. Frente a las casas, el sendero de tierra se alargaba hasta la carretera, y más allá, la playa se abría bajo un cielo limpio. Las montañas de Malibú, más nítidas que la tarde anterior, se recortaban en el horizonte.

Avancé sin rumbo, levantando polvo a cada paso. A lo lejos, el Pacífico brillaba con un azul casi irreal.

Sentía el calor del sol en la nuca cuando una voz me llamó desde atrás:

—¡Luka! ¡Hey!

Me giré. Patricia estaba en la puerta de un pequeño supermercado con toldo rojo y un cartel pintado a mano. Sostenía una caja de fruta contra la cadera que dejó sobre una mesa al verme. Me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

Crucé el umbral del supermercado y me envolvió un olor a fruta madura y pan dulce.

—¿Has dormido bien? —me preguntó con una ceja alzada—. Porque son casi las doce, chaval.

Me pasé una mano por el pelo y me encogí de hombros.

—¿Tienes hambre?

—Bastante.

Patricia salió del mostrador, giró el cartel de ABIERTO y dejó a la vista un VUELVO EN UNA HORA escrito con rotulador.

—Vamos —añadió, pasando a mi lado—. Hay un sitio decente cruzando la carretera.

Caminamos juntos por el sendero que bordeaba las casas. La carretera estaba a unos metros; algún coche pasaba por ella de vez en cuando.

—No esperes nada *fancy* —dijo mientras cruzábamos—, pero se come bien.

Me reí sin decir nada.

El local era una construcción baja, con enredaderas que trepaban por una de las paredes y una terraza medio a la sombra. En la entrada, una pizarra escrita con tiza anunciaba el menú del día: «Burritos caseros, zumos naturales, café de verdad».

Subimos un par de escalones y nos sentamos fuera. Las mesas eran de madera, irregulares. Las sillas de mimbre tenían cojines desparejados, gastados por el sol.

Patricia pidió la comida sin ni siquiera preguntarme.

—¿Burritos de pescado? —pregunté.

—Madre mía —dijo Patricia, negando con la cabeza—, te queda mucho por aprender.

Cuando llegó la comida, el plato ocupaba medio mantel: una tortilla de harina gruesa, recién hecha, rellena de pescado a la plancha, aguacate, col y una salsa clara que olía a lima.

Le di un bocado con cautela. El contraste del pescado con la acidez de la lima y el crujido fresco de la col me gustó más de lo que

esperaba.

—¿Ves? —dijo, con una media sonrisa.

Asentí, todavía masticando.

—¿Y dónde queda exactamente la playa Lagoon State? —pregunté mientras apuraba el burrito.

Ella arqueó una ceja.

—¿Vas ahora?

—Sí.

—Desde aquí lo tienes fácil —dijo, acomodándose en la silla—. Tiras hacia el norte siguiendo la carretera y llegarás al cabo de unos veinte minutos. No tiene pérdida.

Patricia tomó un sorbo de zumo y me miró de reojo.

—Aunque una cosa te digo —añadió—: no esperes lo típico.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A que no es una playa de postal.

Hizo una pausa, buscando las palabras.

—Lagoon es un pequeño milagro, Luka. Un sitio que ha quedado a salvo de todo esto.

Señaló con la barbilla hacia la parte de las mansiones.

—No hace tanto Malibú era más salvaje, ¿sabes? Ahora… ya ves.

—¿Y cómo ha sobrevivido la laguna?

—Porque la protegieron a tiempo personas como Archie Corrigan.

Bajó un poco la voz.

—Es una reserva natural, técnicamente. Hay asociaciones que la defienden con uñas y dientes. A veces los ricos intentan comprar trozos de terreno colindantes, o cerrar accesos…, pero siempre

encuentran a alguien que los frena. No es solo una playa, es casi una frontera.

—¿Una frontera?

—Entre lo que queda de verdad y lo que ya ha sido vendido. Allí todavía puedes ver pelícanos, rayas cerca de la orilla, garzas… No hay tumbonas, ni camareros con cócteles. Es… el último respiro libre de Malibú.

Durante unos segundos, se quedó mirando al horizonte, como si intentara atrapar en la memoria aquello que acababa de describir. Luego, con un suspiro leve, volvió a la realidad.

—Bueno, muchacho, tengo que abrir otra vez. Dale recuerdos a Archie de mi parte. Y… pásatelo bien. —Me rozó el brazo con una palmada suave.

Se inclinó y me dio dos besos.

—Gracias por todo, Patricia.

La seguí con la mirada mientras se alejaba entre las mesas del local. Afuera, se detuvo un instante para saludar a un surfista que cruzaba descalzo, con la tabla al hombro.

Apuré el último sorbo, dejé unos billetes sobre la mesa y salí.

El sol caía limpio, el mar respiraba a lo lejos con una calma casi hipnótica. Todo seguía exactamente igual ahí fuera. Menos yo. Mientras echaba a andar hacia la carretera, noté cómo los nervios ya estaban ahí, instalados, tensándome por dentro sin darme tregua.

Estaba a punto de conocer a Archie Corrigan.

21

Moscú

No era el frío lo que la hacía avanzar con el paso precipitado. Era una certeza que se había ido imponiendo con una claridad incómoda: solo quedaba una persona a quien acudir.

Las palabras de la madre de Luka no la habían abandonado desde que salió de aquel piso: «Antes de desaparecer…, Luka estuvo en su casa». Desde entonces, todo lo que creía saber había empezado a desplazarse. ¿Para qué se habrían visto? ¿Seguían teniendo contacto desde que Igor reconstruyó su vida con Erika?

Muy pocas personas supieron que la relación de su hermano con Luka había existido. Mariya fue una. No porque Igor confiara en ella lo suficiente como para contárselo, sino porque la verdad se le impuso sin aviso, en una escena que no debería haber presenciado.

Por aquel entonces, él ya no vivía en Kolomna. Durante su etapa universitaria se había trasladado a un piso compartido, cerca de la Universidad Bauman.

Mariya le llevaba tres años. Siempre habían tenido una relación cercana, aunque sus formas de ser fueran distintas. Igor era reflexivo y risueño, poco dado a exponerse; ella, en cambio, se movía por impulsos, era impetuosa, ocupaba el espacio sin pedir

permiso. Dos hermanos que chocaban en la superficie, pero que encontraban una complicidad profunda en lo esencial.

El fin de semana en que todo cambió, en la vivienda solo estaba Igor. Sus compañeros de piso se habían marchado. Coincidió con una cumbre internacional de embajadores que Mariya debía cubrir para RNTT News y que se alargaría hasta la madrugada. Necesitaba un sitio cercano donde poder dormir unas horas, e Igor se ofreció sin dudarlo.

Eran casi las tres de la mañana cuando llegó. Mariya llevaba el cansancio acumulado en el cuerpo. La jornada en la Duma había sido interminable: declaraciones, ruedas de prensa, esperas, más declaraciones…

Subió las escaleras sin hacer ruido y giró la llave con suavidad. No quería despertarlo. Dentro, el silencio era absoluto. Dejó la mochila junto a la entrada y avanzó por el pasillo. La moqueta absorbía el sonido de sus pasos hasta hacerlo desaparecer.

Podía elegir cualquier habitación excepto la primera, la de Igor. Fue apenas un gesto reflejo, un leve giro de cabeza hacia la puerta entreabierta. Solo quería comprobar que su hermano ya dormía. Y entonces lo vio: no estaba solo. Había olvidado que ella también dormía en casa aquella noche. Un chico rubio descansaba sobre su pecho, con el cuerpo encajado en el de Igor con una ternura que no dejaba espacio para la duda.

Mariya se quedó inmóvil en el umbral. No sintió incomodidad ni rechazo. Fue otra cosa: una fractura silenciosa de la imagen que siempre había tenido de su hermano. Nunca se había planteado que amara de un modo distinto al que ella imaginaba.

Aquella imagen, tan íntima y vulnerable, la descolocó por completo. Sus ojos se posaron en Igor: dormía profundamente, en paz, ajeno a lo que su hermana acababa de descubrir. Ella se sintió como una intrusa, como si hubiera abierto una puerta que no debía. Había irrumpido, sin quererlo, en algo sagrado.

Tardó mucho tiempo en atreverse a hablar con su hermano sobre lo que había visto aquella noche. Cuando por fin encontró el momento, lo hizo con extrema delicadeza, consciente de que Igor era poco dado a hablar de sus propias emociones.

Tal y como temía, a él le costó mucho expresarse.

—¿Qué pasa, Igor? —susurró ella, tomándole las manos entre las suyas—. ¡No es nada malo!

Él no reaccionó. Su rostro permanecía inmóvil, impenetrable.

—No te lo cuento para que me des explicaciones —continuó ella, con la voz entrecortada—. Solo quería decirte que… si alguna vez necesitas hablar, aquí estoy. Soy tu hermana, puedes confiar en mí.

Igor tuvo que tragar saliva. Respiró hondo y apartó la mirada.

—Mariya…, no sé cómo… —musitó por fin, pero su voz era apenas un hilo—. Da igual… Creo que todo esto… es un error.

—¿Por qué un error?

—Porque estoy confundido. No sé lo que quiero en mi vida. Y si sigo por este camino…, no voy a ser feliz. No voy a poder tener una familia.

—¿Y por qué no? —exclamó ella—. ¿Por qué no puedes formar una familia… de otra manera?

Igor bajó los ojos, para evitar la mirada de su hermana.

—¿Qué tipo de familia voy a poder construir con un hombre… aquí? —dijo al fin, con voz herida, quebrada por dentro—. No se

puede, Mariya. No sin cargar con la vergüenza pública, con las miradas, con el desprecio. Y yo… no sé si tengo fuerzas para vivir con eso cada día.

—Pero las cosas están cambiando. Poco a poco…

—Aquí hay cosas que nunca van a cambiar —la interrumpió—. En Rusia no puedo ser feliz…

Una lágrima silenciosa le cruzó la mejilla, pero no se la secó.

—La única opción sería marcharme, irme lejos. Dejar atrás a mamá, a papá…, a ti. Y empezar de cero, en otro lugar… —La miró a los ojos, roto—. ¿De verdad vale la pena?

Mariya sintió que algo se le quebraba por dentro. Le costó articular la pregunta.

—Ese chico… ¿de verdad te gusta, Igor?

—Sí —susurró él, agachando de nuevo la cabeza.

Mariya no dijo nada. Lo miró con paciencia; parecía saber que las palabras llegarían cuando él estuviera listo.

—Se llama Luka —dijo al fin, y en su voz asomó por primera vez algo parecido a la ternura— y es la persona más buena del mundo. Después de mamá. Y de ti.

Mariya dejó que el tiempo siguiera su curso. No volvió a presionarlo ni a hacerle preguntas incómodas. Con los meses, fue el propio Igor quien empezó a hablarle de Luka. Le contó cosas de su infancia, la complicada relación que mantenía con su padre y el vínculo tan especial que lo unía a su madre. También le habló de su bondad, de su pasión por la pintura y de cómo, de alguna manera, ambos se habían ayudado a mantenerse a flote.

La relación entre ellos continuó. A veces Mariya se los encontraba en el piso de su hermano o se cruzaban en la estación de metro

Barrikadnaya cuando Igor acompañaba a Luka a su casa. Ella veía a su hermano feliz, más libre, como si al fin hubiera hallado un lugar donde poder ser él mismo. Hasta que todo se torció.

Un día, Luka desapareció. Igor no quiso contarle mucho, solo le dijo que había tenido que irse por unas prácticas. En su voz, Mariya percibió una mezcla de tristeza y resignación que la hizo pensar que aquella despedida era definitiva.

Demasiado poco tiempo después, Igor le presentó a alguien. A una mujer. Mariya trató de ser amable con Erika, pero no tardó en notar que su hermano había cambiado. Ya no tenía aquella luz en los ojos, ni esa calma que antes lo acompañaba. La miraba con distancia, con el gesto de quien trata de creer en algo que no siente. Y fue entonces cuando entendió que, por mucho que lo intentara, Igor solo estaba fingiendo normalidad.

Mariya subió despacio, con la mirada perdida en los peldaños. Cuando llegó frente a la puerta, levantó la mano y llamó tres veces.

Mientras oía el ruido del cerrojo al abrirse, repasó mentalmente lo que le quería decir.

—Necesito hablar contigo —dijo en voz baja cuando la puerta se abrió.

Igor estaba en el umbral con gesto resignado, como si ya supiera a qué venía antes de escucharla.

Mariya entró sin esperar invitación.

El salón estaba en penumbra. La luz de la tarde apenas permitía distinguir los colores de la estancia. Se sentaron en el sofá, dejando entre ambos una distancia que decía más que cualquier palabra.

—No insistas más, hermana —murmuró él, cansado de su vehemencia—. Por favor.

—¿No te das cuenta de que Luka nunca haría algo así? ¿Pilotar un caza en una maniobra del ejército, desviar su trayectoria y aterrizar en Estados Unidos?

Igor negó despacio, como si la sola imagen le resultara imposible de encajar. Pero había algo más fuerte que la lógica que lo empujaba a tomar distancia de Luka, a no implicarse en lo que escuchaba.

—¿Y tú no te has metido ya en suficientes problemas? —espetó él —. Perdiste tu trabajo por meterte donde no te correspondía. Cerraron RNTT News porque jugasteis con fuego. ¿No has tenido bastante?

—No. —Negó con la cabeza, tajante—. No. Odio a este Gobierno corrupto. Pero más aún a los que miran hacia otro lado. ¡Piensa en Luka, Igor! En lo que fue para ti… Es muy extraño lo que ha pasado; podría estar en peligro.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Igor apartó la mirada, como si necesitara protegerse de ellas. Durante unos segundos no dijo nada; respiraba despacio, tratando de contener algo que todavía dolía.

—¿Qué quieres saber?

Mariya tomó aire antes de responder.

—Fui a ver a Olga.

El nombre bastó. Igor alzó la vista, sin disimular el reproche.

—Me dijo que os visteis hace poco —añadió ella, midiendo cada palabra.

Él desvió la mirada hacia la ventana. Tardó unos segundos en responder.

—Sí —murmuró al fin—. Nos vimos.

Mariya lo observó, desconcertada.

—Pensaba que habíais perdido el contacto…

—Hermana…, sabes que todo esto ha sido muy difícil para mí. Luka pertenece a una etapa de mi vida que… dejé atrás. Él desapareció, se fue sin decir nada. Y ahora yo tengo mi vida, una mujer a la que quiero, un proyecto en común…

Se le escapó un suspiro sin querer, seguido de un leve chasquido de la lengua.

Mariya le dio tiempo para buscar las palabras que quería pronunciar.

—Lo nuestro iba bien. Despacio, pero bien. Hasta que acabamos la carrera. Entonces todo cambió. De la noche a la mañana me dijo que se iba un año fuera, a hacer unas prácticas. ¡Unas prácticas en una empresa de tecnología aeroespacial! —Negó levemente con la cabeza—. Él nunca quiso eso…

Hizo una pausa y bajó la mirada.

—¿Imaginas lo que es eso? —añadió sin mirarla—. ¿Que alguien con quien compartes parte de tu vida desaparezca de un día para otro? Llevábamos casi tres años juntos, Mariya. Tres.

No había rabia en su voz, solo un dolor que no conseguía apartar.

—No lo entendí. Con lo difícil que había sido todo… Desapareció y dejó de contestar mis mensajes.

Su tristeza lo impregnaba todo.

—Tuve que aprender a vivir sin él —continuó, con un hilo de voz —. Tuve que acostumbrarme. A no tenerlo. A no pensar en él. Y un día, cuando peor estaba, apareció Erika… Y ahora ella es mi familia.

Mariya guardó silencio. Lo observó un instante, como si buscara la forma de no romper algo que ya estaba demasiado frágil.

—¿Qué crees que le ha pasado?

—No lo sé —contestó con los ojos vidriosos—. La única certeza que tengo es que, desde que empezó esas prácticas, cambió para siempre.

Hizo otra pausa. Respiró hondo, como si le costara seguir.

—No supe nada más de él hasta hace unas semanas. Vino a verme. —Sus labios se tensaron—. Verlo me dolió… mucho. Después de casi un año de silencio, yo estaba intentando rehacer mi vida. No quería remover el pasado. Pero al mismo tiempo… necesitaba saber por qué se fue. Tenía la sensación de que, hasta que no lo entendiera, no iba a pasar página del todo.

—¿Y bien?

—Estoy convencido de que me mintió: me dijo que las prácticas eran muy exigentes, que tuvo que dejar el móvil para poder concentrarse y dar lo mejor de sí mismo… —Volvió a negar levemente con la cabeza—. No me lo creí.

Ella lo observó en silencio.

—¿Entonces? ¿Lo perdonaste?

—No. Pero nos acostamos.

Mariya lo miró sin saber qué decir. Tardó un instante en asimilarlo.

—¿Qué…? —Tragó saliva. Pensó en Erika, en la traición, pero lo que de verdad le preocupaba era su hermano. Lo veía perdido, empujado a vivir una vida que no era la suya—. Igor…

—No me digas nada —la detuvo él—. Sé perfectamente que estuvo mal. Y créeme, cada día me lo recuerdo.

Ella no replicó.

—Después de aquello, pensé que no volvería a saber de él. Que había sido una forma de cerrar una historia inacabada. —Se pasó la

mano por la nuca, incómodo—. Pero… al día siguiente se presentó de nuevo aquí.

Se tomó unos segundos antes de continuar.

—Intuí lo que quería y le dije que no. Que no iba a volver a pasar… Pero enseguida comprendí que no había vuelto por eso.

—¿Y qué quería?

—Lo noté muy nervioso. No dejaba de mirar el reloj, se movía con una inquietud extraña. Buscaba un colgante.

—¿Cómo?

—Sí, uno pequeño, metálico. El día anterior, cuando nos acostamos, lo llevaba puesto. Me llamó la atención porque nunca antes lo había visto con nada al cuello.

Mariya alzó las cejas, sorprendida.

—¿Y lo encontró?

—No. —Su tono se endureció—. Estaba muy alterado. Recorrió toda la habitación. Me preguntó una y otra vez si lo había visto… Llegó a insinuar que yo lo tenía.

Hizo una pausa. La rabia se le coló en la voz.

—Me cabreé mucho, hermana. Después de todo…, ¿de verdad pensaba que yo me iba a quedar con algo suyo?

Mariya había dejado de escucharlo.

—Igor… —dijo, levantándose—, ¿estás seguro de que ese colgante no está aquí?

—¿Y qué más da? —gritó—. ¿Crees que me importa?

Antes de que terminara la frase, Mariya ya había entrado en su habitación.

—¿Qué haces? —exclamó él.

No respondió.

Se agachó junto a la cama y miró primero el suelo, recorriendo con la vista los bordes, los ángulos muertos. Luego abrió los cajones, despacio, sin desordenarlos, pasando la mano por el fondo.

—Mariya, por favor…

No levantó la vista. Apartó ligeramente la mesita, lo justo para comprobar el hueco entre la pared y el mueble.

—Igor… —dijo sin mirarlo—, necesito que me describas con detalle… todo lo que hicisteis. Dónde…

—¿Perdón? —replicó él, incrédulo—. No puedo creer que me estés preguntando… eso.

Ella no insistió. Volvió a agacharse, obstinada, guiada por una intuición que no sabía explicar. Esta vez se inclinó más, asomándose bajo la cama. Y entonces, al fin, algo brilló bajo la penumbra del somier: un hilo metálico, casi invisible, asomando detrás de un enchufe.

Alargó la mano y lo sacó. Era una pieza ovalada, oscura, sujeta a una fina cadena de acero.

—¿Esto… esto es tuyo, Igor?

—No… —murmuró, retrocediendo un paso—. Es el colgante de Luka.

Mariya lo observó de cerca. Era pesado, más de lo que parecía. Lo sostuvo a contraluz: no tenía marcas ni grabados. Le dio la vuelta despacio, tanteando la superficie con el pulgar. Entonces notó una fina línea en uno de los bordes, casi invisible, como una junta de ensamblaje.

Frunció ligeramente el ceño.

Acercó el colgante a su oído y lo agitó suavemente. No sonaba nada. Luego introdujo la uña en aquella línea y sintió que el metal

cedía un poco.

—Espera… —susurró.

El colgante se abrió con un chasquido. Dentro, encajada en una cápsula translúcida, había una pieza diminuta, apenas visible, con un circuito grabado.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Igor.

Mariya giró el pequeño dispositivo entre los dedos, intrigada.

—Parece… —titubeó— un chip, quizá un sistema NFC.

—¿NFC? —repitió Igor.

—Una tecnología de corto alcance. —Mariya hablaba despacio, sin apartar la vista del colgante—. Sirve para transmitir datos entre dispositivos, cosas como identificaciones, accesos…

—Sé lo que es —la interrumpió—. Pero… ¿qué hace dentro de un colgante?

—No lo sé… Pero está aquí por una razón.

Durante unos segundos se quedaron en silencio, contemplando el colgante abierto.

—Sea lo que sea, a Luka le preocupaba que cayera en manos equivocadas —dijo Mariya al fin, mientras volvía a encajar las dos mitades del colgante—. Quizá estén aquí las respuestas que estamos buscando.

22

Malibú, California

Algo en el borde de la carretera rompió la continuidad del paisaje antes de que pudiera identificarlo. Un coyote joven emergió de la maleza, perfectamente camuflado con el color de la tierra.

Se detuvo en mitad del carril. No parecía asustado, solo atento. Sus ojos pasaron por mí sin detenerse y luego cruzó hacia los juncos que bajaban hasta la playa.

Aquel destello de vida salvaje me atravesó con una claridad incómoda. Yo no podía hacer eso. No podía huir. No podía desaparecer entre la maleza sin mirar atrás ni tener que rendir cuentas a nadie. Solo podía seguir adelante, cumplir un plan que no dejaba espacio para desviarse.

Dejé atrás la Pacific Coast Highway y descendí hacia la playa. El ruido del tráfico se fue diluyendo poco a poco hasta que solo quedó el rumor del mar. Cuando la arena apareció bajo mis pies me descalcé y por un instante un frío leve me hizo olvidar todo lo demás.

Funcionó un segundo, quizá dos.

Luego el cosquilleo empezó en mi estómago. Subió despacio, insistente, como una señal que no se puede ignorar y que se

intensificaba a cada paso, hasta instalarse en mi garganta.

Intenté convencerme de que los nervios eran por el buceo. Nunca lo había practicado antes y, como siempre, temía hacer el ridículo. Desde niño había sido así. En el colegio, los juegos y las competiciones fueron mi pesadilla. Yo era siempre el que tropezaba, el que llegaba último, el que fingía una lesión para no quedar en evidencia. Aquel miedo a hacer el ridículo se me había quedado dentro, sedimentado en algún sitio del cuerpo, y volvía cada vez que tenía que demostrar algo físico.

Pero no era solo eso. Había algo en el nombre de Archie Corrigan que me alteraba más de lo que quería admitir.

Lagoon State apareció al fondo, silenciosa. Patricia no exageraba: era mucho más que una playa de postal. Era un equilibrio frágil. Una laguna de agua salada se extendía en el centro, separada del Pacífico por una franja estrecha de arena. De la colina descendía un arroyo que moría allí, mezclándose con el mar.

El aire olía a sal y a vegetación húmeda. No se oía nada más que el agua rozando la orilla. A unos metros de mí, un cartel clavado en la arena recordaba que aquel lugar debía ser respetado: «Laguna de Malibú. Espacio natural protegido por la Comisión Costera de California».

Seguí avanzando hacia el otro extremo de la playa. A lo lejos, más allá de la laguna, las mansiones de cristal y cemento se alineaban frente al mar. Sus terrazas relucían al sol; parecían esperar el momento de extenderse un poco más y terminar de ocuparlo todo.

En algún punto, la arena se volvió más irregular, salpicada de restos arrastrados por el mar. Fue entonces cuando la vi: una Volkswagen T2 verde menta, detenida en un lateral como si el

tiempo le hubiera pasado por encima sin arrastrarla del todo. Las ruedas desinfladas, cortinas hechas de retales que ondeaban con el viento. Sobre el techo, varias tablas de surf encajadas bajo una rejilla oxidada.

La idea de que alguien pudiera vivir allí, a la intemperie, sin más protección que unas chapas y la intimidad de unas cortinas, me resultó inquietante. Dudé sobre si debía acercarme y llamar a la puerta. No por prudencia, sino por una resistencia difícil de explicar.

Me senté en la arena, con lo que debía de ser la casa de Archie a unos veinte metros. El sol caía sin piedad, pero la brisa marina mantenía el aire en movimiento. No sabía si él estaba dentro. La CIA había sido imprecisa: «Preséntate a primera hora de la tarde», decía el informe. Nada más.

Era la primera vez, desde que empezó la operación, que algo quedaba fuera del plan. En la instrucción analicé cada paso, cada fase con todas sus posibles derivadas: imprevistos, errores, incluso situaciones de amenaza directa y violencia. Pero aquello, un instructor de buceo, no figuraba en ningún escenario.

Unos acordes suaves empezaron a deslizarse por el aire. Parecía *reggae,* una melodía relajada. Me quedé inmóvil, mirando hacia la Volkswagen.

Entonces, la puerta se abrió.

El pulso se me volvió a acelerar de golpe. Apareció él. Y bastó un instante para entender que la fotografía del informe no era más que una aproximación. En persona, Archie Corrigan era pura presencia. No un estereotipo, ni un surfero de anuncio, ni siquiera un modelo perfecto. Era belleza sin cálculo: el pelo revuelto, el torso tostado, el bañador caído por debajo de las caderas…

Se sujetó del retrovisor y, con un impulso ágil, se encaramó al techo de la furgoneta. Desató una tabla y la dejó caer sobre la arena, a pocos metros de mí. Luego se agachó y empezó a frotarla con algo parecido a una lija, moviendo el brazo en círculos, al compás de la música. Había algo hipnótico en sus gestos, en la naturalidad que proyectaba, en la ausencia total de tensión.

Me descubrí mirándolo más tiempo del que debía. Mi cabeza reaccionó tarde, como si tuviera que abrirse paso entre una distracción demasiado poderosa.

Parpadeé. Me calcé con movimientos torpes y avancé hacia él.

A cada paso, la sensación se volvía más difícil de encajar en algo conocido. No eran solo nervios. No era solo desconfianza. Había algo más, algo que no terminaba de reconocer.

Me pareció que Archie no me había visto. Seguía concentrado frotando la tabla al ritmo de la música. Cuando estuve a solo unos metros, intenté hablar, pero no salió nada.

Tragué saliva.

—Hola —dije al fin, más bajo de lo que pretendía.

Se giró. Me miró sin prisa ni juicio, con esa calma que solo tienen los que nunca han tenido que ganarse la atención de nadie.

Nuestros ojos se cruzaron un instante. Y tuve que apartar la mirada.

—¿Qué pasa, tío? —soltó al fin, con una media sonrisa.

Su voz era grave, ligeramente ronca, como si se acabara de despertar.

Sostuve de nuevo la mirada, más allá de lo prudente.

—¿Eres Archie Corrigan?

—A su servicio —respondió con gracia, con una inclinación exagerada.

—Estaba… buscándote. —La frase me sonó torpe incluso antes de terminarla. Tragué saliva de nuevo y añadí—: Estoy interesado en tus clases.

—¿Clases de…? —preguntó sin levantar del todo la vista.

—De buceo —aclaré—. Voy a trabajar… en la CIA.

Archie soltó un resoplido, casi una risa.

—Ah, claro. —Se pasó una mano por el pelo y me miró de reojo—. De vez en cuando me mandan tipos trajeados que quieren aprender a bucear en tres días para que los dejen trabajar ahí.

No supe qué decir.

—No sé cómo podéis currar en un sitio así, tío.

Me encogí de hombros, intentando no parecer fuera de lugar.

—¿Cuándo quieres empezar?

—Cuanto antes.

—Vaya… —me miró de arriba abajo, sin disimulo—, un tipo decidido. —Sonrió—. Si quieres, podemos empezar mañana. Y según cómo se te dé, vemos si necesitas dos clases… o veinte. ¿Has buceado antes?

—No…

—Genial. Así empezamos de cero. Que fluya…

Se movía con una naturalidad que me descolocaba. Todo en él fluía sin esfuerzo. Yo, en cambio, llevaba la torpeza y la inseguridad pegadas encima.

—Ven. Te explico cómo funciona esto.

Abrió la puerta de la autocaravana con un empujón.

Me quedé quieto.

Se giró hacia mí y me hizo un gesto para que entrara.

—Tranquilo, no muerdo —dijo, sonriendo.

Bajé la cabeza, incómodo. Crucé el umbral tratando de naturalizar el gesto, con una indiferencia forzada.

El interior olía a café recalentado y a toallas que no terminan de secarse. La luz entraba tamizada entre las cortinas. Había ropa revuelta, cojines rasgados, platos sucios apilados, polvo en cada estante…

—¡Pero no te quedes ahí, hombre! —me dijo, empujándome suavemente el hombro.

Se movía por el interior como un anfitrión mostrando su palacio. Giró el asiento delantero hacia dentro y lo golpeó con la palma.

—Este es el salón.

Casi me lo tuve que imaginar.

—La cocina está aquí. —Señaló una encimera con un hornillo y una pequeña nevera de camping—. Y este armario lo rescaté de una tienda que cerró.

Entonces apuntó al fondo.

—Y esa es la joya de la corona —dijo, medio en broma.

La cama ocupaba el final de la autocaravana, elevada sobre un pequeño compartimento. El colchón estaba hundido en el centro; la tapicería, desgastada y las costuras, abiertas en varios puntos. En la pared se veían marcas que parecían arañazos. Archie observó la cama un instante, con una sonrisa que no supe interpretar.

—¿Y cómo es vivir aquí? —pregunté, solo para no seguir callado—. Quiero decir…, vivir así…, en una autocaravana.

Se encogió de hombros.

—Es libertad, tío. No será para siempre, pero por ahora… es perfecta.

Mis ojos se detuvieron en los arañazos de la pared pegada a la cama.

—¿Y eso? —pregunté.

Archie sonrió, desarmante.

—¿Eso? Trofeos de guerra, colega. ¿Qué pasa, que tú eres virgen o qué?

Sentí que las mejillas me ardían. Y cuanto más intentaba relajarme, más notaba el calor subiendo por mi cuello.

Archie me miró con una mezcla de burla y ternura.

—Anda, ven, siéntate —dijo al fin, señalando el asiento del copiloto que había girado hacia atrás.

Rebuscó entre papeles arrugados sobre una mesa plegable. Sacó un cuaderno de espiral y lo dejó caer entre nosotros.

—Aquí tengo lo básico. Tiempos, profundidad, zonas, mareas… —Pasó las páginas con el pulgar—. Empezaremos suave. Aprender a respirar sin cagarla, controlar el lastre, manejar el equipo…

23

Moscú

—¿Pero qué hace en Malibú? —La voz de Viktor Mikhailov retumbó entre los muros altos de la sala, cargada de una irritación imposible de disimular.

El director del SVR se inclinó levemente antes de responder:

—Aún no lo sabemos, señor presidente. Confirmamos su presencia en la zona desde ayer por la tarde. Nuestros agentes están desplegados sobre el terreno. Uno de ellos, Hamilton, ha intervenido esta mañana. Se detectaron indicios de vulnerabilidad.

Mikhailov lo observó sin parpadear.

—¿Qué tipo de vulnerabilidad?

—Ivanov parecía… distraído, señor —respondió el director del SVR con cierta cautela—. Ese giro inesperado de guion pareció afectarle. Pero Hamilton logró actuar a tiempo. Lo reorientó.

El presidente se recostó en la silla, visiblemente molesto.

—Siempre supe que era un perfil inestable para una operación así —murmuró, sin ocultar su irritación—. Lo advertí desde el principio.

El comentario quedó suspendido unos segundos en el aire, sin respuesta. Algunos evitaron cruzar miradas; otros fingieron revisar documentos.

—Con el debido respeto, señor presidente…

La voz llegó desde el extremo de la mesa. Todas las miradas se volvieron hacia Kira.

—Ivanov reunía las mejores condiciones. Tenía el mejor expediente de aeronáutica del país. No solo podía ejecutar la operación…, podía sostenerla técnicamente sin fisuras.

Un leve rumor recorrió la mesa.

—Durante la instrucción hubo que reforzarlo —añadió Kira—. Seguridad, control emocional, disciplina…, ajustes habituales en perfiles con alta capacidad técnica. Pero los aspectos operativos los integró con una rapidez poco común.

El ministro de Asuntos Exteriores bajó la mirada, haciendo girar lentamente un bolígrafo entre los dedos.

—Petrov —dijo Mikhailov, clavando en él la mirada—, ¿existe algún riesgo de que la operación pueda quedar comprometida?

El ministro tardó un segundo en encontrar su voz.

—Ninguno confirmado, señor. Los informes señalan que la cobertura sigue intacta. La CIA validó el relato de Ivanov. De lo contrario, lo habrían extraditado en las primeras horas tras el aterrizaje.

El presidente apretó la mandíbula. Se inclinó hacia la mesa y dejó caer la palma abierta sobre el cristal.

—No podemos permitir una sola brecha operativa. Llevamos años construyendo esto capa a capa: inteligencia, drones, infiltración de activos…

Miró a cada uno de los presentes con una calma que resultaba más intimidante que cualquier amenaza.

—Es el momento perfecto —continuó—. Los americanos…, con un presidente desgastado a final de mandato, una economía golpeada por la inflación, las calles agitadas… Y Europa… fragmentada, dependiente, incapaz de responder con una sola voz. Nunca había estado tan débil desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

La reunión se estaba celebrando en una sala noble del Kremlin, una de las que daban a la Plaza Roja. La iluminación era austera: una lámpara suspendida concentraba la luz sobre la mesa de cristal, dejando los márgenes de la estancia en sombra. En la pared del fondo, una pantalla mostraba un mapa del Atlántico Norte, con Europa y Estados Unidos conectados por una red de cables submarinos marcados en líneas rojas y azules, algunos con indicadores intermitentes.

—¿Los drones están listos? —preguntó el presidente.

El general Morózov asintió con un gesto firme.

—Sí, señor.

—¿Tiempo estimado de activación desde que Ivanov localice el H_2O?

—Cuarenta y ocho horas como máximo —respondió el general.

Mikhailov sostuvo su mirada un instante más de lo necesario.

—Espero que lo localice —dijo finalmente—. Y que no hayan sobreestimado sus capacidades. Si no, tendremos que ocuparnos de él como hicimos con su padre —sentenció el presidente.

Un silencio pesado se asentó sobre la mesa.

En Rusia, los errores no se corrigen: se eliminan. Los cabos sueltos también. Y Boris Ivanov no fue una excepción.

Para el Kremlin, Alexéi Voronin se había convertido en un problema. No era un opositor más. Llevaba demasiado tiempo

cuestionando abiertamente la limpieza de los procesos electorales en Rusia, denunciando la represión, el control mediático y la restricción sistemática de derechos.

Sus declaraciones habían trascendido fronteras: medios internacionales, eurodiputados, organizaciones de derechos humanos… Su figura crecía dentro y fuera del país. Y, lo que era más peligroso, empezaba a ganar legitimidad.

Había que apartarlo.

Fue en ese mismo contexto cuando el nombre de Luka Ivanov apareció por primera vez en un expediente del FSB como posible activo para la operación más ambiciosa desde la Guerra Fría. Y en ese análisis, su padre emergió de inmediato como el punto de presión más eficaz.

La inteligencia rusa detectó la oportunidad.

Eligieron al juez Ivanov para articular una acusación contra Alexéi Voronin: colaboración con potencia extranjera, actividades de desestabilización. Todo falso.

Boris no dudó. Interpretó el encargo como una demostración más de lealtad. El proceso se levantó a su alrededor: pruebas falsas, informes manipulados, testimonios inducidos…

La defensa denunció irregularidades. Hubo presión internacional, solicitudes de observadores. Pero nada cambió. Ivanov dictó sentencia: cuarenta años de cárcel. Y con ella firmó también la suya. Voronin dejó de ser un problema y Boris se convirtió en uno.

Había visto demasiado, había participado en el engranaje corrupto del sistema. Y eso lo convertía en alguien que ya no podían permitirse.

Lo eliminaron. Y para entonces, su muerte ya había cumplido otra función. Luka no necesitó entenderlo. Bastó con que le ofrecieran apartarlo de su vida.

Así era el FSB. Nada se desperdiciaba. Cada movimiento servía para algo más.

La reunión siguió su curso. Nadie en la sala pareció reparar en la ventana de detrás del presidente. Desde allí, la Plaza Roja se extendía blanca y vacía, salvo por una figura que avanzaba con paso apresurado sobre los adoquines helados. Iba cubierta con un abrigo oscuro, cerrado hasta la barbilla.

Mariya la había citado en un lugar inusual: la estación de metro Kítai-Górod, en el extremo este del centro, donde las líneas se cruzaban bajo el puente Bolshói Ustyinsky. Le había escrito aquella mañana: «He descubierto algo. No puedo contártelo por teléfono».

Kate apuró el paso. El frío le cortaba la cara, pero no aflojó.

Sabía que iba a decepcionarla. Días atrás le había prometido que la ayudaría con la investigación sobre Luka, pero ya no había tiempo. Dentro de pocos días regresaba a Washington. La dirección de ANN News acababa de comunicarle que su cobertura en Moscú había terminado.

Desbloqueó el teléfono. Más de cincuenta notificaciones.

«Orgullosa de los dos».

«Vuelve ya. Tenemos que celebrarlo».

«¡Empieza la carrera!».

La noticia del anuncio de Mitch había dado la vuelta al mundo. No era un movimiento más: era el momento que llevaba años

esperando, el salto que podía conducirlo hasta la Casa Blanca. Y ella tenía que estar con él, a su lado, cuando todo empezara de verdad. Pero, al mismo tiempo, había algo que le pesaba: la sensación de abandonar a Mariya con un hilo del que apenas habían comenzado a tirar.

Descendió las escaleras del metro, sintiendo cómo el aire caliente que subía del túnel le golpeaba la cara de forma brusca. Siguió el pasillo curvo hasta el final, donde la luz era más débil y el flujo de gente se diluía. Allí, junto a una columna, la encontró. Tenía los ojos fijos en la entrada, como si temiera que alguien la siguiera.

Kate se acercó despacio.

—Me mandan de vuelta a Washington —le dijo sin ambages.

Mariya hizo una mueca de resignación. Tenía el rostro más pálido que de costumbre.

—Entonces… no hay tiempo que perder.

La americana asintió, sin apartar la vista de ella.

—¿Qué has descubierto?

La joven rusa miró a ambos lados antes de responder.

—Estuve con Igor, en su casa. Y encontré algo que no debería estar allí.

Kate frunció el ceño.

Mariya buscó en el interior de su bolso y sacó el colgante.

—Luka lo perdió allí.

Kate lo observó en silencio. El metal reflejaba la luz tenue del andén, devolviendo destellos borrosos.

—En su interior tiene una especie de chip. Un sistema NFC, creo.

La periodista extranjera entrecerró los ojos.

—¿Crees que…?

—Luka se puso muy nervioso cuando se dio cuenta de que lo había perdido.

Kate sintió un escalofrío en la nuca.

—¿Qué propones?

—Necesitamos a alguien que acceda a su contenido.

Kate negó despacio.

—Si ese dispositivo contiene información clasificada, estará protegido. En la CIA los dispositivos tienen un sistema por el que cualquier intento de acceso por persona no autorizada dispara una señal de alarma que permite rastrear su ubicación.

El ruido lejano de un tren recorrió el túnel. Las vibraciones ascendieron por el suelo hasta sus pies.

—Necesitamos a alguien que sepa hacerlo —añadió Mariya.

La mujer de Mitch Callahan la miró, sin decir nada.

—Un *hacker.*

Kate soltó el aire, anticipando su respuesta.

—¿Quieres buscar un *hacker* en Moscú? —replicó, sin ocultar su incredulidad.

—Cuando trabajaba en RNTT entrevisté a un chico…, un crío, en realidad. Se hacía llamar Obsidian. Se había colado en la base de datos del Ministerio de Energía solo para demostrar que podía hacerlo. Quizá él…

Kate volvió a negar con la cabeza.

—Mariya —dijo, acercándose un poco más—, acceder a información clasificada es un delito grave. En Estados Unidos te puede llevar a la cárcel. Aquí… no quiero imaginármelo.

Ella la miró de reojo, con la calma de quien ya ha tomado una decisión.

—No podemos detenernos ahora.

Kate apretó los labios, buscando una forma de frenarla, pero Mariya se adelantó:

—Te vas a subir a un avión rumbo a Estados Unidos antes de que las cosas se puedan complicar. A ti no te va a pasar nada.

—No me estoy preocupando por mí —replicó, molesta.

La joven la miró sin pestañear.

La americana sintió el peso de la decisión en ese silencio. La idea la inquietaba —demasiado riesgo, demasiadas variables—, pero una parte de ella necesitaba llegar hasta el final. Saber si ese colgante ocultaba algo. Mitch acababa de anunciar su candidatura a las primarias, y cualquier escándalo podría arruinarlo todo. Si Luka era un impostor, debían saberlo cuanto antes. Él mismo había impulsado su verificación. La CIA seguía sus propios pasos, pero quizá ellas también podrían encontrar la verdad.

Al fin, asintió.

—¿Dónde podemos encontrar a Obsidian?

—La entrevista fue en una fábrica eléctrica abandonada, al este de Sokolniki.

—¿Crees que seguirá allí?

—Si sigue dedicándose a lo mismo…, era un buen sitio para esconderse.

Las dos periodistas salieron de la estación de metro y cruzaron el puente a pie. El sol ya se había perdido detrás de una capa gris y sucia. Bajaron por un terraplén cubierto de hielo, resbalando con cuidado, hasta alcanzar el tranvía que las llevaría a las afueras de la ciudad.

Los asientos de plástico estaban rotos y las ventanas empañadas apenas dejaban ver el exterior. Avanzaron hasta el último coche y se sentaron una frente a la otra, balanceadas por un traqueteo irregular.

Atravesaron barrios cada vez más degradados, dejando atrás edificios de viviendas para internarse en una sucesión de solares y edificios industriales. Kate observaba el paisaje pasar por el cristal con una sensación incómoda que se apoderaba de su estómago. Todo a su alrededor era duro, frío y sin vida. La periferia parecía tragarse todo lo que quedaba de civilización para sumergirlas en un paisaje desolado.

El tranvía aminoró la marcha con un chirrido metálico. Durante unos minutos avanzó cada vez más despacio, con sacudidas breves. Al final, se detuvo con un golpe seco que resonó en el interior casi vacío del vagón.

Cuando descendieron, el aire frío las envolvió de inmediato. La quietud que las rodeaba era absoluta. A su alrededor no había nadie. Ni rastro de actividad.

Caminaron siguiendo la vía unos metros antes de internarse entre naves vacías y depósitos abandonados.

—¿Falta mucho? —preguntó Kate en un murmullo, con las manos metidas en los bolsillos.

—Está ahí delante —respondió Mariya, señalando una explanada rodeada de fábricas cerradas.

Avanzaron con cautela entre los restos de una verja metálica. Frente a ellas se alzaba un edificio industrial, con las ventanas tapiadas y la estructura agrietada.

Mariya frunció el ceño al ver el lugar y se detuvo un instante, desorientada. Recordaba haber entrado la última vez por una puerta lateral que ya no existía. Ahora solo quedaba una pared de cemento desnuda.

—Esto ha cambiado mucho —dijo, al asomarse a la única ventana que aún dejaba ver el interior.

Kate, mientras tanto, rodeó el edificio con paso más lento, bordeando la estructura hasta la parte trasera, donde el terreno estaba más hundido y el hielo se acumulaba sin pisadas. Se detuvo allí, como si algo no terminara de encajar.

Fue entonces cuando lo notó. No fue inmediato, sino una sensación extraña: del suelo subía una corriente de aire tibio, casi cálido.

—¿Lo notas? —preguntó, sin apartar la vista del suelo.

Mariya se acercó, dudando al principio, hasta colocarse a su lado. Pronto lo percibió: un hilo de aire se filtraba entre las grietas del cemento.

Kate se agachó, apoyando primero una mano. Empezó a apartar con cuidado el hielo y la tierra endurecida. La capa cedía con dificultad, resquebrajándose en fragmentos irregulares. Insistió, rascando con los dedos entumecidos, cada vez con más fuerza, hasta que algo distinto apareció bajo la superficie: una hendidura irregular.

Se detuvo un segundo, como si necesitara confirmarlo, y siguió retirando la tierra.

—¿Esto…? —preguntó Kate al descubrir el borde metálico de una trampilla.

Mariya introdujo los dedos en la hendidura. Tiró una vez. No se movió. Ajustó la posición y tiró de nuevo, esta vez con más fuerza. La trampilla cedió unos centímetros con un crujido. La periodista rusa lo intentó una última vez apoyando todo el peso de su cuerpo hasta que el metal se levantó del todo.

Una bocanada de aire caliente les golpeó la cara de lleno. Kate cerró los ojos por instinto y dio un paso atrás, desorientada por el cambio brusco de temperatura. Cuando volvieron a asomarse, vieron una escalera metálica, estrecha y oxidada, que descendía hacia la oscuridad.

Mariya se inclinó, sosteniéndose en el borde, evaluando la profundidad.

—¿Estás segura? —preguntó Kate, mirando hacia el interior con desconfianza.

La joven asintió.

—Vamos.

Dejó caer un pie, probando el primer peldaño, y comenzó a descender. Kate dudó un instante arriba, escuchando el eco del metal, como si esperara una razón para no hacerlo, hasta que la siguió.

A medida que descendían, el espacio se iba cerrando en torno a ellas. La escalera desembocaba en una sala aislada, como un búnker, con las paredes recubiertas de paneles acústicos. Había pantallas apiladas sin orden y cables por todas partes.

En el centro de la sala, de espaldas a la escalera, un hombre estaba sentado ante un piano eléctrico, rodeado por decenas de pantallas y teclados. Llevaba unos auriculares grandes y estaba

completamente abstraído. Sus dedos se movían con precisión sobre las teclas. Tenía la cabeza oculta bajo una capucha.

No se giró.

—No sé qué queréis —dijo Obsidian sin dejar de tocar—, pero no voy a ayudaros.

Las dos periodistas se miraron.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Mariya.

El hombre dejó que la última nota se sostuviera en el aire antes de apartar las manos del teclado. Entonces, muy despacio, giró la cabeza.

—Sí. Te he reconocido desde que habéis bajado del tranvía —dijo, señalando varios monitores que emitían la señal en directo de un sinfín de cámaras instaladas en el exterior.

—¿Recuerdas la entrevista?

Él ladeó la cabeza.

—Nos acabaron cerrando —reprochó Mariya—. Nunca nos perdonaron que diéramos voz a alguien que había evidenciado que el sistema tenía agujeros.

Obsidian se pasó la manga por la boca, como si quisiera borrar lo que acababa de sentir.

—Supongo que aquella entrevista te hizo ganar muchos millones de rublos —insistió ella.

Él no dijo nada, pero era cierto. El propósito de esa entrevista había sido presentarlo como uno de los mejores *hackers* del país. Desde entonces vivía escondido, pero empresarios y millonarios del petróleo lo habían contratado para sus negocios turbios.

—Hoy soy yo la que te pide algo —dijo ella, sacando el colgante del bolso.

La atención del *hacker* se centró en el objeto con una rapidez casi automática. Observó con precisión la cadena y el pequeño óvalo metálico como si el resto de la sala hubiera dejado de existir. Se quitó los auriculares y cogió el colgante sin pedir permiso.

—Déjame —murmuró, y acercó el flexo más próximo para proyectar un haz de luz sobre el metal.

Mariya señaló con el índice la línea casi imperceptible.

—Ahí —dijo—. Si la fuerzas con cuidado, cede.

Él sonrió, como si le hubieran propuesto un juego. Se sacó de un bolsillo una paleta de plástico y, con la delicadeza de un relojero, deslizó la punta por la fina línea. El metal cedió al instante y el *hacker* clavó los ojos en la pequeña placa encapsulada que apareció en el interior del colgante.

—Oh… Qué bonito.

Kate levantó las cejas, incrédula.

Obsidian cogió una lupa y se perdió en los trazos mínimos de la placa. Sus ojos brillaban.

—No es un simple NFC cualquiera —dijo admirado, en voz baja—. Está diseñado para autenticarse.

Sonrió apenas, incapaz de ocultar su interés.

—Mira esto…: antena de alta calidad, blindaje físico…, y aquí… —tocó con la uña una de las esquinas— un módulo criptográfico. Clave no exportable.

Se inclinó más aún, fascinado.

—Es la llave de un sistema cerrado… Un terminal aislado, probablemente. Sin red.

Mariya intercambió una mirada rápida con Kate.

—¿Se puede acceder al contenido? —preguntó.

El *hacker* negó despacio.

—No contiene nada. Es solo acceso.

Kate frunció el ceño.

—Estos dispositivos no se pueden leer como un disco —añadió—. Necesitan su entorno. Su sistema. Fuera de él…, esto es solo un colgante caro.

Mariya dio un paso al frente.

—Tiene que haber alguna forma.

Obsidian la miró con dureza.

—No la hay.

El silencio cayó como un golpe seco en la sala. Obsidian volvió a inclinarse sobre el colgante. Sus dedos lo giraron ligeramente bajo la luz. Observó la unión, el encapsulado, los componentes del diminuto dispositivo.

Pasaron varios segundos.

—Espera…

Mariya se tensó.

—¿Qué?

—Esto no parece solo autenticación local.

—¿Qué quieres decir?

Obsidian no respondió. Sus dedos empezaron a moverse sobre el teclado y varias pantallas se encendieron.

—Que no se limita a validar accesos —murmuró—. Le dice al sistema quién eres y qué puedes ver.

—¿Eso qué significa?

Él levantó la vista.

—Que, si engaño al sistema, puedo hacerle creer que soy el usuario. Si simulo su entorno, puede entender que está hablando

con su servidor.

Kate dudó.

—¿Podrías acceder al contenido?

Obsidian sostuvo el colgante entre los dedos, dudando.

—Lo más probable es que no. Si detecta algo raro, corta la sesión… o peor: registra el intento y nos expone.

El silencio se tensó.

—Inténtalo —dijo Mariya.

Él negó despacio.

—No es tan simple…

—Hazlo —insistió ella.

El *hacker* lo sostuvo unos segundos más.

—Puedo iniciar un contacto… Tocar la puerta y ver quién contesta.

Se giró hacia los teclados. Varias pantallas se iluminaron a la vez. Colocó el colgante sobre una pequeña base conectada al ordenador y empezó a teclear. Las pantallas se llenaron de líneas de código, paquetes simulados.

Pasaron varios minutos.

De pronto, Obsidian se detuvo.

—No…

Mariya se acercó.

—¿Qué pasa?

—Ha rechazado la autenticación. No reconoce el entorno.

Kate sintió un vacío en el estómago.

Obsidian no apartó la vista de la pantalla.

—Un momento… No ha cortado la conexión.

El *hacker* tecleó de nuevo, cambiando parámetros, forzando la respuesta.

La pantalla parpadeó hasta que apareció una cadena larga de caracteres, precedida por dos puntos y dos barras.

—Vale…

Se inclinó hacia delante.

—¿Tenéis a alguien de confianza fuera del país?

Las dos periodistas se miraron, extrañadas.

—¿De confianza para qué? —preguntó Kate.

Obsidian tomó aire, como si le diera pereza tener que explicarlo todo.

—Esa URL es la dirección del sistema al que está vinculado el dispositivo.

Señaló la cadena de caracteres.

—Si hay alguna opción de acceder al contenido, es desde esa página web. Pero no desde aquí. Abrirla en Rusia sería tanto como entregarse a la policía.

—Soy americana. Dentro de unos días estaré de vuelta en mi país —dijo Kate.

Obsidian asintió. Tomó una servilleta manchada, escribió la dirección web y se la tendió.

—Cuando estés en Estados Unidos, accede a ella desde un equipo limpio —dijo—. No uses ninguna red que pueda vincularse contigo.

Kate tomó la servilleta con las manos y se dispuso a guardarla con cuidado en el interior de su abrigo.

—¡Espera! —exclamó Mariya.

La joven sacó el móvil y le hizo una foto.

—Por si acaso.

24

Playa Lagoon State
Malibú, California

La playa estaba prácticamente vacía a esa hora. Solo el ruido constante del mar y el piar de algún pájaro rompían el silencio. El aire era todavía frío, más de lo que esperaba, y la arena húmeda se me pegaba a los pies con cada paso. Avancé unos metros más hacia la orilla y lo distinguí a lo lejos, moviéndose junto a la lancha.

Archie arrastraba el remolque, cuyas ruedas se hundían en la arena mojada y marcaban surcos que el agua borraba casi al instante. Al tirar, la tensión le recorría los hombros y los brazos; tenía las venas marcadas bajo la piel. Me quedé mirándolo un segundo de más, siguiendo el movimiento sin darme cuenta.

—¡Hombre! —dijo—. No te has escaqueado. —Me miró y sonrió, esperando algo de vuelta. Pero yo me limité a asentir—. ¿Qué tal has dormido? —preguntó mientras terminaba de colocar una de las correas de la lancha.

—Bien…

No insistió. Creo que se dio cuenta de que era incapaz de arrancarme una respuesta mínimamente interesante.

Se incorporó, echó un vistazo rápido al mar y luego a la lancha, como midiendo el tiempo, y sin más rodeos se agachó junto a una bolsa. Apartó un par de piezas del equipo y sacó un traje de neopreno enrollado.

—Toma. Este debería valerte —dijo mientras sus ojos recorrían mi cuerpo para confirmar la talla.

Lo cogí con ambas manos. Estaba aún húmedo y desprendía un olor denso a sal y goma gastada.

Archie no esperó. Se giró sobre sí mismo y se bajó el bañador con la naturalidad que lo caracterizaba.

Yo permanecí quieto, con una mezcla incómoda de curiosidad y pudor. La luz temprana perfiló su cuerpo desnudo mientras se inclinaba para introducir las piernas dentro de su traje.

—¡Venga, cámbiate! —me dijo sin girarse.

Durante varios segundos no supe qué decir.

—¿Te importa si…?

—¿Te cambias dentro? —me interrumpió, adivinando mis pensamientos—. Claro, entra. Está abierto.

Subí los peldaños de la autocaravana con el traje apretado contra el pecho, cerré suavemente la puerta tras de mí y me cambié en silencio, como si hasta mi respiración pudiera delatarme.

Cuando salí, Archie levantó la vista un segundo.

—¡Ya era hora! —dijo—. Pensaba que te habías quedado atascado con el traje.

Me miró de arriba abajo.

—Te ajusta bien.

Asentí y noté de pronto el neopreno en todas partes a la vez. Apretaba más de lo que esperaba, pegado a mi cuerpo como una

segunda piel.

—Anda, ven, échame una mano.

El traje me tiraba de los hombros y los movimientos me salían más torpes de lo normal. Cuando llegué a la lancha, él ya la estaba recolocando.

—Aquí —indicó—. Si no, luego se cruza.

Asentí.

—Empuja cuando te diga.

—Vale.

—Ahora.

Empujamos los dos hacia la orilla. El remolque dejó de pesar en cuanto las ruedas tocaron la zona más blanda; la proa alcanzó la primera lengua de agua y el casco se soltó con un leve deslizamiento.

—Sujétala —dijo.

Me adelanté y agarré el lateral. El agua me cubrió los pies al instante. La lancha tiraba hacia atrás con cada ola, pero la proa seguía encajada en la arena.

—No la dejes girar —añadió.

Asentí, aunque ya se me estaba yendo hacia un lado.

La siguiente ola entró con más fuerza de lo que esperaba y el casco tiró hacia atrás de golpe. Perdí el apoyo en la arena y, durante un segundo, me vi cayendo de espaldas al agua.

Archie reaccionó antes. Dio un paso rápido, me sujetó por el antebrazo y tiró de mí hacia delante con un gesto ágil.

—Eh —dijo, con media sonrisa—. No te me vayas tan pronto.

Me incorporé como pude, consciente de lo torpe que había sido todo.

Archie se agachó, aflojó las correas, echó un vistazo a la hélice y levantó la tapa del compartimento trasero para comprobar el depósito de gasolina.

—¡Vamos!

Nos metimos de nuevo hasta los tobillos y empujamos la lancha hasta que flotó por completo. El casco empezó a balancearse con más libertad.

—Yo subo primero.

Se impulsó con un movimiento limpio, casi sin esfuerzo. En un segundo estaba dentro, agachado, estabilizando la lancha con el peso del cuerpo.

—Vale —añadió—. Ahora tú.

Me acerqué con más cuidado, pero puse el pie donde no debía y la lancha se desplazó cuando cargaba el peso. Perdí el equilibrio y tuve que agarrarme al lateral para no caerme.

—Te veo con ganas de estrenarte ya —dijo, riendo.

Lo intenté de nuevo, esta vez más despacio, y logré subir. Me senté en uno de los laterales, notando cómo la lancha se movía.

Archie se colocó al timón, arrancó el motor y la lancha comenzó a deslizarse suavemente, rompiendo apenas la superficie del agua.

—Siéntate bien —dijo—. Y no hace falta que te agarres como si te fuera la vida en ello.

De pronto, Archie empujó ligeramente la palanca y aceleramos. Comenzamos a cortar el agua con fuerza y unas ráfagas saladas empezaron a golpearnos la cara.

El primer salto me pilló desprevenido. El golpe me levantó del asiento y al caer tuve que apoyar una mano para no desplazarme.

—Eso es —dijo—. Déjala moverse.

Ajusté la postura, anticipando el siguiente impacto.

Archie, en cambio, seguía de pie, ligeramente flexionado, ajeno a las sacudidas de la lancha.

—Mira al frente —añadió—. Si te quedas mirando el agua, te marearás antes de empezar.

Obedecí.

En algún momento, el agua cambió de color. El azul oscuro fue aclarándose hasta volverse turquesa. Pero no solo miraba el agua. De vez en cuando, sin darme cuenta, volvía la vista hacia él, que fruncía los ojos por la luz y ajustaba el rumbo con pequeños gestos, dejando que su cuerpo se balanceara con la lancha… Era magnético.

El motor rugía con un sonido grave que se confundía con el viento. La costa se fue desdibujando detrás de nosotros, reducida a una línea blanquecina que se alejaba poco a poco.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

Archie no respondió enseguida. Tenía la mirada fija al frente y las manos firmes sobre el timón. El aire salado le levantaba mechones de pelo.

—A un sitio que te va a gustar.

No añadió nada más.

Minutos después, una forma oscura apareció en el horizonte.

—Te presento la isla Santa Catalina —respondió—. Vamos a sumergirnos cerca de la costa.

Redujo la velocidad sin brusquedad. La lancha dejó de golpear y pasó a balancearse con un ritmo más lento.

Archie se inclinó hacia un costado, tanteó la profundidad con una cuerda y asintió.

—Aquí está bien.

Arrojó el ancla con un golpe seco.

—Vale —añadió—. Equipo.

Traté de ponérmelo, pero el peso me tiró hacia atrás. Tuve que dar un paso corto para no sentarme de golpe.

—Espera —dijo.

Se colocó detrás de mí y ajustó las correas con un par de tirones rápidos.

—Ya está.

Se apartó para coger su equipo mientras me daba los últimos consejos.

—Respira despacio. Y no luches contra el agua.

Asentí.

Me alborotó el pelo para tranquilizarme. Aquel gesto me dejó durante un instante fuera de juego.

—Ya verás como lo haces bien. ¿Preparado?

—Supongo —murmuré, riendo de forma nerviosa.

Nos sentamos en el borde de la lancha.

—A la de tres.

Contó sin levantar la voz. En el «tres», respiré hondo y me dejé caer hacia atrás.

El golpe contra el agua fue como entrar en otro mundo.

Durante un segundo no supe dónde estaba ni hacia dónde mirar. El ruido exterior desapareció al instante, sustituido por el burbujeo de mi respiración, demasiado rápida.

La máscara se empañó de golpe y todo se volvió turbio. El regulador vibró entre mis dientes con un temblor que me recorrió la mandíbula. Intenté coger aire más hondo, pero lo volví a hacer

demasiado rápido. El regulador gorgoteó y una pequeña bocanada de agua se coló en mi boca.

Durante unos segundos perdí el control, incapaz de distinguir si estaba inhalando o expulsando aire. Archie apareció delante de mí casi al instante y me obligó a mirarlo. Me sujetó por el chaleco y me hizo una señal de calma.

Volví a inspirar, esta vez con cuidado, y el ruido del regulador empezó a ordenarse.

Lo miré y levanté el pulgar.

Descendimos despacio, casi pegados. A los pocos metros, volví a descolocarme. El cuerpo se me iba hacia arriba y tuve que batir las aletas sin control. Una vez más, él se acercó y me agarró por el hombro para darme estabilidad.

Poco a poco, todo empezó a asentarse y pude fijarme en lo que tenía alrededor. El fondo apareció con una claridad inesperada: la arena se levantaba en remolinos suaves cada vez que movíamos las aletas. Un banco de peces pasó cerca de mí, como si quisieran jugar conmigo.

Allí abajo, todo se movía lento, a otro ritmo. Fue entonces cuando entendí por qué Archie amaba tanto ese lugar. No había ruido, ni prisa, ni expectativas. Solo la certeza de estar vivo.

Cuando me hizo la señal de ascenso, subimos juntos, muy despacio.

Al salir, nos quedamos flotando unos minutos, en silencio, disfrutando de aquella frontera frágil entre dos mundos.

—¿Ves? —dijo Archie, quitándome la máscara con una sonrisa—. Estabas más preparado de lo que pensabas.

Sonreí, recuperando aún el aliento.

—Esto ya es un buen primer día —añadió.

Subimos a la lancha. Archie arrancó y aceleramos.

Regresamos a toda velocidad, liberando la adrenalina que aún llevábamos encima. La espuma se abría a ambos lados de la lancha, mientras yo aún sentía el peso del agua en el cuerpo, como si una parte de mí siguiera allá abajo.

Arrastramos la embarcación sobre la arena hasta dejarla varada y nos dejamos caer en la orilla. Tumbados, mientras el sol se iba bebiendo las gotas que quedaban en nuestra piel, me di cuenta de que Archie intentaba saber más de mí.

—¿Y cómo es que vas a trabajar en la CIA? —preguntó.

—No lo sé… La verdad es que nunca entró en mis planes, pero… la vida me ha traído hasta aquí.

Durante un buen rato, Archie siguió interesándose por mi vida. Y lejos de incomodarme, me gustó. Me hizo sentir especial. Cada pregunta era una señal de que, para él, yo no era un alumno más.

De pronto, se incorporó.

—Espera —dijo sin mirarme.

Se levantó y echó a correr hacia el agua.

Yo me incorporé también, desconcertado.

—¿Qué pasa?

No respondió. Se metió en el agua hasta las rodillas y me hizo un gesto corto, sin levantar la voz.

Me puse en pie y avancé despacio. El agua estaba clara; el fondo, a pocos metros, se dibujaba con nitidez bajo la luz. Archie señaló hacia una franja de arena más lisa, entre dos ondas.

Al principio no vi nada. Luego la distinguí: una sombra pegada al fondo, casi inmóvil. Cuando la miré bien, el contorno apareció de

golpe. Una raya, enterrada a medias, con los ojos apenas asomando.

La seguimos con la vista unos segundos, hasta que se confundió otra vez con la arena.

Me quedé quieto, con el agua yendo y viniendo a mi alrededor, el sol secándome el cuerpo y Archie a mi lado. Por primera vez en mucho tiempo, todo lo demás dejó de importar. Una paz nueva, desconocida, me fue llenando por dentro hasta erizarme la piel.

25

Playa Lagoon State
Malibú, California

—Espera aquí —dijo Archie mientras se levantaba.

El sonido de dos botellas chocando entre sí precedió a su aparición por la puerta de la Volkswagen, con dos cervezas en la mano.

El sol empezaba a caer y teñía de naranja la línea del horizonte. Luka estaba sentado en la arena, todavía con el pelo húmedo, mirando al mar como si siguiera allí dentro.

Lo miró sorprendido.

—¿Una es para mí?

—¿Para quién si no?

—No suelo beber alcohol…

—Hay tantas cosas que no solías hacer… —contestó riendo.

Archie se dejó caer a su lado, clavando la botella en la arena húmeda antes de abrirla.

—Tranquilo, no muerde —añadió, dándole un pequeño golpe con el hombro.

Luka dudó un instante más, como si necesitara concederse permiso a sí mismo, y finalmente accedió. El chasquido del metal al

abrirse sonó seco en medio del murmullo del mar.

Bebió un sorbo corto.

—No está mal —admitió, con una media sonrisa.

—Eso es lo máximo que voy a sacarte, ¿no?

Luka negó con la cabeza, entretenido.

Durante unos segundos no dijeron nada. El sol descendía despacio, y el aire empezaba a enfriarse apenas lo suficiente como para notarlo en la piel mojada. Archie dio un trago más largo, sin apartar la vista del horizonte.

—Entonces… —dijo, girando ligeramente la cabeza hacia él—, ¿qué tal tu segundo bautismo?

Luka tardó en responder.

—Al principio pensaba que iba a perder el control. La corriente, el oleaje… Pero luego, cuando dejé de intentar corregirlo todo, cambió.

Archie asintió y dijo:

—El Arrecife Sur no es sencillo. Lo has hecho muy bien.

Luka bajó la mirada hacia la botella, girándola entre las manos.

—Hay algo ahí abajo… que no sé explicar.

—Justamente eso es lo que engancha del buceo. Esa sensación.

En ese momento, unos pasos sobre la arena interrumpieron la conversación.

—¡Eh! ¡Archie!

Él giró la cabeza.

Una chica de pelo rizado, camiseta amplia y sandalias se acercaba a ellos con energía. Llevaba el móvil en la mano, agitándolo.

—¿Lo habéis visto? ¿Lo habéis visto? —dijo, sin saludar siquiera—. ¡Han paralizado el proyecto de la urbanización!

Archie sonrió.

—¡A la mierda el complejo Luxury Villas! —insistió ella—. ¡Está en todos los grupos! Licencia suspendida, obras paradas…

Se agachó frente a él, buscándole la mirada, todavía con la respiración acelerada por la emoción.

—¿Tú sabes algo? ¡Si era imposible frenarlo!

Archie negó despacio, encogiéndose de hombros.

—Ni idea —respondió con naturalidad—. Igual se han cansado de nosotros y de las protestas.

Ella frunció el ceño.

—Venga ya, Archie.

Él soltó una risa breve, sin tensión.

—De verdad que no tengo ni idea.

La chica sonrió.

—¿Amigo nuevo?

—Luka —dijo Archie—. Está aprendiendo a bucear.

—Pues has elegido un buen profesor —respondió ella, guiñándole un ojo—. Aunque no se lo digas mucho, que se viene arriba.

—Lo tendré en cuenta —intentó bromear él.

—Nos vemos luego, Archie. Esta noche vamos al Cobb's, ¿no? Tenemos mucho que celebrar.

—Sí, luego me paso —dijo Archie, sin convicción.

La vieron alejarse por la orilla, hasta que se perdió entre la gente.

Archie dio un trago largo a su cerveza. Durante años había imaginado ese momento: la laguna libre para siempre de grúas y hormigón. Había protestado, discutido, dormido en tiendas de campaña para impedirlo. Era, en teoría, una victoria. Su victoria.

Pero no lo sentía así. Aquel letrero obsceno que anunciaba la construcción del complejo Malibu Luxury Villas ya no invadía la

playa, pero el precio que él había pagado por ello había sido demasiado alto.

Desvió la mirada hacia el horizonte, aunque en realidad no veía el mar. Se fijó en Luka. Irradiaba bondad. Era inofensivo, tímido y noble. Casi tenía que sacarle a la fuerza las palabras para poder entablar una conversación con él. Había algo en sus gestos, en la forma en que caminaba o en cómo se quedaba en silencio cuando no encontraba las palabras, que hacía imposible pensar que estuviera interpretando un papel.

Si hubiera sido alguien cínico, soberbio o manipulador, quizá estaría siendo más llevadero. Pero no. Luka no transmitía amenaza, sino vulnerabilidad. Había en él una dulzura difícil de encajar con lo que estaba haciendo y que hacía que Archie se sintiera la peor persona del mundo.

—Oye… —dijo, como si fuera algo casual—. ¿Y cuánto tiempo tienes pensado quedarte?

Luka dudó.

—¿En Malibú?

—No…, trabajando en la CIA.

El joven ruso se encogió de hombros.

—No lo sé… No creo que sea un trabajo para toda la vida.

—¿Y tu madre? —preguntó, con cuidado—. ¿No te pesa dejarla atrás?

Luka clavó la mirada en el mar.

—Mucho.

Lo dijo sin mirarlo. Sus ojos no se apartaron del mar, pero algo en ellos cambió. La mirada se le volvió más fija, como si necesitara anclarse a ese punto para no dejar que se le deshiciera la voz.

—¿Hablas con ella a menudo?

Luka tardó un segundo en responder.

—Menos de lo que me gustaría.

—¿Y… sabe a qué has venido exactamente?

Luka negó con la cabeza.

—No.

Archie dio el último trago a su cerveza y dejó que el silencio volviera a asentarse, como si no le diera mayor importancia. Pero su mirada se quedó un segundo más sobre él.

—¿Y por qué Estados Unidos? Quiero decir…, siendo ruso, no es precisamente la opción más… cómoda, supongo.

Luka esbozó una sonrisa leve.

—Ya.

Giró la botella entre los dedos, pensativo.

—Supongo que… me apetecía cambiar de aires —dijo, mirando el mar.

Aquella tarde, Archie tuvo la impresión de que algo empezaba a cambiar. No era una transformación clara ni repentina, sino de pequeños matices: respuestas que llegaban un poco antes, una sonrisa que se mantenía un segundo de más, algún gesto menos rígido…

Luka seguía siendo reservado, pero ya no parecía tan incómodo. Como si hubiera dejado de sentirse fuera de lugar. No era confianza aún, pero sí un primer paso.

Y justo cuando esa distancia empezaba a reducirse, llegó el momento de avanzar.

Le dolía. Mucho más de lo que esperaba. Se despreciaba por tener que hacerlo, pero no tenía alternativa.

—Por cierto… —dijo, con un tono deliberadamente ligero—, aún no me has dicho dónde vives.

Luka señaló hacia la colina.

—Alquilé un apartamento… por aquella zona. Detrás de…

—¿Eastern Malibú?

—No sé cómo se llama —admitió—. Son unos apartamentos pequeños, de madera…, pintados de colores.

Archie asintió.

—Sí, eso es seguro Eastern. Está bien, es tranquilo. Vive gente de aquí, no tanto turista.

Hizo una pausa breve.

—Si quieres, te acompaño y te enseño un par de sitios. Para comer, tomar algo…

—¡Perfecto!

Se levantaron casi al mismo tiempo y empezaron a caminar por la orilla.

El trayecto fue lento, sin prisa.

—Antes esto era un pueblo de pescadores —dijo Archie—. Hoy… de aquello quedan cuatro casas, poco más.

Señaló hacia unas edificaciones en primera línea de costa mientras le contaba que en Malibú coexistían dos almas irreconciliables: la esencia de pueblo humilde, que todavía pervivía en la zona de Zuma Canyon y en el interior de la colina, y las mansiones.

Luka descorrió las cortinas y la luz entró de golpe, revelando paredes demasiado vacías y muebles básicos.

—Es pequeño, pero tiene todo lo necesario.

—¿Pequeño? —rio Archie—. Comparado con mi Volkswagen, esto es un palacio.

Dejó la mochila en el suelo, mirando alrededor, con disimulo. Respiró hondo.

—Oye… —añadió, rascándose la nuca—, ¿te puedo pedir un favor?

—Claro.

—¿Puedo darme una ducha? Llevo días tirando de manguera y ya no recuerdo lo que es un baño en condiciones.

Luka sonrió.

—Sin problema.

—Te lo agradezco —dijo Archie, con un gesto más contenido de lo habitual en él.

Entró en el baño y abrió el grifo.

Un segundo después, asomó la cabeza.

—¡Eh! —Alzó la voz por encima del sonido del agua—. ¿Te importa hacerme otro favor?

Luka levantó la vista.

Archie apareció de nuevo, con la toalla enrollada a la cintura.

—¿Puedes bajar a por pilas? Las de la linterna murieron anoche y mañana quiero que hagamos una inmersión nocturna.

—¿De qué tipo?

—AA. Si son recargables, mejor. En la tienda del muelle seguro que tienen. La del cartel azul, con un pez luna.

—Hecho.

—Gracias, de verdad.

Luka asintió y cogió las llaves. Cerró la puerta despacio, dejando en el interior de su apartamento a Archie. Era un gesto simple, pero suponía saltarse de lleno los protocolos que le habían grabado a fuego durante la instrucción.

El silencio cambió de golpe.

Archie se quedó quieto un segundo, escuchando. Nada. Entonces se movió.

El corazón le golpeaba en el pecho, acelerado. Echó un vistazo general: salón, cocina, baño. Todo limpio, funcional, sin rastro de vida.

Se detuvo frente al llavero de pared, junto a la televisión. Estaba vacío, reducido a una fila de ganchos que alguna vez sostuvieron llaves y que ahora no sujetaban nada. Pensó que aquel podría ser un buen lugar. La puerta del apartamento se abría con una tarjeta magnética, así que Luka nunca se acercaría a ese llavero. El espacio que quedaba bajo los ganchos era un reducto perfecto.

Abrió la mochila y, con un nudo en el estómago, sacó una pequeña caja acolchada. Dentro, descansaban los dispositivos, negros y compactos. La cámara, del tamaño de una lenteja, estaba equipada con la tecnología más avanzada y el gran angular más potente del mercado.

Retiró con cuidado la carcasa que la protegía, dejando al descubierto la diminuta lente, y la encajó en el llavero de pared. Con las manos temblorosas, comprobó en su móvil que el encuadre de la señal era perfecto: amplio, sin puntos ciegos.

Después colocó los dispositivos de escucha. Eran botones adhesivos, finos como una moneda, capaces de captar el más leve susurro y transmitirlo en tiempo real. Una joya tecnológica en la que la CIA había invertido decenas de millones de dólares.

Los fue distribuyendo por todo el apartamento: debajo del sofá, detrás del inodoro, en la base de la mesa de la cocina… En total, más de veinte micrófonos diminutos cubrían los cincuenta metros del apartamento.

Cuando terminó, se metió en la ducha. Luka no tardaría en llegar.

Pensaba que cada gota que se deslizaba por su cuerpo arrastraría la culpa y la empujaría hacia el desagüe junto con la sal y el sudor, pero no fue así. El remordimiento seguía ahí, clavado en un lugar al que el agua no podía llegar.

Recordó entonces aquella acalorada discusión en Langley en la que, sin éxito, había intentado salvaguardar su conciencia:

—No voy a hacer eso —le había dicho a Megan.

—Lo harás. —Su mandíbula se tensó.

—Me niego. No hay nada más sagrado que la intimidad de una persona. Lo que me pedís es una violación directa de los derechos humanos.

—Lo que hacemos, querido, es velar por la seguridad nacional. Queremos saber si Ivanov nos está diciendo la verdad o si es un agente doble al servicio de Rusia. Todo lo que hacemos es por el bien del país.

—¿A qué precio? ¿Con qué controles?

Megan lo miró altiva.

—Archie, creo que hemos sido generosos contigo. Se ha ordenado la paralización de un complejo residencial en Malibú que cumplía con todos los requisitos técnicos y legales. Millones de dólares paralizados únicamente para complacerte.

—¡Una mierda! —gritó él, avanzando un paso—. ¡No he aceptado por eso! ¡Tenéis mi ADN, criminales! ¡Me podéis joder la vida en un segundo!

—Baja la voz —ordenó ella con soberbia, sin molestarse en mirarlo —. Esto es un camino de una sola dirección y tú ya lo has tomado. Lo harás.

Señaló la caja sobre la mesa con la arrogancia de quien sabe que tiene el control.

—Aquí tienes los dispositivos. El día que entres en casa de Luka los llevarás en una mochila.

Luka volvió pocos minutos después con las pilas en la mano.

—Me he cruzado con Patricia —dijo nada más entrar—. La mujer que regenta el supermercado de aquí al lado. Me ha dado recuerdos para ti.

Archie salió del baño, ya vestido.

—Es de lo mejor que hay por aquí.

—También me ha dicho que eres el chico más guapo de Malibú.

Archie arqueó una ceja, medio incómodo. Sentía la necesidad de salir de allí. Cada palabra de Luka, cada gesto, le hacía sentir peor.

—Me tengo que ir, Luka. Se me ha hecho tarde y tengo que recoger la lancha.

—Vale… Mañana nos vemos…

Luka intentó sonreír, aunque en su mirada había algo de quien no quiere que el momento termine todavía.

Cerró la puerta y se quedó solo. O eso creyó.

26

La Casa Blanca, Washington D. C.

En los bajos del ala oeste de la Casa Blanca, la reunión del Consejo de Seguridad Nacional transcurría entre informes clasificados y gestos medidos. La Sala de Situación estaba presidida por el vicepresidente de Estados Unidos, que compartía la mesa ovalada con el secretario de Estado, el asesor de Seguridad Nacional, el secretario de Defensa, el director de la CIA y el del FBI. Aquel día asistía al Consejo, además, alguien que no formaba parte del órgano pero que había mostrado un especial interés en asistir: Mitch Callahan.

Entre los muros de hormigón que abrazaban la Sala de Situación se habían tomado decisiones que habían cambiado la historia reciente. A través de las pantallas situadas frente a la silla que presidía el Consejo, se habían seguido en tiempo real infinidad de operaciones de asalto, liberación de rehenes, eliminación de objetivos o contraofensivas.

La Sala de Situación disponía de uno de los sistemas de comunicaciones encriptadas más seguros del mundo, diseñado para garantizar que los miembros del Consejo pudieran comunicarse con plenas garantías.

Tras los muros de la Sala, decenas de oficiales monitorizaban cualquier incidente que pudiera producirse en el mundo; al mismo tiempo, mantenían un contacto permanente con la oficina del presidente.

El vicepresidente de Estados Unidos, James Carlson, presidía la reunión del Consejo.

—Director, actualice el estado de la situación —dijo el político, dirigiéndose a Michael Harrington.

—El contraste de los datos aportados durante el interrogatorio ha concluido esta mañana con un resultado favorable —respondió el director de la CIA—. Todo lo que dijo es cierto: su residencia en Moscú, la universidad en la que estudió, el cargo de su padre, su puesto en inteligencia naval… Nuestros agentes en Rusia han verificado cada detalle, tanto mediante fuentes abiertas como a través de infiltraciones en servidores privados. No hemos hallado una sola contradicción.

Hizo una breve pausa antes de continuar:

—De lo único que no tenemos confirmación es de la llamada operación Cumbre Vieja.

—Pues es lo más importante —replicó el vicepresidente.

—Lo sabemos, señor. Desde que Ivanov nos habló de la operación activamos un protocolo de verificación en coordinación con nuestros socios. Estamos en contacto permanente con el Centro Nacional de Inteligencia y con el Ministerio de Defensa de España. Han desplegado medios de observación en el entorno de Canarias y están cruzando datos con nuestros satélites.

Harrington se inclinó ligeramente hacia la mesa.

—Todavía no hemos detectado ninguna infraestructura submarina ni la presencia de submarinos rusos en la zona. Estamos analizando anomalías en el tráfico marítimo en el Atlántico oriental, la estabilidad de la dorsal del Cumbre Vieja y posibles alteraciones en el lecho marino. Además, varias unidades de la Armada española están revisando patrones de navegación no declarados en la zona.

Hizo una pausa breve.

—Por ahora, son indicios consistentes. No hay evidencia concluyente de una operación activa, pero en ningún caso podemos descartarla. Desde un punto de vista técnico, el escenario de la operación es plenamente viable.

Carlson frunció el ceño.

—¿Y el propio Ivanov?

—No ha dado más detalles, señor —contestó Harrington, con voz grave—. Se los reserva para cuando su captación esté decidida.

—¿Y qué hay de la verificación? —se interesó Carlson.

—Avanza favorablemente. Tras comunicar a Ivanov que le había sido concedido el asilo político, se le hizo creer que la CIA aceptaba su ofrecimiento y que iba a ser reclutado en el Departamento de Inteligencia Naval. El proceso de verificación diseñado consiste en la simulación de una instrucción en buceo. El colaborador seleccionado es Archie Corrigan. Creo, humildemente, que es uno de los cebos mejor logrados de las últimas décadas.

—¿Luka Ivanov ya está en Malibú? —preguntó el secretario de Defensa.

—Sí, señor —respondió Harrington—, lleva cuarenta y ocho horas allí. Nuestro colaborador está aplicando todos los protocolos y remitiendo informes de forma periódica. Todavía es pronto para

alcanzar conclusiones, pero, como le digo, todo avanza favorablemente. Por el momento, no hay ningún elemento que nos haga dudar de él.

—¿Tenemos ojos y oídos ya?

Harrington dirigió un puntero hacia la enorme pantalla que ocupaba una de las paredes de la Sala de Situación. Al instante apareció la retransmisión en directo del salón de Luka Ivanov. La casa parecía desierta.

—A las 6.15 horas de la tarde nuestro colaborador instaló los dispositivos de captación y, desde entonces, el equipo de seguimiento está monitorizando en Langley todo lo que sucede en ese apartamento.

El secretario de Estado, principal responsable de la política exterior y gran conocedor de la inteligencia rusa, quiso advertir a los presentes de la importancia de la monitorización.

—Es imprescindible que no haya ninguna interrupción en el seguimiento. Debe haber cobertura las veinticuatro horas. Conozco bien los métodos rusos. Si ese joven fuera un agente doble, intentarían contactar con él de la forma más inverosímil posible: un repartidor de pizzas, un sintecho, alguien de mantenimiento…

—Tranquilo, Donald —respondió Harrington—. Hay un equipo en Langley dedicado exclusivamente a esa monitorización. Cualquier movimiento extraño, visita, comunicación o comportamiento fuera de patrón será inmediatamente documentado y analizado. Y en paralelo, nuestro colaborador continuará aplicando los protocolos establecidos.

Mitch Callahan, que había permanecido en silencio durante toda la sesión del Consejo, se inclinó ligeramente hacia delante, incapaz de

seguir conteniéndose.

—Con el permiso del señor vicepresidente y de todos los presentes, me gustaría plantear una consideración.

James Carlson lo miró con los ojos entrecerrados, cargados de una hostilidad apenas disimulada. Nunca había tenido una buena relación con el presidente de la Cámara de Representantes. No solo pertenecían a corrientes distintas dentro del Partido Republicano, Carlson veía en Callahan a un animal político sin límites, dispuesto a cualquier cosa con tal de alcanzar y mantener el poder.

—¿Nadie se está planteando que dentro de unos meses el país va a elegir a su próximo presidente?

—Mitch, respeta el órgano al que has sido invitado —replicó el vicepresidente, visiblemente molesto—. Esto no es una comisión de la Cámara ni el caucus de Washington. Estamos en una sesión del Consejo de Seguridad Nacional. No son motivaciones políticas las que guían las decisiones que aquí se toman.

—Lo que intento decir, señor vicepresidente, es que la dimensión política no puede ignorarse cuando hablamos de seguridad nacional y de política exterior.

—Explícate.

—Empezaré por lo evidente. Tras ocho años de mandato, el presidente está desgastado y con los índices de popularidad por los suelos. Y ese desgaste es especialmente acusado en política exterior. Donald, no te lo tomes como algo personal —añadió, dirigiéndose al secretario de Estado—. Yo ocupé ese cargo antes que tú. No busco culpables, solo describo el escenario.

—Mitch, ve al grano —ordenó el vicepresidente, cada vez más impaciente.

—Estos últimos años Estados Unidos ha perdido la capacidad de liderazgo. China y Rusia están reconfigurando el equilibrio global, y nosotros reaccionamos tarde. Y por eso creo, firmemente, que Luka Ivanov es la oportunidad que estábamos esperando.

Un silencio denso se instaló en la sala.

—No deberíamos dilatar más su verificación —continuó—. Si la CIA ha contrastado todos los datos que ofreció, ¿a qué estamos esperando? ¡Digámosles al país y al mundo entero que Estados Unidos ha reclutado a un alto mando de la inteligencia rusa! ¡Recuperemos el protagonismo perdido!

—Mitch, la inteligencia y la seguridad nacional no están al albur de los tiempos de la política… ni de tu campaña para las primarias —le contestó cortante el director de la CIA.

—Por Dios, Michael…, lo que estoy proponiendo es que, por una vez, flexibilicemos los estrictos protocolos y tiempos de la CIA y actuemos con inteligencia de verdad. Si no hacemos algo, nuestro partido va a perder las elecciones. Tenemos ante nosotros la oportunidad de humillar a Rusia, de recuperar el orgullo nacional. ¿Y pretendéis desperdiciarla?

—¿Cómo vamos a hacer público que hemos captado a un espía extranjero? —intervino el secretario de Defensa, incrédulo—. ¡Lo comprometeríamos desde el principio!

—¿Por qué no? —replicó Mitch—. Estará bajo el paraguas de la CIA, contará con su protección. ¡Anunciemos que hemos neutralizado una operación rusa gracias a su captación! ¡Que el Kremlin pretendía arrasar la costa este! ¡Y que vamos a responder con contundencia! ¡Eso es lo que necesita escuchar el país!

Un estruendo de voces cruzadas sacudió la sala.

—¡Basta! —exclamó el vicepresidente, poniéndose en pie—. Los procedimientos van a ser respetados. Ivanov aún no ha sido verificado. Cuando lo esté, si el resultado es favorable, se integrará en la CIA sin ningún anuncio público.

Mitch se quedó inmóvil, con la mandíbula apretada.

—Y ahora sal de esta sala y no vuelvas a pedir ser convocado a un órgano del que nunca has formado parte —sentenció Carlson.

Mitch salió de la sala con el rostro encendido. Empujó la puerta con más fuerza de la necesaria y la luz del exterior lo golpeó de frente. Caminó sin mirar a nadie, sin responder a los saludos de los agentes del pasillo.

Subió al coche oficial y se dejó caer en el asiento trasero.

Travis estaba dentro, sentado a su lado.

—¿Cómo ha ido? —preguntó su asesor con cautela, aunque la respuesta se adivinaba en el rojo de su cara.

Mitch se giró bruscamente hacia él.

—¿Cómo crees que ha ido? —espetó—. Acabo de cometer un error de principiante.

Travis se removió en su asiento, incómodo.

—Señor, yo…

—¡Tenías que conseguir a alguien dentro! —lo interrumpió—. ¡Alguien que moviera esto sin exponerme! Era exactamente lo que te pedí, Travis.

El asesor tragó saliva.

—Lo he intentado, señor… Llevo varios días tanteando a Ben Nely, pero se escabulle…

—Déjalo —cortó Mitch—. Me ocuparé yo.

—Es… demasiado arriesgado que lo haga usted —insistió Travis, en voz baja—. Implica…

—He dicho que me encargo yo.

El silencio se espesó un instante.

—¿Y si le dice que no?

Mitch se recostó despacio, cerró los ojos y dejó escapar el aire.

—A mí —dijo al fin, con una sonrisa tensa— no me va a decir que no.

27

Malibú, California

El jardín del Adamson House estaba casi vacío a esa hora. El calor se quedaba pegado a las baldosas de terracota y al muro bajo que daba al mar, como si aún no quisiera soltarse del día del todo.

Me apoyé un momento en la verja. Había pasado por allí otras veces, sin plantearme siquiera entrar. Aquella tarde, en cambio, sentí curiosidad. Empujé la madera de la puerta, que cedió con un leve crujido. Dentro, la luz cambió; más baja, filtrada por las ventanas y las vigas del techo.

Avancé despacio. No era un museo al uso. No había un recorrido claro ni sensación de estar siguiendo una exposición. Más bien era una casa detenida en el tiempo: sofás bajos, lámparas pesadas, azulejos y cuadros de barcos por todas partes.

Fui recorriendo las distintas estancias, empapándome de la esencia de Malibú, hasta que algo pequeño, casi escondido en una esquina, me llamó la atención.

Era una vitrina discreta, a la altura de la cintura. Dentro, sobre una base de terciopelo, había una brújula antigua, de latón desgastado. El cristal estaba rayado y la aguja temblaba levemente, incapaz de quedarse quieta del todo.

Me incliné un poco más.

No señalaba el norte con precisión. Oscilaba, indecisa, como si algo en el entorno la estuviera perturbando.

Fruncí el ceño. Había algo incómodamente familiar en aquel movimiento.

Llevaba dos semanas en Malibú. Dos semanas en las que el tiempo había dejado de comportarse como en Moscú, donde todo avanzaba en línea recta, empujado por la obligación, por el peso de lo que vendría después. En Malibú, en cambio, los días se expandían. Solo se parecían unos a otros en algo: una especie de calma que lo envolvía todo, el mar, el sol, las conversaciones sin prisa… Y Archie.

Por primera vez, tenía delante de mí una forma de vida que sí me encajaba. En la que sí me imaginaba siendo feliz. Y, sin embargo, mi trayectoria era otra. Por mucho que intentara desviarme, mis coordenadas ya estaban trazadas.

El paréntesis se estaba acabando. Ya dominaba lo básico del buceo. Sabía moverme bajo el agua con soltura, controlar la respiración, mantener la calma cuando el cuerpo pedía lo contrario. Para la CIA, suponía, era suficiente. No tardarían en dar el siguiente paso: integrarme en inteligencia naval y ponerme a trabajar para neutralizar la operación Cumbre Vieja.

Pensar en Langley no solo me provocaba ansiedad. Era también la certeza de tener que dejar atrás algo que empezaba a importarme más de lo que debería: Malibú. Y Archie.

Con él todo era más sencillo. A su lado, lo demás perdía peso. Lo que me había traído a Estados Unidos, lo que tendría que hacer en cuanto pusiera un pie en la sede de la CIA…, todo quedaba

suspendido. Bastaba con estar cerca, con escucharlo hablar de cualquier cosa, con observarlo sin más, para que el ruido bajara. Para que mi cabeza, por un rato, dejara de anticipar lo que vendría después.

Y cuando él no estaba, lo notaba enseguida.

Me sorprendía volviendo a escenas insignificantes, repasando conversaciones sin importancia, reteniendo gestos, la forma en que se movía… Cuando terminábamos las clases y regresaba al apartamento, sentía una inquietud leve, difícil de nombrar, que solo desaparecía cuando volvía a verlo. Como si mi cuerpo se hubiera acostumbrado demasiado rápido a su presencia y ya no supiera prescindir de ella.

Aquella sensación no era nueva.

Archie y yo empezábamos a tener una complicidad que me llevaba, casi sin querer, a los días en la universidad, cuando conocí a Igor. Sentía el mismo nudo en el estómago, la misma torpeza al intentar disimular lo que me pasaba por dentro.

Con Igor todo empezó igual. Sin darme cuenta. No fuimos profesor y alumno, pero sí compañeros de clase. Al principio solo coincidíamos. Luego empecé a buscar esas coincidencias. Me convencí de que era curiosidad. Después, costumbre. Hasta que dejó de ser una cosa o la otra. Con él fue todo nuevo: el deseo, la entrega y el miedo. Lo conocí cuando todavía pensaba que amar a otro hombre era algo que debía esconder para sobrevivir. Fue difícil; a ratos, insoportable. Pero también precioso, lo primero que sentí como algo propio.

En Archie no veía ninguna señal, ningún gesto al que aferrarme. Pero la sensación era la misma: la necesidad de estar con él, la

facilidad con la que todo encajaba cuando estábamos juntos.

Y eso era precisamente lo que me inquietaba. Me repetía que no tenía sentido. Que en cuanto saliera de allí, todo se rompería. Que aquello no tenía continuidad, ni margen. Ni siquiera posibilidad de existir. Me estaba permitiendo sentirme bien a sabiendas de que después vendría el golpe.

Y, aun así, no paraba. No quería parar. Cada día que pasaba, la necesidad de aprovecharlo todo se hacía más urgente. De retener cada momento. De estirar un poco más los días. De soltarme un poco más con él.

Aparté la vista de la brújula y me incorporé.

Seguí avanzando por la sala, donde los azulejos decorados seguían brillando pese al tiempo. Recorrí algunas estancias más sin detenerme demasiado, dejándome llevar sin un rumbo claro, como la aguja, hasta que terminé saliendo al exterior.

Bajé a la playa casi sin pensarlo. A lo lejos distinguí varias figuras saliendo del agua, arrastrando las tablas.

Lo reconocí antes incluso de verle la cara. Estaba recostado sobre la suya, mirando al horizonte, con esa calma que parecía ajena a todo lo demás.

Me acerqué despacio. No sentí la incomodidad de otras veces, solo las ganas de tenerlo más cerca.

—¿Te apetece cenar conmigo? —le pregunté cuando levantó la vista.

Cuatro palabras. Nada más. Y, sin embargo, tardé un segundo en asumir que habían salido de mí. Me escuché pronunciarlas y mi propia voz me resultó extraña, como si no terminara de reconocerme.

Él, que nunca perdía la ocasión de provocarme, se tomó su tiempo antes de responder, alargando el silencio lo justo para hacerme dudar. Y lo consiguió: la inseguridad volvió enseguida, recordándome lo atrevido que había sido.

—¡Pues claro! —dijo al fin.

Respiré aliviado.

—Si quieres, podemos ir a Cobb's House y encargar unas hamburguesas de carne mechada —añadió—. El local es muy pequeño y no mola cenar allí. Podemos hacerlo en tu apartamento.

Asentí, sin intentar disimular la ilusión que me hacía. La idea de compartir una cena con él, fuera de las clases, sin excusas ni horarios, bastó para desatar un cosquilleo incontrolable en mi estómago. Tenía una cita con Archie Corrigan.

Recogimos las hamburguesas en Cobb's House y fuimos a mi apartamento. El trayecto se me hizo corto, como si el tiempo hubiera decidido comprimirse.

Cenamos en el sofá, con las cajas de cartón abiertas sobre las piernas y dos cervezas frías. Las hamburguesas eran como él las había descrito: demasiado contundentes para comerlas sin mancharse, con la salsa barbacoa desbordándose en cada mordisco.

Tal vez fue el hecho de tenerlo tan cerca, sin neoprenos ni el mar de por medio. O tal vez la sensación, cada vez más presente, de que todo podía acabar en cualquier momento. Pero sentí el impulso de ir un poco más allá.

—¿Tú siempre supiste que querías esto? —le pregunté—. Vivir así. Con el mar, las clases, el sol…

No respondió enseguida. Se incorporó un poco, clavando los codos en el sofá.

—La verdad…, nunca he hecho planes —dijo al fin—. Nunca he proyectado más allá de un par de semanas. Solo he seguido lo que me hacía sentir vivo en cada momento.

Asentí, sin decir nada.

—¿Y tú? —preguntó, girándose hacia mí—. ¿Tienes claro lo que quieres?

Solté el aire despacio.

—Hasta ahora… otros han ido eligiendo por mí. Lo que debía estudiar, lo que se esperaba de mí…

Se quedó mirándome un instante, evaluándome, como si intentara encajar lo que acababa de escuchar.

—Tío… —dijo al final, más serio de lo que esperaba—, ¿te cuento un secreto?

Lo miré, sin entender.

—Te vas a morir.

—¿Qué? —Me tensé—. ¿Qué dices?

—Que sí, en serio. —Soltó una risa breve, quitándole hierro—. Y yo también. Todos. Un día…, fin. Se acaba. Es la única verdad que tenemos. Y si lo piensas bien, es liberador.

—Liberador… ¿de qué?

—De perder el tiempo. De vivir como si fuéramos eternos… No lo somos. Y por eso tienes que hacer lo que te llena. Lo que te quita el sueño de ganas.

Se inclinó un poco hacia mí.

—Si mañana fuera tu último día, ¿de verdad querrías pasarlo haciendo lo que otros han decidido por ti?

No contesté. Él no imaginaba lo mucho que me había tocado esa pregunta.

—Mi sueño… era estudiar Bellas Artes —dije al fin.

—¿En serio? —Alzó ligeramente las cejas—. ¿Y por qué no lo hiciste?

—Mi padre no me dejó —respondí, con resentimiento.

Se quedó mirándome un segundo más de lo normal. Ya no sonreía.

Su silencio me empujó a seguir.

Le conté quién era mi padre, lo que representó para mí. Lo que hizo con nosotros. Le enseñé la cicatriz de la muñeca para hacerle ver cómo mi carácter y mis miedos no podían entenderse sin su sombra. Sin esa figura que siempre confundió autoridad con maltrato y amor con dominio.

Archie había cambiado el gesto. Tenía la mirada fija en el suelo.

—No lo entiendo —dijo, negando despacio—. ¿Qué más le daba cómo fueras?

Yo también negué.

—No puedes imaginar de lo que era capaz. Toda mi vida me hizo creer que había algo mal en mí. Algo que debía corregir…, que había que curar.

Frunció el ceño.

—¿El qué?

Tardé un segundo más de lo necesario en responder.

—Yo… —empecé. La palabra se me quedó atrapada un instante— soy gay.

Archie levantó la cabeza y, de pronto, soltó una carcajada.

—¿Eso era? Joder, Luka…, por un momento pensé que ibas a confesar que habías matado a alguien.

Bebió un trago de cerveza y añadió:

—De verdad, tío, qué dramáticos sois los rusos…

No supe si reírme o desaparecer. Al final, me salió una sonrisa breve, casi por reflejo. No fue un gran momento. No tuvo nada de solemne. Solo experimenté una sensación distinta. Como si algo que llevaba años encerrado dentro de mí hubiera encontrado, por fin, una salida.

Respiré mejor y decidí seguir.

—Desde muy pequeño, mi padre dio por hecho que yo era homosexual.

Me miró de reojo, sin entender dónde estaba el problema.

—Su frase era siempre la misma: «Mi hijo no va a ser un desviado». Y, convencido de que lo era, se empeñó en corregirme antes de que fuera demasiado tarde.

Archie negó despacio, una vez más.

—Yo nunca había hablado con mi padre de nada que tuviera que ver con mi sexualidad, pero le daba igual. Veía señales en todo: en que me gustara la pintura, en que evitara el fútbol, en que pasara más tiempo con chicas que con chicos…

Tomé aire antes de seguir.

—Y cuando cumplí catorce años… intentó corregirlo.

Archie se tapó la boca con la mano.

Le hablé de aquella mañana de cielo plomizo en la que me subió al coche sin decirme a dónde íbamos.

Condujo durante horas, alejándose de Moscú, hasta que vi el cartel de Kashira al borde de la carretera.

Aparcamos frente a una iglesia ortodoxa, pero no entramos en el templo. Después de bajar del coche, mi padre llamó a la puerta de una tienda contigua a la iglesia.

—¿Dónde vamos, papá? —pregunté, asustado.

—Enseguida lo sabrás.

Empujó con cautela la puerta de madera, envejecida por los años. Dentro, el aire era denso, con un olor rancio que me revolvió el estómago. En los estantes se amontonaban objetos religiosos: cruces, iconos, biblias y túnicas.

Tras varios minutos, una figura salió lentamente de la trastienda. Un escalofrío me recorrió la espalda al verlo. Era un sacerdote de aspecto lúgubre, con el rostro pálido y hundido. Vestía una túnica negra y del cuello le colgaba una gran cruz ortodoxa.

—Hola, Boris. Qué alegría verte después de tantos años —dijo con voz gutural.

Se saludaron con un beso en la mejilla y comenzaron a hablar en voz baja, ignorándome por completo. Mientras tanto, recorrí con la mirada los estantes repletos de objetos. Todo estaba cubierto por una fina capa de polvo, como si llevara años sin entrar nadie.

Me detuve en un icono apoyado contra la pared: la pintura estaba cuarteada y el rostro del santo, casi borrado, tenía los ojos ennegrecidos, sin expresión. A su lado, una cruz de madera astillada conservaba restos de cera seca, acumulada en capas irregulares.

De pronto, el silencio. Sentí su mirada clavada en mi espalda antes incluso de girarme. Lo hice despacio, con un nudo en el estómago. Cuando nuestros ojos se encontraron, algo dentro de mí se contrajo. No era solo frialdad. Era una forma de observarme que me colocó de inmediato en una posición inferior, como si ya supiera algo de mí que yo aún no había dicho.

—Supongo que es él —dijo, sin acercarse, como si temiera contagiarse de algo.

Mi padre asintió.

El sacerdote me sostuvo la mirada y, con tono paternal, añadió:

—Hijo, ¿sabes que Dios te quiere?

No contesté. Tenía catorce años y aún no entendía qué pretendía aquel hombre.

Se acercó un poco más.

—Boris, yo ya estoy listo —dijo, sin mirarme—. Si quieres, puedo empezar ahora.

—Por supuesto —respondió mi padre.

—Vuelve dentro de una hora y media. Para una primera sesión será suficiente.

—¿Primera sesión? —alcancé a preguntar, con la garganta seca.

Mi padre salió de la tienda sin responderme.

El sacerdote se colocó una capa púrpura con bordados dorados encima de la túnica y me miró fijamente.

—Ven, hijo, pasa —me dijo, haciendo un gesto con la mano sin llegar a tocarme.

Entramos en la trastienda. El espacio estaba en penumbra, no tenía ventanas y estaba iluminado solo por dos candelabros. De las paredes colgaban varios crucifijos, en el centro de la sala había una mesa cubierta de libros y, frente a ella, una silla de madera con el respaldo carcomido.

Me costó explicarle a Archie lo que aquel hombre llamaba «primera sesión». Detrás de sus palabras, se escondía la convicción de que la homosexualidad era una enfermedad que podía y debía curarse.

Con el tiempo supe que aquel sacerdote no era un caso aislado. En Rusia existía toda una red de curas y asociaciones

ultraconservadoras, ligadas a los sectores más radicales de la Iglesia ortodoxa, que operaban siempre en la sombra y ofrecían terapias destinadas a «corregir» lo que llamaban desviaciones de la identidad humana.

La primera sesión consistió en intentar hipnotizarme. El sacerdote me dijo que podía borrar mis deseos, reeducar mi mente y hacerme soñar con mujeres. Hablaba de psicoanálisis y de estímulos cognitivos, pero lo único que hacía era buscar un culpable dentro de mí. Durante más de una hora se esforzó en encontrar el supuesto trauma que, según él, me había «contagiado» desde pequeño.

Con el rosario en la mano, hablaba del maligno, de los actos impuros y del pecado mortal en el que había convertido mi vida. Y yo, con apenas catorce años, quedé reducido al temblor. Recuerdo que le supliqué entre lágrimas que se detuviera, pero siguió hablando, cada vez más alto, como si mi dolor confirmara su razón.

Lo peor fue que, en algún momento, consiguió que dudara. Me hizo pensar que quizá algo de lo que decía era cierto. Que tal vez, si obedecía, si me corregía, podría tener una vida más sencilla, sin miedo ni rechazo. Era una trampa demasiado fácil para una mente que aún no había aprendido a protegerse.

Y después de aquella sesión, vinieron muchas más. Cuando se cansó de hurgar en mi interior, el sacerdote me dijo que íbamos a empezar con «la segunda fase», que consistió en despertar en mí la atracción por las mujeres. Decía que era una virtud masculina que tenía que cultivar.

Me hizo llevar una libreta siempre conmigo. Durante semanas tuve que escribir los nombres de las chicas con las que hablaba y anotar qué me gustaba de cada una: sus labios, su pelo, sus piernas… En

mi relato, a Archie le omití la última parte, aquella en la que mi padre y el sacerdote cruzaron todos los límites. Me empujaron hacia el sexo con mujeres, como si el deseo pudiera aprenderse a la fuerza.

Nunca lo hice, habría terminado de destruirme.

A veces pienso que lo consiguieron de todos modos, que el daño fue irreparable. Aquellos meses me vaciaron por dentro. Me arrebataron la confianza y me llenaron de miedo e inseguridades. Tardé años en empezar a reconstruirme, pero algunas heridas no cierran nunca. Hay cicatrices que solo se aprende a disimular, porque no se borran nunca.

Terminé mi relato con el rostro empapado en lágrimas. Hablarlo así, de seguido, sin detenerme, me dejó una sensación extraña, parecida a la calma. La sensación de compartir por fin un dolor que durante años había llevado solo.

Archie me miró en silencio. Ya no era solo que no encontrara palabras; se le notaba afectado. Se levantó y se acercó despacio. Cuando me rodeó con los brazos, lo hizo con cuidado, firme, manteniéndose un segundo más de lo necesario. Sentí el latido de su pecho contra el mío, y por primera vez, aquel viejo dolor encontró refugio.

Fue también la primera vez que estuve a punto de caer, de contarle toda la verdad. De confesarle cómo había muerto Boris Ivanov, mi pacto con los servicios de inteligencia rusos, el verdadero motivo por el que estaba en Estados Unidos… Quería volver a sentir lo mismo: la descarga, esa sensación de alivio que llega cuando uno deja de fingir.

Lo miré fijamente y sentí que debía hacerlo, confiarle todo lo demás. Me dolía mentirle, ocultarle quién era en realidad y por qué había llegado hasta allí. Pero en el instante preciso en que iba a empezar a hablar, la imagen de mi madre apareció en mi mente, serena y protectora.

Fue ella, como un ángel invisible, quien me susurró que callara.

Y la obedecí.

28

Sede de la CIA
Langley, Virginia

En Langley, un equipo de la CIA seguía en directo la señal de la cámara instalada en el apartamento de Luka. El grupo estaba formado por tres analistas de inteligencia, dos psicólogos forenses y el subdirector de la CIA.

Llevaban casi dos semanas monitorizando el apartamento día y noche. El Consejo de Seguridad Nacional les había ordenado extremar el rigor del seguimiento. Hasta ese momento, Luka no había presentado ningún comportamiento extraño. Ninguna llamada, ninguna visita más allá de las de Archie, ninguna salida a horas intempestivas… Nada hacía pensar que el joven ruso fuera un agente doble.

La prueba definitiva fue la conversación que acababan de presenciar.

—No hace falta prolongar más la verificación —dijo el psiquiatra forense—. Luka acaba de experimentar lo que se conoce en el ámbito clínico como catarsis emocional.

Uno de los analistas lo miró, intrigado, y, al cabo de un momento, le preguntó:

—¿A qué se refiere exactamente?

—Es un proceso en el que una persona libera de forma intensa emociones reprimidas. Se trata de una respuesta profunda, difícilmente fingida de forma sostenida.

Hizo una breve pausa antes de continuar:

—Solo perfiles con una disociación emocional extrema absoluta (que no se corresponden con el patrón psicológico que presenta Ivanov) serían capaces de desahogarse de esa manera mientras ocultan una identidad encubierta activa.

Michael Harrington, que acababa de entrar en la sala, se sentía satisfecho. Archie había hecho muy bien su trabajo: había logrado ganarse, en tiempo récord, la confianza de Luka, hasta el punto de que el ruso acababa de confesar uno de sus traumas más íntimos.

Sin embargo, había algo que no terminaba de encajar para él. En el interrogatorio, nada más aterrizar en la base aérea, Luka se había mostrado abatido al hablar de la muerte de Boris Ivanov. A Harrington le resultaba difícil comprender cómo alguien que había sufrido tanto por culpa de su padre podía recordarlo con tristeza y dolor.

El director de la CIA transmitió sus dudas al psiquiatra forense.

—No es para nada extraño, señor —le respondió—. A esa aparente contradicción se la conoce como síndrome de Estocolmo. Es un fenómeno psicológico en el que una persona desarrolla una conexión emocional o afectiva con su agresor, incluso después de haber sido sometida a abuso o maltrato.

Harrington asintió, pensativo. Dio por válida la explicación y ordenó a su equipo que se preparara para la siguiente fase: el reclutamiento, ahora sí real, de Luka Ivanov como agente de la CIA.

Cuando se quedó solo en la sala, tomó el teléfono de línea segura y marcó el número directo del asesor de Seguridad Nacional.

—Ben —dijo sin preámbulos—, necesito que convoques de inmediato al Consejo.

—¿Puedo saber de qué se trata? —preguntó Ben Nely, al otro lado de la línea.

—Aún no —respondió Harrington—. Salgo ya de Langley. Voy directo a la Casa Blanca.

Hubo un breve silencio antes de que añadiera, con un tono más seco:

—Y asegúrate de que Mitch Callahan no vuelva a ser invitado. Ya oíste al vicepresidente en la última reunión.

El veterano espía colgó sin esperar respuesta, se ajustó la chaqueta y salió de la sede de la CIA con paso decidido. El aire de la tarde era frío y cortante. Un agente le abrió la puerta del vehículo oficial; subió al asiento trasero y, en cuanto el coche arrancó rumbo a la Casa Blanca, dejó que su mente regresara a lo que mejor sabía hacer: anticiparse.

Uno de los cometidos esenciales del director de la CIA era precisamente ese: prever antes que nadie las amenazas capaces de poner en riesgo la seguridad o la estabilidad institucional de Estados Unidos. Para lograrlo, contaba con una red de recursos difícil de igualar: informes confidenciales, análisis clasificados y toda la maquinaria invisible del espionaje moderno. Su mejor aliado, sin duda, era la NSA.

La Agencia de Seguridad Nacional seguía siendo la fuente más poderosa del sistema. Su labor consistía en rastrear el mundo a través de métodos que rara vez tenían cobertura legal. Pese a los

escándalos que había provocado en el pasado, especialmente tras las filtraciones de Edward Snowden, la NSA continuaba operando con las mismas tácticas: interceptación de llamadas y mensajes, vigilancia satelital y acuerdos con agencias de espionaje de otros gobiernos, fundamentalmente, la red Five Eyes. Sobre el papel, la NSA tenía prohibido espiar a ciudadanos estadounidenses sin una orden judicial. En la práctica, ningún presidente había resistido la tentación de aprovechar la zona gris en la que se movía la agencia, tan útil como peligrosa.

Mientras el coche avanzaba por la autopista hacia Washington, Harrington repasaba mentalmente el último informe recibido de la NSA. Sus páginas alertaban sobre las ambiciones de Mitch Callahan: pretendía utilizar la captación de Luka Ivanov para ganar notoriedad y reforzar su posición en las primarias republicanas. Harrington ya había advertido al presidente. Ambos habían coincidido en que Callahan debía quedar al margen de cualquier foro donde se trataran asuntos de inteligencia o seguridad nacional, incluso —si era necesario— de la propia Comisión de Inteligencia de la Cámara de Representantes. Varios congresistas afines al presidente ya se estaban moviendo en busca de apoyos para forzar su destitución al frente de la Cámara.

El coche se detuvo delante del acceso oeste de la Casa Blanca. Harrington descendió y avanzó con paso firme hacia el edificio. Los agentes del servicio secreto lo escoltaron hasta el ascensor que conducía al subsuelo, donde se encontraba la Sala de Situación.

Al entrar, el aire era denso y estaba cargado de tensión y murmullos contenidos. Los miembros del Consejo de Seguridad Nacional ocupaban ya sus asientos: asesores, secretarios de Estado

y Defensa, el director del FBI y el jefe del Estado Mayor Conjunto. Solo quedaba libre la silla que presidía la reunión.

La puerta se abrió y el murmullo cesó al instante. El presidente, Robert Brown, entró en la sala, se acomodó en su asiento y recorrió la mesa con la mirada.

—He querido estar presente en esta sesión por la importancia que tiene para la seguridad nacional —dijo—. Director, tiene la palabra.

Michael Harrington asintió y se incorporó levemente.

—Señor presidente, señores —comenzó—, la verificación de Luka Ivanov ha concluido con resultado favorable. No se han encontrado indicios de deslealtad ni conexiones activas con la inteligencia rusa.

Pasó una página de su informe.

—Con todo, y antes de proceder a su incorporación, la agencia recomienda una prueba poligráfica final, como fase de validación complementaria. Forma parte del protocolo habitual para cualquier agente que vaya a trabajar en áreas de acceso clasificado.

Ben Nely, sentado frente a él, levantó la vista con gesto contrariado.

—Director —intervino el asesor de Seguridad Nacional—, con todo respeto, Ivanov ya ha sido sometido a más pruebas que cualquiera de nuestros reclutas: interrogatorio, análisis de información en fuentes rusas, aislamiento supervisado y un seguimiento completo bajo confianza inducida en Malibú. ¿De verdad considera necesario prolongar aún más el proceso?

Harrington le sostuvo la mirada, sin alterarse.

—Todos los agentes que van a operar con rango elevado pasan por una prueba poligráfica, señor Nely. No es una cuestión de confianza personal, sino de procedimiento.

—Pero todos esos agentes —replicó Ben— no han pasado antes por una verificación tan exhaustiva como la de Ivanov.

El presidente Brown, que hasta entonces había permanecido en silencio, cruzó los dedos sobre la mesa.

—Ben —dijo con rostro serio—, como asesor de Seguridad Nacional, ¿cuál es tu recomendación?

Nely no vaciló.

—Integrarlo ya, señor presidente.

Se inclinó ligeramente hacia delante antes de continuar.

—La operación Cumbre Vieja representa un riesgo extremo para la seguridad nacional. Según la información que nos ha proporcionado Ivanov, Rusia podría provocar un colapso submarino capaz de generar un tsunami sobre la costa este. Cuanto antes empiece a trabajar con nosotros, antes podremos neutralizar esa amenaza.

Un murmullo recorrió la sala. Algunos miembros del consejo intercambiaron miradas discretas, otros asintieron con visible inquietud. El presidente guardó silencio unos segundos, calibrando las reacciones.

—No se hable más —dijo al fin—. Procedamos a la incorporación de Luka Ivanov a la CIA.

El sonido de las sillas al moverse rompió la tensión. Harrington permaneció inmóvil, con el bolígrafo detenido entre los dedos. Levantó la vista y encontró los ojos de Ben Nely al otro lado de la mesa. El asesor le sostuvo la mirada con una sonrisa apenas perceptible.

—Trabajad en un programa de incorporación rápida —ordenó el presidente Brown mientras se ponía en pie—. Y, aunque no haga

falta decirlo: lo tratado en esta sala queda sujeto al más estricto nivel de confidencialidad. Sin excepciones.

No esperó respuestas. El presidente abandonó la sala escoltado por su jefe de gabinete. La puerta se cerró tras él, dejando un silencio denso que duró apenas un instante.

Al momento, los jefes de departamento y los asesores se inclinaron sobre la mesa cruzando documentos y recomendaciones con un ritmo frenético.

—Coordinación inmediata con la NSA —indicó Nely.

—Canal permanente con España, CNI y Ministerio de Defensa. Activamos despliegue de activos en Canarias —añadió el secretario de Estado.

—Y una proyección de movimientos del SVR y del FSB —remató una analista de contrainteligencia.

Todo debía quedar definido antes de la incorporación de Luka Ivanov a la CIA al día siguiente.

La reunión concluyó pasada la medianoche. Ben Nely abandonó la Sala de Situación en silencio y tomó el ascensor hacia el ala oeste. Los pasillos estaban casi vacíos, iluminados por la luz mortecina de los fluorescentes de seguridad. Al llegar a su despacho, cerró la puerta con un leve clic y permaneció unos segundos quieto, respirando despacio. Luego marcó un número desde el teléfono fijo.

—Ya está, Mitch —dijo en voz baja.

Al otro lado, la respuesta llegó sin vacilar:

—¿Luz verde?

Nely miró un instante hacia la ventana, donde el reflejo de la Casa Blanca temblaba sobre el cristal.

—Sí —respondió finalmente.

—¡Por fin! —exclamó Callahan.

Pocas horas antes, Ben Nely había traicionado el juramento que había prestado al asumir el cargo de asesor de Seguridad Nacional. Era un puesto de libre designación del presidente, sin confirmación del Senado, pero con una promesa implícita: defender la Constitución y proteger al país por encima de cualquier interés personal.

La noche anterior, sin embargo, Ben había cruzado la línea.

La visita llegó sin previo aviso. Mitch Callahan se presentó en la puerta de su casa, una vivienda colonial de tres plantas en Georgetown, adquirida gracias a su salario de más de doscientos mil dólares anuales y a un circuito habitual de conferencias bien remuneradas.

—Qué sorpresa, Mitch —dijo Ben cuando el equipo de seguridad abrió la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Sabía que aquella visita no era casual. El asesor de Callahan, Travis, llevaba semanas intentando concertar un encuentro, pero Ben había ido posponiéndolo con la agenda como excusa. Intuía que la propuesta podía ser comprometedora.

Bajó a la bodega; la ocasión lo merecía. Tomó una botella de Macallan Red Collection, el orgullo de su colección, y subió a la cocina. Sabía que Mitch tenía debilidad por ese whisky.

Con cuidado, retiró el sello del cuello de la botella y liberó el tapón, que emitió un sonido suave. Ben vertió el líquido ámbar en

dos vasos cuadrados, dejando que el hielo crujiera con un leve chasquido.

—Creo que tu mujer te está engañando, Ben —dijo Callahan sin rodeos.

El hombre que velaba por la seguridad del país sintió cómo se le tensaban los músculos de la cara. Antes de que pudiera reaccionar, Mitch se llevó un dedo a los labios, pidiéndole silencio. Luego señaló su propio teléfono.

Ben entendió.

—Joder, ¿por qué dices eso? ¡Me vas a hundir la vida! —improvisó, siguiendo el juego.

Salió de la cocina con paso rápido y regresó con una bolsa Faraday. La dejó sobre la encimera y, sin decir una palabra, ambos introdujeron sus teléfonos en su interior.

Ben deslizó el cierre hermético y soltó un suspiro. Ahora sí estaban fuera de alcance.

—Parece mentira que seas el enlace entre la Casa Blanca y las agencias de inteligencia —dijo Callahan con una sonrisa irónica—. ¿De verdad quieres que el gordo de Michael Harrington meta sus oídos en tu propia casa?

—Tienes razón… —respondió, algo avergonzado—. Siguen utilizando la NSA como si fuera una herramienta al servicio de sus intereses…

Callahan se recostó en la silla, satisfecho. Cuando comprobó que la señal de los teléfonos había desaparecido, se inclinó hacia delante.

—Si estoy aquí, Ben, es para proponerte algo.

—Te escucho.

No lo pronunció de inmediato. Tomó el vaso, lo hizo girar entre sus dedos y lo observó un instante antes de hablar.

—Quiero que formemos tíquet electoral para las presidenciales.

Por un instante, Nely creyó haber escuchado mal.

—¿Qué?

—Quiero que seas mi vicepresidente —repitió Mitch, muy despacio, sin apartar la mirada.

Ben soltó una carcajada breve, incrédula.

—¿Es una broma? —preguntó, aunque sabía que no lo era.

—En absoluto. Llevas semanas esquivando a Travis; ahora ya sabes lo que te ofrezco. No te lo preguntaré dos veces, Ben: ¿aceptas?

Nely sintió cómo le latía el corazón con violencia. Miró el whisky en su mano mientras trataba de imaginarse como vicepresidente de Estados Unidos. Pensó en todo lo que implicaba decir que sí. Y, sobre todo, en lo que sucedería si decía que no. Entonces, la ambición que había logrado mantener a raya durante años se agitó con fuerza, reclamando su lugar.

Tomó aire, bajó la vista y asintió lentamente.

—Sí —dijo al fin—. Será el mayor honor de mi vida.

Callahan sonrió, satisfecho.

—Sabía que no me fallarías.

Le tendió el vaso. El cristal de las copas tintineó al chocar suavemente, sellando el momento.

Luego fue directo al asunto que más le interesaba.

—Quiero que la CIA lo reclute ya. Harrington es un burócrata inútil; si el Consejo se deja asesorar por él, tardaremos meses.

Ben lo observó en silencio.

—¿Por qué te interesa tanto ese asunto? —preguntó, con cautela.
Mitch bebió un sorbo, sin apartar los ojos de él.
—Ese crío va a abrirnos las puertas de la Casa Blanca.

29

Malibú, California

El zumbido empezó lejos, amortiguado. Tardé unos segundos en entender que no era un ruido de fuera. Venía de dentro de la habitación.

Abrí los ojos, todavía sin incorporarme. Volvió a sonar. Era la primera vez desde que estaba allí. Alargué la mano a ciegas hasta encontrarlo.

—¿Dígame? —pregunté, con la voz aún ronca.

—Buenos días, Luka. Soy Megan Foster, directora de Operaciones Encubiertas de la agencia.

No hubo saludo por mi parte, ni margen para ello.

—Dentro de dos horas un vehículo te recogerá en el mismo punto en el que te dejó la última vez.

Me incorporé despacio en la cama, todavía aturdido, como si necesitara unos segundos más para entender lo que estaba pasando.

—El entrenamiento es más que suficiente —prosiguió—. A partir de hoy, te integrarás en inteligencia naval. —Hizo una pausa final y concluyó, con un tono más firme—: Debes regresar a Langley cuanto antes y empezar a trabajar en tus nuevos cometidos.

—De… de acuerdo…

No pude terminar la frase. La línea se cortó con un pitido seco.

Se suponía que debía sentir alivio. Todo había salido bien, el plan avanzaba y estaba un poco más cerca del final. Pero lo que me llegó fue otra cosa: un vacío físico, como si alguien hubiera abierto una puerta dentro de mí y todo el aire se hubiera escapado de golpe.

Me quedé sentado en la cama, con la mirada perdida y el teléfono en la mano.

Dos horas. Tan solo dos horas para desmontar algo que ni siquiera había tenido tiempo de entender.

Recogí mis cosas sin pensar demasiado. Cuando estuve frente a la puerta para marcharme, dudé unos segundos. La mano se me quedó suspendida sobre el pomo. Me acordé de la primera noche, cuando aún no conocía a Archie. Cuando Malibú aún no me había enseñado otra forma de vivir.

Dejé el apartamento en silencio y tiré de la puerta despacio hasta oír el clic. Y algo dentro de mí hizo lo mismo. No solo estaba dejando atrás aquel apartamento, también el único lugar en el que había sido feliz de verdad.

—Vengo a despedirme —le dije a Patricia cuando entré en el supermercado.

—¿Cómo que a despedirte? —respondió, girándose con rapidez—. Aquí nadie se marcha tan pronto.

—Tengo que irme… Me necesitan en el trabajo.

Su expresión cambió ligeramente, como si aquella respuesta le resultara demasiado familiar.

—Trabajo, trabajo… —repitió con cierta desgana—. Todo el mundo vive obsesionado con el trabajo.

Se apoyó en el mostrador y me miró con atención.

—¿Sabes dónde trabajaba yo?

Negué con la cabeza.

—En un *hedge fund* de Boston. Catorce horas al día, con tres pantallas delante y millones de dólares moviéndose en segundos.

Hizo una pausa breve.

—¿A que nunca lo hubieras imaginado?

Me costaba visualizarla en un rascacielos de Boston cerrando operaciones bursátiles. Ella, con su pelo canoso recogido en una pinza, aquella blusa *vintage* y serenidad en los ojos, era lo más alejado de un bróker que podía existir.

—La verdad es que no —admití.

—Hasta que un día, con cuarenta y dos años, me dio un infarto. Acababa de cerrar una operación de veinticinco millones para uno de los mejores clientes del fondo.

No supe qué decir.

—Lo dejé todo. Renuncié al trabajo, a mi entorno, a la ciudad… y me vine aquí. Sin nada. Sin red.

Se encogió de hombros.

—La mejor decisión de mi vida —añadió—. A los pocos meses abrí este supermercado. Y desde entonces… soy feliz.

Sus palabras encontraron un sitio incómodo dentro de mí.

—¡Vuelve pronto! —exclamó—. Aquí estaré cuando regreses y no sepas dónde pasar la noche.

Quise decir algo, cualquier cosa que estuviera a la altura, pero no me salió. Tenía los nervios instalados en la garganta, anticipando lo que vendría después.

Me limité a abrazarla, sin decir nada, con la esperanza de volver a coincidir.

Seguí caminando por el paseo, con una inquietud que iba ganando cuerpo a cada paso, como si me acercara a algo que no quería hacer.

El sol empezaba a levantarse sobre la costa cuando distinguí la Volkswagen. De su interior escapaban los acordes de una guitarra y una voz cálida. Donavon Frankenreiter, como cada mañana, envolviendo la playa con esa calma despreocupada que parecía pertenecerle solo a él. A través de la ventanilla abierta distinguí la silueta de Archie en el interior.

Me detuve a unos metros. No quise acercarme todavía. Necesitaba observarlo un momento más, desde fuera, como si así pudiera retenerlo mejor.

No era solo él. Era el conjunto. Su manera de estar en el mundo, el pelo siempre revuelto, la ropa gastada, la música que parecía seguirlo a todas partes, la playa convertida en una extensión de su vida…

Era Archie Corrigan y no había otro igual.

Me acerqué despacio. La puerta estaba entreabierta. *Big Wave* se escapaba desde dentro, mezclándose con el rumor del mar. Me quedé quieto, dejando que aquellas estrofas me alcanzaran antes de seguir adelante.

La casualidad quiso que aquella canción hablara por mí. Porque él fue quien me abrió los ojos. Archie, que llegó como una ola que me desordenó para siempre.

—¡Luka!

Archie apareció en la puerta, con una sonrisa despreocupada.

—¿Qué haces aquí tan temprano? ¿Los rusos no dormís nunca o qué? —bromeó mientras bajaba el escalón de la autocaravana.

No fue brusco. Fue más bien un ajuste lento, como si algo en mi cara no encajara con lo que esperaba.

—Eh… —Frunció el ceño—. ¿Qué ha pasado?

Tragué saliva.

—¿Caminamos un poco? —pregunté.

Solo asintió, pero su mirada ya no era la misma.

Fuimos hacia Windbreak Cove, en silencio. En ese silencio había algo contenido, una especie de espera que ninguno de los dos terminaba de romper.

Llegamos al tramo donde el agua entraba más tranquila, contenida por las rocas.

—Me voy ya —dije con un nudo en la garganta.

No lo adorné. No podía.

—Me han llamado esta mañana… La CIA me reclama.

No respondió de inmediato. Se quedó mirándome un instante más de lo normal, como si necesitara encajarlo.

—¿Tan pronto?

Asentí, bajando la mirada. No porque no quisiera sostener la suya, sino porque no sabía cómo hacerlo sin que todo lo demás se viniera abajo.

—Solo quería darte las gracias —murmuré—. Has sido mucho más que un profesor de buceo.

La frase se quedó corta, muy corta. A años luz de lo que sentía.

—Luka… —dijo despacio.

Dio un paso hacia mí, reduciendo la distancia.

—Pensé que tendríamos más tiempo… —añadió, pasándose la mano por el pelo—. He estado muy a gusto contigo.

Intenté sonreír, pero algo tiró de mí desde dentro.

—No pongas esa cara —añadió—. No quiero verte así.

—Archie…

La voz se me quebró antes de poder continuar.

Él se volvió a apartar el pelo de la cara, incómodo.

—Mira… —empezó—. No quiero ponerme moñas… —Soltó una pequeña risa que no terminó de sostenerse—. Pero has sido el mejor alumno que he tenido.

Negué con la cabeza, casi sin darme cuenta.

—No, en serio —insistió—. Creo que es la primera vez que aprendo más de lo que enseño.

Los ojos se me anegaron.

—Si algún día te cansas de la CIA… —continuó—. Si un día dices «a la mierda todo»… —Se tocó el pecho—. Aquí me tienes.

Esta vez no sonó a broma.

—Vuelve a Malibú.

La frase me desarmó. Sentí el golpe de las lágrimas queriendo salir, pero tragué saliva y levanté la barbilla como pude.

—¿Y por qué no te vienes conmigo?

Lo solté sin pensarlo. No tenía ningún sentido.

—Podría pedir que te asignaran a inteligencia naval… Allí hay buceadores. Y tú has entrenado a algunos de ellos.

Archie sonrió, pero esta vez algo más resignado, casi triste.

—¿Yo en la CIA?

Negó despacio.

—No duraría ni una semana en un sitio como ese.

Dio un paso más hacia mí. Y entonces ya no hubo espacio para seguir hablando. Me rodeó con los brazos, atrayéndome hacia él. Apoyé la frente en su pecho, noté su respiración contra la mía. Cerré los ojos y respiré lo más hondo que pude, como si pudiera guardar algo de aquello dentro de mí: su olor, su piel, la forma en que me sujetaba.

Apreté un poco más, no quería soltarlo. Mi boca rozó sin querer la piel de su cuello y, por un instante, estuve a un milímetro de girar la cabeza y besarlo. Pero no lo hice.

Tardó mucho en soltarme. Cuando lo hizo, muy despacio, me dijo:

—Cuídate, Luka.

Asentí, pero no fui capaz de responder.

Se quedó un segundo más delante de mí. Luego se metió las manos en los bolsillos, como si buscara dónde guardar también aquel momento, y dio unos pasos hacia atrás, sin dejar de mirarme.

Al final se giró. Empezó a caminar hacia la orilla, con esa forma suya de hacerlo todo sin prisa. Yo me quedé quieto, viendo cómo se alejaba.

Las lágrimas empezaron a caer sin que pudiera evitarlo, el pecho apretado, sabiendo que aquel instante sería el lugar al que volvería cuando todo lo demás se derrumbara.

30

The Jefferson, Washington D. C.

Mitch Callahan repasaba en la suite presidencial las líneas del discurso que iba a colocarlo en el centro del tablero político nacional. No lo hacía con prisa. No aquella noche. Cada frase había sido escrita y reconstruida decenas de veces, como si no fuera un discurso, sino un mecanismo de precisión en el que cualquier desajuste podría hacerlo saltar por los aires.

El lugar no se había elegido de manera casual. A lo largo de un siglo, aquel hotel neoclásico había sido escenario de anuncios que habían resonado más allá de Washington: tratados internacionales, dimisiones, virajes políticos… Allí, entre aquellas paredes, se daban cita los acontecimientos que acababan haciendo historia.

Esa noche, el Jefferson volvía a ser el epicentro del poder, pero con otro aire. El lobi, habitualmente solemne, se había transformado en un escenario diseñado para exhibir la fuerza del Partido Republicano. Una plataforma circular ocupaba el corazón del salón; focos rojos, blancos y azules bañaban las columnas neoclásicas; cámaras de todas las cadenas apuntaban a un único punto: el atril donde Mitch Callahan estaba a punto de hablar. Alrededor, miles de simpatizantes se empujaban contra las vallas de seguridad, agitando

banderas y levantando teléfonos móviles que transmitían el evento en directo.

Había motivos de sobra para la euforia. Callahan acababa de conquistar la mayoría de los delegados en los caucus de Iowa y Washington. No solo era una victoria: era una señal. Un mensaje en clave interna de que su candidatura había dejado de ser solo una apuesta más.

Los caucus, con su liturgia, seguían siendo el termómetro más fiable del apoyo real. Los candidatos, en las primarias, medían su potencial en reuniones en escuelas, bibliotecas y centros comunitarios donde los votantes designaban a los delegados que representarían a su estado en la Convención Nacional Republicana.

Al obtener la mayoría de los representantes en Iowa y Washington, Mitch entraba en la carrera hacia la Casa Blanca con un impulso que empezaba a ordenar el tablero a su alrededor.

Los gritos resonaban bajo el mármol con la intensidad de los grandes estadios. Las canciones elegidas por su equipo —himnos de superación y patriotismo— mantenían a la multitud enfervorecida: «Eye of the Tiger», «Fight Song», «We Will Rock You», «America the Beautiful»… Nada era improvisado. Ni la música, ni la luz, ni el orden de las intervenciones previas. Todo estaba diseñado para que, cuando él apareciera, el ambiente estuviera en su punto exacto de combustión.

En la suite, Mitch revisaba cada frase, cada acento, cada silencio. La política internacional le había enseñado que una palabra podía alterar mercados, tumbar gobiernos o disparar conflictos. Había pronunciado discursos en medio mundo como secretario de Estado

en el primer mandato del presidente Brown. Pero ninguno tenía el peso del que iba a lanzar aquella noche.

Se acercó al ventanal. Desde allí, Washington se extendía como una superficie salpicada de luces. Pensó, fugazmente, en todo lo que había tenido que atravesar para llegar hasta allí: años de cálculo, de lealtades construidas y traiciones que nadie jamás conocería. Aquello no era una improvisación. Era el resultado de una estrategia sostenida en el tiempo.

—Señor, dos minutos —avisó Travis desde la puerta.

Mitch asintió, pero no se movió de inmediato, forzándose a actuar con calma. A no precipitarse.

Dejó los folios sobre la mesa. A partir de ese momento, todo quedaba en manos del teleprónter… y de un aviso en el teléfono. Casi por inercia, comprobó las notificaciones. La pantalla seguía en negro; aún era demasiado pronto. Lo sostuvo un instante más de lo necesario antes de guardarlo en el bolsillo interior de su chaqueta.

Salió de la suite y caminó por el pasillo en silencio, acompañado por Travis y el equipo de seguridad. El murmullo lejano del lobi ascendía por el hueco de las escaleras, amortiguado por la altura. A cada paso, el bullicio iba ganando intensidad poco a poco.

Entró en el ascensor panorámico del piso 38. Las puertas se cerraron con suavidad.

Durante el descenso, no habló. Observó su reflejo en el cristal: la postura, la expresión contenida, la mandíbula firme. No era solo una cuestión de imagen; era un ejercicio de autocontrol.

A mitad de trayecto, el ascensor atravesó una franja de luz procedente del lobi. El ruido se volvió más nítido. Ya no era un murmullo: era un clamor contenido, cargado de expectativa.

La música cesó. Una voz, amplificada en todos los altavoces, anunció su llegada:

—¡Con todos ustedes, el presidente de la Cámara de Representantes y futuro candidato republicano a la presidencia, Mitch Callahan!

El rugido de la multitud se coló por el hueco del ascensor y llenó la cabina.

Cuando las puertas se abrieron, el impacto fue físico. No era solo ruido: era presión. Una energía empujaba desde todos los ángulos, obligándolo a sostener el gesto, a no ceder ni un milímetro.

Avanzó hacia el escenario al compás de «God Bless the USA», rodeado por su equipo de seguridad. Saboreó el momento, manteniendo el equilibrio perfecto entre el entusiasmo y la contención. Sus asesores insistían siempre en lo mismo: demasiada exaltación transmitía irresponsabilidad; demasiada frialdad, desconexión.

Subió a la plataforma, levantó una mano y esperó.

El silencio no llegó de inmediato. Tuvo que conquistarlo.

Poco a poco, la marea humana empezó a calmarse. Las primeras frases aparecieron en el teleprónter.

—¡Queridos compatriotas!

La voz le salió firme, segura.

—En este día histórico, quiero deciros que juntos vamos a lograr lo que muchos creían imposible…

El discurso avanzó con precisión. Los aplausos llegaban cuando tenían que llegar. Las pausas funcionaban. Todo encajaba. Pero Mitch no había subido allí solo para celebrar una victoria.

Desvió ligeramente la mirada hacia el atril. Allí, apoyado junto a los folios, el teléfono permanecía boca abajo. Inmóvil.

Continuó hablando.

—Esta victoria nos impulsa…

Otra pausa estratégica. Y otra ovación.

Volvió a mirar, apenas un instante. Nada.

—Muchos de vosotros conocéis mi trayectoria en el ámbito internacional…

Bajó el tono, calculando el momento. El ambiente reaccionó. La multitud, sin saber por qué, empezó a escuchar de otra manera.

—He negociado cara a cara con diplomáticos de China, Rusia e Irán…

El teléfono vibró. Apenas un temblor seco contra la madera del atril.

No lo tocó de inmediato. Terminó la frase. Sostuvo la pausa dejando que el silencio creciera lo justo. Entonces, con un gesto natural, apoyó la mano sobre el atril y giró ligeramente el teléfono.

La pantalla se iluminó. Un mensaje de Travis: «Publicado. Adelante».

Mitch alzó la vista. Ahora sí.

—Esta noche, tengo algo importante que anunciaros…

El silencio fue inmediato.

—Un mensaje que cambiará nuestra posición en el tablero internacional.

Respiró.

—La CIA ha reclutado a un alto funcionario de la inteligencia rusa.

El impacto fue inmediato.

—En su día —continuó—, y contra el criterio de los demócratas y de varios congresistas de mi propio partido, impulsé la incorporación de Luka Ivanov a la CIA.

Alzó la voz, modulándola con la precisión de quien lleva años entrenando cada sílaba:

—Y aquella decisión, que asumo personalmente, nos ha permitido acceder a información de un valor incalculable para la seguridad de este país.

El silencio regresó, más denso.

—Hay muchos detalles que no puedo compartir.

Recorrió la sala con la mirada, calibrando el efecto de cada palabra.

—Pero sí puedo decirles algo: gracias a esa información, hoy estamos más preparados que ayer para responder a cualquier amenaza.

Dejó que la frase se asentara. No buscó el aplauso. Esperó.

—Que lo sepan el Kremlin y el mundo entero: nadie pone a prueba a este país sin encontrar una respuesta.

Hizo una pausa breve, teatral, dejando que el silencio se cargara de expectación.

—¡Somos Estados Unidos de América!

La multitud explotó.

—¡Y seguimos siendo la nación más poderosa de la tierra!

Un rugido volvió a estallar y recorrió la sala como una corriente eléctrica.

Mitch alzó las manos, sosteniendo el momento.

No había precipitación en su gesto. Ni improvisación en sus palabras. Lo que acababa de hacer no era ningún arrebato. Aquel

discurso lo convertía en algo más que un candidato: lo elevaba al hombre capaz de plantar cara a Rusia sin pestañear. Al líder que millones de estadounidenses creían haber perdido.

La carrera hacia la Casa Blanca no había hecho más que empezar, pero Mitch ya había fijado la velocidad a la que sus rivales iban a tener que correr.

31

McLean, Virginia

No estaba preparado para llegar a McLean. Lo supe en cuanto el coche cruzó la última curva de la autopista y el paisaje se volvió más limpio, ordenado hasta resultar opresivo. Había algo en aquella urbanización de casas perfectas que me asfixiaba, que me transmitía una sensación de vigilancia constante.

El vuelo había sido demasiado corto como para que mi cuerpo se desprendiera de Malibú. Aún llevaba la sal pegada a la piel, el pelo áspero y la sequedad en los labios. Pero desde que había salido del aeropuerto, la ventanilla del coche solo devolvía frialdad. No quedaba rastro de lo que aún llevaba encima.

No podía quitarme a Archie de la cabeza. Habían pasado apenas unas horas y ya me dolía. No como un recuerdo, sino como una ausencia física, constante, que se me instalaba en el pecho y apretaba sin tregua.

Me venían destellos sin orden: su acento al pronunciar mi nombre, esa forma tan suya de meterse conmigo sin hacer daño, la ironía con la que lo aligeraba todo. Y también la calma de estar con él, sin más, sin tener que pensar en lo que vendría, dejándome llevar por su compañía.

Pensar que no iba a volver a verlo me encogía por dentro. Cada vez que la idea aparecía, tenía que apartarla. Y, aun así, volvía. Una y otra vez. Me resistía a aceptar que nuestros caminos no volverían a cruzarse. Que aquello, lo que fuera que hubiera sido, se había quedado ahí. Sin margen para repetirlo, sin una última conversación en la que decirle todo lo que me había callado.

Sentí que tenía que haberle dicho mucho más. En mi cabeza, la despedida se repetía una y otra vez, como si al revisarla pudiera corregirla, encontrar una frase distinta, un gesto que lo cambiara todo.

Respiré hondo, despacio, hasta que mi cuerpo empezó a responder. Me obligué a volver. A encajar de nuevo en la piel que debía llevar puesta. La fase más delicada de la operación empezaba ahora, y no podía permitirme llegar con la cabeza en otro lugar.

McLean, en Virginia, está a apenas catorce kilómetros de Washington, pero la sensación allí es otra. Su atmósfera no tiene nada que ver con el bullicio de la capital. Es un enclave próspero y silencioso, casi hermético, donde las calles parecen diseñadas para exhibir mansiones impecables y jardines sin una brizna fuera de sitio.

A primera vista podría parecer un barrio residencial más, pero allí se concentra mucho más que lujo: empresas tecnológicas, contratistas de defensa, consultoras… y, sobre todo, un tipo de poder que no necesita mostrarse para existir. En McLean está Langley. Y en Langley, la Sede.

El complejo principal de la CIA no se impone; se esconde entre carreteras arboladas y medidas de seguridad que apenas se perciben desde fuera. Miles de personas entran y salen a diario: analistas,

espías, directores de departamento, funcionarios con distintos niveles de acceso… Es un lugar inaccesible para cualquiera…, salvo para quienes la agencia decide reclutar.

El coche se detuvo frente a una casa de dos plantas, amplia pero discreta. Un jardín recortado con precisión la separaba de la calle, y un camino de adoquines llevaba hasta la puerta.

Saqué la llave, la giré en la cerradura y entré. El eco de mis pasos en el salón vacío rompió el silencio de inmediato. Dejé la mochila en el suelo y me preparé para el contacto. No había tiempo que perder.

Recordaba con total claridad el día en el que Kira me lo dijo, en la instalación:

—¿Y hasta que llegue a McLean no habré tenido ninguna comunicación? —le pregunté con inquietud.

—Ninguna, hasta que te instales en la casa que te proporcione la CIA.

—¿Y si necesito algo? ¿Y si las cosas se complican?

—Estás siendo entrenado para que nada se complique. Y si ocurre, estaremos allí. En Estados Unidos tendrás cobertura permanente del SVR: diez agentes asignados exclusivamente a ti desde el momento en que pongas un pie en el país. Nunca los verás, salvo que sea imprescindible intervenir.

Ese recuerdo me llevó a Sean Hamilton. A su aparición aquella mañana en mi apartamento de Malibú, solo para recordarme que no podía bajar la guardia.

Tomé las llaves y salí a la calle. Caminé despacio, contando los pasos para mantener el ritmo, observando el entorno sin que se notara. El barrio era tranquilo, demasiado. Las calles parecían trazadas con escuadra. La gente pasaba a mi lado sin mirarme, con

la vista clavada en el móvil. Yo, en cambio, avanzaba atento, registrando cada movimiento, cada coche que reducía la velocidad, cada gesto fuera de lugar.

La CIA podría estar en cualquier parte. Yo ya estaba dentro, sí, pero para ellos seguía siendo un exagente ruso con una lealtad que no podían dar por segura.

Me fijé en un hombre apoyado en una valla; la llamada en la que estaba ocupado parecía demasiado larga. A mi lado, una mujer paseaba a un perro con la correa firme, sin permitirle salirse de un recorrido ya definido. En un coche estacionado, el motor llevaba en marcha demasiado tiempo.

No miré dos veces a nadie. No hacía falta. Bastaba con registrar, descartar, avanzar. Me obligué a actuar con naturalidad. Había ensayado mi coartada decenas de veces: necesitaba rezar por la muerte de mi padre. Si alguien preguntaba, diría que solo buscaba consuelo en un lugar tranquilo. Nada más.

Doblé por Lewinsville Road. Allí, entre árboles altos, apareció la iglesia ortodoxa. Tenía ese exceso reconocible de la arquitectura rusa: colores vivos, detalles dorados que captaban la luz y tres cúpulas resplandecientes, rematadas por cruces inclinadas que parecían observar la calle desde arriba. La fachada era sobria; nada de vidrieras ni escenas bíblicas, solo arcos amplios y una hilera de ventanas estrechas que le daban cierto aire de fortaleza antigua.

Había visto fotos de templos parecidos durante la instrucción, aunque nunca uno de ese tamaño. Kira solía decir que la iglesia ortodoxa rusa era «un ejército de sotanas»: más de ciento cincuenta millones de fieles y una red en expansión desde finales del siglo pasado, con presencia creciente en ciudades norteamericanas. Lo

que al principio eran pequeñas comunidades reunidas en casas particulares había acabado derivando en edificios como aquel, financiados por donaciones y por una estructura cada vez más organizada.

Pero detrás de esa fachada religiosa había algo más. Algunos informes de organismos vinculados a la OTAN alertaban de que esas iglesias funcionaban, en determinados casos, como canales de influencia vinculados a Moscú. Eran lugares de culto y, al mismo tiempo, puntos de apoyo para influir en sociedades occidentales sin llamar demasiado la atención. No era algo que se dijera en público, pero en Washington existía una inquietud creciente por el alineamiento de algunos discursos religiosos con la narrativa oficial rusa: referencias constantes a la decadencia de Occidente, a la pérdida de valores, a amenazas externas…

Aquel templo no era una excepción. Estaba en un barrio tranquilo y acomodado, pero su presencia respondía a algo más que una necesidad espiritual.

Empujé el portón y entré. No había nadie. Los oficios habían terminado hacía más de una hora y la nave permanecía sumida en un silencio que amplificaba hasta el sonido de mi respiración.

El olor me golpeó de inmediato: un incienso denso y ácido saturaba el aire, se pegaba a la garganta y dejaba un regusto áspero en el paladar. Aquella neblina se extendía entre los candelabros y hacía parpadear sus llamas, que proyectaban destellos irregulares sobre los iconos y las pinturas que cubrían las paredes.

Un crujido resonó en algún punto detrás de mí. Me giré de inmediato, con el pulso acelerado, pero no había nadie. Solo

sombras inmóviles y una presencia muda que hacía imposible sentirse del todo solo.

La incomodidad se me instaló debajo de la piel. El olor, la penumbra, los ruidos que no parecían tener origen…, todo me tensaba los músculos y me empujaba a marcharme, aunque sabía que no podía.

Avancé hacia el lateral derecho, repasando mentalmente el protocolo. El sínodo había enviado instrucciones precisas a todos los templos de Virginia: debían permanecer atentos a cualquier señal durante esos días. Yo solo tenía que seguir el procedimiento.

Encontré el candelabro cruzado junto a un reclinatorio. Estaba colocado sobre un pequeño altar auxiliar, esperando lo que estaba a punto de hacer. Encendí una cerilla y prendí únicamente las velas del brazo izquierdo. Solo esas. Luego levanté el candelabro con cuidado y lo llevé hasta el altar principal.

Esa era la señal. Un mensaje silencioso pero inequívoco: estoy aquí.

Me arrodillé frente al iconostasio, la barrera ornamentada que separaba el santuario del resto de la iglesia. Los santos me observaban desde arriba, rígidos; la madera tallada parecía cerrarse sobre mí a medida que elevaba la mirada.

El tiempo pasó despacio. Contuve la respiración un par de veces, temiendo escuchar otro crujido, hasta que finalmente ocurrió: la puerta santa del iconostasio se abrió con un estruendo sordo que recorrió la nave de extremo a extremo.

El sacerdote cruzó el umbral. Entró erguido, sin prisa, con una solemnidad que me resultó más calculada que espiritual. Vestía una

casulla de tonos dorados. Alzó ligeramente la barbilla, recorrió la nave con la mirada y se detuvo un instante en cada rincón.

Cuando estuvo convencido, avanzó hacia mí.

Extendió su estola sobre mi cabeza y comenzó el ritual. Yo seguía arrodillado, con las manos apoyadas en las piernas, intentando contener el temblor que me recorría los dedos.

—¿Cómo estás, hijo? —preguntó en un murmullo.

La palabra me atravesó como un pinchazo. No dije nada, no debía. Solo agaché más la cabeza, tratando de esconder la expresión que me había provocado aquella forma de referirse a mí que no podía soportar.

—Bien —susurré al final—. Preparado para informar.

El sacerdote me observó con un gesto evaluador similar al que había visto en otros agentes encubiertos bajo sotana durante la instrucción. Me habían explicado que muchos párrocos ortodoxos en el extranjero no eran solo párrocos. Eran enlaces, oídos discretos. Puntos de contacto de los que nadie sospechaba. Y la confesión era el instrumento perfecto. No necesitaba tecnología, no dejaba registros. Lo que otros consideraban un sacramento, para ellos era un canal seguro para transmitir información al otro lado del océano.

—Procede —ordenó al final, sin levantar la voz.

Le relaté todo lo sucedido desde que había aterrizado en la base aérea de California. No dejé nada fuera: el interrogatorio con Michael Harrington, la rapidez con la que habían decidido mi captación, las clases de buceo en Malibú, la visita inesperada de Sean Hamilton.

En algún momento, el sacerdote inclinó ligeramente la cabeza, como si buscara una grieta entre mis palabras.

—Háblame más de Malibú —dijo entonces—. De esas clases. ¿Algo extraño? ¿Algún contacto imprevisto?

—Solo fueron clases —respondí, intentando mantener la voz estable.

—¿Seguro? —Su tono no era de duda, sino de advertencia—. Es un procedimiento extraño para los americanos. Demasiado tiempo, demasiada exposición…

—Me dijeron que necesitaba aprender a bucear, supongo que para coordinar el equipo encargado de neutralizar la operación Cumbre Vieja.

—¿Cómo se llamaba el instructor?

El corazón me dio un vuelco diminuto, casi imperceptible.

—Archie… Archie Corrigan.

El sacerdote repitió el nombre en un susurro.

—Verás…, Luka…, en Moscú están satisfechos con tu desempeño. Solo me han pedido que te traslade… una pequeña objeción.

Levanté apenas la vista, sin atreverme a mirarlo directamente.

—En operativos de esta envergadura —continuó— no conviene dejar espacio a… distracciones.

Sabía a qué se refería. Lo supe antes incluso de que terminara la frase. Kira ya me había advertido: ellos me observarían constantemente. Desde algún lugar oculto, habían visto mis clases con Archie, mis torpezas, mis reacciones…, incluso la despedida.

Apreté las manos contra mis piernas.

—¿Cuánto tiempo llevas en McLean? —preguntó, cambiando de tema.

—Acabo de llegar —susurré—. Mañana empiezo.

Asintió.

—¿Cuál crees que va a ser la puerta de entrada?

Con ese término, los rusos se referían a la función que la CIA me iba a asignar cuando me integrara en la agencia.

—Operación Cumbre Vieja —dije con cautela—. Están muy preocupados. Harrington no pudo ocultarlo. Ni en el interrogatorio ni el día que me dijo que estaba dentro.

El sacerdote dejó escapar un leve gesto de aprobación.

—Bien. Lo transmitiré.

Guardó silencio unos segundos y luego añadió:

—Una cosa más… Inteligencia interior cree que, pocos días antes de iniciar la operación, perdiste el colgante.

El estómago se me encogió al instante. Noté un pinchazo frío bajo las costillas, un reflejo que intenté sofocar antes de que él pudiera leerlo en mi expresión. Bajé ligeramente la mirada, fingiendo serenidad, repasando a toda velocidad las técnicas de control que me habían repetido una y otra vez durante la instrucción.

—No lo perdí —mentí, procurando que la voz no me temblara.

Él ladeó apenas la cabeza, atento a cualquier fisura.

—Durante unas horas… no lo encontré —añadí—. Eso es cierto. Pero al final apareció en casa. En el salón.

El sacerdote entrecerró los ojos, evaluando cada palabra.

—¿Y qué hiciste con él?

Sentí la garganta tensa. Tenía que mantener el relato sin titubeos.

—Lo destruí —dije al fin—. Justo como se me había ordenado.

El sacerdote no respondió de inmediato. Sostuvo la mirada con una calma que resultaba insoportable. Luego, muy despacio, asintió una sola vez.

—Bien. Muy bien. Estás muy cerca del final, hijo, ¿tienes fuerzas para lo que viene?

La palabra volvió a golpearme, y esta vez el impacto fue más hondo. Cada vez que oía «hijo» de su boca, algo dentro de mí se contraía. Me devolvía, sin querer, al prelado que había intentado «corregirme» a los catorce años.

—Haré lo que se espera de mí —susurré.

Tardó unos segundos en hablar, como si calibrara la forma de decirlo.

—Hay una circunstancia… poco habitual —añadió al fin—. Algo que no estaba previsto.

Levanté ligeramente la cabeza.

—Tu captación ha sido anunciada públicamente.

El pulso se me aceleró al instante.

—¿Cómo?

—Un político en Washington. Lo ha utilizado como parte de su campaña de primarias.

Sentí un vacío en el estómago.

—Pero entonces… todo el mundo… —Tragué saliva—. Aquí… y en Moscú… Van a creer que soy un traidor. Van a ir a por ella.

—Tranquilo.

Su tono no admitía réplica.

—Se han tomado medidas. Tu madre está protegida.

Hizo una breve pausa.

—Ahora tienes un motivo más para terminar. Cuando la operación concluya y regreses a Moscú, todo se pondrá en su sitio. Se sabrá la verdad.

Asentí, sin conseguir sentir alivio.

El sacerdote esperó un instante, como si comprobara que yo no iba a decir nada más, y continuó:

—Vuelve la víspera de la sustracción —indicó el sacerdote—. Te daremos el terminal.

Me puse en pie despacio. Las piernas me temblaban.

Durante la instrucción había evitado hacerme la pregunta. Me bastaba con cumplir, con avanzar sin mirar demasiado al fondo. Pero ahora, con la operación acercándose al final, esa ignorancia ya no me protegía. Se había convertido en una carga.

La pregunta me salió antes de que pudiera detenerla.

—¿Tú sabes… para qué lo quieren?

El sacerdote cerró la estola con un gesto lento y me miró fijamente.

—Hijo —dijo al fin—, deberías saber ya cómo funciona esto. Somos piezas. Peones en un tablero que no vemos entero. Nuestro trabajo no es comprender la partida, sino ejecutar nuestro movimiento.

Sonrió levemente.

—El H_2O está por encima de ti, de mí y de cualquier servidor de la patria. No estamos preparados para entender su alcance.

Se inclinó un poco más, bajando la voz.

—Limítate a cumplir con tu misión. Moscú ya cumplió contigo.

32

Despacho oval de la Casa Blanca
Washington D. C.

El despacho oval no es especialmente grande. Setenta y seis metros cuadrados no bastan para impresionar a nadie por sí solos. Y, sin embargo, no hay en el mundo un lugar donde el poder resulte tan tangible.

Allí dentro, el aire parece más denso, como si décadas de declaraciones y anuncios se hubieran quedado suspendidas entre las molduras blancas y la moqueta azul marino. Frente al Resolute Desk, la mesa de caoba que dominaba la estancia, se habían tomado decisiones que habían cambiado el rumbo del mundo.

Aquella mañana, sin embargo, ese poder absoluto pesaba de otra manera, como si hubiera sido humillado.

Robert Brown no estaba sentado. Permanecía de pie, ligeramente inclinado sobre el Resolute Desk, con ambas manos apoyadas en la madera. Los nudillos tensos, la mirada fija en un punto indeterminado, como si aún estuviera procesando lo que acababa de ocurrir.

En los sofás del centro del despacho, el vicepresidente, Carlson; el jefe de gabinete, Daniel Reeves; el secretario de Estado, Donald

Coleman; y el asesor de Seguridad Nacional, Ben Nely, mantenían una calma forzada.

Un televisor encendido en un lateral reproducía, en bucle, fragmentos del discurso de Mitch Callahan. El sonido llegaba lejano, pero lo suficiente para que algunas frases se filtraran con nitidez:

«… contra el criterio de los demócratas y de varios congresistas de mi propio partido, impulsé la incorporación de Luka Ivanov a la CIA…».

Brown alzó la vista.

—Apagad eso.

Reeves tardó un segundo en reaccionar. El despacho quedó sumido en una quietud aún más tensa.

El presidente se irguió despacio. Caminó un par de pasos, sin un rumbo claro.

—¡¿Cómo se atreve?! —estalló—. ¡Ha comprometido la seguridad nacional!

Nadie dijo nada.

—¿Revelar la captación de un activo extranjero y exponer una operación en curso… —miró a sus colaboradores— no tiene recorrido penal?

Carlson fue el primero en intervenir.

—¿Se refiere a investigarlo por revelación de secretos?

—Me refiero —corrigió Brown, clavando la mirada en el vicepresidente— a si puedo sentarlo delante de un fiscal con la Espionage Act en la mano.

El jefe de gabinete se removió ligeramente en el asiento. Sacó el teléfono móvil y empezó a deslizar el dedo con rapidez.

—Un segundo…

Durante unos instantes, el despacho quedó en suspenso. El único sonido era el leve roce del dedo sobre la pantalla.

—Aquí está —murmuró Reeves—. Hora exacta del anuncio: las siete y cuarenta y un minutos.

Brown levantó la vista.

—¿Y? —preguntó, sin ocultar su impaciencia.

El jefe de gabinete giró el móvil para que todos pudieran ver la pantalla.

—Tres minutos antes…, siete y treinta y ocho. *The Washington Register* publicó la noticia.

El secretario de Estado se inclinó hacia delante.

—¿Qué publicaron exactamente?

—La captación de Ivanov. No una filtración parcial: todos los detalles.

El silencio volvió, más denso.

—¿Esto lo blinda? —preguntó Carlson.

El jefe de gabinete dudó un instante antes de responder.

—Cuando él habla…, la información ya es pública. En ese escenario, señor…, la Espionage Act pierde recorrido. No hay revelación jurídicamente imputable si el contenido ya está en circulación.

El presidente gruñó.

—Y aunque intentáramos ir contra el medio… —continuó Reeves —, Primera enmienda. Libertad de prensa, protección de fuentes.

El presidente se volvió a sentar.

—¡Pero lo filtró él!

Ben Nely, que hasta el momento no había pronunciado palabra, tuvo que apartar la mirada.

—Aunque sea lo más verosímil —continuó el jefe de gabinete—, es muy difícil probar la filtración, señor. Y sin eso no hay revelación…

—¡¿Pero cómo puede ser?! —lo interrumpió Brown, a gritos—. ¡¿Cómo sabía Callahan que Ivanov iba a ser reclutado?! ¡Esa información ha salido del Consejo de Seguridad Nacional!

Nadie se atrevió a contestar.

Ben Nely fijó los ojos en la mesa baja, apretando la mandíbula para que no se notara cómo le temblaba el cuerpo entero.

De pronto, un murmullo llegó desde los ventanales. Afuera, en el Jardín Sur, se agolpaba un enjambre de periodistas. La sala de prensa estaba desbordada desde primera hora. Los reporteros gritaban preguntas que se filtraban hasta el interior del despacho:

—¿Cómo ha reaccionado Rusia?

—¿Es cierto que Viktor Mikhailov ha convocado al embajador?

—¿Dónde está Luka Ivanov ahora mismo?

El presidente se acercó a los ventanales y corrió la cortina con brusquedad.

El discurso de Mitch Callahan había sido transmitido en directo por todas las cadenas nacionales y repetido hasta la saciedad por comentaristas políticos. Pero aquello no se había quedado en Estados Unidos: había dado la vuelta al mundo en cuestión de horas incendiando titulares, abriendo informativos especiales y desatando una crisis diplomática con Rusia.

—Quiero saber cómo pudo enterarse Callahan de que el Consejo había aprobado la captación de Ivanov —ordenó—. Quiero que identifiquen la filtración. ¡Ya!

Sin esperar respuesta, alargó la mano hacia el teléfono fijo del Resolute y lo descolgó de un tirón.

—Póngame con el fiscal general.

Un par de segundos después, le dio instrucciones.

—Quiero una investigación inmediata: citaciones, registros y órdenes judiciales listas dentro de una hora. No me importa quién caiga.

Colgó sin despedirse y marcó otra extensión.

—Con la NSA. Ya.

Esperó apenas una respiración.

—Quiero un rastreo completo de todas las llamadas, mensajes y contactos de Mitch Callahan en las últimas cuarenta y ocho horas. Todo. Móviles y terminales cifrados, dispositivos personales, tabletas, lo que sea.

Colgó de nuevo y siguió dando instrucciones al servicio secreto, al jefe del Estado Mayor Conjunto y a Michael Harrington.

Cuando terminó, se giró hacia sus colaboradores, que seguían en el sofá, incapaces de pronunciar palabra.

—Todos fuera —ordenó, señalando la puerta.

Ben Nely fue el último en salir. Justo antes de cruzar el umbral, sintió una vibración en el bolsillo interior de su chaqueta. Sacó el teléfono con manos que ya no obedecían del todo. En la pantalla apareció el nombre de Mitch y un mensaje breve:

«Sigue el plan. No te preocupes. Todo va a salir bien».

Nely no reaccionó de inmediato. Se quedó mirando la pantalla un segundo más de lo necesario.

La puerta del despacho oval se cerró a su espalda con un gran golpe sordo. En ese instante, con la puerta aún temblando a su espalda, comprendió por primera vez lo que implicaba haber dicho que sí. El vértigo llegó después.

33

McLean, Virginia

La niebla cubría las calles con una densidad casi táctil, como si quisiera esconder lo que estaba a punto de suceder. Salí de casa temprano; era mi primer día en la CIA. Alquilé un Chevrolet. La tarde anterior había contado tres iguales aparcados en mi calle, y aquello bastó para decidirme. La regla básica de cualquier espía: pensar, hablar y actuar como lo haría el resto.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta, una mujer salió del establecimiento con una carpeta en la mano y me detuvo a pocos pasos.

—¡Tú eres el espía ruso! —exclamó, con una sonrisa excitada.

El corazón me dio un vuelco. Durante un segundo no supe si correr o fingir indiferencia.

—Señora, se equivoca —respondí con voz controlada.

—¡No! —insistió—. Tu cara lleva días saliendo en la televisión. Uno de los candidatos, ese Mitch Callahan, ha dicho que la CIA te ha reclutado para poner a los rusos en su sitio. ¡Por fin volvemos a mandar! ¡Callahan tiene mi voto!

Apreté los labios en una sonrisa cortés, solo para terminar con aquello, y me deslicé dentro del coche antes de que siguiera

hablando. Cerré la puerta y, durante unos segundos, permanecí inmóvil, intentando digerir lo que acababa de escuchar.

Encendí la radio por inercia, buscando distraerme, pero apenas giré el dial escuché mi nombre: una tertulia política, voces exaltadas, especulaciones sobre mi llegada a Estados Unidos… La apagué de inmediato.

El sacerdote me lo había advertido, pero no imaginé que mi captación hubiera sido tan mediática. No tenía ningún sentido; la primera norma en la captación de un agente extranjero es la discreción absoluta, y, sin embargo, allí estaba yo, convertido en noticia nacional.

Me pregunté cómo reaccionaría Moscú. Aquello era un laberinto de mentiras cruzadas. Para sus intereses, el escenario era perfecto: los americanos habían mordido el anzuelo, mi coartada había funcionado hasta el punto de que habían anunciado públicamente mi captación, presentándola como un golpe a Rusia. Pero de puertas afuera no podían permanecer callados. Tenían que fingir indignación, exigir represalias y demostrar fuerza. A ojos del mundo, Estados Unidos acababa de reclutar a un alto funcionario de la inteligencia rusa dispuesto a revelar información clasificada del Kremlin.

El camino hasta Langley se extendía entre una bruma espesa que difuminaba los árboles y convertía cada curva en un límite incierto.

El primer control apareció tras un giro cerrado: una barrera metálica y un guardia con uniforme oscuro. Me pidió la identificación sin mirarme a la cara. Otro agente acercó un perro a la parte trasera del vehículo. El animal olfateó con desgana y se apartó.

—Siga por el carril dos —indicó el guardia, devolviéndome el documento.

El carril desembocó en un segundo control, más estricto: cámaras, un espejo bajo el chasis y un agente con una tableta que revisaba mis datos en silencio.

—Móvil, reloj, llaves. Todo en la bandeja —ordenó.

Obedecí. Me devolvieron únicamente la acreditación temporal y me indicaron que avanzara.

El edificio apareció entre la niebla, sólido y sin ostentación, un bloque de vidrio y hormigón de geometría impersonal. Crucé la puerta giratoria y me recibió un aire seco, cargado de ese olor metálico que tienen los espacios donde el silencio es norma. En el suelo, el emblema del águila se extendía en mosaico; una cinta amarilla lo bordeaba. Nadie lo pisaba.

—Señor Ivanov.

La voz provenía de una mujer que se acercaba con paso firme. Tenía el cabello recogido en un moño tirante y unos ojos claros que parecían no pestañear.

—Megan Foster —dijo, tendiéndome la mano—. Por fin nos conocemos.

Su apretón fue seco, casi doloroso, una advertencia más que un saludo.

—Sígame, por favor —añadió, girando sobre sus talones sin esperar respuesta.

La seguí por un pasillo largo flanqueado por cámaras ocultas en cúpulas negras. En el techo, una fila de relojes digitales marcaba la hora de distintas partes del mundo.

En el ascensor, Megan pasó su credencial por un lector y una luz verde confirmó la autorización.

—Supongo que ha sido un viaje largo desde California —dijo mientras ascendíamos.

—Sí —respondí, intentando sonar natural.

—¿Algún contratiempo?

—Nada importante.

La puerta se abrió en el último piso. Una secretaria nos indicó que pasáramos al único despacho, que parecía ocupar toda la planta.

Michael Harrington estaba sentado tras un escritorio de madera clara. No se levantó al verme.

—Señor Ivanov —dijo al fin, simulando cortesía—, bienvenido.

Megan se mantuvo de pie junto a la pared, sin soltar la carpeta que llevaba en la mano. Harrington me indicó la silla frente a él.

—Supongo que habrás visto la televisión —empezó—. La exposición mediática no era parte del guion.

La forma en que pronunció las últimas palabras dejó claro que aquello le había molestado más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Esto cambia el escenario —añadió—. Rusia ya no sospecha: sabe que estás aquí. Sabe que te hemos reclutado y que estás hablando.

No respondí.

—¿Crees que pueden renunciar a la operación Cumbre Vieja? —preguntó, sin rodeos.

Negué despacio.

—No, señor. Llevan años preparándola. No van a detenerse ahora. La operación está diseñada para no dejar rastro. Después de ejecutarla, podrán negar cualquier implicación. Siempre podrán decir que Luka Ivanov solo era un loco con teorías conspiranoicas.

Harrington no reaccionó de inmediato. Se limitó a observarme, calibrando si estaba convencido de lo que decía o simplemente quería que lo pareciera. Megan intercambió una breve mirada con él.

—¿Cuándo estaba previsto? —preguntó ella.

—El 4 de julio —respondí, sin apartar la vista—. El Día de la Independencia. Los rusos quieren que la costa este se hunda bajo el agua mientras ustedes celebran su libertad. Y que parezca un accidente geológico.

El silencio se alargó. Harrington se pasó una mano por la frente, como si tratara de ordenar las piezas.

—¿Crees que pueden tratar de adelantarlo ahora que saben que trabajas para nosotros?

Dudé una fracción de segundo.

—No lo sé, señor. La red de estaciones estaba prácticamente desplegada cuando deserté. Técnicamente podrían acortar plazos, pero perderían el impacto del 4 de julio…

Harrington se recostó apenas en la silla.

—Lo único que está claro es que cada hora cuenta. No podemos perder más tiempo.

No añadió más. Harrington se levantó y Megan cerró la carpeta con un golpe seco.

—A la sala de coordinación.

—Sí, señor —contesté.

Salimos del despacho sin más formalidades. Caminamos unos metros en silencio. Giramos en un cruce y descendimos por un tramo de escaleras internas que conectaban con el nivel inferior. El ambiente cambiaba a cada paso: menos luz natural, más puertas cerradas, más presencia de seguridad.

Al fondo, una puerta doble de cristal esmerilado. Megan pasó su credencial por el lector y empujó la puerta.

El murmullo de voces y el brillo de una pantalla nos golpearon antes incluso de cruzar el umbral. Harrington entró primero. Megan se situó a su derecha. Yo accedí el último y ocupé el único asiento libre.

La sala era amplia, sin ventanas, con una mesa ovalada en el centro ocupada por media docena de personas: analistas, técnicos y un oficial. En la pared frontal, una pantalla principal dividida en varios cuadros. Uno de ellos, el más grande, dominaba el conjunto: había una videoconferencia en curso.

—Buenos días —dijo Harrington, sin alzar la voz—. Incorporamos a Ivanov.

Las miradas se desplazaron hacia mí, rápidas, evaluadoras. No hubo presentación. No hacía falta.

Al otro lado de la pantalla, una sala institucional. Iluminación neutra y dos banderas: España y la Unión Europea. Había tres personas sentadas, dispuestas con una rigidez protocolaria. En el centro, una mujer de mediana edad, traje oscuro y postura firme. No necesitó hablar para dejar claro que dirigía a los otros dos.

A su derecha, un hombre de avanzada edad con las gafas algo bajadas sobre la nariz, con las manos entrelazadas sobre la mesa. A su izquierda, un oficial de la Armada con uniforme e insignias visibles.

—Ivanov —continuó el director de la CIA—, estamos en conexión con la ministra de Defensa de España, el director del Centro Nacional de Inteligencia español y el jefe del Estado Mayor.

La ministra tomó la palabra sin preámbulos:

—Seguimos analizando las áreas críticas en torno a la dorsal del volcán en coordinación con el Instituto Geográfico Nacional. Hemos intensificado la monitorización sísmica y cualquier anomalía en la estabilidad del talud en tiempo real.

El director del CNI no intervino. Se limitó a observar, como si estuviera midiendo cada palabra.

—La Armada española mantiene los medios desplegados —añadió la ministra—. De momento, sin rastro de infraestructura ni actividad submarina.

El jefe del Estado Mayor tensó ligeramente la mandíbula.

Harrington asintió con un leve gesto.

—Ivanov —dijo girándose hacia mí—, explique los pormenores de la operativa.

Respiré despacio.

—El desprendimiento del flanco occidental del volcán generará un tsunami que alcanzará la costa este de Estados Unidos en menos de nueve horas…

—Todo eso ya lo sabemos —me interrumpió Harrington.

Hizo una pausa mínima.

—Lo que queremos saber es cómo.

La ministra apoyó los codos sobre la mesa.

—Le escuchamos.

—La red de estaciones submarinas está concentrada alrededor de La Palma —respondí—, anclada al talud submarino del flanco occidental del Cumbre Vieja.

El jefe del Estado Mayor se inclinó ligeramente hacia delante al otro lado de la pantalla.

—¿A qué profundidad?

—Cotas de entre cien y mil doscientos metros. Justo donde la ladera volcánica continúa bajo el mar.

—¿De qué tipo de dispositivos estamos hablando?

—Módulos compactos que alteran el equilibrio de la ladera. —Hice una pausa—. Inyectan presión en puntos concretos del sustrato. Aumentan la presión del poro y empiezan a generar microfracturas.

El militar no apartó la mirada.

—¿Y cómo se activan esas estaciones? No hay red satelital que alcance ese nivel de profundidad.

—No la necesitan —dije—. El sistema se basa en ondas acústicas de baja frecuencia, similares a las que emplean los hidrófonos. Una única señal de activación, emitida desde un punto maestro, se propagará por el Atlántico y despertará la red completa.

Mis palabras se quedaron flotando un segundo en la sala.

—Cada estación está programada para reconocer un patrón específico de pulsos: tres secuencias de treinta segundos separadas por intervalos de silencio —continué mientras recordaba mi proyecto final de carrera—. Una vez recibido el código, el sistema se vuelve autónomo y ejecuta la secuencia de inyección sin posibilidad de anulación remota.

Nadie habló de inmediato. La ministra se reclinó apenas en la silla, sin apartar la vista de la pantalla.

—Entonces no hay margen de reacción una vez que se activen.

—No —respondí—. Será solo cuestión de tiempo. El flanco terminará colapsando y, al impactar en el océano, generará un tsunami que arrasará las Canarias y parte de la costa este cuando cruce el Atlántico.

El silencio fue inmediato. El director de la CIA se giró ligeramente hacia el interior de la sala.

—Quiero un grupo de trabajo operativo coordinado por Ivanov. Tenemos que salir cuanto antes en busca de esas estaciones. Y desactivarlas.

La conexión se mantuvo unos segundos más, en silencio, como si todos fueran conscientes de lo que se avecinaba, hasta que la pantalla se fragmentó. La reunión había terminado.

Salimos de la sala y me quedé unos segundos con Megan.

—Dime qué tipo de perfiles y accesos necesitas —dijo.

—Un mapa batimétrico y acceso a los registros de sonar de la NOAA. En cuanto al equipo: un criptógrafo con experiencia en señales electromagnéticas, analistas OSINT especializados en tráfico marítimo, técnicos en redes submarinas y… buceadores.

—Los tendrás. Y en cuanto a los accesos…, serán limitados.

—Lo entiendo —dije, midiendo cada palabra—. Aun así, necesitaré acceso temporal a los servidores de inteligencia naval. Solo para cruzar datos con los registros de sonar.

El silencio que siguió fue breve, pero pesado. Megan me observó como si intentara calcular qué buscaba realmente con esa petición.

—Lo valoraremos —dijo al fin.

—Es imprescindible para trazar el mapa de barrido y localizar las estaciones —añadí cauteloso—. Sin acceso, trabajaré a ciegas.

—He dicho que lo valoraremos —zanjó—. Acompáñame a la planta tres.

Asentí.

El ascensor descendió. Megan permaneció callada hasta que las puertas se abrieron.

—Planta tres —anunció—. Aquí trabajará tu equipo.

El pasillo era un corredor sin ventanas, iluminado por una luz blanca que hacía brillar el suelo. En las puertas laterales se leían siglas y códigos: NAVINT, SONAR OPS, SIGSEC.

—Es curioso —dije—. En Rusia, las salas de análisis están bajo tierra.

Me miró de reojo.

—Ya. Es que aquí no somos ratas —repuso.

La acompañé en silencio. Mientras caminábamos, mi mente se apartó unos pasos de ella y se internó en otro territorio. Lo que buscaba estaba en un nivel más profundo, en la raíz misma del sistema: los servidores que albergaban el H_2O.

Cuando consiguiera acceder, tan solo unos segundos, la operación acabaría.

34

Washington D. C.

El regreso no fue como Kate había imaginado. Lo supo en cuanto encendió el teléfono, apenas unos segundos después de aterrizar. Las alertas empezaron a encadenarse en la pantalla con una insistencia casi agresiva. Titulares, análisis, fragmentos de vídeo… No necesitó leerlos todos; le bastaron unos pocos para entender la dimensión de lo ocurrido.

—¡Imbécil! —estalló, sin importarle quién pudiera oírla, mientras esperaba su maleta junto a la cinta transportadora.

Cuando por fin llegó a casa, lanzó el abrigo sobre el sofá con un gesto seco y se quedó unos segundos en el umbral del salón, inmóvil. El contraste entre el silencio de la casa y el ruido mediático que acababa de atravesarla le resultó casi irreal.

Mitch la esperaba allí, de pie, con los brazos abiertos y una sonrisa que no podía contener. Llevaba días imaginando ese momento. Desde su marcha a Moscú, todo se había acelerado: la candidatura, los primeros apoyos, los caucus, la exposición constante… Y, sobre todo, la última jugada, el golpe mediático que lo había elevado a las portadas de todo el país.

La sonrisa se le evaporó en cuanto la vio de cerca. El rostro rígido de Kate, sus ojos encendidos y la tensión acumulada en cada músculo le anunciaron que algo no encajaba.

—Te dije que te mantuvieras al margen de ese ruso —soltó ella, sin preámbulos—. ¡Me prometiste que no volverías a pronunciar el nombre de Luka Ivanov!

—Kate…

—¡Cállate! —lo cortó—. ¡La ambición te va a destruir!

Mitch trató de justificarse, desacreditando las sospechas de Mariya.

—Nunca debiste hacerlo —insistió Kate—. Tenía indicios fundados de que Ivanov podía ser un agente doble. ¡Y tú acabas de unir tu carrera política a ese ruso!

—¿Pero es que no ves las encuestas, Kate? —replicó él, alzando los brazos con desesperación.

Su estrategia había sido un éxito en términos demoscópicos. En cuestión de días se había convertido en el eje del debate nacional. Los informativos abrían con su nombre, las tertulias analizaban su movimiento como un gesto de liderazgo y las encuestas empezaban a consolidar ese impulso. Real Clear Politics registraba un crecimiento de popularidad del treinta y cinco por ciento desde su discurso. Más del cuarenta por ciento de los estadounidenses veía con buenos ojos una futura presidencia de Mitch. Los fondos fluían. Las donaciones se contaban en millones. Multinacionales y lobistas se apresuraban a apostar por su ascenso.

Aquello no era solo una oportunidad: era una inercia. Y Mitch se había dejado arrastrar por ella. El torbellino de éxito lo mantenía en un estado de euforia constante. Se había vuelto adicto a los focos y

a la sensación de poder. En poco tiempo, sin apenas transición, se había convertido en la gran promesa del Partido Republicano.

La discusión no se detuvo de golpe, sino que fue perdiendo intensidad, como si el cansancio empezara a imponerse. Fue entonces cuando Kate cambió el tono:

—Venga, vamos a verlo —dijo.

Mitch frunció el ceño, desconcertado.

Kate se acercó al bolso que había dejado caer en una silla y sacó la servilleta con la secuencia escrita a mano.

—Mitch, es esto. Tenemos que verlo.

Él dejó escapar un suspiro, agotado.

—Kate…, de verdad. Basta ya. Esa obsesión tuya de periodista de investigación… —Negó con la cabeza—. Si todo sigue así, dentro de unos meses podrías estar entrando en la Casa Blanca conmigo. ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

Ella no respondió. El recuerdo de Mariya irrumpió en su mente de forma inesperada. La confianza que había depositado en ella seguía allí, intacta, como una deuda pendiente.

—¡Mitch! —insistió.

Él ya no la escuchaba. Se había dejado caer en la cama, absorbido por la pantalla del móvil, deslizando mensajes de apoyo, titulares, cifras de encuestas…

Cansada de esperar, Kate decidió hacerlo sola. Se giró sin decir nada más y fue hasta el salón.

Conectó el teléfono al televisor. No había prisa en el gesto, pero sí una determinación tensa, contenida en cada movimiento. Introdujo la secuencia en el navegador del teléfono y pulsó «Ir», para proyectar el contenido en la pantalla del televisor.

La pantalla quedó en negro unos segundos. Luego apareció una interfaz austera, sin logotipos ni referencias claras. No era una web convencional: parecía más bien un acceso intermedio, un punto de entrada a algo más.

Kate entrecerró los ojos y esperó. Sintió cómo la inquietud empezaba a subirle por el pecho y se instalaba en su garganta.

Un primer directorio se desplegó. Nombres en clave, carpetas etiquetadas con combinaciones alfanuméricas, fechas… Nada explícito.

Empezó a abrirlas, una a una.

En la primera aparecieron perfiles internos de la CIA, planos de Langley, métodos de interrogatorio, técnicas de manipulación psicológica, identidades de alto rango…

El aire del salón se volvió más denso, cargado de tensión. Kate siguió descendiendo. Más abajo encontró una carpeta con documentación más técnica: cables submarinos que unían Europa con Estados Unidos, puntos vulnerables, nodos…

Kate empezó a abrir carpetas cada vez más deprisa, casi compulsivamente, como si la velocidad pudiera retrasar lo inevitable. En la pantalla aparecieron directorios de iglesias ortodoxas en Estados Unidos, perfiles de sacerdotes, protocolos de emergencia, técnicas de infiltración y acceso a servidores privados…, todo aparentemente disperso, pero que apuntaba a una misma dirección.

—No… —susurró.

No era una negación racional. Era una reacción física, como si su cuerpo se adelantara a lo que su mente aún no terminaba de comprender.

Retrocedió un paso, sin apartar la vista de la pantalla.

Siguió abriendo carpetas, leyendo sin parar. Muchos archivos no los entendía del todo, pero había algo evidente.

Se obligó a ir más despacio. Volvió a una carpeta anterior. Releyó un informe.

El pulso se le aceleró.

Llegó finalmente a un directorio más profundo, enterrado bajo varias capas de documentación técnica.

Lo abrió.

No encontró una revelación inmediata. Se sentó en el suelo sin darse cuenta, frente al televisor. Perdió la noción del tiempo reconstruyendo el contenido poco a poco, enlazando documentos, volviendo atrás una y otra vez.

Cuando por fin entendió lo que estaba viendo, se levantó. Retrocedió un paso; el cuerpo rígido, la mirada fija en la pantalla que seguía iluminando el salón con un resplandor azulado.

—Dios mío… —murmuró—. ¡Dios mío!

Se llevó una mano a la boca, incapaz de apartar la vista de la pantalla. De pronto se giró y salió corriendo por el pasillo.

—¡Mitch! —gritó con la voz rota—. ¡Mitch!

Él seguía tumbado en la cama, absorto en el teléfono.

—Kate, cariño, ¿qué pasa?

—¡Ven ahora mismo!

El tono lo obligó a incorporarse de inmediato.

—¡Te lo dije! —gritó desgarrada—. ¡Es un agente doble! ¡Rusia está planeando algo muy grande contra Estados Unidos!

Mitch se quedó inmóvil un segundo, como si necesitara reajustar la realidad de lo que acababa de escuchar. Luego caminó hacia el salón con la mirada perdida.

Se acercó a la pantalla, con escepticismo al principio. Sus ojos recorrieron el último documento que mostraba el televisor, deteniéndose en ciertos puntos, buscando una interpretación alternativa que no encontraba.

El silencio se alargó.

—No puede ser…

Tragó saliva.

Tardó varios segundos en reaccionar. Al fin, tras respirar profundamente, se giró hacia su mujer.

—Kate…, cálmate. No sabemos si esto es real. Podría ser… un montaje.

—¿Montaje? —Su voz se quebró en un grito desesperado—. ¿Crees que se puede falsificar eso? —Señaló la pantalla, incapaz de contener el temblor en sus manos—. Tienes que llamar a Harrington —insistió, avanzando hacia él paso a paso—. Ahora, Mitch. La CIA debe saberlo.

Él retrocedió un instante, como si sus palabras fueran un golpe, y negó lentamente.

—No puedo…

—¿Cómo que no puedes? —gritó.

—No puedo… —repitió, con los ojos perdidos—. Si esto sale…

Se pasó la mano por la cara.

—Será el fin. Fui yo… Fui yo quien decidió no extraditarlo. Fui yo quien anunció su captación en televisión. Todo esto… será el fin de mi carrera…

—¿Tu carrera? —repitió ella, incrédula—. ¿De verdad estás pensando en tu carrera? ¡Esto no va de ti, Mitch! ¡Va de seguridad nacional! ¡Va de traición!

Él alzó la voz, arrinconado por su propia cobardía.

—¡No!

La cara de Kate cambió. Algo se quebró. Lo miró con una mezcla de horror y desprecio que él no supo descifrar.

—Ocultar esta información te convierte en cómplice —dijo, con una calma inesperada que helaba la sangre—. A los dos. Y en Estados Unidos, Mitch, eso se llama alta traición.

Hizo una pausa.

—¿Sabes lo que conlleva eso?

Él no respondió.

Fue entonces cuando Kate lo entendió, con una claridad devastadora. El hombre que tenía delante ya no era su marido. Ni siquiera era un político. Era un adicto al poder, capaz de arrastrar a su país al abismo con tal de no perderlo.

35

Sede de la CIA
Langley, Virginia

La unidad que yo iba a dirigir ya se había constituido. Estaba formada por veinticinco personas entre analistas, ingenieros aeronáuticos, criptógrafos, especialistas OSINT en tráfico marítimo, buceadores de la CIA y oficiales de la Marina. Todos ellos habían sido convocados a primera hora de la mañana en el Área E, el Área de Entrenamientos.

Se trataba de una planta subterránea ubicada en las profundidades del complejo de la CIA. El Área E servía para simular operaciones especiales. Su cometido era entrenar a los agentes antes de ser enviados a sus destinos, pulirlos en un entorno controlado.

Según decían los veteranos, era un gigantesco estudio cinematográfico capaz de transformarse con precisión milimétrica en escenarios de cualquier punto del planeta. Las semanas previas a la invasión de Irak, el Área E había sido ambientada como un auténtico bazar de Bagdad para entrenar a los agentes que iban a ser destinados a la capital iraquí. De la noche a la mañana, la planta subterránea de Langley se había convertido en un mercado caótico,

surcado por calles estrechas envueltas en polvaredas de arena. Una infinidad de puestos improvisados ofrecía mercancías y especias; por todas partes colgaban telas de colores que se hinchaban y se contraían al compás del aire expulsado por ventiladores ocultos. Hasta el ruido y el olor habían sido reconstruidos con una fidelidad extraordinaria. La CIA había perfumado el ambiente con una mezcla densa de especias exóticas, incienso y té, mientras altavoces disimulados entre las estructuras recreaban el coro desordenado de comerciantes que vociferaban sus ofertas, el rugido de motocicletas que atravesaban los callejones y, de fondo, el *adhan,* la llamada a la oración que se entonaba, una y otra vez, desde una mezquita que no existía.

Durante semanas, los espías habían aprendido allí a moverse entre las callejuelas bagdadíes, leer los matices de una cultura que desconocían, convivir con el caos y utilizarlo en su beneficio. Les habían enseñado a desaparecer detrás de una cortina de tela, cruzar sin ser vistos un edificio en ruinas o salir vivos de un tumulto.

Cuando el ascensor anunció la llegada al nivel del Área E y se abrieron las puertas, me quedé un segundo en el umbral, dejando que mis ojos recorrieran el espacio. El recinto era enorme, de al menos el tamaño de dos estadios de fútbol, una planicie subterránea domada por la ingeniería y el presupuesto sin límite de la agencia. Resultaba difícil aceptar que toda aquella estructura se encontraba bajo un anodino edificio de oficinas en Virginia.

En aquel instante pude ver con mis propios ojos la dimensión real del poder de la organización para la que, oficialmente, estaba trabajando. En medio del complejo subterráneo, ocupando el centro, se extendía una piscina de cristal de dimensiones absurdas. El agua,

quieta y oscura, dejaba adivinar una profundidad cercana a los diez metros. Durante un rato me pregunté cómo habrían logrado instalar aquel monstruo de hormigón y vidrio sin que nadie, fuera de aquel mundo, se hubiera dado cuenta.

Alrededor de la piscina me esperaba mi unidad. Veinticinco hombres y mujeres dispuestos en semicírculo, todos con la misma mezcla de tensión y curiosidad en los hombros, aguardando a que yo abriera la boca. Un paso por detrás, en un segundo plano, casi en la penumbra, el director de la CIA y la directora de Operaciones Encubiertas me observaban en silencio.

Respiré hondo y dejé que resurgiera el producto del FSB en el que me habían convertido durante aquel año de instrucción. El Luka que titubeaba y dudaba quedó encapsulado en algún lugar remoto. En su lugar apareció la mejor versión del impostor que había conseguido engañar a la agencia de inteligencia más poderosa del mundo.

—Buenos días a todos —dije, con un tono firme que resonó en la nave—. Voy a prescindir de presentaciones y agradecimientos. La magnitud del cometido que tenemos por delante aconseja ir al grano.

Un par de cabezas se alzaron de forma casi imperceptible.

—Rusia lleva años preparando una operación destinada a golpear la costa este de este país —continué—. Cuanto antes lo asumamos, mejor podremos responder.

Comencé a caminar hacia el centro del Área E y me detuve junto al borde de la piscina acristalada. El eco de mis pasos se apagó a mi alrededor.

—Voy a hablaros de la operación Cumbre Vieja —dije—. De cómo un talud submarino de una pequeña isla situada en España puede

acabar provocando un tsunami sobre nuestras ciudades.

A continuación, expuse la arquitectura completa del plan: la red de estaciones submarinas, la fecha prevista de activación y las implicaciones tectónicas. Mientras hablaba, veía cómo los rostros de los miembros de la unidad se tensaban poco a poco, como si cada nueva pieza encajara en un rompecabezas cuya magnitud nunca hubieran imaginado.

Del lateral del Área E, por una de las puertas metálicas, aparecieron dos ingenieros empujando un carro.

—Ayer di instrucciones precisas al equipo de modelaje para que fabricara una réplica a escala funcional —expliqué—. Lo que veis aquí reproduce la arquitectura de las estaciones desplegadas en el talud de La Palma.

Los ingenieros se detuvieron junto a mí.

El dispositivo tenía el tamaño de una caja de zapatos, con una carcasa metálica oscura, placas de refuerzo lateral y varias aberturas selladas por válvulas.

—Esta réplica es una estación de activación e inyección profunda —dije, apoyando la mano sobre ella—. En su interior, en la versión real, hay un conjunto de depósitos presurizados y un núcleo técnico que regula la liberación de reactivos hacia el sustrato volcánico.

Hice una pausa.

—Dispone de un sistema de escucha acústica permanente. Solo despierta del todo cuando recibe el patrón de pulsos adecuado.

Noté cómo varios miembros de la unidad contenían el aliento.

—Nuestro cometido es localizar las estaciones reales y retirarlas antes de que Rusia las active —añadí.

Uno de los ingenieros aeronáuticos dio un paso al frente, sin apartar la vista de la estación.

—¿Cómo llegaste a conocer esa configuración? —preguntó—. ¿Todo esto procede de la inteligencia naval rusa?

La pregunta era una oportunidad para reforzar mi papel.

—Mi primer cometido en inteligencia naval, tras terminar la misma carrera que estudiaste tú, fue precisamente ese: coordinar operaciones encubiertas de la marina rusa en el Atlántico —mentí—. Buena parte de la documentación técnica de la operación Cumbre Vieja pasó por mis manos.

Uno de los buceadores, corpulento y rapado, me preguntó:

—Si el objetivo es intervenir las estaciones, necesitaremos descender hasta ellas —dijo—. ¿A qué profundidad están ancladas?

Durante un segundo, al mirarlo, vi superpuesto el rostro de Archie con el neopreno medio bajado, riéndose en la orilla de Malibú y con la tabla plantada en la arena como un estandarte. Sentí un pinchazo inesperado en el estómago, una nostalgia breve que no podía permitirme.

—Están concentradas en el talud submarino del flanco occidental del Cumbre Vieja —contesté, volviendo al presente—. Entre los cien y los mil doscientos metros. No hablamos de océano abierto, sino de una ladera volcánica inestable que desciende bruscamente bajo el mar.

El buceador asintió.

—Descenderemos con botella en un entorno geológicamente activo, con pendientes pronunciadas, hasta cotas de ciento cincuenta metros. A partir de ahí, trabajaremos únicamente con vehículos operados remotamente y sumergibles.

Tomé la réplica de la estación.

—Quiero que visualicéis lo que significa trabajar con estas estaciones —proseguí.

Pesaba más de lo que aparentaba. Subí despacio la escalera metálica instalada junto a la piscina acristalada y me detuve en la plataforma, con el agua extendiéndose por debajo de mí.

—Esta unidad, en un escenario real, tardaría entre uno y dos días en descender, en función de su punto exacto de anclaje —expliqué mientras me inclinaba—. La densidad del dispositivo y la resistencia del agua determinan la velocidad, pero el resultado final es siempre el mismo: termina anclada sobre el lecho marino, pasando desapercibida para cualquier radar.

Dejé caer la réplica en la superficie del agua. El impacto provocó un pequeño chapoteo contenido; la estación empezó a hundirse, recortada contra el cristal, hasta perder progresivamente nitidez a medida que avanzaba hacia el fondo. Todos siguieron la trayectoria con la mirada. Nadie hablaba. En el momento en que la unidad tocó la base de la piscina, unas patas articuladas emergieron de su interior, se desplegaron con un movimiento fluido y se clavaron en la estructura de soporte.

—Lo que estáis viendo es el sistema de anclaje —dije—. Las estaciones se fijan al fondo para mantener su estabilidad y evitar desplazamientos provocados por las corrientes o por pequeños seísmos. Una vez adheridas, son capaces de permanecer años en silencio, registrando el entorno y esperando la señal.

En la fila trasera, otra de las ingenieras levantó la mano.

—Si la activación se produce con ondas acústicas de baja frecuencia —dijo—, ¿cómo evitamos que otras señales naturales,

como los sonidos de grandes cetáceos o las explosiones geológicas, disparen un falso positivo?

Agradecí en silencio aquella duda. Una leve sonrisa se asomó por la comisura de mis labios mientras recordaba *Star Trek IV* y, una vez más, mi proyecto final de carrera.

—Buena cuestión —asentí—. La clave está en el patrón. No basta con cualquier vibración. El sistema discrimina por intensidad, por duración y por la secuencia exacta de los pulsos. Tres emisiones de treinta segundos separadas por intervalos muy concretos. En la naturaleza es casi imposible que se repliquen estructuras tan regulares.

La ingeniera anotó algo en su libreta.

—Lo importante, para vosotros —continué—, es entender que Estados Unidos se enfrenta a una amenaza que no depende de un misil o de un ciberataque, sino de la manipulación deliberada del océano y de la corteza terrestre. La costa este no puede evacuar a decenas de millones de personas en cuestión de horas. Si el flanco del volcán cede de golpe, el margen será muy reducido. La catástrofe estará asegurada.

Deslicé la mirada hacia la penumbra donde se encontraban el director y Megan. El rostro de él reflejaba tensión, atento a cada palabra. No necesitaba hacer muchos esfuerzos para imaginarme el torbellino de imágenes que debía de estar cruzándole la mente: ciudades anegadas, puertos destruidos, infraestructuras críticas bajo el agua…

—La única manera de evitarlo es adelantarnos —añadí—. Localizar las estaciones y neutralizarlas antes de que desencadenen el colapso que active el volcán.

Hice una breve pausa. Noté el peso del silencio posarse sobre el grupo.

—En los próximos días —dije— trabajaremos juntos para convertir toda esta información teórica en protocolos claros. Simularemos fases de localización, de aproximación y de intervención. Y cuando estemos listos, zarparemos en un submarino de la Armada en busca de esas estaciones. Sois la esperanza de este país para frenar la operación Cumbre Vieja.

La sesión se prolongó más de una hora. Fui desgranando uno a uno los elementos clave: la disposición aproximada de las estaciones a lo largo del talud submarino canario, las posibles rutas que seguiríamos a bordo del submarino, los medios de detección que teníamos a nuestro alcance…

Cerré la sesión con unas palabras medidamente solemnes. Les recordé que el destino de millones de personas descansaba, en parte, en las decisiones que tomáramos allí, bajo toneladas de hormigón. Que la operación no admitía errores ni filtraciones. Y que, a partir de ese momento, todo lo que escucharan y vieran en el Área E quedaba sepultado bajo el más estricto secreto.

La unidad se fue disolviendo poco a poco, entre conversaciones en voz baja y miradas que oscilaban entre el miedo y la excitación profesional. Los veinticinco sabían que acababan de ser seleccionados para una de las operaciones más importantes de la historia de la CIA.

Al finalizar, Michael y Megan se acercaron a mí. El director me ofreció la mano con un gesto enérgico.

—Bien, Luka —dijo—. Lo has hecho muy bien. Creo que la unidad va a adaptarse rápido a tu manera de trabajar. El presidente ha sido

informado y ha establecido como prioridad absoluta la neutralización de la red de estaciones. Quiere resultados cuanto antes.

—Gracias —respondí, mirando al director—. La fase de formación no se alargará. En cuanto la unidad esté preparada, activaremos la operación.

Dudé un instante antes de continuar, pero al final lo hice.

—Solo una consideración… —añadí—. El número de buceadores asignados quizá sea insuficiente para un despliegue de esta magnitud. Si lo estimáis oportuno, podríamos incorporar algún efectivo más.

Harrington y Foster intercambiaron una mirada rápida.

—He pensado que quizá… Archie Corrigan…, pese a no estar integrado en la agencia, sería un activo muy valioso. Es uno de los mejores buceadores del mundo.

Ninguno de los dos respondió. Abandonaron el Área E dejándome allí, con la sensación de haber bajado la guardia sin querer, exponiendo una debilidad que no podía permitirme.

36

Explanada del Kennedy Center
Washington D. C.

El cielo sobre el Potomac parecía una bóveda en tensión, sostenida por el zumbido de centenares de drones que se elevaban con una precisión militar. Era la noche del 16 de abril y Washington celebraba el Emancipation Day; el día en que la esclavitud quedó abolida en el Distrito de Columbia.

Miles de personas se agolpaban en los muelles y jardines del Kennedy Center mientras la música marcaba el tempo de aquella coreografía luminosa en el cielo. En la grada presidencial, instalada sobre la terraza este, las autoridades seguían el espectáculo con la solemnidad que exigía el acto. Habían acudido la alcaldesa, varios congresistas y un contingente de diplomáticos que observaban el cielo con asombro.

Mitch Callahan ocupaba uno de los asientos centrales, separado de Ben Nely por todo el ancho de la grada. Aplaudía cuando tocaba, asentía cuando los demás lo hacían, incluso esbozaba una sonrisa medida…, pero su atención no estaba del todo allí.

La música cambió de registro y adoptó una cadencia más solemne. Los drones se desplazaron hacia nuevas posiciones,

formando columnas ascendentes que se abrían y cerraban al ritmo de la coreografía que trazaban en el cielo. El público contuvo la respiración cuando las luces comenzaron a reorganizarse con un propósito evidente: las barras blancas y rojas emergieron primero, seguidas por una formación de puntos azules que se expandieron hasta adquirir la forma completa de la bandera estadounidense. Suspendida sobre el río con una nitidez casi irreal, la enseña tricolor rompió el silencio en un aplauso colectivo que se extendió por toda la explanada, rebotando contra las paredes del Kennedy Center.

Mitch aplaudió también, aunque un poco tarde. Apenas unos segundos antes, había desviado la mirada hacia la mesa técnica, como si buscara confirmar algo que aún no había ocurrido.

El aplauso no se apagó de inmediato. Se sostuvo unos segundos más, como si nadie quisiera ser el primero en romper ese instante perfecto. En la mesa técnica, sin embargo, una pantalla parpadeó con una leve interferencia que pasó desapercibida para el público. Excepto para Mitch.

Uno de los operadores frunció el ceño, inclinándose hacia delante. Durante una fracción de segundo, creyó haber visto un desfase mínimo en los puntos luminosos de la formación.

La bandera se mantuvo estable. O eso parecía. Si se miraba con detenimiento, uno de los puntos en el extremo inferior derecho de la bandera no terminaba de fijar su posición. Oscilaba apenas unos milímetros, como si dudara. Como si no obedeciera del todo.

Mitch dejó de aplaudir. Sus manos quedaron suspendidas un instante, sin llegar a juntarse. Contuvo la respiración.

Entonces ocurrió.

Uno de los drones, situado en la esquina inferior derecha de la bandera, se apagó de golpe. La luz roja se extinguió, dejando un hueco oscuro en la última franja como un punto ausente que rompía la simetría de la enseña. El público no lo advirtió, pero varios técnicos intercambiaron miradas inquietas a pocos metros de distancia de la grada presidencial.

Mitch no apartó la vista del cielo. Se concentró para ello.

El dron, ya a oscuras, retrocedió un par de centímetros, giró sobre su propio eje y descendió unos metros más. La música continuó, ajena al pequeño desajuste, mientras el murmullo en la grada empezaba a elevarse.

Un técnico se incorporó con brusquedad y tomó el *walkie* de su cinturón.

—No responde —dijo, sin ocultar la alarma en su voz.

El dron giró de nuevo y, de pronto, aceleró sin aviso. Descendió en línea recta, casi invisible, a una velocidad que nadie alcanzó a interpretar como una amenaza hasta que ya fue demasiado tarde.

Mitch no se movió.

El gesto de Ben Nely apenas cambió, solo mostró una mueca de desconcierto sin tiempo para convertirse en miedo. El dron le alcanzó de lleno en la cabeza: las aspas, girando a miles de revoluciones, le abrieron un tajo limpio y brutal antes de estrellarse contra su cráneo.

Nely se desplomó al instante; su cuerpo inerte cayó de lado mientras la sangre brotaba con fuerza. Casi al mismo tiempo, el aparato rebotó contra los escalones laterales, reducido a un amasijo de plástico y circuitos chamuscados.

Fue entonces cuando Mitch reaccionó. Giró el cuerpo, alzó las manos y retrocedió medio paso. La grada presidencial estalló en un caos inmediato: sillas volcadas, gritos de alerta, escoltas abalanzándose sobre las autoridades y evacuaciones improvisadas. Los agentes del servicio secreto rodearon el cuerpo de Nely en segundos, estableciendo un perímetro de protección. A su alrededor, la sangre comenzaba a extenderse entre las grietas del mármol.

Un agente agarró a Mitch del brazo y tiró de él hacia atrás. El corazón le latía con fuerza, pero su respiración se mantenía sorprendentemente estable.

La multitud, desde abajo, observaba sin comprender por qué los altavoces pedían evacuar los jardines de forma inmediata.

Dos minutos después, el asesor de Seguridad Nacional estaba oficialmente muerto. Su destino, sin embargo, se había sellado el día anterior.

Apenas veinticuatro horas antes, la casa de Mitch Callahan había dejado de parecer un hogar. El salón seguía tomado por los restos de la noche anterior: papeles abiertos sin orden, varias tazas de café frío y una botella de whisky casi vacía.

Mitch caminaba de un lado a otro, incapaz de detenerse, como si quedarse quieto implicara pensar. Kate no se marchó sin más. Le sostuvo la mirada cuando él se lo dijo, sin parpadear. Cuando comprendió que Mitch estaba decidido a ocultar a la CIA lo que habían descubierto sobre Ivanov, algo se cerró de golpe en ella. No alzó la voz ni insistió. Se limitó a asumirlo. A entender que el hombre

del que se había enamorado ya se había ido. Recogió lo imprescindible y se fue sin mirar atrás.

Desde entonces, la casa había empezado a deteriorarse al mismo ritmo que él.

Apartó de un manotazo un montón de documentos, sin llegar siquiera a mirarlos. No tenía fuerzas para ordenar nada. En ese momento, uno de los agentes de su equipo de seguridad apareció en el umbral del salón.

—Señor, Travis insiste en verle.

Mitch tardó unos segundos en reaccionar, hasta que asintió.

El asesor entró al salón con el rostro descompuesto.

—Tenemos un problema con Ben —dijo sin rodeos—. Está muy asustado.

Mitch lo miró fijamente.

—¿Asustado por qué?

—Porque sabe que esto va a escalar. El presidente ha dado instrucciones para que se investigue la filtración del Consejo de Seguridad Nacional. NSA, Fiscalía, inteligencia…, todos están mirando en la misma dirección.

Mitch frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Ben cree que van a llegar hasta él —continuó Travis—. Y no va a aguantar la presión.

El silencio se volvió denso.

—¿Qué quieres decir?

—Mañana va a hablar. Quiere adelantarse. Contarlo todo antes de que lo sienten delante de un fiscal.

Mitch levantó la cabeza de golpe, como si hubiese recibido una descarga eléctrica, y golpeó con la palma abierta el borde de la

mesa, haciendo tambalear la botella de whisky.

—Puto cobarde…

Travis no dijo nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha buscado un abogado esta mañana. Le ha estado preguntando por los acuerdos de colaboración con la Fiscalía Federal. No le ha contado de qué va el asunto, pero le ha dicho que mañana quiere presentarse en la oficina del fiscal.

Mitch cerró los ojos un instante. No fue miedo lo que sintió; fue una certeza nítida, un golpe seco en el pecho que le dejó claro hacia dónde se dirigía todo. Visualizó la secuencia completa: Ben sentándose frente al fiscal, desmoronándose. Admitiéndolo todo, incluso el pacto para convertirlo en su vicepresidente.

Y después… tendrían el camino despejado para ir a por él.

—¿Alguien más sabe esto? —preguntó.

—No.

Lo comprendió entonces con una lucidez que no admitía discusión: no podía permitirse que Ben hablara. Ya no quedaba margen para la prudencia ni para los escrúpulos.

—Vete —ordenó.

—Señor…

—He dicho que te vayas.

Cuando la puerta se cerró, Mitch tomó el móvil, buscó el contacto oculto entre los números no etiquetados y marcó antes de que pudiera medir las consecuencias.

—Grant, soy Callahan.

Una pausa.

—Escucho.

—Necesito eliminar un problema. Hoy.

—Define «problema».

—Ben Nely.

Durante varios segundos solo hubo silencio.

—¿Desaparición o accidente?

Mitch respiró hondo.

—Accidente.

—De acuerdo.

La llamada terminó sin despedidas.

Grant Mercer era uno de los contratistas de defensa más voraces del país, un empresario cuya compañía se alimentaba de contratos millonarios con diversas agencias federales. Había invertido una suma considerable en la campaña de Mitch. Veía en él al candidato perfecto para sus intereses: alguien dispuesto a tensar el tablero internacional y a plantar cara a enemigos externos. Con una presidencia de Callahan, la guerra y los contratos se multiplicarían. La apuesta era tan elevada que Mercer estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por él, incluida aquella.

Mitch volvió a dejarse caer en el sofá, exhausto, con la sensación de estar rodeado de incendios que no dejaban de multiplicarse. Sabía que tendría que apagarlos uno a uno, con la frialdad de quien ya no puede permitirse el lujo de dudar.

El único que no podía arder era él.

No quedaba otra dirección posible que seguir corriendo hacia delante. O la presidencia, con la inmunidad que lo protegería de todo, o la cárcel.

Mitch entró en casa. Cerró la puerta y se quedó un segundo apoyado en ella, como si necesitara asegurarse de que nada había cruzado con él al otro lado. Estaba exhausto. Llevaba horas sosteniendo una máscara que ahora empezaba a resquebrajarse.

Cruzó el salón sin quitarse el abrigo. Aún le zumbaban los oídos, como si el ruido de los gritos siguiera atrapado dentro. Buscó a tientas el mando de la televisión y la encendió para llenar el silencio que lo asfixiaba. La imagen apareció de golpe: la terraza del Kennedy Center abarrotada de luces policiales, cinta amarilla delimitando la escena, técnicos recogiendo restos humeantes del dron, y un cuerpo cubierto sobre el mármol.

Leyó el rótulo:

«Muere el asesor de Seguridad Nacional Ben Nely en un incidente durante el espectáculo con drones».

La presentadora hablaba de un «fallo técnico todavía sin explicar» y de que el servicio secreto investigaba las causas. Mitch escuchó solo la mitad de lo que decía, con la mirada clavada en la sábana que cubría el cuerpo, sorprendido por la rapidez y precisión con la que Grant había ejecutado el encargo. Nunca imaginó que fuera posible idear un asesinato así: tan limpio, tan difícil de cuestionar.

La empresa de defensa de Grant Mercer había sido contratada por el gobierno del Distrito de Columbia para diseñar y operar el espectáculo de drones. Tenía acceso directo al *software* que controlaba el enjambre: rutas, coordenadas sincronizadas y una consola central desde la que se ajustaban los patrones de vuelo.

Mercer no había tenido que mancharse las manos; recurrió a un *hacker* externo, experto en colarse en sistemas civiles sin dejar rastro, que aprovechó una puerta trasera del servidor para modificar

la matriz de vuelo. No alteró el conjunto del espectáculo, solo la trayectoria de un único dron, al que asignó una trayectoria de descenso vinculada a las coordenadas exactas del asiento que iba a ocupar Ben Nely en la grada presidencial.

Mitch se levantó del sofá con un movimiento brusco y avanzó por el pasillo. El zumbido de los gritos seguía retumbando en sus oídos. Entró en el baño y encendió la luz. El resplandor amarillento le devolvió un rostro que apenas reconoció: ojeras profundas, la barba sucia de varios días, la piel tensa por la falta de sueño… Abrió el grifo y se arrojó agua fría a la cara, buscando un destello de lucidez en medio del torbellino que lo arrastraba. No podía permitirse ese aspecto. No ahora, no con la campaña entrando en su tramo final y las cámaras esperando cada gesto suyo.

Cogió la cuchilla y comenzó a afeitarse, primero con movimientos rápidos, casi automáticos. Pero en un momento, al deslizar la cuchilla por la mejilla, apretó más de lo necesario. Mucho más.

Fue un gesto voluntario. La hoja abrió una línea fina, limpia, de la que brotó un hilo de sangre que descendió con lentitud. Mitch lo siguió con la mirada mientras avanzaba hacia la comisura de la boca y respiró hondo, como si ese ardor fuera lo único auténtico que había sentido en los últimos días.

Cuando levantó la vista, con la sangre resbalándole aún por la mejilla, algo en el reflejo del espejo lo detuvo en seco. A través de la puerta del baño entreabierta, vio la pared del dormitorio. Allí, justo encima de la cómoda, colgaba una fotografía de Kate. El brillo del cristal destacaba de forma casi obscena junto a la línea roja que descendía por su rostro.

En la foto, Kate lucía impecable, posando durante la gala anual que el Capitolio organizaba para distinguir a los periodistas parlamentarios más destacados. Pero Mitch no sintió nada. Ni dolor, ni nostalgia, ni culpa. Solo la certeza fría de que la necesitaba. No a ella como esposa, sino a lo que representaba.

La campaña llegaba a su fin, y un candidato a presidente no podía permitirse aparecer solo, sin una esposa que completara el cuadro perfecto que el país esperaba ver.

37

Sede de la CIA
Langley, Virginia

Estábamos reunidos en una sala de análisis táctico, en la tercera planta, presidida por una enorme pantalla con la cartografía batimétrica del Atlántico. Sobre el mapa se desplegaban capas superpuestas de relieve, corrientes y las zonas donde íbamos a operar.

Llevábamos una semana de instrucción y el ritmo se había endurecido: repasábamos rutas, ajustábamos los tiempos de aproximación del submarino y revisábamos las señales que debíamos identificar durante el barrido.

Los veinticinco integrantes de la unidad estaban repartidos alrededor de la mesa ovalada. Los analistas tomaban notas en silencio, los ingenieros aeronáuticos comprobaban datos de profundidad y los buceadores concienzudamente revisaban los protocolos de extracción, atentos a cada detalle que pudiera condicionar una inmersión real.

—Bien —dije, avanzando hacia la pantalla—, continuemos con la planificación del despliegue.

Activé la siguiente diapositiva. El mapa hizo *zoom* sobre el entorno del archipiélago canario. A su alrededor aparecieron líneas de colores que marcaban las posibles rutas del submarino.

—La fase de localización se centrará en este sector —continué—. No tenemos la ubicación exacta de las estaciones, solo sectores probables. Cuando zarpemos, cubriremos esas zonas buscando cualquier estructura que no pertenezca al relieve natural.

Los oficiales de la Marina asintieron, tomando nota.

—Hasta los ciento cincuenta metros de profundidad intervendrá el equipo de buceadores —continué—. En cuanto una estación sea localizada, se desplegará la unidad de extracción. Se trabajará con sistemas de iluminación propios, asegurando primero la estabilidad de la estación y desactivando su sistema de anclaje antes de proceder a la retirada.

Uno de los ingenieros levantó la mano.

—Para profundidades en las que intervengamos mediante vehículos operados remotamente, la inestabilidad del talud puede complicar la maniobrabilidad del ROV…

Me acerqué a la pantalla y amplié una zona concreta del relieve.

—Así es. Aquí, por ejemplo. —Señalé—. Estas pendientes son más pronunciadas de lo que aparentan en la cartografía. Habrá que confirmar muy bien los vectores de posicionamiento antes de desplegar los ROV…

La instrucción seguía su curso con precisión casi quirúrgica. Y, aun así, la presión no dejaba de crecer dentro de mí.

Todo era una farsa. La operación Cumbre Vieja no era más que una construcción bien diseñada. Ni existían las estaciones ni había ningún plan para provocar el colapso de un volcán en España. Solo

era un relato lo bastante sólido para que la CIA me abriera sus puertas.

Mi verdadero objetivo no tenía nada que ver con La Palma. Era el H_2O. Todo lo demás solo era el contexto necesario para acercarme a él.

El plan contemplaba dos únicas vías.

La primera, la más limpia, dependía de que la CIA me concediera el acceso de nivel máximo a los servidores clasificados de la tercera planta, donde se almacenaban los archivos de inteligencia naval. Ese sector estaba aislado del resto del edificio mediante un doble blindaje físico, un sistema de registro biométrico y una capa adicional de autenticación criptográfica que solo el director de la agencia podía autorizar. Si conseguía entrar, todo se reduciría a unos pocos minutos: localizar el archivo, capturarlo con una foto y salir sin dejar rastro.

El segundo escenario era mucho más arriesgado.

Si la instrucción avanzaba sin que me concedieran ese acceso, tendría que llevar a toda la unidad hasta el siguiente nivel: el despliegue real. Eso implicaba embarcar en un submarino de la Armada para ejecutar una operación que, en el fondo, no existía.

Todas las naves de la flota nuclear llevaban una copia del H_2O en sus sistemas internos. Sería una operación quirúrgica: aprovechar un descuido del capitán o del oficial de navegación, violar la consola de seguridad y copiar el archivo sin dejar rastro.

Mi intención era alargar la instrucción lo suficiente para forzar el acceso a los servidores sin llegar a la fase del submarino. Mantener la operación en un punto intermedio, sin avanzar ni retroceder, hasta que no tuvieran más opción que confiar en mí.

Pero el tiempo no estaba de mi lado.

El 4 de julio se acercaba. La presión política aumentaba. Y cuando la Casa Blanca necesitara resultados, dejarían de escuchar y empezarían a exigir.

Al final de la sesión, pedí que proyectaran la capa de corrientes de fondo y añadí:

—Para completar la ruta definitiva necesitaré consultar las cartografías más recientes. Las que tenemos no reflejan con precisión los cambios recientes en el talud.

En ese instante, la puerta se abrió.

Megan Foster y Michael Harrington entraron en la sala y la unidad se puso en pie de inmediato.

—Buenos días —saludó el director—. Ivanov, ¿podemos hablar un momento?

No había brusquedad en sus palabras, pero sí una tensión que me obligó a enderezar la espalda.

—Por supuesto —respondí.

Antes de marcharme, repetí a propósito mi última frase. Solo para comprobar si alguno de los dos se daba por aludido:

—Como os comentaba, con las cartografías actualizadas podríamos reducir el margen de error del barrido. Si lográramos acceder a los servidores…

Ninguno de los dos reaccionó. Cada vez que les solicitaba acceso, dejaban mis palabras flotando en el aire.

—Vamos —dijo el director, invitándome a salir.

El pasillo exterior estaba en silencio. Megan avanzaba unos pasos por delante, con las manos entrelazadas a la espalda, sin volverse. Harrington caminaba a mi lado, acompasando sus pasos, sin decir nada.

Intenté mantener un semblante neutro, aunque mi mente había empezado a acelerarse.

¿Me habían descubierto?

¿Había cometido algún error?

¿Había sido demasiado insistente pidiendo el acceso a los servidores?

Entramos los tres en el ascensor. El espacio se cerró a mi alrededor con un leve golpe metálico. Sentí una gota de sudor descender por mi espalda.

Megan mantenía la mirada al frente, inexpresiva. Harrington, en cambio, parecía absorto en algún cálculo interno, con los ojos fijos en el panel, como si yo no estuviera allí.

Cuando se abrieron las puertas, Megan salió primero. Tomó el pasillo de la izquierda, el que conducía a su despacho.

Se detuvieron frente a la entrada. Megan pasó su tarjeta por el lector, la luz parpadeó en verde y la cerradura emitió un clic, pero no empujó la puerta.

—Entra —dijo.

No me miró.

Sentí un golpe seco en el pecho. Durante un instante, la imaginación me llevó directo a lo peor: agentes del FBI alineados al otro lado de la puerta, las esposas preparadas y una celda de alta seguridad esperándome.

Tragué saliva.

Empujé la puerta lentamente y contuve la respiración.

—¡Luka!

La voz me alcanzó antes de verlo.

Una voz viva, llena de un entusiasmo que desentonaba con la gravedad de aquel lugar.

Cuando levanté la mirada, lo vi. Archie.

Durante un segundo pensé que se trataba de un error. Algo fuera de sitio que mi cabeza había construido para aguantar la presión.

Pero no. Estaba allí. De pie, en medio del despacho, con una camiseta de tirantes y unas sandalias que desafiaban todos los códigos de vestimenta de la agencia. Como si no hubiera nada en el mundo capaz de domesticarlo.

No me dio tiempo a procesarlo. Se acercó sin dudar, sin pedir permiso, y me abrazó. Entonces todo se detuvo. No solo fue el contacto, el olor de su piel o su respiración cercana. Fue la certeza física de que no era un recuerdo. Estaba allí, conmigo.

—¿Qué… qué haces aquí? —pregunté con la voz quebrada, incapaz de sostener la distancia que exigía aquel sitio.

Archie sonrió, con esa sonrisa tan suya, despreocupada, casi insolente.

—Nada —respondió—. Me han dicho que andabas buscando al mejor buceador del mundo… y he pensado que no podía dejarte tirado.

Negué con la cabeza, incapaz todavía de creérmelo.

—No puede ser…

Él se rio.

—¿Tú aquí? ¿En la CIA?

—La verdad es que yo tampoco lo entiendo. Supongo que todos tenemos derecho a cometer errores. Este es el mío.

Yo me reí también, incapaz de reprimir una felicidad que me desbordaba y que me hacía parecer un niño delante de él.

—Así que aquí estoy —continuó—. Desde hoy, oficialmente, formo parte de tu unidad.

Estaba feliz. Me olvidé por completo de operaciones reales y simuladas. Me sentía completo, con esa plenitud que solo aparece cuando algo que dabas por perdido regresa a tu vida. Solo un leve movimiento detrás de mí me devolvió al lugar en el que estaba.

Foster y Harrington seguían en la puerta. Y fue la mirada de ella, en particular, la que cayó sobre nosotros como un jarro de agua fría. No había sorpresa ni curiosidad en su gesto, solo una oscuridad tensa, claramente hostil.

38

Dupont Circle, Washington D. C.

El tiempo, para Kate, había perdido toda estructura reconocible. Las mañanas y las noches se mezclaban en una sucesión de horas interminable que la atrapaba de forma enfermiza. Había elegido un hotel discreto entre Dupont Circle y Rock Creek Parkway, un edificio anodino, dominado por un ambiente de tránsito permanente. Gente que llegaba y se iba, rostros que no se detenían lo suficiente como para reconocerla. Ese anonimato deliberado le ofrecía algo parecido a la seguridad, aunque lo que realmente la mantenía allí encerrada era el pánico a regresar a su vida de antes.

Las cortinas estaban siempre cerradas y el televisor desenchufado. Había cubierto incluso la pequeña luz roja del encendido con una tira de esparadrapo. Una sola imagen del exterior era suficiente para romper el frágil equilibrio que aún la mantenía en pie. Temía encontrarse de golpe con la sonrisa impecable de Mitch en algún telediario, hablando de la captación de Luka como si nada hubiera ocurrido. Le resultaba insoportable pensar que aquel hombre, al que había amado y admirado durante años, se hubiera convertido en un ser sin escrúpulos, en alguien capaz de arrastrar a su propio país hacia el abismo con tal de mantenerse en el poder.

Cuando no estaba en la cama, permanecía sentada en la butaca junto a la ventana, observando el exterior a través de una estrecha abertura entre las cortinas, con los brazos rodeando sus rodillas y la mirada perdida en el asfalto que descendía hacia el Potomac. Aquella quietud exterior contrastaba con la turbulencia desesperada que llevaba dentro. La ciudad seguía funcionando como si nada ocurriera, ajena a la operación rusa, ajena a que el presidente de la Cámara de Representantes pudiera estar incurriendo en alta traición al país que había jurado defender.

El teléfono vibraba sin tregua. Mensajes, llamadas, alertas de calendario…

«Necesitamos que vuelvas».

«Tu ausencia debilita la imagen de Mitch».

«No puede parecer que estáis en crisis».

Para el equipo de campaña, ella solo era una pieza rota que había dejado de cumplir su función. Se habían acumulado demasiados actos en los que el republicano había aparecido solo, y empezaba a inquietarles que la prensa comenzara a especular.

A media mañana entró en el baño. Su reflejo la golpeó: mejillas hundidas, ojeras casi moradas y el pelo quebradizo. Su piel tenía un tono pálido, como si hubiera perdido cualquier rastro de vida.

Se inclinó ligeramente hacia el espejo, acercando el rostro. Necesitaba comprobar que seguía siendo ella. Sus pupilas parecían más grandes de lo normal y oscurecían el azul de los iris hasta volverlo opaco. Parpadeó varias veces, pero nada cambió.

Los dedos no dejaban de temblarle. Inspiró hondo. El aire entró a medias y se quedó atrapado en su pecho. Lo intentó otra vez, más despacio, pero el resultado fue el mismo. Entonces, abrió el neceser

con manos torpes, buscó la caja de ansiolíticos y dejó que una pastilla se deslizara bajo la lengua, esperando que la calma artificial llegara antes de que el temblor terminara de adueñarse de ella.

Regresó al dormitorio, se envolvió en la bata y se recostó.

Apenas flotaba en un letargo frágil cuando un golpe seco retumbó en la puerta.

Se incorporó de inmediato, con el pulso acelerado.

Un segundo golpe llegó antes de que pudiera reaccionar. Y otro.

Kate tardó unos segundos en reunir fuerzas para ponerse en pie. Avanzó despacio, midiendo cada paso para que no se escuchara al otro lado de la puerta. Mantuvo la respiración mientras se acercaba, deslizándose sobre la alfombra con cautela. Cuando llegó al umbral, apoyó una mano en la madera para estabilizarse y se inclinó hacia la mirilla. Al otro lado, Travis la observaba fijamente, con los ojos tensos.

De pronto, otro golpe retumbó en la puerta. La vibración recorrió la madera y casi le golpeó el ojo pegado a la mirilla. Kate dio un respingo silencioso y se llevó una mano a la boca, presionándola con fuerza para que no emitiera ningún sonido.

—Kate… —la voz llegó apagada, pero firme—, sé que estás ahí. Ábreme.

Ella mantuvo la mano sobre los labios, conteniendo la respiración, con el corazón retumbándole tan fuerte que temió que él pudiera escucharlo desde el otro lado.

El golpe siguiente fue aún más contundente.

—Kate, abre la puerta —insistió—. Esto no puede seguir así.

Ella permaneció inmóvil, paralizada. Tenía miedo. No de Travis, sino de lo que representaba. Sabía de lo que eran capaces. Sabía

hasta dónde estaban dispuestos a llegar para proteger la imagen de Mitch.

—Ábreme —repitió él, esta vez más bajo, pero con un filo que le erizó la piel.

Kate cerró los ojos con fuerza. Hubo un silencio breve hasta que escuchó unos pasos alejarse por el pasillo.

Solo cuando pasaron varios segundos sin que regresara ningún sonido, reunió el valor suficiente para inclinarse de nuevo hacia la mirilla. El pasillo estaba vacío. Travis se había ido.

Trató de llegar a la cama, pero sus piernas cedieron un instante. Se apoyó en la mesilla y derribó un vaso de agua. El cristal rodó por la madera con un sonido que le pareció ensordecedor.

Buscó aire desesperada, sin conseguir estabilizarse. Se dejó caer sobre la colcha con el pulso desbocado, y entonces oyó algo que le heló la sangre: un clic metálico en la puerta. El pestillo cedió y Travis entró en la habitación con la tarjeta maestra del hotel en la mano.

La periodista se incorporó sobresaltada.

—Kate, por favor…

Ella retrocedió hacia la pared.

—Sal de aquí —susurró—. ¡Vete!

Travis cerró la puerta con calma y avanzó despacio hacia ella. No parecía enfadado. Parecía decidido. Y eso era peor.

—Tienes que tranquilizarte. Llevamos días intentando localizarte. No respondes al teléfono…

—¡Vete! —gritó, con la voz rota por el llanto.

—Mitch está preocupado…

—¡Mentira! —Kate retrocedió hasta chocar con la esquina de la cama. El miedo en su voz era tan real que Travis pareció titubear—.

¡Vete!

El asesor alzó las manos, tratando de no empeorar la situación.

—Kate, el coche está abajo. Solo tienes que venir conmigo. Vuelve a casa…

—¡Solo os importan las putas primarias! —Dio un salto hacia atrás, tomó el teléfono fijo del hotel y lo levantó como si fuera un arma improvisada—. Si no te vas ahora mismo, llamo a recepción y digo que me estás amenazando. ¡Vete!

Travis la miró unos segundos, calibrando la situación. Midiendo hasta dónde podía tensar sin romperla del todo. Pero algo en la expresión de Kate, la mezcla de pánico absoluto y desesperación que la dominaba, le hizo desistir.

—Estás cometiendo un grave error —dijo al fin, con voz tensa, cargada con una advertencia que no necesitó explicitar.

Travis cruzó la habitación hacia la puerta y salió sin decir nada más.

El silencio que quedó en la habitación amplificó su sensación de estar perdiendo el control. Caminó hacia el baño, arrastrando los pies. Abrió de nuevo el neceser y, con ansia, se llevó a la boca dos pastillas más. Necesitaba detener la caída, el vértigo que la dominaba. Apoyó ambas manos en el lavabo mientras esperaba que el efecto llegara. El reflejo del espejo se duplicó un instante. Cerró los ojos, presionándolos con fuerza. Necesitaba silencio. Necesitaba desaparecer.

El teléfono sonó. Su timbre agudo le golpeó los oídos con una violencia tan dolorosa que tuvo que llevarse una mano a la sien para contener el dolor.

—No… —murmuró, apretando la mano contra la cabeza.

Comenzó a caminar en círculos cortos, como un animal acorralado.

—Basta…, basta…, por favor… —dijo, fuera de sí.

Se apoyó en la pared para no caer. El teléfono seguía sonando, cada timbrazo le arañaba los oídos. Sintió que se estaba volviendo loca.

Sin pensar, únicamente para que aquel sonido dejara de martillearla, avanzó hacia la mesilla. Tomó el móvil con una mano temblorosa y deslizó el dedo para responder.

—¿Kate? —La voz llegó amortiguada, pero reconocible al instante.

El aire se le detuvo en la garganta.

—¡Kate! —repitió.

No podía responder.

—Soy Mariya —dijo, sin ocultar su inquietud—. ¿Estás bien?

La respiración de Kate volvió a agitarse.

—Sí —mintió, con un hilo de voz que apenas se sostenía.

—Llevo días llamándote. También te he escrito… —Se detuvo un instante—. Pensé que te había pasado algo.

Kate cerró los ojos. El miedo, el agotamiento…, todo amenazó con derrumbarse.

—Estoy… enferma —dijo con un temblor que no logró esconder—. No he tenido fuerzas…, no he salido de la cama.

Al otro lado se hizo un silencio breve.

—Kate… —la voz de Mariya cambió, se volvió más firme—, ¿has visto lo de la servilleta?

El estómago se le contrajo con un dolor físico.

—No… no he visto nada.

—Kate —insistió Mariya, despacio—. Tu marido está en todas las televisiones rusas anunciando que la CIA ha reclutado a Luka.

La mujer del republicano tragó saliva.

—¿Qué está pasando? —continuó—. ¿Por qué no me dijiste que era político?

Las palabras no le salían.

—Mariya…, no podemos hablar de esto por teléfono —susurró, al fin—. No es seguro.

La joven rusa exhaló despacio.

—No me dejes sola en esto, por favor

Kate apoyó la frente en la pared, conteniendo un sollozo. Las lágrimas, inevitables, acabaron cayendo.

—Dame… —tuvo que detenerse para coger aire—, dame un día.

—Un día —repitió Mariya, como si necesitara convencerse a sí misma.

La línea se cortó.

Kate permaneció inmóvil unos segundos, con la mirada perdida en un punto indefinido. El silencio regresó, pero ya no era alivio: era presión. Sabía que no podía seguir huyendo. La verdad que llevaba encima estaba quebrando cada pilar de su vida, y ya no había un solo rincón donde pudiera refugiarse.

39

McLean, Virginia

—Este es Archie Corrigan —anuncié—. Se incorpora desde este momento a la unidad, con funciones específicas de coordinación de la fase de extracción.

Su llegada no pasó inadvertida. Los buceadores lo miraban con una atención distinta, menos protocolaria. Archie tenía una forma de estar que no encajaba en nada de lo que uno espera encontrar en Langley.

—He visto un vídeo tuyo bajando sin tanque a más de cien metros —comentó con admiración el más joven—. Con lo difícil que es hacer eso sin destrozarte los pulmones.

Algunos ya habían buscado su nombre en internet. Se notaba en los murmullos contenidos, en los codazos mal disimulados. Para ellos, tener delante al que había sido el mejor buceador del mundo apenas unos años atrás tenía algo de privilegio inesperado.

Archie se apoyó en la pared, como si estuviera en un chiringuito de playa y no en la sede de la CIA.

—Difícil es madrugar —dijo, sonriendo.

El contraste era evidente. Ellos se habían formado en un entorno riguroso y disciplinado, lleno de simulacros y maniobras planificadas

al milímetro. Archie venía de otro mundo: del mar abierto, de corrientes imprevisibles, de un tipo de riesgo que no se experimenta en un aula de instrucción.

Me lanzó una mirada rápida, con un brillo de complicidad, y añadió:

—Y, por favor, no le digáis al jefe que soy tan bueno, o me hará trabajar demasiado.

Hubo varias risas.

Aparté la mirada. Archie me desajustaba. Con él, el control, ese que tanto me habían entrenado para sostener, cedía de golpe. Me había resultado más fácil mantener la mirada de Harrington durante el interrogatorio que la suya, allí, delante de todos.

Volver a tenerlo cerca lo cambiaba todo. Verlo, escuchar su voz, detenerme en cada gesto… era como recuperar de golpe a alguien que creía haber perdido para siempre.

Parpadeé un par de veces, forzándome a volver.

—Muy bien —intervine, endureciendo la voz—. Corrigan no ha venido a hablarnos de sus logros. Va a trabajar con nosotros en la preparación del equipo de extracción de las estaciones. Quiero que reviséis con él las necesidades de presión, respiración y salidas de seguridad.

Archie levantó las manos, como disculpándose.

—A ver, yo no tengo ni puta idea de submarinos ni de espías —advirtió, riendo—. Eso es cosa vuestra. Yo solo sé lo que pasa aquí dentro. —Se señaló el pecho—. El cuerpo tiene reglas claras. Si no las respetas, te rompe. Si las escuchas, te deja bajar casi hasta donde quieras.

Uno de los ingenieros quiso reconducir la conversación.

—Lo que necesitamos es tu criterio en condiciones… no estándar —aclaró—. Los modelos nos dan márgenes de seguridad, sí…, pero queremos saber cómo reacciona el cuerpo cuando esos márgenes empiezan a romperse.

Archie se inclinó sobre el mapa batimétrico proyectado en la pared. No buscó coordenadas ni rutas: se fijó en los colores, que marcaban la profundidad por franjas. Puso el dedo en una zona de azul muy oscuro, casi negro, la que indicaba las cotas más profundas.

—Como ya sabéis, aquí ya pesa demasiado —explicó—. El cuerpo se desordena un poco. Con tanque os va a entrar una especie de euforia tonta. El cuerpo te engaña y te dice que va todo bien… cuando solo es vuestro cerebro flipando por la presión, nada más.

Luego subió el dedo a un tono azul más claro.

—Aquí todavía podéis pensar con claridad, siempre que subáis despacio. Si veis que alguien nota un leve zumbido en la cabeza, un cosquilleo raro en los labios o en la mandíbula, no lo dejéis seguir. No es valentía, es narcosis llamando a la puerta.

Hizo una pausa, sonriendo apenas.

—Yo puedo bajar a ciento veinte metros sin tanque, pero porque llevo toda la vida escuchando mis límites. Vosotros tenéis que pensar en el equipo entero.

Mientras hablaba, los demás asentían, inclinándose ligeramente hacia él. No lo hacía como experto técnico, sino como alguien que había vivido más en el agua que en tierra firme.

Desde el otro extremo, yo lo observaba intentando parecer neutral. Pero había detalles que me lo impedían: las venas que se le marcaban cuando apoyaba la mano en el mapa, el tono más cálido

de su piel entre los rostros pálidos de los demás, el gesto automático con el que apartaba un mechón rebelde de su frente… y la facilidad con la que todo eso conseguía atravesar cualquier barrera que yo intentara levantar.

Al final de la tarde, bajamos al aparcamiento mientras comentábamos la primera sesión. Él hablaba sin parar, relajado. Yo asentía, intentando ordenar todo lo que había pasado en las últimas horas.

Necesité unos minutos para recomponerme antes de decir nada.

—Todavía no me has contado cómo has acabado aquí —dije, sin apartar la mirada de la carretera.

Archie no respondió de inmediato. Se acomodó en el asiento del copiloto, echándose un poco hacia atrás.

—La verdad… —murmuró, sonriendo levemente—, yo tampoco lo tengo del todo claro.

Alargó la mano y encendió la radio. Pasó varias emisoras hasta que dio con una en la que sonaba una guitarra suave, con acordes largos.

—Vinieron a Malibú dos tipos bastante serios de la CIA. Pensé que eran dos aspirantes más que tenían que aprender buceo para entrar ahí.

Giró la cabeza hacía mí, apoyando un codo en la puerta.

—Pero no.

Hizo una pausa breve.

—Me hablaron de ti.

Dejó que la guitarra sonara unos segundos.

—Un tal Luka Ivanov —añadió, con una media sonrisa—. Estaba coordinando a un grupo de buceadores y necesitaba a alguien con experiencia real en el agua…

Archie volvió a mirar al frente.

—Ya sabes que odio todo eso: trajes, despachos, operaciones secretas… La CIA… —Negó con la cabeza y se apartó un mechón de pelo—. De hecho, lo primero que pensé fue decir que no. —Se encogió de hombros—. Que ni de coña.

No dije nada. No podía. Mantuve la vista al frente, pendiente de la línea blanca que se repetía una y otra vez bajo el coche.

—Pero al final…

Dejó la frase en el aire. La guitarra llenó el silencio unos segundos más.

—Al final pensé que me apetecía volver a verte.

Sentí un golpe en el corazón, desordenado, como si el ritmo se hubiera descompasado de repente. Él volvió a negar con la cabeza, como si todavía no terminara de creérselo.

—¡Oye! —soltó, mirándome de reojo—. ¿No vas a decir nada o qué?

Me dio un toque con el hombro, riéndose.

—Los rusos me ponéis enfermo. Parece que cada palabra os cueste dinero.

Tragué saliva. Noté las manos húmedas resbalar sobre el volante.

—¡Que me he metido en esta mierda porque quería volver a verte, tío!

Lo dijo así, sin más. Con la naturalidad con la que lo hacía todo. Mientras tanto, yo seguía descolocado.

—Gra… gracias. La verdad es que…

Archie soltó una carcajada, llevándose una mano a la frente.

—Déjalo —me cortó—, que al final nos vamos a estampar.

Giré hacia McLean casi sin darme cuenta. Archie se incorporó un poco en el asiento, mirando alrededor con curiosidad.

—Qué aburrido todo esto…, ¿no?

Asentí con una media sonrisa.

Aparqué frente a la casa y apagué el motor. Antes de bajar del coche, noté cómo se me aceleraba el pulso. Iba a entrar conmigo. Iba a cruzar la puerta a mi lado. Íbamos a vivir allí. Juntos.

Se me hizo un nudo extraño en el estómago, con una mezcla difícil de ordenar: nervios, ilusión, inseguridad… Demasiadas sensaciones a la vez.

Abrí la puerta del coche. El aire frío me golpeó la cara y lo agradecí. Archie se quedó mirando la fachada, de arriba abajo, ladeando la cabeza.

—Parece un anuncio de inmobiliaria —dijo mientras se acercaba a la puerta—. «Venga a vivir a un entorno seguro y aburrido donde nunca pasa nada».

Lo invité a pasar, riendo.

Se quedó un instante en la entrada, sin avanzar, echando un vistazo lento alrededor.

—Guau —dijo, y silbó al fin, dando un par de pasos hacia dentro —. No está mal.

Dejó la mochila en el suelo y giró sobre sí mismo, observando el salón, la cocina, la distribución de todo.

—¿Cuántas habitaciones tiene esto?

—Cinco —contesté, señalando hacia el piso de arriba—. La de la puerta abierta es para ti.

Asintió sin moverse.

—¿Y la tuya?

—La del fondo del pasillo.

Se agachó a coger la mochila y avanzó unos pasos.

—Tranquilo, ruso. No voy a invadir tu espacio vital.

Me limité a sonreír. Era la forma más segura de contener todo lo que me cruzó por la cabeza en ese instante.

Él caminó hacia el salón, se asomó al ventanal que daba al pequeño jardín posterior y chasqueó la lengua.

—Vaya… Ni playa, ni olas, ni gaviotas… El salón de mi furgo mola más.

Archie siguió explorando la casa a su ritmo, examinando cada rincón con curiosidad, intentando averiguar cómo iba a encajar en un sitio como aquel.

Conseguir que aquello fuera posible no había sido tan sencillo. Después de la sesión de instrucción, dejé a Archie con los buceadores y fui al despacho de Harrington.

—¿Vivir juntos? —repitió, sin molestarse en disimular su desaprobación—. Sabes que va en contra de todos los protocolos internos. Aquí y en Moscú.

—Lo sé, señor. Pero este operativo… tiene bastante de excepcional —respondí, midiendo cada palabra.

Él dejó el bolígrafo sobre la mesa, despacio.

—Archie puede alojarse en uno de los complejos de la agencia. Tendrá una habitación para él solo, servicios pagados, seguridad privada… No necesita más.

—Ya… —dije, intentando no sonar impulsivo—. Pero lo conozco. No se va a adaptar bien a un complejo de la agencia. No está hecho para ese ambiente.

Harrington me sostuvo la mirada unos segundos, más de lo que resultaba cómodo.

—Ivanov, necesitas mantener la cabeza fría. Coordinas una unidad de veinticinco personas. Veintiséis, contándolo a él.

Inspiré hondo.

—Si lo metéis en un complejo casi militar, no tardará en marcharse. Y lo necesitamos aquí.

El despacho quedó en silencio.

—¿Te das cuenta —dijo al fin— de que lo que planteas… puede convertirse en un problema?

Se incorporó ligeramente hacia delante, como si quisiera dejar claro que aquello ya no era una conversación informal.

—¿Sabes por qué está él aquí?

No respondí.

—Porque cada vez que nos sugerías su incorporación… —hizo una pausa breve—, tu cara y tus gestos nos hablaban en un lenguaje distinto al de tus palabras.

Sostuvo la mirada, sin prisa.

—Nos decían que tu estabilidad emocional dependía de ello.

No supe qué decir. Se me tensó el cuerpo y sentí una incomodidad difícil de disimular.

—No puede haber vínculos emocionales entre el personal de la agencia —se inclinó ligeramente hacia delante—, pero hemos entendido que… quizá funciones mejor con él cerca.

Me costó encontrar las palabras.

—Tenemos una buena relación. Nada más. Fue mi profesor y ahora es una pieza clave para la unidad. Cuando salgamos a buscar las estaciones, su experiencia en el agua marcará la diferencia. Solo le estoy sugiriendo que viva en mi casa.

Harrington apoyó las manos sobre la mesa. Había algo de resignación en su gesto, pero también un cálculo silencioso, como una evaluación de riesgos que no quería compartir conmigo.

—Está bien —concedió al fin.

Alzó la vista hacia mí.

—Pero escúchame: si en algún momento eso interfiere en la unidad, en tu trabajo o en la operación…, no me temblará el pulso.

Asentí, intentando disimular la emoción que me produjo imaginar a Archie viviendo conmigo.

—De acuerdo.

Nuestra rutina se consolidó pronto. Por las mañanas, yo madrugaba más. Molía café, preparaba dos tazas y dejaba la suya al borde de la encimera esperando a que se levantara.

—Eres un santo —murmuraba siempre al dar el primer sorbo.

Y ese instante, él recién despertado, todavía desperezándose entre sorbos, me bastaba para arrancar el día con una alegría que no sabía esconder.

Luego venía el trayecto hasta Langley. A veces conducía yo; otras, él. Cuando Archie iba al volante, el coche cambiaba por completo: subía la música más de lo razonable, bajaba la ventanilla aunque hiciera frío, toqueteaba todo lo que encontraba a mano: el retrovisor, el asiento, la ventilación… No podía estarse quieto. Pero conseguía que aquella carretera, tan monótona y rutinaria, fuera divertida.

En el aparcamiento la burbuja se rompía. Cada uno volvía a su rol. Él se mezclaba con sus compañeros, con la tarjeta colgada al cuello.

La unidad, con frecuencia, trabajaba sin mí, siguiendo las directrices que les había marcado. Aun así, nuestros mundos se cruzaban varias veces al día.

—Señor Ivanov —me saludó un día, exageradamente formal, cuando entré en la sala de análisis táctico.

—Corrigan —respondí, sin sonreír—. Informe de situación.

—Los chicos creen que nos vas a matar a todos en el simulacro de mañana —dijo—. Pero aceptan su destino.

Y, entre mapas y tiempos de inmersión, a veces notaba su mirada, cálida y atenta. Suficiente para recordarme lo cerca que estábamos… y la distancia que debía mantener.

En casa, esa cautela se transformaba.

Una noche de viernes, después de varios días especialmente intensos de simulacros y reuniones, Archie apareció en el salón con un bol de palomitas y esa sonrisa suya de cuando tenía algo en mente.

—Hoy se acaba tu ignorancia cinematográfica —anunció.

Movimos la mesa de centro, empujándola con los pies.

—*Pulp Fiction* —anunció, señalando la pantalla—. Prepárate, que esto educa.

—¿Es un requisito para entender mejor el mundo de los buceadores? —pregunté.

—Es un requisito para entenderme mejor a mí —dijo, sin girarse.

Y, por alguna razón, me lo tomé más en serio de lo que esperaba.

Nos sentamos cada uno en un extremo del sofá, dejando un espacio que yo no necesitaba. Mientras la película avanzaba, Archie iba comentando escenas, riéndose de diálogos que se sabía de memoria y girándose de vez en cuando hacia mí para comprobar mi reacción.

—¿En serio no te parece brillante? —preguntó después de la escena del *royale with cheese*—. Tu país ha dado a Dostoyevski. El mío, esto.

A mitad de la película, noté que sus comentarios empezaron a espaciarse. Archie se removió en el sofá, estiró las piernas y se hundió un poco más en el respaldo. Su rodilla rozó la mía al moverse. No la apartó. Yo tampoco.

El silencio se fue imponiendo poco a poco. Él respiraba más despacio. Más profundo. Sin darse cuenta, fue inclinándose hacia mi lado.

Contuve la respiración, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper el momento. Su hombro chocó levemente con el mío. Se recolocó, casi por inercia. Y entonces, su cabeza acabó apoyándose en mi brazo.

Sentí el contacto inmediato: su pelo rozándome el cuello, su respiración en mis hombros, el calor atravesando mi camiseta. Me quedé completamente quieto. Ni siquiera sabía cómo poner las manos.

La película siguió reproduciéndose, pero dejó de importar. Toda mi atención se redujo al punto exacto donde su cuerpo encajaba con el mío. En algún momento ajustó un poco la cabeza, buscando una postura más cómoda. Pensé que se apartaría, pero no lo hizo.

Pensé en alargar el momento. En rendirme también al sueño dejándome llevar por su cercanía y pasar la noche con él. Pero el miedo llegó enseguida: ¿y si se despertaba incómodo? ¿Y si al día siguiente algo se rompía entre los dos?

Esperé a que su respiración se volviera más profunda. Luego, con suavidad, levanté ligeramente el hombro para deslizarme sin despertarlo, pasé una mano por detrás de su nuca y coloqué un cojín en su lugar.

Me levanté despacio.

Antes de irme, me quedé mirándolo: el rostro completamente relajado, el cuerpo en posición fetal. Dormido era más fácil de querer aún.

Cerré la puerta de mi habitación en silencio y me dejé caer sobre la cama, boca arriba, con los ojos abiertos en la oscuridad. Su respiración seguía conmigo, pegada a mi piel, como si todavía estuviera allí.

Y entendí, sin más resistencia, que ya no podía protegerme de lo que sentía.

40

Washington D. C.

El vestido de terciopelo negro que le habían comprado reposaba sobre la cama, extendido como una prenda pensada para otro cuerpo. Cuando Kate se lo puso, el tejido cayó con demasiada holgura, revelando una delgadez que llevaba días evitando admitir. Los tirantes le quedaban largos, la tela se arrugaba en la cintura y el escote, que debería quedar ceñido, dejaba un espacio hundido.

Intentó ajustar el lateral del vestido, pero las manos le temblaban. En el espejo vio su brazo asomando bajo el terciopelo, mucho más delgado de lo que recordaba: una línea huesuda con la piel marcando un relieve que no había visto hasta entonces.

Abrió el neceser y sacó varios alfileres, que tintinearon suavemente entre sus dedos. Los fue clavando con una precisión torpe, tensando la tela, obligándola a encajar en un cuerpo que ya no respondía como antes. Cuando terminó, la figura reflejada parecía más firme, más estilizada, pero sabía que era solo un apaño. Una apariencia efímera, tan frágil como los analgésicos que la mantenían en pie unas horas más.

Un golpe seco en la puerta la sobresaltó.

—Cinco minutos —avisó una voz masculina del equipo de campaña.

Kate cerró los ojos. Aún podía escuchar el eco de la conversación con Mitch. Le había implorado que fuera al debate, primero con un tono suave, casi afectuoso, recordándole lo mucho que significaba para él tenerla a su lado en un momento tan importante. Después, se le había escapado la verdad. Los *trackings* diarios empezaban a reflejar un leve descenso, y los analistas de su equipo creían que la ausencia de Kate estaba empezando a pasarle factura.

«Solo te pido esto. No me dejes solo ahora».

«Te necesito».

«Es cuestión de días, cariño. Después podrás descansar».

Ella había escuchado cada frase en silencio, demasiado exhausta para oponerse. Llevaba días sin ánimo para nada más que sobrevivir. Y Mitch lo había visto. Lo había olido. Como tantas otras veces en su matrimonio, había identificado el punto exacto en el que su resistencia se desmoronaba. Kate terminó cediendo, incapaz de separar una súplica real del chantaje emocional que él manejaba con una facilidad devastadora.

El coche estaba aparcado a pocos metros de la entrada del hotel. El conductor abrió la puerta trasera e invitó a Kate a entrar. Aún no se había acomodado cuando su teléfono comenzó a sonar. En la pantalla apareció el nombre que menos esperaba ver: el de la directora de personal de ANN News.

—¿Sí?

—Kate… —su voz sonaba incómoda, como si buscara el tono adecuado—, siento mucho llamarte para esto, de verdad que sí.

Kate cerró los ojos. No tenía fuerzas para más.

—Dime.

—La cadena ha tomado una decisión. No es algo personal, pero tu situación compromete la imagen de imparcialidad que intentamos mantener.

Ella no respondió. Solo escuchó su respiración acelerarse.

—Y tu ausencia estos días… ha generado inquietud. Entenderás que en el contexto actual…, y dada tu relación con uno de los candidatos…, tu puesto se vuelve insostenible.

Kate apoyó la cabeza contra el respaldo.

—Puedes anunciar que renuncias al trabajo —continuó—. Será lo mejor para todos.

Hizo una breve pausa.

—Además… —dudó un instante—, supongo que quizá pronto asumas un rol distinto…

Kate colgó sin despedirse.

El paraninfo de la Universidad de Georgetown estaba saturado de focos, pantallas y un ir y venir de técnicos, asesores y miembros de campaña que se movían atentos a cada detalle previo al directo.

Aquella noche se celebraba el debate entre Mitch Callahan y Michelle McDonnell, los dos candidatos republicanos que encabezaban en todas las encuestas la carrera hacia la nominación republicana.

No era un debate más, era un enfrentamiento entre dos formas opuestas de entender el poder dentro del mismo partido: él, conservador, construido sobre la idea de un liderazgo fuerte; y ella, moderada y pragmática, con una imagen más institucional.

En cuanto bajó del coche, los *flashes* le golpearon el rostro, cegándola al instante. Antes de que pudiera orientarse, un asesor le colocó una mano en la espalda para guiarla hacia Mitch, que posaba ante las cámaras como si todo estuviera bajo control.

Él la vio acercarse y le dedicó una sonrisa amplia, perfectamente calculada. La rodeó con un brazo para la foto, en un gesto que proyectaba unidad y fortaleza mientras los *flashes* estallaban a su alrededor. Luego inclinó la cabeza hacia ella con ternura, pero cuando habló, su voz llegó como un cuchillo envuelto en terciopelo.

—Ese vestido no es apropiado —le reprochó, con la sonrisa intacta para los fotógrafos—. Estás demasiado delgada.

Kate sintió un vacío repentino bajo las costillas.

—Ponte algo encima. Haré que te traigan un chal enseguida. Y, por favor…, sonríe más.

El moderador del debate salió a su encuentro, ajustándose el micrófono mientras avanzaba hacia ellos. Con una inclinación ligera de cabeza, les indicó que lo siguieran y los acompañó dentro.

El debate comenzó con la habitual puesta en escena: un minuto para cada candidato, una presentación inicial del moderador y luego el primer bloque temático.

Mitch Callahan y Michelle McDonnell parecían equilibrados. La voz de él mantenía su firmeza habitual, pero ella respondía con seguridad, devolviéndole cada argumento con destreza.

El moderador abrió el segundo bloque con una frase que atravesó a Kate como un disparo:

—La captación del espía ruso Luka Ivanov ha sido noticia en todo el mundo. Señor Callahan, usted ha insistido en atribuirse ese éxito.

¿Por qué considera que esta captación marca un cambio en la política exterior de nuestro país?

Mitch respiró hondo y miró a cámara, con ese brillo tenso y ambicioso que Kate conocía tan bien.

—Porque demuestra que Estados Unidos vuelve a levantarse —dijo —. Durante años hemos cedido terreno ante Rusia y China, observando cómo eran ellos quienes dictaban las reglas mientras nuestra influencia se diluía. Este país no puede seguir suplicando; debe liderar. Debe marcar el rumbo. Y la administración actual —lanzó una mirada breve a McDonnell— no ha estado a la altura.

Hizo una pausa.

—La captación de Ivanov es un golpe a Rusia que nos permite reafirmar nuestro poder —concluyó.

McDonnell respondió sin alterar el tono:

—La seguridad nacional no se exhibe, se garantiza. Es un ejercicio de responsabilidad.

Mitch sonrió levemente.

—Y de firmeza —añadió—. Y no estoy seguro de que todos aquí tengan claro lo que eso significa.

No fue más explícito porque no podía, pero el trasfondo era evidente: no todos —y en concreto, no ella, una mujer— estaban preparados para asumir ese tipo de decisiones.

Kate sintió un mareo leve mientras el moderador avanzaba hacia el siguiente tema.

—Hablemos del fallecido asesor de Seguridad Nacional, Ben Nely. Señor Callahan, usted trabajó estrechamente con él…

Mitch bajó la mirada unos segundos. Su teatro estaba ensayado. Cuando volvió a alzar los ojos, había en ellos una emoción

construida con precisión.

—Ben fue un patriota. Uno de los mejores hombres que he conocido. Su muerte… —hizo una pausa— ha sido un golpe devastador para todo el país.

El moderador no dejó que el momento se dilatara.

—El presidente Brown ha manifestado su apoyo explícito a su rival, la señora McDonnell. ¿Cómo interpreta ese respaldo?

Mitch inclinó la cabeza, simulando humildad.

—Respeto profundamente al presidente Brown. Ha servido a este país con dedicación. Pero su visión está agotada. Este país no necesita más cautela ni más equilibrios permanentes —miró brevemente a McDonnell—, necesita liderazgo.

Otra vez el mismo marco.

Kate notó un sudor frío en la nuca. El aire del paraninfo se volvió más denso. Abrió ligeramente la boca para respirar mejor, pero no pudo llenar los pulmones. Entonces, su móvil comenzó a vibrar dentro de su bolso: era Mariya.

La llamó una y otra vez, hasta en diez ocasiones. La vibración continuaba, insistente, casi dolorosa. El calor de los focos la envolvió hasta sofocarla. Tragó saliva. El vestido se le pegaba a la piel. Intentó incorporarse un poco en la silla, pero su cuerpo no respondió. La sala comenzó a girar.

Michelle McDonnell comenzaba su minuto final cuando el sonido del debate se volvió distante y lejano para Kate. Se apoyó una mano en la rodilla, buscando estabilidad, pero solo encontró un temblor creciente que le recorría el brazo. Después, todo se apagó.

La caída fue silenciosa, un desplome suave que apenas desplazó la silla. El marido de McDonnell, sentado a su lado, fue el primero en

reaccionar. El público se agitó, un murmullo recorrió la sala. Las cámaras, casi por instinto, se giraron hacia el lugar donde Kate yacía desmayada, con el terciopelo hundiéndose bajo su peso.

Mitch tardó apenas medio segundo en reaccionar. El tiempo justo para componer el gesto adecuado, esa mezcla de alarma y ternura que resultaba irresistible en televisión. Entonces bajó del escenario con paso decidido y se arrodilló junto a ella, inclinando el cuerpo en un ángulo perfecto para las cámaras.

Acarició su mejilla con suavidad, murmurando palabras que nadie alcanzaba a oír. Su rostro mostraba la cantidad exacta de angustia para conmover a un país entero, una expresión tan calculada que parecía natural. Y permaneció en esa postura protectora hasta que los sanitarios irrumpieron en el paraninfo.

Las cámaras no se apartaron un instante. Captaron a Mitch Callahan sosteniendo a su esposa con firmeza, el ceño fruncido y la mirada fija en ella, proyectando un amor que llevaba años sin sentir. Era una escena diseñada para la nación, un cuadro perfecto de entrega y sacrificio con el que reconstruir la proyección pública de su matrimonio.

41

McLean, Virginia

La noche había caído con una densidad inquietante sobre McLean cuando crucé el pasillo en silencio hasta la puerta entreabierta de su habitación. Me apoyé en el marco y asomé apenas la cabeza. Archie dormía boca arriba; el torso descubierto bajo la sábana, la respiración profunda marcando un ritmo sereno. Me quedé un largo rato observándolo desde la penumbra. Con él me sentía tan a gusto que a veces llegaba a olvidarme de todo lo que le estaba ocultando. Pero ahora, con la operación acercándose a su final, la culpa regresaba con una intensidad difícil de soportar.

No me merecía. No merecía a alguien que lo había engañado desde el instante en que nuestras vidas se cruzaron. Y, aun así, una parte de mí se aferraba a la absurda idea de que, cuando todo terminara, podríamos empezar de cero. Sin mentiras, sin máscaras, sin ocultarle para quién había estado trabajando en realidad ni lo que estaba a punto de hacer. No sabía dónde ni cuándo, ni si él estaría dispuesto, pero imaginaba un futuro a su lado, con una ingenuidad que me avergonzaba tanto como me sostenía.

Cerré suavemente la puerta y bajé las escaleras. Mientras lo hacía, el recuerdo de la reunión de aquella mañana regresó con violencia.

A primera hora, Harrington me había llamado a su despacho con un tono que no dejaba espacio para preguntas. Megan me esperaba a su lado, seria, con esa tensión previa a los asuntos que no pueden aplazarse.

—El Consejo de Seguridad Nacional ha tomado una decisión —dijo Harrington sin rodeos—: ponemos en marcha la operación de retirada de las estaciones rusas. No podemos perder más tiempo.

Megan se mantenía rígida, evitando mirarme.

—Zarparéis mañana en el Poseidón —añadió Harrington.

No hubo espacio para réplicas. La cuenta atrás había comenzado.

Salí de casa y el aire frío me golpeó, devolviéndome al presente. Con ese ligero sobresalto aún en el cuerpo, caminé hasta el coche aparcado frente a la acera. Pasé la mano por el borde de la puerta antes de abrirla. Revisé los asientos, el retrovisor, el cristal trasero. Cuando por fin me senté, permanecí varios minutos sin arrancar, observando los vehículos cercanos, las ventanas opacas de las casas, los jardines apenas iluminados…, hasta que encendí el motor.

El sonido, aun siendo discreto, rasgó la quietud de las calles dormidas. Avancé despacio mientras las luces intermitentes de las farolas iban iluminando por momentos el interior del coche. El trayecto hasta la iglesia fue un esfuerzo constante por no dejarme devorar por el miedo. Elegí rutas secundarias y calles estrechas, pero no lograba desprenderme de la sensación de estar siendo observado. Cada semáforo parecía tardar demasiado, cada cruce me obligaba a detenerme un segundo más de lo prudente.

Cuando por fin aparqué frente a la iglesia, observé los coches que tenía alrededor: ninguno mostraba rastro de condensación reciente. Permanecí un momento dentro, dejando que mi respiración se asentara y, solo entonces, abrí la puerta y salí.

El interior de la iglesia estaba envuelto en penumbra, impregnado por aquel olor espeso a incienso que me produjo el mismo malestar de la otra vez. Avancé hacia la nave, siguiendo el mismo procedimiento: las velas de la izquierda, el candelabro cruzado, el altar.

Aquella noche tardó más en aparecer. Cuando por fin cruzó la puerta del iconostasio, la gravedad de su gesto bastó para tensar el ambiente.

—Que Dios te bendiga —dijo con una voz gutural que me produjo un rechazo inmediato, casi físico.

—Mañana es el día —anuncié.

No hacían falta preámbulos. Ambos sabíamos por qué estaba allí.

—Supongo que… te ha sido imposible obtener el H_2O en Langley.

Asentí.

Él inclinó la cabeza, despacio, con una solemnidad casi fúnebre.

—Lo comunicaré a Moscú. Deben prepararse para el desenlace.

Continué en silencio, cuidando cada respiración como si pudiera delatarme.

—¿Cuánto durará la travesía?

—De cuatro a seis días —respondí—. Dos para llegar a Canarias y unos cuantos más hasta que logre acceder. Cuando obtenga el H_2O, diré que la ruta de barrido no está bien definida y que los márgenes de error son demasiado amplios. Que necesitamos regresar y replantearla desde cero en Langley.

—Bien. En cuanto el submarino regrese a la base —prosiguió, sin apartar sus ojos de los míos—, activaremos tu extracción. Será inmediata. Al cabo de pocas horas estarás volando hacia Moscú.

Se detuvo un instante, calibrando algo en mi expresión.

—Acceder al ordenador de a bordo… —murmuró— sabes lo que significa. ¿Estás preparado, hijo?

De nuevo esa palabra. Tragué saliva para ahogar mi reacción hasta que reuní la voz necesaria.

—Estoy listo —dije, y tuve que detenerme para tomar aire—. Pero… necesito saber algo antes.

Mantuvo el gesto firme, pero la línea de su mandíbula vibró un instante.

—Quiero saber qué es el H_2O.

Un destello de furia cruzó sus ojos.

—Ya hablamos de eso… —murmuró, conteniendo la rabia.

—Necesito saber qué es y para qué lo quieren —respondí, más bajo de lo que pretendía.

—Ya te lo dije: nosotros solo servimos. No preguntamos.

Noté el sudor en las palmas, caliente y pegajoso. Bajé la mirada a un punto fijo del suelo; sabía que, si lo miraba directamente, perdería el valor que apenas conseguí reunir.

—Si no me informan, no embarcaré en el Poseidón —logré decir, con la voz rota—. Transmítelo.

Permanecimos frente a frente, en un silencio tan tenso que me asfixiaba. Él parecía estar midiendo cada una de mis palabras, decidiendo qué hacer conmigo. Finalmente se incorporó con un gesto brusco. Su sotana se agitó al levantarse, y dejó escapar una respiración nerviosa.

—Ven —ordenó, esta vez sin esfuerzo por suavizar su enfado.

Lo seguí. Rodeó el altar sin mirar atrás y avanzó hacia el iconostasio. Apartó la cortina de terciopelo con la mano y entramos en una pequeña oficina escondida tras el altar. Era un espacio opresivo: el techo bajo, las paredes demasiado juntas y una penumbra que parecía absorber cada movimiento.

El sacerdote se dirigió directamente al armario donde se apilaban los libros sagrados. Retiró un Génesis gastado y un Deuteronomio. Detrás de ellos apareció una maleta negra y fina. La apoyó sobre la mesa y abrió los cierres metálicos. Las bisagras cedieron al instante. Del interior emergió un terminal oculto en la propia estructura de la maleta: un portátil sin logotipos ni puertos visibles.

El religioso encendió el ordenador y me miró fijamente.

—Has forzado una situación que no me corresponde a mí resolver —dijo con frialdad—. Siéntate.

Navegó entre ventanas, cada una protegida por varias capas de seguridad, y accedió al fin a una plataforma interna. Un mapa de Estados Unidos apareció en la pantalla. Estaba cubierto de puntos aislados, cada uno acompañado de unas siglas y un rostro pixelado.

—¿Qué es esto? —susurré.

El sacerdote no apartó la mirada del ordenador.

—Nuestra red en territorio hostil —respondió con sequedad—. Agentes encubiertos, enlaces y células durmientes.

Me incliné hacia la pantalla. Nueva York aparecía lleno de puntos agrupados, Washington D. C. mostraba todavía más. Boston, Filadelfia y Miami tenían menos actividad, pero seguían marcados. Al mover la vista hacia el oeste, solo vi un punto aislado en la costa

californiana: Malibú. Las iniciales S. H. correspondían, supuse, a Sean Hamilton.

De pronto, la pantalla se actualizó y el mapa desapareció. Surgió una interfaz oscura, una especie de sala de espera cifrada. En la parte superior, una línea: «Conexiones seguras en cola».

—¿Con quién vamos a hablar? —pregunté, incapaz de fingir calma.

No contestó. Me acercó el portátil, colocándolo directamente frente a mí, tan cerca que pude ver la diminuta cámara negra apuntando a mis ojos como un arma.

La luz verde se encendió y la ventana aumentó de tamaño. La imagen reveló a un hombre sentado que no necesitaba presentación: Kirill Andreyevich Vólkov, director del SVR. Un ruso de la vieja guardia, con la mirada afilada por décadas de operaciones en la sombra y asesinatos. A su lado estaba Kira, con el rostro contenido y la mandíbula tensa.

El vacío en mi estómago llegó de golpe. El sacerdote también lo sintió: su postura se tensó al instante y su rostro adoptó una sumisión automática.

—Vladimir —dijo Vólkov, con un tono tan seco que eliminaba cualquier rastro de cortesía—. Habla.

Tardé un segundo en comprender que se refería a él. El padre Benjamín, como se hacía llamar en Estados Unidos, en realidad se llamaba Vladimir.

—Mañana la CIA desplegará a la unidad —informó, escogiendo con cuidado cada palabra—. Utilizarán el Poseidón, de la flota nuclear. Pero… el agente Ivanov ha puesto una condición.

Un destello, breve pero afilado, pasó por los ojos de Vólkov.

—¿Cuál? —inquirió.

—Dice que… no embarcará sin conocer la naturaleza del H_2O.

Hubo un único parpadeo. Luego, su mirada se clavó en mí con brutalidad, como si evaluara cuánto podía romperme. No aguanté: bajé los ojos un instante; la presión era insoportable.

—¡Mírame! —ordenó.

Obedecí de inmediato.

—Di lo que tengas que decir.

Dudé unos segundos.

—No puedo seguir obedeciendo… a ciegas. Necesito saber por qué. Necesito saber qué es el H_2O.

—¡Te libramos de tu padre! —bramó—. ¡No tienes que entender nada, solo obedecer!

El impacto me atravesó como un latigazo. Vacilé un instante, pero me obligué a mantenerme en pie. Pensé en Archie, en lo orgulloso que estaría de verme firme, sin ceder un palmo.

—No puedo hacerlo —dije, con un coraje que me sorprendió a mí mismo—. Si no me dan los detalles, no embarcaré.

El sacerdote me fulminó con la mirada. Vólkov, en cambio, no se movió. Giró apenas la cabeza hacia Kira, y comentaron algo en voz baja que no pude distinguir. El director del SVR permaneció inmóvil unos segundos, como si evaluara las consecuencias de lo que les estaba pidiendo. Finalmente asintió, muy despacio.

—Está bien.

La pantalla se fragmentó en tres ventanas. A la izquierda surgieron mapas batimétricos; a la derecha, rutas oceánicas superpuestas. En el centro apareció un esquema denso de cables

submarinos, tan complejo que parecía el sistema nervioso de un organismo.

—El H_2O es un mapa —dijo al fin—. Un mapa más valioso que cualquier arsenal nuclear.

Hizo una pausa, larga y calculada, dejando que el peso de la idea se asentara en mí.

—No necesito recordarte qué son los cables submarinos que unen Estados Unidos con Europa. Es la infraestructura crítica que sostiene sus comunicaciones, su comercio, sus transacciones financieras, la coordinación militar de la OTAN… y, en esencia, la estabilidad de su mundo.

Sentí un torrente de inquietud atravesarme la espalda.

—Toda esa red inmensa de cables tendida en el fondo marino del Atlántico —prosiguió— tiene miles de kilómetros, pero existen unos pocos puntos críticos, no más de diez, que la sostienen.

Tragué saliva.

—Puntos extremadamente sensibles donde los cables coinciden en cuellos de botella vulnerables para toda la red. Esas coordenadas son las que contiene el H_2O.

La habitación pareció encogerse a mi alrededor.

—Si cortas un cable aislado, no pasa nada. Hay rutas alternativas.

Se inclinó hacia la cámara.

—Pero si atacas esos puntos críticos, Ivanov, si golpeas esos diez nodos donde todo se junta…, la red entera se vendrá abajo.

Vólkov abrió los ojos de golpe, emocionado.

—Imagina… Europa y Estados Unidos desconectados.

Mi respiración se volvió irregular.

—Bancos incapaces de operar, pagos bloqueados, mercados aislados. Empresas sin acceso a sus propios sistemas alojados en nubes y servidores al otro lado del Atlántico. La OTAN incomunicada, hospitales sin historiales, aeropuertos sin datos, puertos paralizados, millones de ciudadanos completamente desconectados…

—Pero… —sentí mi voz quebrarse—, pero eso sería un acto de guerra. ¡El inicio de una guerra mundial!

—Nadie sabrá quién ha sido, Ivanov. Los americanos están concentrados en el volcán y no en sus cables.

Hizo una pausa.

—En las profundidades de los océanos nada deja rastro —continuó —. Cuando tomamos Crimea, la península quedó incomunicada, aislada digitalmente, y jamás se pudo demostrar qué ocurrió bajo el agua. Y el Nord Stream… —sonrió con una lentitud que me heló la sangre—, ningún culpable.

Una nueva ventana se abrió. En el centro apareció un dispositivo alargado, del tamaño de un torpedo corto. Su superficie metálica era opaca, sin marcas ni numeraciones visibles.

—Estás viendo el último modelo del PRK, el mejor dron submarino suicida de nuestra Armada.

El dispositivo rotó en 3D mostrando una hilera de sensores, estabilizadores laterales y una proa reforzada.

—En cuanto nos envíes el H_2O, estos drones serán programados con las coordenadas de los puntos críticos. Al cabo de cuarenta y ocho horas impactarán contra ellos dejando a Europa incomunicada con Estados Unidos durante meses. En Occidente se desatará la mayor crisis política, económica y social desde la Segunda Guerra Mundial.

La imagen del dron giró de nuevo. Ahora se destacaba una sección interior.

—Son perfectos —añadió Vólkov—. Ni número de serie, ni origen, ni caja recuperable. Si los americanos encuentran algún resto, nunca podrán saber que son drones rusos.

Sentí que mi garganta se cerraba.

—¿Entiendes ahora lo que está en juego, Ivanov?

—¿Por qué yo? —Las palabras me salieron rotas—. ¿Por qué me elegisteis a mí? Hay miles de ingenieros, miles de espías fuertes, duros, valientes. ¿Por qué yo?

El director del SVR se inclinó hacia la cámara.

—¿De verdad quieres saberlo?

Asentí.

Vólkov le hizo un gesto a Kira para que interviniera.

—Porque reunías todas las condiciones —dijo ella—. Eras el mejor estudiante de aeronáutica del país. Dominabas las dos ciencias clave de la operación. Nadie a tu edad sabía tanto sobre sonares pasivos y ruido subacuático.

La agente apoyó las manos sobre la mesa.

—Tu profesor, Fiodor, nos habló de ti —continuó—. Pero fue tu proyecto final de carrera el que terminó de convencernos.

Hizo una pausa mínima, calculada.

—Habías demostrado algo esencial: que incluso en el fondo del océano se puede distinguir una señal artificial de la fauna, de los cetáceos y del ruido geológico.

Alzó ligeramente la barbilla.

—¿Quién mejor que tú para convencer a los americanos de la existencia de unas estaciones que se activaban por un patrón

imposible de reproducir por la naturaleza?

Mi garganta se cerró. No conseguí formar ni una palabra.

—Tu rostro inocente también ayudaba —sonrió Kira—. Esa forma tuya de parecer… inofensivo. Nadie sospecharía de ti.

Se inclinó ligeramente hacia delante, sin perder el control del tono.

—Aun así… —añadió—, dudamos. Mucho. Tus miedos e inseguridades hacían complicado que aceptaras. Solo cuando Fiodor nos habló de los traumas que arrastrabas lo vimos claro. Si te ofrecíamos la oportunidad de apartar a tu padre, aceptarías.

Tragué saliva.

—¿Por qué lo matasteis? ¿Solo para convencerme?

Durante un segundo, Kira sostuvo la mirada sin moverse.

—No.

Fue una respuesta limpia, sin énfasis.

—Tu padre cumplió su papel. Sirvió a Rusia durante toda su vida. Tuvo un último cometido. Y lo aceptó, sabiendo cuáles eran las consecuencias.

La voz de Kira se desdibujó entre mis pensamientos. Me vi allí otra vez, en la instalación, respirando el olor metálico del aire acondicionado. Recordé cómo intenté resistirme a que lo mataran. Y cómo utilizaron la última paliza a mi madre para acabar de convencerme. Así era el FSB.

Hubo un silencio prolongado.

—Ahora que ya lo sabes todo… —Vólkov se acercó a la cámara y dio por concluidas las explicaciones de Kira—, solo me queda decirte algo: suerte y gloria a la patria.

Se detuvo. Algo cambió en su mirada.

—Y recuerda esto, Ivanov…: no nos falles.

No fue un consejo. Fue una advertencia.

—En Moscú…, tu madre te está esperando.

Sus últimas palabras me golpearon en el estómago. Fue una amenaza clara, como un puño invisible que me obligaba a continuar.

—Vladimir —ordenó Vólkov sin apartar la vista de la cámara—, entrégale el teléfono.

Y en la pantalla, sin un gesto de despedida, la imagen de Vólkov se apagó. El sacerdote abrió de nuevo la maleta, retiró un móvil que había junto al hueco del portátil y me lo tendió.

—Cuando tengas delante el ordenador de a bordo y accedas al H_2O, toma la foto. Al ascender al nivel de transmisión, el terminal la enviará al satélite de forma automática.

42

Sede central de la CIA
Langley, Virginia

El murmullo no surgió de golpe. Fue creciendo a ráfagas breves, contenidas. Algunos repasaban notas, otros miraban hacia la puerta, expectantes. Habían sido convocados sin margen, y eso, en Langley, no era lo habitual.

La CIA no anunciaba las operaciones. Las activaba. Ni familiares, ni parejas, ni amigos podían saber cuándo un agente empezaba una operación, y mucho menos, cuál iba a ser su cometido. La desaparición temporal era parte del trabajo, un silencio asumido que se extendía durante semanas o meses, mientras el mundo seguía girando sin ellos.

La puerta se abrió.

Harrington entró en la sala, sin prisa. Megan lo siguió y cerró la puerta con un gesto seco. No hubo saludos. Se colocaron frente a la unidad. A mi lado.

—La fase de instrucción ha terminado —anunció Harrington.

No levantó la voz. No hizo falta.

—Embarcáis hoy.

Sentí cómo la frase se expandía por la sala con la fuerza de una explosión contenida.

—A partir de este momento —continuó—, vuestra localización y actividad quedan clasificadas. Ni llamadas, ni mensajes, ni comunicaciones externas. A efectos operativos, seguís en fase de entrenamiento.

Megan dio un paso hacia delante.

—Los vehículos están preparados en el nivel menos dos —añadió ella—. Salís hacia Norfolk dentro de diez minutos.

No dijeron nada más. Se retiraron y el silencio se estiró unos segundos hasta que la sala recuperó el pulso.

Di un paso al frente.

—Vamos a salir de Norfolk y nos integraremos en un grupo de tránsito ya activo. No vamos a aparecer como una unidad independiente.

Un analista levantó la mano.

—¿Ruta?

—Atlántico abierto, perfil de navegación encubierto. Silencio acústico desde el momento en que salgamos de la plataforma continental.

Hice una breve pausa antes de continuar.

—A partir de las Azores entraremos en zona de coordinación europea. Nos hará la cobertura un submarino aliado hasta las Canarias.

Otro agente intervino.

—¿Qué tipo de cobertura?

—Disuasiva —contesté—. En la fachada atlántica africana…, Rusia puede tener alguna unidad de menor tamaño.

Mientras iba resolviendo las últimas dudas, me fijé varias veces en Archie. Seguía en su sitio, apoyado ligeramente contra la mesa. No me devolvió la mirada, tenía los ojos fijos en el suelo.

La unidad se puso en pie dispuesta a bajar al segundo sótano de Langley. Archie se levantó el primero y se abrió paso entre sus compañeros con un gesto urgente.

—Archie —lo llamé.

Se detuvo, pero no se giró de inmediato.

—Pensé que… —dijo al fin, mientras se acercaba a mí—, que esto nunca iba a pasar de verdad.

No era un reproche. Era algo parecido al vértigo.

—Podrías haberme dicho algo antes —añadió, más despacio—. En casa, o en el coche. Para… prepararme un poco.

Negué despacio.

—Sabes que no podía —respondí.

Arqueó las cejas.

—Joder —dijo, casi para sí—. ¡Me voy a meter en un puto submarino nuclear!

Se llevó una mano a la nuca.

Me quedé mirándolo un segundo más de lo necesario. Noté una presión incómoda en el pecho, una especie de culpa. Archie estaba allí por mí, y ahora se veía arrastrado a algo que no podía ser más ajeno a él. Una cosa era participar de las sesiones con la unidad. Y otra, meterse en un submarino para cruzar el Atlántico.

—Oye…

Dudé un instante.

—Esto acabará rápido, ¿vale?

No respondió.

—Y luego… —bajé la voz— todo esto cambiará.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Yo no quiero seguir aquí, Archie.

Solo me miró y dijo:

—¿De verdad?

Asentí.

Algo en su gesto se relajó un poco.

—Vamos a terminar con esto. Y a salir de aquí para siempre.

El ascensor que llevaba al sótano se detuvo con un pequeño salto. Las puertas se abrieron frente a un garaje amplio, de techo bajo, donde varios vehículos negros nos esperaban alineados. En menos de un minuto estábamos repartidos. Archie y yo fuimos a parar al último coche, junto a dos buceadores más.

Salimos de Langley a toda velocidad. El conductor tomó rutas secundarias para evitar cualquier seguimiento.

Una hora después apareció el primer control: una barrera discreta que daba paso a un tramo de carretera rodeado de vallas y cámaras. Después vinieron las garitas, los filtros de seguridad y, al fin, soldados armados con fusiles que examinaron cada vehículo como si todos fuéramos sospechosos.

Nuestro conductor bajó la ventanilla y entregó la acreditación. El soldado la examinó unos segundos, nos miró uno por uno y asintió.

—Adelante.

La barrera se levantó.

Entramos en Norfolk, la base naval que la CIA utilizaba para desplegar unidades submarinas. El coche avanzó por una avenida amplia bajo vigilancia constante. A cada lado se levantaban antenas, depósitos de combustible y hangares inmensos con las puertas abiertas.

A medida que avanzábamos, el tráfico disminuyó hasta desaparecer. Al final de la avenida solo quedaban soldados caminando en formación y operarios empujando carros de herramientas.

A lo lejos, entre nubes bajas, vi la silueta recortada de varios buques atracados: fragatas y destructores, estructuras inmensas de acero que parecían desafiar al propio océano.

El coche giró hacia la zona restringida del muelle. Dos patrullas armadas nos escoltaron en cuanto cruzamos la línea de seguridad hasta un hangar alargado, sin ventanas, que parecía construido para soportar un ataque directo. Las puertas corredizas estaban abiertas. Entonces lo vi: el Poseidón.

El submarino ocupaba casi todo el espacio del pabellón, emergido del agua como un animal inmenso. No solo era tecnología: era una amenaza pura, con una geometría perfecta. Sus líneas afiladas habían sido diseñadas para atravesar la oscuridad del océano sin dejar rastro.

En un lateral, una pasarela metálica conectaba el muelle con la escotilla superior abierta. En el otro, cables gruesos y mangueras descendían desde unas estructuras hasta el submarino, como si la criatura gigantesca estuviera recibiendo las últimas bocanadas de aire antes de sumergirse en su entorno natural.

El coche frenó y, durante un instante, nadie supo qué decir. Solo Archie:

—¡Joder! Es aún más grande de lo que imaginaba.

Bajamos del coche en silencio. El suelo del hangar vibraba con un zumbido sordo procedente del muelle, amplificando la tensión que todos sentíamos.

Un grupo de marineros, con uniformes impecables y rostros tensos, nos aguardaba junto a la pasarela metálica.

—Esperen aquí —dijo uno de ellos.

Nos detuvimos. El olor a metal caliente provocaba un ambiente denso, desagradable. Entonces apareció él. El capitán del Poseidón avanzó por el muelle con paso firme y una autoridad silenciosa. Su expresión era la de alguien que había aprendido a convivir con la oscuridad del mar profundo sin perder nunca el control.

Se plantó frente a nosotros.

—Soy el capitán Javier Ferguson —dijo con una voz grave que resonó en el hangar—. Bienvenidos al Poseidón.

Su mirada recorrió la unidad con una precisión quirúrgica.

—Antes de embarcar, quiero que conozcan a parte de la tripulación.

Hizo un gesto y tres oficiales se adelantaron.

—Este es el teniente comandante Harris, oficial de navegación.

El oficial asintió.

—La teniente O'Rourke, jefa de sistemas y control táctico. Y el teniente Parker, oficial de armas y responsable de la seguridad interna.

A continuación, Ferguson se fijó en mí. Lo vi detenerse apenas un segundo, calibrándome, antes de hablar.

—El señor Ivanov —dijo, dirigiéndose a su tripulación— es el enlace de inteligencia y responsable del componente analítico de la operación. A bordo, sus instrucciones en el campo de localización y extracción de las estaciones serán determinantes.

Asentí. Noté cómo varias miradas se desviaban hacia mí. No de desconfianza, sino de expectativa.

Ferguson se giró hacia el equipo.

—Embarcaremos en grupos de cinco. La tripulación ya está preparada.

Se volvió hacia los marineros.

—Procedan.

Entonces se alinearon junto a la pasarela y levantaron el brazo para ordenar el avance del primer grupo. El metal empezó a crujir bajo las botas de quienes empezaron a aproximarse a la escotilla abierta.

La garganta se me tensó. Archie respiraba algo más rápido a mi lado.

—Siguiente grupo —ordenó un marinero.

Era el turno de Archie. Lo vi ajustarse la mochila al hombro, respirar hondo y colocar una bota en el primer escalón de la pasarela. Algo se me encogió por dentro al verlo perderse por la escotilla y ser engullido por la oscuridad del Poseidón.

El siguiente grupo avanzó. Luego otro. Las figuras desaparecían una tras otra, absorbidas por el interior del casco. Entonces, uno de los marineros señaló hacia nosotros.

—Los mandos, adelante.

Caminaron primero el teniente comandante Harris, O'Rourke y luego Parker. Yo avancé detrás de ellos y, por último, Ferguson.

Coloqué la mano en la barandilla de la pasarela. El metal estaba frío, casi helado, y ese contacto me sacudió los nervios de forma inesperada. El Poseidón se elevaba a mi lado, inmenso, y durante un instante tuve la absurda sensación de que me observaba. Que sabía quién era y lo que me disponía a hacer.

Cuando alcancé la boca de la escotilla, me detuve un instante, respirando el aire denso que salía del interior. Asomé la cabeza hacia abajo. El hueco vertical se abría como un cilindro estrecho, iluminado apenas por una luz rojiza. Llegaban desde el fondo voces amortiguadas y el zumbido profundo de los sistemas en funcionamiento. Era como entrar en un organismo vivo.

Comencé a descender la escalera vertical, peldaño a peldaño, sintiendo cómo el metal vibraba bajo mis botas y el olor a aceite y electricidad me envolvía por completo. A mitad del descenso escuché pasos arriba: era Ferguson. El capitán entró tras de mí y puso un pie en el primer peldaño.

—Completo —anunció Ferguson al marinero del muelle, con una calma que contrastaba con el vértigo que yo sentía—. Cierren la escotilla.

El sonido llegó un instante después: el golpe sordo de la escotilla al comenzar a cerrarse. Un chirrido final y luego el bloqueo metálico que retumbó por todo el cilindro. Habíamos quedado sellados dentro del submarino. El descenso, el real e irreversible, acababa de comenzar.

Al bajar el último peldaño, mis botas tocaron el suelo del pasillo central. Era un espacio estrecho y alargado, donde la luz rojiza se mezclaba con el parpadeo intermitente de pequeños indicadores luminosos. El sonido era aún más intenso desde dentro. Un zumbido

grave recorría el casco, transmitiendo vibraciones constantes desde el suelo hasta el techo.

Un suboficial se me acercó.

—Bienvenido a bordo, señor Ivanov —dijo, sin alzar demasiado la voz—. Sígame.

Asentí y avancé tras él.

El pasillo era tan angosto que me obligaba a girar los hombros ligeramente. A cada lado se abrían paneles eléctricos, tuberías aseguradas con abrazaderas y cables gruesos que serpenteaban por el techo y el suelo.

Pasamos junto a varias literas encastradas en las paredes del pasillo: rectángulos mínimos, algunos con cortinillas entreabiertas que dejaban ver las bolsas de equipaje de los miembros de la unidad y de la tripulación.

A medida que avanzábamos por el pasillo central, el aire empezó a cambiar. Una corriente fría se filtró por las paredes metálicas. Y había una razón para aquel descenso brusco de temperatura. A mitad del pasillo pasamos junto a una compuerta de acero reforzado, mucho más gruesa que las anteriores, con una señal amarilla y negra pintada en diagonal. En una placa metálica podía leerse: «Reactor – Acceso restringido».

El corazón nuclear del Poseidón estaba justo al otro lado de aquella puerta, bombeando frío constante para evitar cualquier sobrecalentamiento. Me estremecí al pensar que estaba caminando cerca de un núcleo atómico que podía impulsarnos a miles de metros bajo el océano… o convertirnos en ceniza si algo fallaba.

El suboficial no se detuvo. Continuamos hasta el final del pasillo. Allí, apartado del tránsito principal, se abría un pequeño espacio

semicerrado. Tres camarotes metálicos se alineaban en una pared estrecha, aislados del bullicio del resto del submarino.

El suboficial consultó una carpeta y se detuvo frente al segundo.

—Este es el suyo, señor Ivanov.

Abrió la puerta. El interior era mínimo: una litera estrecha, un armario empotrado y un baño diminuto.

—Lo esperamos dentro de diez minutos en la sala de navegación —añadió—. El capitán quiere que participe en el procedimiento de inmersión.

El suboficial salió y me dejó solo en el camarote. Era un espacio pequeño y frío; pero, al mismo tiempo, un privilegio en un lugar donde la mayoría dormiría entre pasillos y tubos.

Me vino a la cabeza Archie. No lo había visto desde que cruzó la escotilla.

Salí del camarote y avancé por un pasillo lateral, más estrecho todavía, que desembocaba en otra hilera de literas encastradas. Entre dos cortinillas entreabiertas lo vi, inclinado sobre su bolsa.

—Archie —susurré.

Levantó la cabeza de golpe. Tenía los ojos brillantes.

—Luka…, mira esto. —Se echó hacia atrás—. No me entran las piernas. ¡No me entran! Aquí no duro más de tres días… —Sonrió—. Ya pueden aparecer pronto las estaciones esas.

—Ven un segundo —le dije.

—¿Qué pasa? Dime que no la he liado ya…

—¡Ven! —lo interrumpí, con media sonrisa.

Cuando llegamos a la zona de los tres camarotes, me detuve ante la puerta del mío y la abrí. Él asomó la cabeza apenas unos centímetros, como si temiera estar violando un protocolo.

—No jodas… —murmuró, casi para sí.

Lo dejé pasar. Sus ojos recorrieron el espacio con una incredulidad contenida.

—Tengo autorización para asignarte este espacio.

—¿En serio?

—Este es nuestro camarote —respondí, bajando la voz—. Aquí sí que te caben las piernas.

Él dejó la bolsa en el suelo y soltó una risa incrédula, casi infantil.

—Tampoco te relajes —dije, girándome hacia la puerta—. Esto sigue siendo un submarino y una operación de la CIA.

Por un segundo, Archie pareció haberse quedado sin palabras.

—Luego nos vemos. Me esperan en la sala de navegación para la inmersión.

Cerré antes de que pudiera responder.

Encontrar la sala de navegación me llevó más de lo esperado. El Poseidón era peor que un laberinto: pasillos idénticos, escaleras que parecían repetirse y señalética imposible de interpretar. Retrocedí dos veces antes de dar con la escalera correcta, la que conducía a la sección delantera del submarino. Allí, tras una compuerta abierta, dos marineros custodiaban el acceso a la sala.

Entré al corazón operativo del Poseidón, desde donde se definía cada metro de profundidad, cada grado del rumbo y los nudos de velocidad. Ferguson estaba de pie junto al puesto principal de navegación, flanqueado por el teniente comandante Harris y por O’Rourke.

—Ivanov —dijo al verme entrar—, tome posición aquí.

Señaló un pequeño hueco detrás de Harris, desde donde podía ver la pantalla principal: una representación tridimensional del entorno

externo y, en otra ventana, la proyección de la ruta estimada hacia el océano abierto.

—Una vez estabilicemos la inmersión —continuó Ferguson—, quiero que revisemos juntos la ruta inicial de barrido que me envió la CIA.

El intercomunicador emitió un pitido seco.

—Atención a toda la tripulación. Maniobra de salida dentro de treinta segundos.

La luz roja parpadeó una vez. El suelo vibró con más fuerza y las consolas comenzaron a iluminarse con datos en tiempo real.

Ferguson tomó asiento en el puesto de mando.

—Harris, proceda —ordenó.

Y mientras las turbinas del Poseidón despertaban y el casco empezaba a deslizarse hacia la inmensidad del océano, supe que cada metro que descendíamos nos acercaba a algo mucho más oscuro que la profundidad.

43

Miami, Florida

Dos días después, mientras el Poseidón continuaba su aproximación silenciosa a Canarias, otra cuenta atrás había comenzado a miles de kilómetros.

Miami hervía bajo un sol aplastante. Los delegados del Partido Republicano empezaban a llenar la ciudad en la antesala de la votación definitiva. La Convención Nacional Republicana, adelantada de forma excepcional tras semanas de tensión interna y por la necesidad de cerrar filas antes de verano, concentraba allí todo el poder del partido.

En el piso 32 del hotel donde se alojaba su equipo, Mitch Callahan aguardaba frente a un ventanal que daba a la bahía. No veía nada de lo que tenía delante, solo el reflejo tenso de su propia figura sobre el cristal.

La convención empezaba al cabo de unas horas y la suite habilitada como cuartel general del equipo de Mitch era un hervidero: asesores entrando y saliendo, móviles vibrando sin descanso, pantallas con previsiones electorales y listas de delegados indecisos.

Mitch no participaba en nada de eso. Caminaba por la sala con las manos enlazadas a la espalda, como un general recorriendo un frente que podría derrumbarse en cualquier momento.

—Tenemos estimaciones nuevas de Pensilvania —anunció uno de los analistas.

—Más tarde —cortó Mitch sin girarse.

Su atención estaba en otra parte. En una ausencia.

Se acercó a Travis, que hablaba por teléfono en el rincón más apartado de la suite, intentando mantener la voz baja. Mitch alcanzó a escuchar solo un fragmento:

—Sí…, del médico la llevarán directamente al aeropuerto…

Sin pensarlo, Mitch avanzó un poco más hacia su asesor principal.

—¿Dónde coño está? —preguntó.

Travis colgó el teléfono sin terminar la frase.

—Esta mañana la han llevado al médico. Ha tenido… otro episodio.

—Tendría que estar aquí desde anoche —espetó Mitch—. ¡No puedo entrar a la Convención sin mi mujer al lado!

—En cuanto se estabilicen su tensión y los niveles de saturación de oxígeno en sangre, un asistente la subirá a un avión directo a Miami.

El político clavó una mirada helada en su asesor, una advertencia silenciosa que no necesitó acompañarse de palabras.

Minutos después, la comitiva salió del hotel escoltada por un convoy policial. A través de la ventanilla, Miami se abría en avenidas saturadas de tráfico, palmeras interminables y pantallas gigantes que anunciaban la Convención con la misma espectacularidad de un evento deportivo de primer nivel.

En la radio se sucedían los análisis de última hora:

«McDonnell llega con el respaldo sólido del sector moderado…».

«Callahan mantiene ventaja entre conservadores y latinos…».

«El presidente Brown podría influir con una sola aparición…».

Mitch cerró los ojos. El nombre de Brown le quemaba el estómago.

—¿Sabes si el presidente ha llegado ya? —preguntó, sin abrirlos.

—Está entrando en estos momentos —respondió Travis desde el asiento delantero mientras consultaba su teléfono.

A Mitch se le tensó la mandíbula.

Entraron al Miami-Dade Arena a través del túnel subterráneo. Allí, decenas de agentes del servicio secreto se desplazaban entre las puertas blindadas, revisando credenciales y asegurándose de que nadie avanzara sin autorización. Mitch se esforzó en mantener la sonrisa intacta. Aquel despliegue de seguridad solo podía significar que estaba muy cerca de alguien que no le apetecía ver.

De pronto se abrió una puerta lateral y, como si lo hubieran invocado, el presidente, Robert Brown, apareció escoltado por asesores y cámaras. A su lado caminaba Michelle McDonnell, impecable, saludando a los fotógrafos con una seguridad tranquila que a Mitch le resultó insoportable.

Cuando los ojos del presidente se encontraron con los de Callahan, algo en su mirada cambió.

—Mitch —dijo Brown mientras le daba la mano—, qué alegría verte.

—Señor presidente —respondió él, devolviendo el gesto con una sonrisa completamente vacía.

Brown se inclinó hacia su oído mientras las cámaras seguían disparando *flashes.*

—Esta noche acaba tu carrera —susurró—. Ve buscando un trabajo. Y un abogado.

Mitch siguió sonriendo para las fotos. Solo Travis vio cómo uno de los músculos de su cuello se tensaba de forma casi violenta.

—Lo veremos —respondió Mitch, moviendo apenas los labios.

Brown se alejó por el pasillo escoltado por miembros del servicio secreto, con McDonnell caminando a su lado.

En la sala asignada a la campaña de Callahan la tensión estaba disparada. Asesores refrescaban datos, analistas ajustaban predicciones de voto y voluntarios repartían refrescos y barritas que ya nadie consumía. En la pantalla principal, un contador anunciaba:

«Votación dentro de 12 minutos».

Mitch observó la imagen, inmóvil. Todo lo que había hecho durante años —alianzas imposibles, filtraciones interesadas, traiciones y sacrificios— convergían en aquella cuenta atrás.

O ascendía o se desplomaba. Si ganaba la nominación y después las elecciones, tendría lo único que podía blindarlo de verdad: el poder absoluto de la Presidencia, la inmunidad capaz de enterrar cualquier resto que pudiera salir a la superficie. Pero si perdía…, todo se vendría abajo: su carrera, su influencia, el respeto que se había ganado, la imagen pulida que proyectaba, los privilegios, la red de lealtades que lo sostenía… Todo se evaporaría en cuestión de días.

Pensó en Ivanov, en Ben Nely y en tantos otros. En lo que ocurriría si alguna pieza del rompecabezas se movía en la dirección equivocada. En las consecuencias si alguien tiraba del hilo y se descubría todo lo que había hecho para llegar hasta allí.

Mitch tomó aire y se concentró en la batalla final. No había espacio para fallar. No después de haber cruzado tantas líneas.

Fuera, el estadio vibraba con la energía de treinta y cinco mil personas y cientos de periodistas. Cada estado del país llevaba pancartas enormes con sus nombres, ondeándolas como si estuvieran a punto de presentar a un equipo de fútbol.

Las cámaras se movían por las gradas, captando entrevistas improvisadas y midiendo los apoyos de cada candidato.

Tras los emotivos discursos de los líderes del partido y expresidentes republicanos del país, llegó el momento crucial de la Convención: las votaciones. Los presentadores empezaron a preguntar estado por estado a quién otorgaban sus delegados y, al momento, los resultados se proyectaban en una gran pantalla que poblaba el escenario.

—¡Nuevo Hampshire! —anunció el presentador.

Un sector de la grada este rugió con intensidad. Dos de sus representantes se pusieron en pie y se acercaron a los micrófonos.

—El gran estado de Nuevo Hampshire, hogar de generaciones de patriotas americanos, emite sus veintidós votos a favor de… ¡Michelle McDonnell!

Hubo un estallido de aplausos. Mitch no pestañeó. Continuaron Vermont, Massachusetts y Nueva Jersey. Todos para McDonnell.

En la sala de campaña, Travis se inclinó hacia Mitch.

—Es el bloque moderado del noroeste. Lo sabíamos. Nada nuevo.

Mitch seguía clavado en la pantalla.

—¡Virginia!

El nombre de Michelle McDonnell volvió a iluminar el estadio.

Lo superaba en trescientos cuarenta delegados. Mitch apretó el borde de la mesa con los dedos. Los nudillos se le pusieron blancos. Se negaba a aceptar que ella pudiera convertirse en la candidata del partido. Michelle McDonnell no estaba hecha para ocupar el despacho oval. Nunca sería presidenta.

Su equipo de campaña todavía confiaba en que los últimos estados, *a priori* más conservadores, pudieran darle la vuelta al recuento y situarlo en primer lugar. En muchos de ellos regía la regla *winner-take-all,* y un par de victorias podrían dinamitar la ventaja de McDonnell.

Mitch disimulaba los nervios con escaso éxito. El todavía presidente de la Cámara Baja apuraba los últimos minutos rodeado de sus colaboradores, realizando llamadas apresuradas para convencer a los delegados que aún no habían comprometido su voto. Cuando colgó la última, dejó el móvil a un lado y cerró los ojos unos segundos, como si necesitara contener el temblor que amenazaba con delatarlo.

44

Atlántico Norte
Oeste de Canarias
28º15'N, 17º15'W

La sala de preinmersión se encontraba en la cubierta intermedia del Poseidón, integrada en el corredor que conducía a la cámara hiperbárica y al módulo de acceso exterior. Los buceadores ocupaban los bancos abatibles junto a los armarios de equipo, ajustando sus trajes y comprobando los reguladores.

—Buenos días —dije, cruzando el umbral.

Las cabezas se giraron al unísono.

—Quiero que estéis listos para intervenir. Hemos alcanzado el borde del talud insular. A partir de aquí, cualquier anomalía puede estar a escasa profundidad antes de que el fondo caiga en picado.

Uno de los buceadores levantó la vista mientras ajustaba la cremallera.

—¿Cota estimada? —preguntó.

—Entre cuarenta y sesenta metros en las primeras plataformas —respondí—. Es zona operativa para vosotros. Si detectamos algo anómalo, Harris activará los sensores de corto alcance antes de que

salgáis. No quiero a nadie en el agua hasta que tengamos una firma clara.

Salí al pasillo y avancé hacia la sala contigua, donde trabajaba el otro equipo: los que nunca saldrían al agua. Ingenieros, operadores de vehículos remotos y oficiales de navegación de inteligencia se distribuían frente a consolas táctiles y pantallas que mostraban datos en tiempo real y la telemetría de los ROV listos para el despliegue.

Aquellos hombres y mujeres no eran tan visibles como los buceadores, pero eran quienes iban a abrir el camino en la oscuridad. Sabían que, a partir de ciertas cotas, ya no quedaba espacio para los pulmones: solo para máquinas capaces de soportar presiones que destrozarían a un humano en cuestión de segundos.

Un equipo revisaba los últimos parámetros de los ROV y verificaba que cada brazo articulado y los focos de luz funcionaban a la perfección. Si tenían que desplegarlos, el procedimiento debía ejecutarse sin margen de error. Primero, inundarían la cámara de lanzamiento situada bajo la cubierta intermedia hasta igualar la presión exterior. Después, abrirían el compartimento y el vehículo saldría del casco empujado por la inercia y sus propios propulsores silenciosos. Una vez fuera, el ROV descendería siguiendo el vector marcado y su misión sería detectar las estaciones de perforación.

—Quiero a todo el mundo atento a las comunicaciones de la sala de navegación —dije, proyectando la voz.

Un ingeniero giró la silla hacia mí, con las manos aún sobre los controles del ROV principal.

—¿Esperamos contacto inminente?

—Estamos entrando en franja crítica. —Me acerqué a su consola —. Los buceadores serán los primeros en salir, pero podéis ser

requeridos en cualquier momento.

El analista de navegación, Sutter, levantó la vista de su pantalla.

—¿Alguna instrucción para los ROV? —preguntó.

—Mantenedlos en preactivación —respondí—. Y ya sabéis, cuando los despleguemos, quiero protocolo completo: aproximación silenciosa, barrido fotográfico y vídeo en ángulo múltiple. Nada de usar focos sin confirmación.

Sutter asintió.

—Y cuando desde la sala de navegación recibáis la confirmación —continué—, pasad a modo intervención: brazo articulado extendido, trayectoria lenta y estable y que el vehículo intente asegurar la estación y traerla al submarino.

Sutter resopló suavemente mientras una luz parpadeaba en la consola secundaria.

—Acaba de entrar una alerta desde navegación.

No esperé a que dijera nada más.

—Permaneced atentos —dije, girándome hacia la salida.

Crucé el umbral con paso rápido. Al pasar de nuevo por delante de la sala de preinmersión, el movimiento me obligó a mirar de reojo. Mis ojos se clavaron en Archie, completamente enfundado en un traje de buceo, inclinado sobre la pantalla de control. Levantó la mirada un instante y nuestros ojos se cruzaron: un destello fugaz. Pero no me detuve, no podía. Seguí avanzando hacia la sala de navegación.

Cuando entré, el ambiente había cambiado por completo. Allí no había humedad, ni olor a neopreno, ni compañerismo: todo era mucho más frío. Ferguson estaba en su puesto, con la mirada clavada en la pantalla principal, Harris manipulaba la interfaz táctil

del módulo de navegación y O’Rourke revisaba un panel lateral en el que varios indicadores se iluminaban en colores alternos.

El Poseidón navegaba ahora a cincuenta y ocho metros, siguiendo en paralelo la línea submarina de La Palma, con el relieve del talud dibujándose con precisión en los monitores.

—Ivanov —dijo O’Rourke—, hemos detectado una anomalía en banda baja. Aún estamos filtrando el ruido.

—¿Origen? —pregunté.

El oficial señaló la pantalla. Una línea vibraba débilmente en el extremo inferior.

—Indeterminado. Podría ser eco o un pulso mecánico.

Sentí un escalofrío. La mentira funcionaba demasiado bien.

En la pantalla apareció un punto extraño, una discrepancia. Una forma que no encajaba con la simetría del lecho.

—Amplíe —ordenó Ferguson.

La proyección aumentó y el punto adquirió contorno.

—Podría ser roca fracturada —aventuró Harris.

—La firma es irregular —dijo O’Rourke—. No parece natural.

El capitán giró la cabeza hacia mí.

—Ivanov, ¿qué opina?

Tragué saliva.

—La simetría no parece coincidir con la estructura de las estaciones de perforación —respondí despacio—. Pero… no puedo descartarlo. Sugiero verificar con un impulso activo limitado.

Ferguson asintió.

—Harris, test de impulso.

Un pitido breve resonó en la sala. Un pulso acústico se proyectó hacia el objeto. La pantalla vibró con ecos sucesivos.

—Respuesta recibida —dijo O'Rourke—. Comparando…

Los segundos se volvieron interminables. Hasta que, al fin, la ingeniera negó con la cabeza.

—No es una estación. La firma interna no coincide. Probabilidad de origen natural: ochenta por ciento.

Ferguson golpeó suavemente el reposabrazos.

—Descartado. Continuamos.

Inhalé hondo.

Salí de la sala de navegación, dejando dentro la tensión que aún vibraba entre las pantallas. El pasillo desembocaba en un pequeño vestíbulo donde convergían varias secciones del Poseidón. A la izquierda, la sala de navegación. Frente a mí, la escalerilla hacia el departamento de comunicaciones cifradas. Y a la derecha… la puerta más restringida del submarino: la Cámara de Inteligencia de Misión, donde se encontraba el ordenador de a bordo y el material clasificado.

Ahora que por fin sabía qué era el H2O, todo encajaba. Los nodos que contenía, esos puntos críticos del trazado de los cables submarinos, eran zonas que ningún submarino podía rozar ni dañar sin provocar un apagón internacional. Eran coordenadas extremadamente sensibles, tramos que la navegación debía evitar; y por eso se alojaban en el ordenador de a bordo, dentro de la sala más restringida del Poseidón.

Me apoyé discretamente en el panel eléctrico del vestíbulo. Miré el reloj sin pensarlo, y la cifra me golpeó de inmediato. Faltaban dos minutos para las once. Y a cada hora en punto, Parker o un suboficial de seguridad entraban en la Cámara de Inteligencia de Misión para hacer la comprobación del sistema criptográfico.

De pronto oí pasos en el pasillo. Al verlo girar la esquina, su silueta ocupó casi toda la anchura del pasillo. El teniente Parker, oficial de armas y responsable de la seguridad interna. Un hombre alto y corpulento, con los hombros anchos y un gesto siempre petrificado en una mezcla de frialdad y desconfianza.

—Ivanov —dijo con un leve movimiento de cabeza, sin detenerse.

—Teniente —respondí, adoptando un tono neutral.

Parker era exactamente el tipo de hombre del que no convenía llamar la atención. Su autoridad no dependía del uniforme, sino de la percepción de que siempre sabía más de lo que decía.

Cuando llegó a la puerta de la Cámara, me desplacé apenas un palmo, lo suficiente para no interponerme… y para quedar en el punto exacto donde podía captar lo que necesitaba sin llamar la atención.

Parker apoyó la mano en el panel luminoso e introdujo el código con la precisión de quien podría hacerlo con los ojos cerrados. Primero el siete, luego el dos y después el nueve. Pausa mínima. Tres. Uno. Ocho.

El código encajó en mi memoria mientras el indicador pasaba de rojo a verde. La puerta se desbloqueó con un chasquido suave. Parker entró sin mirar atrás, y la Cámara se tragó su figura corpulenta.

Yo me quedé allí, quieto, con el eco de la combinación resonando en mi mente.

De vuelta en la sala de navegación, la tensión seguía allí: el falso positivo había despertado la adrenalina de todos.

—Retomando barrido —anunció Harris.

Las líneas verdes volvieron a desplegarse a ambos lados del Poseidón. El submarino avanzaba ahora a sesenta y dos metros. Las vibraciones del casco eran más profundas.

Apoyé una mano en la barandilla metálica y sentí el pulso del reactor subirme por el brazo. Sabía que debía mantenerme frío, no permitir que mis nervios trascendieran. Pero una idea se aferraba a mi mente con una violencia insoportable: no solo estaba engañando a la CIA, estaba comprometiendo una operación que había costado millones de dólares, que implicaba a personal altamente cualificado de Langley y a un submarino nuclear con una tripulación que confiaba ciegamente en mí.

Había arrastrado a la agencia de inteligencia más poderosa del mundo a la búsqueda de unas estaciones que no existían para conseguir robar un documento clasificado. Si me descubrían, no volvería a ver la luz del sol ni un día más de mi vida.

45

Miami, Florida

Kate se tambaleó mientras cruzaba la pasarela hacia la terminal. Tuvo que sujetarse con fuerza al pasamanos para no caer. El aire no le entraba del todo; cada inspiración se quedaba a medio camino, oprimiéndole el pecho, como si algo dentro de ella se hubiera cerrado.

En cuanto puso un pie en la terminal, un asistente del aeropuerto la reconoció al instante y comenzó a caminar hacia ella.

—Señora Sullivan, por aquí, por favor.

Ella trató de asentir, pero apenas levantó la cabeza. El hombre la condujo a toda prisa hacia un pasillo interno, lejos de la terminal principal. Kate apenas podía seguirlo. Caminaba apoyándose en la pared, notando cómo las piernas dejaban de responderle por momentos.

Salió al exterior por la zona restringida de autoridades y un golpe de calor la recibió junto a la zona de vehículos autorizados. Allí la esperaba un sedán negro con el motor en marcha. Travis, al verla, abrió la puerta precipitadamente y salió casi de un salto del asiento del copiloto.

—Sube, deprisa.

Ni siquiera fingió que estaba preocupado. No había tiempo para ello.

Le abrió la puerta trasera y Kate se dejó caer en el asiento. El coche arrancó de inmediato, incorporándose a una vía de servicio del aeropuerto. Travis hablaba por el manos libres, encadenando instrucciones.

—Sí, ya ha aterrizado… No, maquillaje completo imposible, hacedle un retoque rápido… Sí…, estará con él cuando bajen al escenario, confirmádselo al equipo de realización…

Kate apoyó la cabeza contra el respaldo. Las horas previas habían sido una pesadilla: un nuevo vahído, el médico, la recomendación de reposo absoluto, la discusión por teléfono con Travis…

—Tienes muy mala cara —murmuró al colgar, girándose hacia ella.

Ella no contestó.

El sedán se coló por un túnel de acceso al Miami-Dade Arena. La luz cambió de golpe: del exterior blanquecino al interior oscuro, casi negro. El murmullo del estadio no era solo ruido, era una vibración que parecía subir desde el suelo.

La puerta se abrió y el calor pegajoso del túnel se coló en el habitáculo. Travis volvió a ofrecerle la mano, esta vez más consciente de su debilidad.

—Despacio —dijo, bajando el tono—. Hay un ascensor directo a la planta en la que está el equipo.

Atravesaron un pasillo gris que parecía interminable. A su izquierda, un par de agentes del servicio secreto revisaban

credenciales. A la derecha, una pantalla mostraba el escenario principal, con un plano abierto de las gradas llenas.

En el ascensor, Travis aprovechó los segundos de silencio para lanzar instrucciones.

—Arriba solo queda el núcleo duro. Él ha pedido que saliera todo el mundo. Está… —buscó la palabra adecuada— al límite. Todo se decidirá dentro de media hora. Tú solo quédate cerca.

La puerta del ascensor se abrió sobre una sala rectangular. La llegada de Kate atrajo algunas miradas, pero nadie se apartó de su puesto. Un asesor pedía silencio para seguir la retransmisión de las cadenas nacionales.

Mitch estaba de pie al fondo, inclinado sobre la mesa, clavado en las pantallas. No la vio entrar.

Travis carraspeó.

—Señor…

El político giró la cabeza. Sus ojos tardaron un segundo en enfocarla, como si estuviera volviendo de un lugar muy lejano.

—Kate —dijo, avanzando dos pasos hacia ella.

Le dio un beso rápido en la mejilla, más protocolario que afectuoso, y le lanzó una mirada fugaz que no se detuvo en su palidez ni en las profundas ojeras.

—Gracias por venir —le susurró.

Ella inclinó ligeramente la cabeza, incapaz de reprocharle que ni siquiera le preguntara cómo estaba o se disculpara por haberla obligado a estar allí.

Mitch volvió a mirar las pantallas.

—¿Cómo van? —preguntó Travis, acercándose.

Uno de los asesores señaló los datos.

—Faltan los últimos estados, se está estrechando. Ohio está a punto de cantar. Si lo ganamos, entraremos con opciones reales al tramo final.

La señal cambió a un plano de las gradas donde los delegados agitaban pancartas y sombreros con la bandera del estado.

—¡Gran estado de Ohio! —proclamó el presentador.

La sala enmudeció.

El representante del estado se puso en pie, rodeado de periodistas. Sonreía, consciente de que tenía a toda la nación pendiente.

—El gran estado de Ohio emite sus ciento veintidós delegados a favor del… político que nos ha devuelto la voz en Washington… —Hizo una pausa—: ¡Mitch Callahan!

La sala estalló en aplausos, gritos y puños al aire. Travis exhaló un suspiro cargado de alivio.

—¡Podemos! —exclamó—. ¡Aún podemos!

Kate sintió el estallido de alegría como si llegara desde muy lejos. A su alrededor, los cuerpos se movían, se abrazaban, se chocaban las manos. Ella permaneció inmóvil, con la vista fija en la pantalla, sin prestar atención a cómo las cifras iban cambiando, sumando delegados a la columna de su marido.

—¡Atención, Nevada! —anunció otro de los asesores.

El mapa volvió a cambiar. Kate apoyó la cadera en el borde de la mesa para no perder el equilibrio.

—El estado de Nevada… —resonó la voz del presentador— emite sus delegados para…

—… ¡Mitch Callahan!

La sala se vino abajo. Todos los asesores y voluntarios que habían salido volvieron a entrar. Los gritos fueron aún más estridentes, casi histéricos. En la pantalla, la distancia entre Mitch y su rival se redujo a una cifra ridícula: siete delegados.

—Falta Nueva York —dijo alguien, con la voz quebrada por la tensión—. ¡Todo lo decide Nueva York!

Mitch respiraba de forma ansiosa, el pecho subiendo y bajando a un ritmo taquicárdico.

—En cuanto cante Nueva York, pase lo que pase, bajamos —dijo Travis—. El equipo de realización nos está esperando en el pasillo norte. Mitch, tú sales primero. A la señal del presentador, subís los dos. Kate, quédate a su izquierda y dale un beso en la mejilla cuando piséis el escenario, ¿de acuerdo? —La miró fijamente un segundo—. No te separes de él.

Ella asintió.

En la pantalla, las cámaras enfocaron a la delegación de Nueva York. El zumbido del estadio se coló en la sala. El representante tomó el micrófono, hinchando el pecho.

—¡Es un honor para mí representar al estado que nunca duerme! —tronó, con la voz aumentada por los altavoces—. El estado del sueño americano…

Kate dejó de escuchar el discurso. Las palabras se deshacían en su cabeza mientras la sala entera contenía el aliento.

—… los setenta y dos delegados de Nueva York son para…

Hubo un silencio breve.

—¡Mitch Callahan!

La explosión de alegría fue inmediata. Todo el equipo de campaña saltó, se abrazó y golpeó la mesa. Los asesores empezaron a gritar

«¡Mitch! ¡Mitch! ¡Mitch!». Travis levantó los brazos, incapaz de contener la euforia.

Callahan se quedó un instante con la mirada fija en la pantalla, como si necesitara ver la suma definitiva para creer lo que acababa de pasar. Luego giró la vista hacia el techo, cerró los ojos un segundo, respiró hondo y, al abrirlos, ya llevaba puesta la máscara adecuada. Sonrisa controlada, gesto firme. El candidato que el país esperaba ver.

—Vamos —ordenó—. ¡Ahora!

El movimiento fue inmediato. La sala se reorganizó en cuestión de segundos. Un par de asesores se acercaron a Mitch para ajustarle la chaqueta, acomodarle la corbata y retirarle ligeramente un mechón del flequillo. Otro se dirigió a Kate con un peine y un pincel de maquillaje.

—Tranquila, solo un retoque rápido —susurró, empolvándole las ojeras.

Kate cerró los ojos mientras el pincel recorría su piel.

Un asistente abrió la puerta.

—Vamos. En cuanto el presentador dé paso, los focos se centrarán en la entrada norte.

Mitch se acercó a Kate. No le dijo nada. Solo le ofreció el brazo y ella lo tomó, más por necesidad física que por protocolo. Recorrieron un pasillo estrecho, flanqueado por personal técnico. A medida que se acercaban al extremo del túnel, el ruido del estadio fue creciendo hasta convertirse en un rugido continuo.

En la boca del túnel, un foco lateral los cegó por un segundo. El presentador, desde el escenario, elevó la voz sobre el clamor del público.

—¡Señoras y señores, con todos ustedes, el candidato a la presidencia de Estados Unidos… Mitch Callahan!

Los cañones dispararon confeti rojo, blanco y azul. El estadio se convirtió en una tormenta de papel de colores. Mitch dio un paso al frente, arrastrando con él a Kate. Al instante, todas las cámaras les apuntaron. Las pantallas gigantes del estadio mostraron sus rostros ampliados, que se colaron en todas las televisiones del país y del mundo entero. A cada destello de *flash,* ella sentía que algo dentro de su cráneo se encogía.

El himno empezó a sonar y miles de personas se pusieron en pie. Algunos se llevaron la mano al corazón; otros agitaban banderas, llorando de emoción. Fue entonces cuando Kate sintió la vibración en el interior de su bolso, un temblor insistente contra su costado. Una, dos, tres veces.

El discurso comenzó. Mitch hablaba de sacrificio, de unidad, de reconstruir el país. Las palabras se deslizaban sobre la multitud como una coreografía diseñada para arrastrar aplausos y titulares. El teléfono volvió a vibrar. Esta vez la descarga le recorrió la columna vertebral como un rayo. Sabía perfectamente quién era.

Esperó a que su marido terminara de hablar. En cuanto él se apartó del atril, Kate se deslizó hacia un lateral del escenario, ocultándose tras una pantalla led.

—¿A dónde vas? —susurró uno de los asesores, inclinándose hacia ella.

—Estoy bien —mintió—. Solo necesito un segundo.

Le dio al botón de rellamada.

—¡No tienes vergüenza! —La voz de Mariya explotó al instante.

Un escalofrío le subió por la nuca. El calor de los focos dejó de existir.

—Hola, Mariya… —susurró, bajando la voz—. ¿Podemos hablar en otro momento? Ahora no es…

Se cubrió la boca con la mano libre, consciente de que los objetivos de las cámaras buscaban cualquier mínimo gesto.

—No, Kate. Sé dónde estás y lo que acaba de pasar. Te estoy viendo en el canal internacional. No me mientas más.

Kate cerró los ojos un segundo.

—Por favor… —La garganta le ardía—. Estos días he estado muy mal…

—¡No me mientas! —la cortó Mariya, como un látigo—. Te veo estupenda por televisión.

—Yo… —balbuceó, buscando una salida que no existía—. Solo te pido que hablemos más tarde. Te lo ruego.

Un silencio cargado atravesó la línea.

—El tiempo se acabó, Kate.

La frase cayó como un golpe seco en su pecho. Se inclinó contra el lateral del escenario, respirando compulsivamente.

—Voy a abrir la URL —sentenció Mariya.

—¡No! Si lo haces, te descubrirán. Ellos monitorean…

—Lo siento, Kate —replicó con hartazgo—. No voy a esperar más. Quiero saber la verdad y llegar hasta el final.

Kate se quedó inmóvil. Por un instante pensó en seguir mintiendo. En fabricar otra excusa, otro puente para ganar tiempo. Pero ya no le quedaban fuerzas. Estaba enferma, agotada, rota por dentro.

Inspiró fuerte.

—Mariya… —su voz se quebró—, ya lo hemos visto. Los dos.

Un segundo de silencio absoluto.

—¡¿Qué?! —explotó, atónita—. ¿Y no me has dicho nada?

La respuesta nunca llegó.

Un tirón brusco en el brazo la arrancó de su escondite y la llevó de golpe al centro del escenario. Mitch, aún con la sonrisa perfecta clavada en la cara, la reclamó para bajar juntos del escenario.

Kate, tambaleándose, apenas tuvo tiempo de colgar.

46

Atlántico Norte
Oeste de La Palma
28º35'N, 18º05'W

Llegué agotado al camarote. El zumbido grave del reactor seguía adherido a mis oídos como un eco persistente. La tensión acumulada de la sala de navegación se me había quedado incrustada en los hombros. Y, aun así, al entrar en aquel cubículo mínimo, con apenas espacio para moverse, algo en mí se aflojó; no fue alivio, sino una tregua breve, como si ese camarote fuese, por un momento, el único lugar donde podía bajar la guardia.

Me dejé caer en la cama de abajo. La litera cedió con un leve crujido. Durante unos segundos me quedé inmóvil, con la mirada clavada en la tabla de la cama de arriba, a escasos centímetros de mi cara.

Archie entró. Con él también llegó el olor a neopreno y a horas de nervios acumulados.

—Menudo día… —murmuró en voz baja.

Se llevó una mano al cuello y tiró ligeramente del cierre del traje, separándolo unos centímetros de la piel, buscando el aire. Tenía la camiseta pegada al torso, oscurecida por el sudor.

—¿No podéis dejarme salir a mí a dar una vuelta? —dijo con gracia—. Que ahí arriba está La Palma, joder…, y ese talud cayendo en picado tiene que ser una locura.

Me reí.

—Ríete, ríete…, pero seguro que encontraría esas estaciones antes que todos esos sensores vuestros.

Terminó de bajarse el neopreno hasta la cintura y, con un gesto rápido, se quitó también la camiseta húmeda. Después, se llevó la mano a la espalda y se rascó donde el traje le había dejado la piel marcada.

Se quedó un instante así, quieto, como saboreando el alivio, antes de terminar de quitarse el traje y dejarlo caer al suelo.

Archie se quedó en calzoncillos, sin darle ninguna importancia, como si aquel espacio mínimo no admitiera pudor ni distancia.

Tragué saliva.

Aparté la mirada un segundo…, pero regresé a él casi de inmediato, sin poder evitarlo.

Archie se giró ligeramente y echó un vistazo rápido a la litera.

—Hazme sitio, ¿no? —dijo sin más, con naturalidad.

El corazón me dio un vuelco.

Él no esperó respuesta. Se acercó y apoyó una mano en el borde de la litera, que vibró ligeramente bajo su peso.

Primero metió una pierna, buscando un hueco imposible. Luego la otra. Se inclinó sobre mí lo justo para no golpearme, pero lo suficiente para invadir todo mi espacio.

El calor de su cuerpo me alcanzó antes incluso del contacto.

La litera volvió a crujir cuando intentaba encajar. Los pies le quedaban fuera, colgando, y uno de sus brazos terminó deslizándose

por el lateral.

Entonces, volvió a moverse, esta vez con más decisión. Despacio, se giró hacia mí. Su cuerpo quedó completamente pegado al mío. La piel desnuda apenas cubierta por su ropa interior me rozó sin margen. Su pecho quedó alineado con mi espalda; su respiración, cálida y constante, en mi nuca.

El efecto fue inmediato. Noté cómo el pulso se me disparaba, seco, descompensado.

Nos quedamos así un buen rato, en silencio, sin movernos.

—¿Te acuerdas del primer día? —preguntó, con una voz más suave de lo habitual—. Cuando apareciste en la puerta de mi Volkswagen.

Tuve que girar ligeramente la cabeza sobre la almohada para poder mirarlo, sorprendido por aquel salto al pasado.

—No —mentí, con una sonrisa.

Él dejó escapar una risa breve, que se perdió enseguida en el espacio reducido del camarote.

—Anda ya, seguro que sí.

Noté cómo se movía apenas detrás de mí, lo justo para buscar mi cara.

—Parecías un cachorro asustado preguntándome por las clases. No te salían ni las palabras…

—Venga ya…, no fue para tanto —murmuré.

—¿No? —Se incorporó apoyando su peso en un codo, separándose lo justo para poder mirarme de frente—. ¡Pero si ni siquiera podías mirarme a los ojos!

El movimiento hizo que la litera chirriara apenas, obligándonos a quedarnos quietos un segundo, como si alguien pudiera oírnos

desde fuera.

—Eso no es verdad —intenté defenderme.

Entonces Archie dejó de hablar y, sin previo aviso, me sostuvo la mirada. Fue un desafío directo, provocador. Aguanté todo lo que pude; dos o tres segundos, hasta que la presión de sus ojos sobre los míos me arrancó una risa nerviosa y me obligó a apartar la vista.

Archie se echó hacia atrás, victorioso, dejándose caer otra vez contra mí.

—¿Lo ves? —dijo, con esa sonrisa que sabía exactamente cómo provocarme—. Todavía te pongo tan nervioso como el primer día.

—Qué tonto eres —murmuré, empujándolo con la mano, sin llegar a apartarlo de verdad—. A ti lo que te pasa es que estás demasiado acostumbrado a ser el guapo de la película —solté, buscando recuperar la iniciativa—. A que te miren, te sonrían, se te insinúen…

Su respiración volvió a instalarse en mi nuca, más cerca, como si ya no tuviera la intención de separarse.

Me acerqué un poco y, ridiculizando mi voz, susurré:

—«Qué guapo eres…», «qué bueno estás…», «qué cuerpo tienes…»

Archie se rio.

—La verdad —admitió, frotándose el pelo con un gesto que yo conocía bien— es que sí.

La risa se fue desvaneciendo poco a poco, no de golpe, absorbida por el silencio del camarote, como si algo dentro de él estuviera reubicándose. Su cuerpo dejó de moverse, su respiración se volvió más contenida.

—Me acostumbré al piropo. Me entraban tantas chicas que terminé convirtiendo mi vida en eso —continuó—. Y no te voy a

mentir: durante muchos años me divertí. Mucho.

Su voz no tenía nada de orgullo. Solo verdad.

—Era tan fácil dejarse llevar por todo aquello… —continuó—. Por las miradas, por el tonteo, por esa vida rápida y física que no pide nada a cambio. Todo era sexo, mujeres espectaculares, placer…

Su antebrazo se apoyó un segundo contra mi pecho antes de volver a encontrar el sitio.

—Hasta que todo cambió.

Aguardó unos segundos.

—Un día… me di cuenta. Fue una mierda muy rara. Una diferencia pequeña que, de repente, se empieza a notar mucho.

Respiró hondo.

—Estaba con tías increíbles, de verdad, pero después me quedaba con un vacío en el pecho. Como si ya no lo disfrutara.

Se quedó quieto cuando acabó la frase. Demasiado.

—¿Y… cuándo te diste cuenta? —pregunté con cautela, girándome un poco más.

Tardó unos segundos en responder. No parecía dudar de lo que quería decir, sino de cómo hacerlo.

—Pues creo que cuando apareciste tú.

El corazón me dio un salto brusco. Noté cómo el pulso me golpeaba otra vez, descontrolado, contra esa cercanía que no desaparecía.

—Fue una cosa muy rara, tío —dijo—. No sabría explicártelo con claridad. No hablo del día que nos conocimos, sino después. Cuando empezamos a pasar tiempo juntos, en las clases y demás. Cuando me empezaste a hablar más de ti, de tu vida… No encajabas en

ninguna de mis casillas, me descolocabas por completo, ¿sabes? Y creo que eso es exactamente lo que me enganchó.

Alzó ligeramente la cabeza, buscando mi mirada por encima del hombro.

—Contigo… el tiempo era otra cosa. Era… real. No sé si me explico. El rato que estábamos juntos me llenaba más que tres polvos.

Sonrió apenas, casi incómodo por su propia confesión.

—Yo qué sé, tío. No quiero ponerle nombre a esto. No sé adónde va, ni quiero saberlo. Pero… contigo me va bien.

Se encogió de hombros, como quitándole hierro.

—Me jode un poco decirlo, ¿eh? —añadió, con una media sonrisa —, y no me voy a poner sentimental. Pero te quiero a mi lado, ruso.

El golpe emocional fue tan fuerte que no supe cómo sostenerlo. Me ardió la garganta, me temblaron las manos. Tuve que apretar los dedos contra la sábana para no moverme. Fue la primera vez que sentí que mis sentimientos podían ser correspondidos. La primera vez que algo dentro de mí, algo que llevaba meses paralizado, se permitió creer.

Intenté responderle, decir algo que estuviera a la altura de lo que acababa de escuchar, pero la boca se me quedó seca. Las palabras se me rompían antes de salir.

—Yo… —balbuceé, sintiéndome idiota, como si mi propio cuerpo se negara a obedecerme.

Abrí la boca otra vez, inútilmente.

—Archie, yo… no sé cómo…

No llegué a terminar. De pronto, él me tomó la cara entre las manos con firmeza, obligándome a girarme hacia él del todo en

aquel espacio imposible. Y me besó.

Todo lo demás desapareció.

Me aferré a él sin pensarlo. Su mano en mi mandíbula, caliente, contrastando con el frío de la litera clavada en mi espalda.

No pensé en nada, solo sentía el calor que emanaba de su boca, la fuerza tranquila con la que me sujetaba, el temblor que me subía por el pecho. Ya no había postura, ni espacio, ni límites: solo Archie.

Su mano descendió sin prisa, recorriéndome el costado con una cautela que no le había visto antes. Me estremecí y noté cómo mi cuerpo reaccionaba antes de que pudiera contenerlo.

Sus dedos rozaron la tela de su calzoncillo y, sin detenerse, se deshizo de él, como si fuera un paso más dentro de algo que ya era inevitable.

Tragué saliva.

Noté el cambio enseguida. La cercanía distinta. Mucho más directa. El pulso volvió a dispararse.

—Tranquilo… —murmuró, casi contra mi boca.

No dije nada. Solo dejé que ocurriera.

Sus manos volvieron a mí, más seguras ahora. Se detuvieron en el borde de mi camiseta, tirando suavemente de la tela hacia arriba, invitándome a quitármela. Dudé apenas un instante, pero levanté los brazos para ayudarlo.

Luego bajó la mano hacia mi cintura, deslizando la tela del pantalón. La inseguridad se hizo mucho más fuerte, más difícil de ignorar.

—Hey … —murmuró, acercándose un poco más—. Tranquilo.

Asentí apenas. Y entonces continuó.

Terminó de bajar la tela con cuidado.

Archie se puso encima de mí. Su cuerpo contra el mío, sin barreras, directo. El pudor no desapareció. Se mezcló con algo mucho más fuerte.

Cerré los ojos. Su cuerpo cayó sobre mí con decisión, terminando de encajar. Fue en ese momento cuando el contacto se volvió total.

Solté el aire de golpe. Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza, cediendo al ritmo que él marcaba. Me aferré con fuerza a su espalda, dejándome arrastrar por esa sensación nueva, intensa, que me atravesaba por dentro.

Al principio fue un golpe seco, una presión brusca que me tensó de la cabeza a los pies. Pero no me aparté. Archie tampoco se detuvo. Se movió con una firmeza contenida, como si supiera exactamente hasta dónde podía llegar.

El dolor no desapareció de golpe. Se transformó poco a poco.

Me aferré más a él, buscando ese ritmo, ese punto en el que todo empezaba a encajar sin esfuerzo. Y lo encontré. El dolor ya era placer.

Cerré de nuevo los ojos y me dejé llevar por Archie, por ese movimiento constante que ya no me resultaba ajeno, hasta que la tensión acumulada encontró salida y nuestros cuerpos se desbordaron sin control.

Me quedé encajado contra él, sin soltarlo, con la respiración desordenada chocando contra su cuello. Ninguno de los dos dijo nada. Volvió entonces el murmullo grave del casco, que parecía haber desaparecido.

Al separarnos lo justo para mirarnos, nos sonreímos apenas, sin llegar a romper el momento.

—Abrázame —le pedí.

Me abrazó sin dudar, envolviéndome contra su pecho.

—¿Ya? —bromeó.

—No. Un poco más.

Me apretó.

—¿Y ahora?

—Todavía no.

No sé cuánto tiempo pasamos así, abrazados; escuchando su respiración, lenta y profunda; sintiendo el calor de su pecho todavía pegado al mío. Mi cuerpo seguía descompasado, como si no terminara de volver del todo.

En algún momento me di cuenta de que Archie empezó a quedarse dormido: su abrazo se aflojó un poco, su respiración se volvió más lenta. Tenía esa facilidad extraña para dormirse en cualquier parte, incluso en aquella postura casi imposible.

Durante un buen rato lo observé dormir. Su piel estaba caliente; cada vez que respiraba, rozaba la mía. Un mechón de pelo le caía sobre la frente, moviéndose apenas con su respiración.

Me sentí la persona más afortunada del mundo. Archie Corrigan podía tener a cualquiera a su lado, pero estaba ahí, conmigo. En una litera diminuta, en mitad del océano, a cientos de metros de profundidad.

Guardé aquel momento dentro de mí como se guarda un secreto precioso, porque mirándolo fui consciente de que algo así no ocurre dos veces en la misma vida.

Y fue justo entonces, con esa certeza, cuando llegó de golpe: una presión sutil me atravesó el pecho.

No podía seguir mintiéndole. No después de lo que acababa de pasar.

Cuanto antes concluyera la operación, antes podría recuperar las riendas de mi vida y permitir que aquella ilusión que empezaba a nacer con Archie tuviera una oportunidad. Cada día que pasaba en el submarino tan solo aumentaba las probabilidades de ser descubierto. Las estaciones no aparecerían y tarde o temprano la presión sobre mí se volvería insoportable. No tenía sentido alargar un momento que era inevitable.

Me incorporé despacio y me vestí. Debajo de la litera, escondido dentro de mi bolsa de equipaje, estaba oculto el teléfono que me entregó el sacerdote. Lo saqué con cuidado, comprobando que Archie no se movía, y lo deslicé bajo mi camiseta, sujeto por el cinturón.

Antes de salir volví a fijarme en él. Sin verbalizarlo, y solo dentro de mis pensamientos, le prometí que cuando todo acabara no volvería a mentirle nunca más.

Abrí la puerta del camarote lo justo para que pasara mi cuerpo, sujetando el pestillo para evitar el chasquido. Un hilo de luz roja bañaba las paredes. Avancé despacio, con el corazón acelerado. Cada paso me acercaba un poco más al punto de no retorno.

El silencio era engañoso: el Poseidón nunca estaba en calma. El casco transmitía una vibración continua, grave; una suma del reactor, las bombas hidráulicas y la circulación del agua.

El trayecto hasta la proa era un laberinto de pasillos estrechos y escaleras verticales. En algunos tramos debía avanzar inclinado, rozando con el hombro tuberías y válvulas señalizadas, con las manos apoyadas en las paredes para mantener el equilibrio.

Giré una esquina y casi choqué con un suboficial que salía de un compartimento lateral con una caja de herramientas. El impacto me

heló la sangre.

—Disculpe —murmuró él, sin levantar la vista.

Asentí con un leve gesto y seguí andando, sin acelerar el paso, obligándome a actuar con normalidad, hasta doblar el siguiente recoveco. Cuando me aseguré de que se había alejado, apoyé la espalda contra la pared y esperé a recuperar el pulso.

Seguí avanzando. A cada metro, la tensión aumentaba. Llegué al último tramo de escaleras que conducía a la cubierta superior. Subí peldaño a peldaño, apoyando primero la punta del pie y descargando el peso después para evitar la vibración metálica, sujetando la barandilla con las yemas de los dedos. Arriba, crucé el panel horario y avancé los últimos metros con una sensación asfixiante.

Me detuve en la penumbra del vestíbulo, oculto tras la sombra que proyectaba el panel eléctrico. Desde allí podía ver parcialmente el interior de la sala de navegación a través del cristal. Las pantallas iluminaban la estancia recortando las siluetas de tres hombres. No estaba Ferguson. En su lugar había un oficial de navegación y dos asistentes. Los tres estaban de espaldas a la puerta. Uno de ellos se inclinó hacia la consola y tecleó algo. Bastaba con que cualquiera girara la cabeza para que me descubrieran.

Apoyé un instante la espalda contra el metal frío del vestíbulo. Cerré los ojos, contuve el aire y, cuando lo solté, tuve la certeza de que no podía seguir dudando. Había llegado demasiado lejos para volver atrás. Me deslicé pegado a la pared, procurando que ni mis pasos ni mi sombra quebraran la quietud del pasillo.

Crucé el vestíbulo en cinco segundos que se desplegaron dentro de mí como una eternidad. Cuando alcancé la puerta de la Cámara

de Inteligencia de Misión, mis manos estaban frías, entumecidas. El panel de acceso esperaba un código: el patrón que había memorizado el día anterior. Introduje la secuencia. El lector permaneció en silencio, evaluando. Una luz ámbar parpadeó una vez. Luego otra. Durante un instante temí que se activara el registro de accesos.

Al fin, el indicador pasó de rojo a verde y la puerta se abrió con un susurro amortiguado.

La Cámara era más pequeña de lo que imaginaba. Un cubículo iluminado por un panel que derramaba una luz azulada. El aire era más frío, mantenido artificialmente para preservar los sistemas electrónicos. A un lado, armarios blindados guardaban los módulos criptográficos sellados. En el centro, elevado sobre una estructura semicircular, se encontraba el ordenador de a bordo, el corazón operativo del Poseidón.

Me acerqué y las teclas se iluminaron al detectar mi proximidad. Apoyé las manos en el borde metálico, respiré hondo y activé el sistema. Introduje mis credenciales de la CIA. El acceso se validó con un pitido casi inaudible. Al instante se desplegó la capa superficial de navegación: rutas seguras, batimetrías, nodos acústicos y restricciones de maniobra. Pero no era eso lo que buscaba. Desplacé el cursor hacia un submenú bajo la etiqueta «Rutas de Exclusión». Al seleccionarlo, la pantalla no se abrió. En su lugar apareció un mensaje breve, parpadeante: «MDC requerido».

El corazón me dio un vuelco. Miré instintivamente hacia la puerta. Los Mission Day Codes no eran contraseñas personales: eran claves operativas que cambiaban cada veinticuatro horas. Miré el reloj del terminal: día 4 de misión. Hora Zulu: 03.12.

Recordé el protocolo. No era una fórmula simple, sino una secuencia basada en rotaciones horarias. En Langley me habían enseñado una aproximación para simulaciones: día de misión multiplicado por el intervalo horario, dividido por la constante de navegación interna y redondeado al valor par más próximo.

Tecleé la cifra resultante antes de que la inseguridad me paralizara.

El sistema se detuvo. Un segundo. Dos. La pantalla titiló… y se abrió.

El Atlántico se desplegó ante mí, surcado por líneas luminosas. Diez nodos brillaban en la oscuridad abisal.

Sentí un vértigo súbito, como si la sala se hubiera encogido. Tuve que apoyar una mano en el borde metálico para no perder el equilibrio. Era eso. Las diez coordenadas que Rusia necesitaba para desconectar a Estados Unidos de Europa. Tenía delante el H_2O.

Mi mano derecha buscó en el interior de mi camiseta. Saqué el terminal y abrí la cámara. En ese momento, un golpe leve, casi un roce, tocó la puerta desde el exterior. No fue un crujido del Poseidón. Había alguien allí.

Me quedé inmóvil. Un hilo de luz se coló bajo la puerta y empezó a deslizarse por la sala. El haz avanzó despacio sobre el suelo, barriendo la oscuridad, centímetro a centímetro.

Sentí los pulmones arder. La luz de la linterna se detuvo a un palmo de mis pies. Pude ver el polvo suspendido en el aire atravesado por aquel resplandor. Un segundo más y me descubriría.

Pero la luz retrocedió. El guardia dio un paso atrás. El sonido de sus botas se alejó.

Me quedé inmóvil, por si regresaba. Pasaron varios segundos. Entonces, saqué de nuevo el teléfono y encuadré la pantalla. El enfoque tardó unos instantes en ajustarse, hasta que los diez puntos y sus coordenadas aparecieron nítidos, brillantes.

Bastaba con hacer una foto para que todo acabara. En cuanto el Poseidón ascendiera a una cota suficiente para transmitir datos, el terminal enviaría la imagen a la inteligencia rusa. Yo no tendría que hacer nada más. Una sola foto para que dos continentes se hundieran en la oscuridad.

Apreté el terminal entre los dedos, sintiendo el frío metálico en mi piel. Entonces, justo antes de pulsar el botón circular, una pregunta me interpeló con una dureza insoportable: ¿qué ocurriría después? No en términos estratégicos ni geopolíticos, sino en la vida real, en la de la gente común. Millones de personas atrapadas en la oscuridad digital más absoluta. Negocios quebrados, sistemas colapsados. Padres que no podrían transferir dinero a sus hijos, abuelos aislados sin poder avisar a nadie, pacientes con historiales y tratamientos desconectados de servidores al otro lado del océano. Y luego, lo peor: Estados Unidos señalando a Moscú y la posibilidad demasiado real de una guerra mundial.

Una imagen se abrió paso en mi mente sin pedir permiso: era yo, con cinco años, sentado en el suelo de la cocina; mi madre cortándome una manzana con delicadeza. Luego llegó Archie, riendo en la playa, con las olas estallando detrás. Después apareció Patricia, saludándome desde la puerta del supermercado de Malibú. Todos ellos, anónimos, como millones más, eran los que iban a pagar el precio de decisiones tomadas por gente sin escrúpulos en

despachos a puerta cerrada. Y en ese instante lo supe: no podía hacerlo. No iba a hacerlo.

La cámara seguía abierta, a la espera. Los diez nodos brillaban con fuerza, inmutables, preparados para ser capturados. Mi mano tembló. Tomé aire, buscando una valentía que nunca había tenido, y bajé el terminal. Lo guardé de nuevo, como si estuviera devolviendo algo peligroso a un lugar donde ya no pudiera hacer daño, y tecleé la secuencia de salida.

Cuando el monitor se cubrió de negro, en mi reflejo vi a un hombre agotado y asustado, pero también a alguien que ya no se escondía de sí mismo.

Entré en el camarote sin hacer ruido. Archie seguía acurrucado de lado, con el brazo extendido hacia mi sitio, como si hubiera sentido mi ausencia incluso entre sueños. Me deslicé bajo la manta con cuidado, sin despertarlo, y su cuerpo cálido encajó instintivamente con el mío. Su respiración, lenta y profunda, me recordó que, al menos allí dentro, el mundo no estaba a punto de romperse.

Rusia descubriría muy pronto que había renunciado a la operación, y eso tendría consecuencias para mí. Pero no sentí miedo. Había pasado demasiado tiempo bajo la sombra de un país que convertía la lealtad en una cadena, y por primera vez pude inhalar profundo sin sentir peso en el pecho. Si tenía que pasar el resto de mis días escondiéndome, lo haría. Pero por fin había algo que quedaba fuera de su alcance: la decisión de no convertirme en uno de ellos.

Miré a Archie. Me pregunté cómo era posible que alguien como él hubiera llegado a mi vida y que, además, me hubiera llenado el corazón justo la noche en la que más necesitaba sentir que no estaba solo.

Apoyé la frente en su cabeza y algo se alineó dentro de mí: a partir de ese momento quería vivir, no sobrevivir. Cerré los ojos. Y por primera vez en mi vida adulta, me rendí al sueño sin miedo.

47

Washington D. C.

Los primeros rayos de sol empezaban a deslizarse sobre Washington. Aquel martes el cielo estaba limpio, un espejismo que no anticipaba la tormenta política y mediática que estaba a punto de desencadenarse. El negro de la noche retrocedía con lentitud, dejando a su paso un tapiz de naranjas y dorados que acariciaban los rascacielos, el Potomac y la cúpula del Capitolio. Fue un instante frágil, el único momento de calma que la ciudad tendría ese día.

Lejos de aquel amanecer impecable, una redacción trabajaba contrarreloj afinando la exclusiva que iba a sacudir la capital norteamericana.

Amanda Brent, periodista estrella de US News, entró en el despacho de Paul Lohan con el pulso acelerado y los labios apretados. Conteniendo el temblor de las manos, cerró la puerta tras de sí.

El presidente de la cadena, millonario e inaccesible, no frecuentaba la redacción desde hacía años. Y nunca, jamás, a una hora así. Aquella madrugada, sin embargo, su presencia era imprescindible.

—Paul… —su voz tembló antes de que pudiera controlar el tono—, esto es demasiado. ¿Seguro que…?

—Sí —la interrumpió él—. Esto no es una apuesta, Amanda. Es un deber. Si alguien debe contar esto somos nosotros. Con precisión, con rigor… y con la convicción de que estamos haciendo lo correcto.

El presidente de US News, consciente de la gravedad de la información, intentaba calmar a la periodista, pero sus gestos lo traicionaban: las manos inquietas, la mirada esquiva, la respiración irregular…

—¿Lo han revisado los abogados? —preguntó ella.

—Sí. Luz verde.

Amanda no pareció aliviada.

—¿Y están preparados para las consecuencias? Washington va a arder…

Paul apoyó las manos en la mesa, inclinándose ligeramente hacia ella.

—Es posible que arda, sí —respondió—. Pero publicar verdades incómodas es precisamente la razón de ser de esta cadena.

—¿Y… si nos equivocamos?

Él negó despacio con la cabeza.

—Prefiero asumir las consecuencias de contarlo que la vergüenza de callarlo.

Amanda bajó la mirada a los papeles.

—Tranquila. Estamos en el lado correcto de la historia. Vas a dar la exclusiva de tu vida, la revelación más importante de las últimas décadas.

Ella respiró hondo, como si necesitara que esas palabras la sostuvieran.

Un pitido suave llamó su atención: el reloj digital de la pared había cambiado de minuto. Faltaban doce para el directo.

La periodista comenzó a caminar por el despacho, revisando frases, subrayando nombres, ajustando el tono. Paul la dejó concentrarse, consciente de que estaba a punto de enfrentarse al momento más difícil de su carrera.

Once minutos.

Amanda dejó los folios sobre la mesa un segundo y se frotó la frente con gesto lento, intentando aliviar la presión que amenazaba con desbordarla.

La puerta se abrió de golpe. Era el asistente de producción.

—Amanda…, faltan diez minutos. A maquillaje. Ahora.

El aire pareció comprimirse.

Recogió los papeles con firmeza. Antes de salir, apoyó una mano en el escritorio de Paul, cerró los ojos un instante y murmuró:

—Estoy lista.

En la sala de maquillaje, tres personas retocaban su rostro y su cabello con la destreza de quien trabaja contra el reloj del directo. Amanda seguía repasando los documentos con una velocidad febril, devorando datos, fechas y nombres.

Por un segundo, pensó en los implicados en aquellos párrafos. Se los imaginó dormidos, o desayunando. Ajenos a que su vida estaba a punto de desmoronarse.

Respiró hondo y se armó de valor. La nación tenía que saberlo.

Un regidor irrumpió sin llamar, con la cara descompuesta.

—¡Dos minutos!

Amanda se levantó de golpe y lo siguió por los pasillos, corriendo, esquivando cables, cámaras y técnicos.

El set del programa había cambiado por completo: sin tertulianos, sin sofás. Solo un taburete alto sobre fondo oscuro. Y todos los focos cerrados sobre el centro.

Se sentó con una pierna extendida y la otra flexionada. La respiración en la garganta.

—¡Cinco segundos!

Se tocó el pelo. Tragó saliva. Se obligó a no mirar nada fuera de plano.

El silencio previo al directo se volvió casi insoportable. Y entonces, se encendió la luz roja.

Amanda comprendió que ya no había vuelta atrás y que, al final de aquel programa, Estados Unidos ya no sería el mismo.

—¡Buenos días, América! —comenzó—. Como ya habrán notado, hoy *Good Morning DC* ha cambiado por completo su aspecto habitual. No están mis compañeros ni hay mesa de análisis.

Tomó aire.

—Y si estoy aquí, sola, en primer plano, es porque hoy, 24 de mayo, voy a revelar una información que va a remover los cimientos de este país.

Su voz salió firme, mucho más de lo que esperaba. Con cada palabra, los nervios iban desapareciendo.

—Ayer, a última hora de la tarde, esta cadena recibió un testimonio verificado. Una información contrastada que demuestra que la corrupción sigue infiltrada en las instituciones más sensibles de nuestra democracia. Y que hay políticos dispuestos a anteponer su ambición e intereses a la seguridad nacional del país.

Amanda inspiró con calma, asentó el cuerpo y continuó:

—Una periodista rusa, cuya identidad no podemos desvelar por motivos de seguridad, decidió ayer poner punto final a una gran farsa.

Hubo un breve silencio. Amanda alzó la mirada y clavó los ojos en el objetivo.

—Este país tiene un agente doble infiltrado en la CIA. Se llama Luka Ivanov.

Un faldón rojo irrumpió en pantalla.

URGENTE | LUKA IVANOV, AGENTE DOBLE RUSO INFILTRADO EN LA CIA

—Ivanov fingió desertar y buscar asilo en Estados Unidos. A cambio, ofreció información sensible rusa a la CIA sobre una supuesta operación que iba a arrasar la costa este de nuestro país.

Amanda tomó aire.

—Y lo peor —continuó— es que dos ciudadanos americanos han conocido esta información durante semanas… y han optado por ocultarla.

Se inclinó ligeramente hacia delante.

—Estas dos personas no son dos civiles anónimos. Se trata de Mitch Callahan, quien hace apenas unas horas ha sido nominado como candidato republicano a la presidencia, y su esposa, la afamada periodista Kate Sullivan.

Un murmullo recorrió el estudio. Técnicos, regidores y personal de producción se llevaron la mano a la boca. Otros entraban desde pasillos laterales, incapaces de mantenerse alejados de lo que estaba ocurriendo.

Amanda apretó los papeles entre las manos.

—El matrimonio ocultó esta infiltración rusa para proteger su campaña, sus aspiraciones y su propio relato. Porque Callahan había convencido al país de que la captación de Ivanov era su gran triunfo frente a Rusia. Fue el éxito que lo hizo despuntar en las encuestas en un momento en el que Estados Unidos ansiaba volver a sentirse fuerte en el plano internacional.

La periodista guardó silencio unos instantes, para que el mensaje pesara.

—Por culpa de su falta de escrúpulos, este país ha tenido a un agente doble ruso moviéndose libremente dentro de la CIA y accediendo a información clasificada que compromete seriamente la seguridad nacional.

Dejó transcurrir unos segundos.

—Información clasificada que iba a ser utilizada por Rusia para atentar, esta vez de verdad, contra nuestro país.

El murmullo que recorrió el plató fue tan intenso que se filtró por los micrófonos y se coló en la emisión.

—Señoras y señores…, Estados Unidos está en peligro por una traición doble: la de un impostor ruso y la de un candidato presidencial y su esposa sin escrúpulos.

En Georgetown, en una casa colonial de ladrillo rojo que dominaba una de las calles más exclusivas del barrio, la pareja discutía a gritos. La fachada, solemne e impecable, parecía blindarlo todo, pero algún eco desgarrado conseguía deslizarse hacia la calle, suficiente

para que más de un viandante apartara la mirada y apresurara el paso.

—¡¡Te lo dije!! —bramó Kate, con los ojos clavados en la televisión —. ¡¡Te lo dije, Mitch!!

Intentó abrir el frasco de ansiolíticos, pero las manos le temblaban tanto que apenas podía girar la tapa.

—No solo has destrozado tu carrera… —Su voz se quebró—. ¡Has destrozado mi vida!

Mitch, en pijama, parecía una sombra de sí mismo. La pantalla, detrás de Kate, lo mostraba con gesto solemne, posando tras la nominación…, y ahora, pocas horas después de regresar de Miami, era un hombre a punto de derrumbarse.

—Kate…, por favor —balbuceó—. Tranquilízate. Voy a llamar a Michael Harrington. Necesitamos un plan de contención.

Ella se volvió hacia él como si no pudiera creer lo que escuchaba.

—¿Plan de contención? —escupió—. ¡Lo que necesitas es un abogado!

—¡He dicho que te tranquilices! —gritó él, perdiendo el control—. ¡Estás loca!

Kate parpadeó, incrédula, como si la palabra le hubiera atravesado la piel.

—¿Loca? —susurró, con los labios temblando—. ¡¿Loca?!

Su voz subió de golpe, quebrada.

—¡Tú me has vuelto loca! ¡Tú me has arrastrado a este infierno!

Mitch apretó los puños.

—¡No grites! —Dio un paso hacia ella y quedaron demasiado cerca —. No vuelvas a levantarme la voz.

Ella guardó silencio. Por primera vez, le tuvo miedo de verdad.

—No tienen pruebas —dijo, modulando la voz con una suavidad que la aterrorizó todavía más—. No pueden…

—¡Lo tienen todo! —lo interrumpió ella—. ¡Nos están acusando de traición en todas las cadenas!

Mitch dio un paso atrás como si alguien lo hubiera empujado. Su respiración empezó a acelerarse.

—Esto no es real… —susurró con los ojos muy abiertos—. No puede serlo…

La sangre le subió a la cara. Su mandíbula tembló.

—¡Es una persecución! —estalló—. ¡Una maldita farsa montada por Brown para acabar conmigo! ¿Qué pruebas tienen? ¡¿Una periodista rusa resentida?! ¡¿El testimonio de su hermano reprimido?!

Mitch perdió por completo el control. Comenzó a arrojar platos, copas y cualquier objeto que alcanzaba con la mano. El estallido de los cristales reverberó por toda la casa, y en cuestión de segundos el suelo de la cocina quedó transformado en un mar de vidrios afiliados. Las pantuflas del político no resistieron. Las esquirlas las atravesaron como si fueran papel, y cuando dio un paso, un hilo de sangre brotó entre sus dedos y se deslizó por la tela.

Kate retrocedió hasta la pared.

—¡Mitch, basta! —gritó—. ¡Basta, por favor!

Pero él estaba fuera de sí, preso de una furia desesperada.

—¡Es mentira! —rugió, acercándose a ella—. ¡Todo es mentira! ¡No voy a dejar que me destruyan!

Mitch, al fin, jadeante, se apoyó en la encimera con los talones empapados en sangre. Fue entonces cuando sonó el timbre.

Los dos se miraron, tensos.

—No abras —ordenó él—. Es la prensa.

El timbre volvió a sonar, con más insistencia. Kate avanzó despacio hacia el pasillo, sorteando las esquirlas de cristal que cubrían el suelo.

—¡He dicho que no abras!

Ella no respondió. Apoyó una mano en el marco de la puerta para mantener el equilibrio y acercó el ojo a la mirilla. Y en cuanto vio lo que había al otro lado, algo en su interior se desplomó.

Durante varios segundos, Kate se quedó inmóvil, con la respiración suspendida, comprendiendo que todo había llegado a su fin. Que ya no había refugio donde esconderse. Entonces, bajó la mirada, tomó aire… y abrió la puerta.

En el rellano, al menos diez agentes del FBI, con chalecos antibalas y armas cortas desenfundadas, la observaban. Detrás de ellos, un despliegue de vehículos policiales inundaba la calle. Vecinos y curiosos se agolpaban en las aceras. Y justo en aquel instante, un vehículo de ANN News frenó en seco frente a la casa, salpicado por las luces azules de los coches de policía.

—¿Es usted Kate Sullivan?

—Sí —respondió con la voz apagada.

—¿Se encuentra el señor Callahan en la vivienda?

Ella asintió.

La comitiva la siguió pasillo adentro. Cuando los agentes entraron en la cocina, se encontraron con una escena desoladora: el candidato republicano a la presidencia, en pijama, con los pies ensangrentados y rodeado de cristales rotos y porcelana destrozada. Despojado de todo, sin una sola capa del poder que lo había blindado durante años.

—¿Mitch Callahan?

Él no dijo nada.

—Señor y señora Callahan: quedan detenidos por un presunto delito de alta traición al Estado. Tienen derecho a permanecer en silencio…

Mientras el agente recitaba los derechos, otro se situó detrás de Kate y le tomó los antebrazos. El clic metálico de las esposas fue frío, la piel le ardió al instante. Y, sin embargo, Kate sintió algo parecido a la paz: un alivio extraño. Como si todo el peso acumulado desde hacía meses empezara a desprenderse de su cuerpo.

Frente a ella, Mitch también fue esposado. Sus miradas se encontraron por primera vez en mucho tiempo sin un solo reproche de por medio. Dos vidas fracturadas, rodeadas por un mar de cristales rotos.

Los agentes registraron la casa a fondo mientras el matrimonio permanecía custodiado en la cocina. Abrieron cajones y archivos, rebuscaron estanterías y hasta en la basura. Y tras casi tres horas de registro exhaustivo, una agente encontró en el despacho lo que buscaba: una servilleta arrugada, con letras y números escritos a mano en tinta azul. La prueba de cargo que vinculaba definitivamente al matrimonio.

La pareja fue empujada hacia el exterior. Cuando cruzaron el umbral del porche, el estallido los golpeó de lleno: *flashes* que los cegaban, reporteros vociferando sus nombres y micrófonos apuntándoles. Pero lo peor no fue la prensa. Fueron los vecinos: empresarios, congresistas, jueces…, toda la élite de Georgetown observándolos desde los jardines y balcones, testigos silenciosos de una caída que, en aquel barrio, dolía más que las esposas.

Los agentes los condujeron hasta una furgoneta blindada del FBI. La puerta lateral se abrió y, sin delicadeza, los empujaron dentro.

El vehículo arrancó de inmediato. Kate apoyó la cabeza en la pared del furgón y, en ese instante, lo vio: Mitch, con las muñecas esposadas sobre el regazo, llorando en silencio, con los labios temblorosos.

Ella no sintió pena. Solo la certeza de que había estado casada con un monstruo disfrazado de patriota. Y de que, por fin, iba a poder descansar.

48

Atlántico Norte
Talud occidental de La Palma
28º35'N, 18º20'W

El Poseidón avanzaba en silencio, sumergido en la oscuridad más absoluta. A noventa y ocho metros de profundidad, la negrura era tan densa que parecía absorber el tiempo. En la sala de navegación, el resplandor de los indicadores flotaba sobre el rostro inmóvil de Ferguson.

El capitán repasaba los mapas batimétricos con una mezcla de fastidio y pesimismo. Aquella zona era un corredor estrecho entre tráfico de plataformas, rutas de pesca y pliegues abruptos del talud volcánico, un sitio perfecto para ocultar algo que quisiera pasar desapercibido. Las pantallas mostraban el relieve submarino como un paisaje de claros y sombras. Pero no había ni un solo indicio. Ningún retorno anómalo, ninguna firma irregular, ningún eco que rompiera la monotonía acústica del fondo. Ni rastro de las estaciones rusas.

De pronto, un pitido agudo rompió la quietud. Harris levantó la vista.

—Capitán, mensaje entrante. Nivel de prioridad uno.

Ferguson se inclinó con rapidez sobre la consola. El mensaje llevaba el sello del Centro de Mando Atlántico:

«Poseidón, ascienda profundidad de mástil. Transmisión urgente del alto mando. Clasificación: nivel uno».

Ferguson parpadeó, incrédulo. Nivel uno.

La luz verdosa del monitor le tiñó el rostro mientras una oleada de adrenalina le tensaba los hombros. En treinta años al mando de submarinos nucleares, jamás había recibido una orden con ese nivel de prioridad. Aquella maniobra, en mitad de una operación clasificada, solo podía significar una cosa: algo extremadamente grave acababa de ocurrir.

—Oficial, rumbo cero nueve cero. Ascenso controlado, diez metros por minuto. Profundidad objetivo: veinte metros —ordenó con voz firme.

El Poseidón comenzó a elevarse de forma precisa. El cambio de inclinación alteró ligeramente el rumor del casco, como si el océano gruñera alrededor del submarino. La tripulación de guardia intercambió miradas inquietas; aquel cambio brusco de maniobra era cualquier cosa menos rutinario.

El comandante observaba los datos de ascenso en el monitor. En su mente se agolpaban hipótesis: un ataque, una amenaza masiva, un sabotaje en alguna instalación aliada… Aquello no era un simple reajuste operativo. Estaba ocurriendo algo muy grave. El mensaje lo conminaba a preparar una comunicación satelital con el alto mando, lo que solo podía significar una urgencia de nivel estratégico.

—Cota cincuenta metros…, cuarenta…, treinta… —informó el oficial de navegación pasados unos minutos.

Ferguson no apartó la mirada.

—Reduzcan la velocidad. Mantengan firma mínima.

—Sí, señor.

El Poseidón se deslizó los últimos metros con una suavidad casi irreal, como si dudara antes de rozar la superficie. Por último, se detuvo.

—Profundidad de mástil alcanzada —dijo el oficial de navegación.

—Procedan al despliegue —ordenó Ferguson.

El mecanismo hidráulico empezó a vibrar. El mástil de comunicaciones se elevó desde el casco y, en su extremo, la antena satelital emergió hasta asomar unos centímetros por encima de la superficie del agua.

En la sala de comunicaciones, los indicadores pasaron de rojo a verde.

—Enlace satelital disponible. Canal seguro listo para transmisión.

Ferguson se colocó los auriculares sintiendo el peso de la responsabilidad asentarse sobre sus hombros como una carga física. Podía oír su propia respiración amplificada mientras esperaba el enlace.

—Aquí Poseidón —dijo, intentando mantener la voz firme—. Adelante.

Una voz grave y distorsionada por el canal cifrado irrumpió como un golpe seco:

—Capitán, ¿me recibe? Aquí el alto mando del Atlántico. Mantenga profundidad de mástil y posición. Verificación de canal.

Ferguson tragó saliva.

—Canal verificado. Proceda.

Tras un breve silencio, la voz regresó, más grave aún.

—Escuche con atención. Lo que voy a comunicarle queda bajo clasificación código uno.

Ferguson sintió cómo el pulso se le aceleraba. Sus dedos se tensaron alrededor de la consola.

—Adelante.

El capitán no volvió a intervenir. Se limitó a escuchar, inmóvil, mientras la voz del alto mando desgranaba las instrucciones con frialdad.

Cuando la transmisión llegó a su fin, el capitán permaneció unos segundos completamente quieto, con los ojos abiertos de par en par, como si el tiempo se hubiera detenido alrededor de él.

Las últimas palabras resonaban aún en sus oídos, amortiguadas por el canal cifrado:

—Repito: protocolo de seguridad activado.

Poco a poco la tensión empezó a aflojarse en sus dedos, aún aferrados a los auriculares, pero no en su rostro.

—Llamen al teniente Parker. Inmediatamente.

En la sala nadie hizo preguntas.

En cuestión de minutos, el oficial de armas cruzó la puerta de la sala de navegación con el semblante pétreo que lo caracterizaba y se plantó frente al capitán. Ferguson le explicó la situación sin rodeos.

Parker escuchó sin pestañear, procesando cada dato con una fría eficiencia. Cuando el capitán terminó, asintió una sola vez.

—Entendido, señor. Me encargaré personalmente.

Salió al pasillo y avanzó con paso firme hasta detenerse frente al camarote. Apoyó la mano en la compuerta y percibió la vibración

tenue del casco bajo sus dedos. El ocular óptico solo devolvió oscuridad: nadie a la vista desde el ángulo limitado de la mirilla.

Sin perder tiempo, sacó la tableta táctica de la funda. Deslizó el pulgar, accedió al módulo ambiental y seleccionó el camarote. El gráfico tardó un segundo en cargar. La curva de CO2 mostraba un patrón estable, regular, propio de una única respiración profunda y constante: solo había una persona dentro y estaba dormida.

Mientras valoraba las opciones, el oficial percibió unos pasos lejanos en el pasillo. Alzó la cabeza justo cuando la silueta emergió de la oscuridad y se hizo visible.

—¡Quieto ahí! —ordenó.

Archie se detuvo en seco, desconcertado.

—¿Qué… qué ocurre? —preguntó, sin entender el tono.

Parker avanzó hasta quedar frente a él, con los hombros tensos.

—¿De dónde vienes? —preguntó sin parpadear.

—De la zona de literas —respondió Archie, tragando saliva.

El silencio que siguió fue espeso. Parker lo observó como si cada gesto fuera una pieza de un rompecabezas peligroso. Luego lo tomó del brazo con firmeza y lo obligó a mirarlo.

Archie palideció.

—Camina —ordenó Parker.

Lo escoltó por el pasillo sujeto del brazo, con los dedos clavados en el músculo. Al entrar en la sala de navegación, Ferguson lo esperaba de pie, apoyado en la consola.

—Siéntate —ordenó.

No levantó la voz. No le hizo falta. Archie obedeció, con el corazón martilleándole las costillas. No entendía qué estaba pasando.

Ferguson no habló de inmediato. Lo observó durante unos segundos, calibrando cada gesto, cada respiración.

—¿Cuándo lo supiste?

Archie frunció el ceño, descolocado.

—¿El qué?

El capitán endureció más la mirada.

—No juegues conmigo —dijo al fin—. ¿Cuándo empezaste a colaborar con él?

El surfero negó con la cabeza, cada vez más tenso.

—No… no entiendo de qué me habla.

Ferguson dio un paso al frente. La distancia entre ambos se redujo al mínimo.

—¡No me mientas! ¡Es un agente doble y tú lo sabías!

—No… no puede ser… —balbuceó cuando empezó a entender.

—¡¿Qué quería de la CIA?! ¡¿Qué ha entregado a Rusia?! —escupió, con la mandíbula rígida—. O hablas o acabarás igual que él.

Archie volvió a negar con la cabeza, desesperado, intentando encajar lo que escuchaba, con la imagen que tenía de Luka resquebrajándose de golpe en su cabeza.

—Lo juro…, no sabía nada de esto. Nunca pensé que Luka pudiera hacer algo así.

Ferguson lo observó en silencio durante varios segundos. Fue una mirada larga, clínica. Al final habló con una dureza que no admitía réplica:

—Escúchame bien. Vas a volver al camarote. Y vas a seguir cada una de mis instrucciones al pie de la letra. ¿Entendido?

Archie tragó saliva.

—Sí.

49

Atlántico Norte
Oeste de Canarias
28º05'N, 18º20'W

Durante unos segundos me quedé inmóvil, con la mirada fija en la litera, todavía atrapado en esa frontera borrosa entre el sueño y la vigilia. Cerré los ojos de nuevo, intentando comprobar si era real, si había pasado de verdad.

Mi cuerpo respondió antes que mi cabeza. La piel, la respiración, la forma en que aún notaba el peso de algo muy reciente…, demasiado presente como para ser un sueño. Tragué saliva y me incorporé un poco, como si cambiar de postura pudiera aclarar esa sensación que aún no sabía identificar.

Me llevé una mano a la cara y me la froté despacio El aire me salió en forma de risa breve, incrédula. No lo había soñado.

Me dejé caer hacia atrás y me estiré en la litera, sonriendo sin poder evitarlo, mientras una felicidad infantil me recorría el cuerpo de arriba abajo. Todo me vino de nuevo: cómo me sujetó la cara, el beso, su respiración contra la mía, su cuerpo encajado a mi espalda… y la forma en que dejé de resistirme y de poner límites a todo. Cómo acabamos cruzando ese punto sin retorno perdiéndonos

el uno en el otro. Allí, tumbado, solo podía pensar en que la vida, por fin, se había puesto de mi lado.

Archie no estaba. Supuse que habría salido a dar una vuelta por el submarino. A veces lo hacía cuando se agobiaba: bajaba a la sala de preinmersión a charlar con los buceadores o se dejaba caer por la zona de literas.

Me puse la camiseta y me lavé la cara en el pequeño lavabo metálico. Luego levanté la mirada hacia el espejo. Mis ojos aún tenían el brillo de la noche anterior, un brillo imposible de disimular.

Me sostuve la mirada unos segundos. Sentí que ya no quedaba nada que esconder. No después de la noche anterior. Ahora que había renunciado a la operación, por fin estaba preparado.

Sentí un nudo breve en el estómago. No sabía cómo iba a reaccionar Archie. Le había mentido desde el primer día, pero ya no estaba dispuesto a seguir haciéndolo ni un minuto más.

Escuché entonces el sonido de unos pasos en el pasillo.

Archie entró despacio. Dejó la puerta entreabierta, como si dudara de estar en el lugar correcto. Tenía el rostro tenso y los ojos enrojecidos. Me miró un momento y después bajó la vista. Había algo en su forma de moverse que no reconocí.

Cerró la puerta con cuidado y durante unos segundos no se movió. Se limitó a quedarse de pie, mirando al suelo. Luego alzó la vista.

—Tenemos que hablar —dijo.

La frase me heló. No solo por las palabras, también por el modo en que las pronunció: sin esa ironía que siempre lo acompañaba.

—¿Pasa algo? —pregunté.

Él negó con la cabeza, pero el gesto fue demasiado rápido, casi defensivo.

Antes de que empezara, me adelanté:

—Archie, espera. Antes de que digas nada…, necesito contarte algo.

Él no respondió. Me sostuvo unos segundos la mirada y, sin esperar su conformidad, tomé aire y me lancé.

—Hace mucho que debí hacerlo —continué—, pero no he tenido el valor suficiente para ello.

Archie asintió despacio.

—Soy… soy la persona que has conocido. Soy el Luka de anoche. No he fingido mis gestos, ni mis miedos, ni mucho menos lo que siento cuando estoy contigo. Pero…

Tuve que hacer una pausa.

—Hay algo de mí que no conoces… Algo que te he ocultado demasiado tiempo.

—Luka… —murmuró—, ¿qué pasa?

Respiré hondo antes de responder.

—Tú me has enseñado a valorar las cosas que de verdad importan, a no esconderme detrás del miedo…

Archie se sentó en la litera y se pasó una mano por el pelo, sin dejar de mirarme.

—Te he ocultado parte de mi vida y de mis intenciones en Estados Unidos —dije con voz baja, temblorosa—. No por desconfianza. Estaba atrapado.

Lo miré a los ojos. Por un momento quise echarme atrás, pero ya no podía.

—Hace poco más de un año acepté algo que me cambió drásticamente la vida —susurré—. Me propusieron…

Me detuve otra vez para buscar el valor necesario. Archie seguía callado. Solo el ruido del mar contra el casco acompañaba mi voz.

—Sabes que mi padre nos maltrató a mi madre y a mí. Me robó la infancia y la adolescencia. Me llenó de traumas e inseguridades.

La expresión de su rostro se quedó suspendida, como si sus pensamientos no pudieran ponerse en orden.

—Los servicios de inteligencia rusos me ofrecieron… acabar con tanto dolor.

Tardó en reaccionar. Hizo el gesto de decir algo, pero se lo impedí.

—Y acepté. Acepté porque era la única forma de que mi madre recuperara su vida y de que yo pudiera ser feliz. Pero al hacerlo me puse en sus manos.

—Luka…

—Archie —susurré—, no digas nada todavía, por favor.

Asintió.

—Desde entonces he vivido una gran mentira, siguiendo órdenes de unas personas sin escrúpulos que, muerto mi padre, se convirtieron en los dueños de mi vida. Vine a Estados Unidos para infiltrarme en la CIA como agente encubierto. Engañé a todo el mundo. También a ti.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Le relaté qué era el H2O y para qué lo quería Rusia.

—Pero no lo hice, Archie. No pude hacerlo —sollocé—. Anoche, con el terminal en la mano, pensé en ti, en mi madre. Y decidí renunciar. Pensé en todo el daño que podría causar a gente inocente. En las consecuencias…

Él me miró con impaciencia, como si no pudiera aguantar más callado.

—Tenía que decírtelo, Archie. Te mentí sobre mi vida y mis intenciones, pero nunca lo hice con mis sentimientos.

Bajé la mirada un instante.

—Te quiero.

La palabra se me quedó suspendida un instante en los labios.

—Contigo soy feliz, Archie —continué—. Me has cambiado. Me has enseñado una forma de vivir que no conocía…

Se me escapó un suspiro prolongado. Mi interior empezó a reubicarse después de haberse desprendido de una losa inmensa.

—Quiero empezar de cero. Si tú quieres…, podríamos hacerlo juntos. Escondernos, marcharnos lejos. Una playa distinta cada noche.

Él no dijo nada.

—No me digas que no te gustaría —intenté bromear—. Los dos viviendo en la autocaravana, buceando, pintando atardeceres, aprendiendo ruso…

Intenté hacerle sonreír, pero no lo logré.

Archie tragó saliva. Lo noté contrariado, con el gesto extraño. Pasaron varios segundos en los que pensé que él no iba a perdonarme. Que tenía un corazón demasiado puro para perdonar algo así.

Entonces habló. Su voz salió suave, rota:

—Luka…, si yo hubiera tenido un padre como el tuyo, habría hecho lo mismo.

Me quedé mirándolo, intentando entender si aquello era un perdón o solo una forma de sostenerse. Y lo abracé, con lágrimas

contenidas. Pero el alivio duró un segundo. En sus ojos había algo más. Una inquietud que no sabía cómo interpretar.

—Yo… —murmuró, tomando mis manos— también tengo que decirte algo.

—Dime —contesté tranquilo, liberado por fin de la mentira.

—Yo tampoco te he dicho toda la verdad.

Sentí una punzada en el pecho.

—Cuando llegaste a Malibú —empezó, sin mirarme—, yo te estaba esperando.

Fruncí el ceño. Él respiró hondo.

—Me convencieron para… acercarme a ti.

—¿Quiénes? ¿Para hacer… qué?

No respondió enseguida.

—Me pidieron que me ganara tu confianza.

Tardé unos segundos en entenderlo. El zumbido del submarino pareció detenerse.

—¿Te… pidieron? —repetí, casi sin voz.

Él asintió, con los ojos empañados, y entonces lo entendí.

—Me chantajearon con mi ADN, Luka. No tuve escapatoria. Querían saber si eras un agente doble, si pretendías engañarles… Te hice las preguntas que me pidieron, coloqué micrófonos y cámaras en tu casa…

Tuvo que parar. Se llevó una mano al rostro.

—A mí me parecía todo absurdo —continuó—. Cuando te conocí solo vi en ti bondad y ternura. La forma en que me mirabas cuando hablabas de tu madre, la forma en que callabas cuando algo te dolía… Pero ellos…

Su voz se quebró del todo.

—Lo siento, Luka —sollozó.

Sentí en él la misma culpa con la que yo cargaba. Ninguno de los dos saldría indemne de todo aquello; y, aun así, seguíamos allí, aferrados a lo único que quedaba entre tanta mentira: la verdad de habernos querido.

Hizo una pausa, y a continuación añadió en un susurro:

—Todo fue real. Todo lo que vivimos fue real. —Se emocionó—. Más real que nada de lo que he tenido hasta ahora.

Me cogió la mano.

—¿Sabes por qué volví a la CIA? ¿Por qué volví a meterme en ese sitio que me revuelve el estómago? Por ti. Porque no podía soportar la idea de no volver a verte.

Sus palabras me llegaron al corazón. Me quedé quieto, mirándolo. No encontré rabia ni reproche. Solo la certeza de que los dos habíamos vivido dentro de una mentira cruzada. Una hermosa mentira que nos había permitido encontrarnos en el camino.

Di un paso hacia él y lo abracé. Fue un abrazo hondo, de esos que no buscan consuelo, sino aferrarse a algo que aún se sostiene. Apoyé la cabeza en su hombro y durante un segundo creí que todo era posible: que podríamos empezar de nuevo, desprendernos de las redes que nos atrapaban y escapar de todas las culpas.

—Ya está —susurré—. Se acabaron las mentiras.

Él cerró los ojos. Asintió apenas, con los labios apretados, y su cuerpo se ablandó en mis brazos. Quise quedarme así, quieto, respirando el olor de su piel, pero noté que él seguía atrapado.

Me aparté un poco, lo justo para verle la cara. Tenía los ojos húmedos y la mirada perdida.

—Archie… —murmuré, acariciándole la mejilla.

Él intentó sonreír, pero la sonrisa se deshizo antes de nacer.

—¿Qué pasa?

Negó con la cabeza, rápido.

Volví a acercarme, esta vez con más cuidado, como si temiera romper algo. Lo abracé de nuevo, más fuerte, y su cuerpo se tensó un instante. Fue un gesto mínimo, casi imperceptible. Pero bastó. En ese temblor supe que la calma era solo un espejismo.

Tragó saliva, respiró hondo y volvió a mirar hacia la puerta, como si esperara que alguien entrara.

—Archie… —insistí, con voz suave—, ¿qué pasa?

Levantó la cabeza despacio. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Luka…

Una lágrima resbaló por su mejilla. Luego otra. Y otra. La cara se le inundó de tristeza.

—Yo también te quiero —dijo, con la voz rota.

Me quedé quieto.

—Tienes…

Se detuvo. Vi cómo buscaba las palabras y no las encontraba. Los peores presagios se instalaron en mi mente.

—Tienes que saber que…

Entonces lo supe. Un instante antes de que lo verbalizara. Allí, en un camarote, en un submarino nuclear, con la persona de la que me había enamorado.

—Te han descubierto. —Archie explotó—. Lo saben todo, Luka. Me lo acaban de decir. Me han pedido que no me separe de ti para evitar…

Dudó un segundo. No pudo acabar la frase.

El silencio que siguió fue absoluto. Ni el rumor del mar, ni el zumbido del camarote. Solo nosotros dos, y la certeza de que el mundo acababa de detenerse.

—Escúchame —dijo entre lágrimas—. Vamos a contarles la verdad. Tienes que decirles que renunciaste, que decidiste no hacerlo.

Me cogió las manos y se las llevó hasta su cara para secarse las lágrimas.

—Luka, ahora tienes que ser fuerte —suplicó—. Cuéntales todo lo que me has contado a mí. Diles que cuando averiguaste qué era el H_2O renunciaste a la operación. ¡Has renunciado! ¡Tienen que saberlo!

—Archie…

—¡Cuéntaselo todo! —insistió, sin dejar de llorar.

Bajé la mirada. La humedad de sus lágrimas aún permanecía entre nuestros dedos entrelazados.

—Yo te voy a ayudar —continuó—. Testificaré a tu favor. Declararé bajo juramento que renunciaste a todo antes de saber que te habían descubierto. Sabrán que elegiste hacer el bien, Luka…

—Archie…

Empecé a retroceder de espaldas buscando la litera.

—Escúchame bien —dije al fin, con una calma que me sorprendió —. Tienes que prometerme algo. Cuando salgas de aquí…, irás a Moscú. A casa de mi madre.

—¡No! —sollozó.

—Dile que todo lo hice por ella. Que todo esto… —se me quebró la voz— ha sido el precio. Dile que la quiero. Que me perdone.

—Luka, para.

—Cuéntale todo lo que hemos vivido. Lo feliz que he sido contigo.

—¡Luka! No voy a ir a Moscú sin ti.

Me senté en la cama.

—Cuéntale lo bonito que ha sido…

Se arrodilló ante mí y me cogió las manos. Yo me esforcé en continuar. No quería dejarme nada.

—Lo mucho que me has cambiado…

—¿Qué estás diciendo? —Su voz ya era puro miedo.

Bajé la mirada. Levanté con cuidado la lengüeta de la bota.

—Eres la mejor persona que he conocido en mi vida.

No lo miré al decirlo.

—Gracias por haberme dejado estar a tu lado.

Con el dedo índice la rocé, casi acariciándola.

—Luka, me estás asustando.

La cápsula se desprendió sobre la yema de mi dedo y me puse en pie. Lo agarré de la mano para que se levantara conmigo.

—Te quiero. Para siempre.

Apenas pronuncié las palabras, algo dentro de mí se quebró. Una urgencia íntima me atravesó por completo: necesitaba un último instante de luz antes de la oscuridad que sabía inevitable.

Lo atraje hacia mí con suavidad. Cerré los ojos y nuestros labios se encontraron. El beso fue lento, como si el destino nos empujara a no soltarnos todavía. Me permití creer que podría quedarme ahí para siempre, junto al calor de su boca, pero ya había empezado a irme, y sabía que tenía que irme del todo.

Me separé apenas unos centímetros y me llevé la cápsula mortal a la boca. El borde frío golpeó mi lengua.

—Este país nunca me perdonaría lo que he hecho —murmuré—. Te quiero.

—¡¡¡NO!!! —rugió él, con una desesperación que me atravesó como un puñal.

Antes de que pudiera morder la cápsula, Archie me agarró la cabeza con ambas manos y me besó con una urgencia feroz. Sentí su boca invadiendo la mía, su lengua hurgando dentro de mí con una determinación casi dolorosa, como si pudiera arrancarme la muerte de dentro.

Insistió, desesperado, empujando la lengua contra mi boca, hasta chocar con ella. Se detuvo apenas un instante y, al volver a entrar, aspiró la cápsula hacia sus labios con un gesto brusco.

Archie se apartó jadeando y la escupió de inmediato en el suelo. La cápsula rodó hasta detenerse junto a la litera.

Entonces, la puerta del camarote se abrió de golpe. El estruendo metálico retumbó en las paredes. Cinco hombres irrumpieron armados: Parker al frente, los agentes detrás, apuntándonos.

—¡Al suelo! —bramó el oficial de armas.

Archie apenas alcanzó a retroceder cuando me empujaron. Caí de rodillas, un golpe seco me cruzó la cara y una patada casi me parte la espalda. Oí mi propio gemido, el aire escapando de mis pulmones. Una mano me inmovilizó por la nuca mientras otra me arrancaba la camisa con un tirón brusco.

Archie gritó, desesperado.

—¡Dejadlo!

Lo apartaron de un empujón que lo lanzó contra la litera.

Cerré los ojos de puro terror. Uno de los agentes rebuscó en mi bolsa hasta encontrar el terminal; otro se acercó por detrás y me

obligó a levantar la cabeza. Oí el sonido del velcro y, antes siquiera de entenderlo, la capucha negra descendió sobre mi rostro. Al instante: oscuridad, olor a plástico y mi respiración atrapada dentro de aquella tela áspera.

Me sujetaron por los brazos y me empujaron hacia delante. No veía nada. Solo escuchaba mis propios pasos arrastrados. Y en mi mente, como un latido, la orden de Kira: «Muere antes de caer en sus manos».

Ya era demasiado tarde.

50

Alexandria, Virginia

—Acusado, en pie —ordenó el agente judicial.

No pude hacerlo. No fue rebeldía ni dignidad. Mis rodillas cedieron antes incluso de intentarlo y un latigazo me atravesó la espalda.

Dos guardias me sujetaron: uno por el codo, otro por el antebrazo. Tiraron de mi cuerpo inerte hasta ponerlo en pie, clavando las botas en el suelo encerado de la sala del tribunal.

El juez levantó la vista desde el estrado. Tenía los ojos firmes e impenetrables, sin un atisbo de duda. Activó el micrófono y un chasquido seco rasgó el silencio. Entonces, mi corazón me golpeó el pecho con una desesperación animal.

Un segundo antes de enfrentarme a mi destino, busqué el único rostro que aún podía sostenerme. Giré la cabeza lo justo para llegar a la última fila y lo vi. Archie estaba encogido, con los dedos entrelazados, como si rezara a un dios en el que no creía. Me miró con lágrimas en los ojos. Y yo le regalé lo único que me quedaba: la promesa muda de que resistiría por él hasta el último segundo.

—El jurado ha acordado un veredicto —anunció el juez.

Inclinó ligeramente la cabeza dando paso al presidente del jurado, que se puso en pie. Tenía el aspecto gris de un burócrata sin

sentimientos: corbata azul, ojos hundidos y la indiferencia de quien no distingue entre vidas y expedientes.

Volví a mirar a Archie. Solo a él. Me aferré a su presencia como el que hunde las uñas en un tablón en mitad de un naufragio.

El presidente del jurado se acercó al micrófono y sacó los papeles de la carpeta. El miedo me perforó el estómago con una punzada seca. Sentí un hormigueo en los dedos, un frío que me subía por la columna. Era el instante anterior al impacto, cuando ya sabes que no hay forma de evitarlo.

Carraspeó.

—En el asunto Estados Unidos contra Luka Ivanov, número de causa… —la voz del presidente se perdió entre una letanía de cifras —, este jurado, deliberando en la Corte de Distrito de Estados Unidos para el Distrito de Virginia, declara al ciudadano ruso Luka Ivanov…

Hizo una pausa. El papel crujió y mi garganta también.

—Respecto del cargo primero, conspiración para cometer espionaje en violación de la Ley…

La sala entera contuvo el aliento. Nadie se movió, ni siquiera los guardias. El presidente levantó la mirada, buscó mis ojos, y entonces lo escuché:

—… culpable.

El golpe me atravesó el pecho como un mazo. Sentí un vértigo inmediato, como si el suelo hubiera cedido un centímetro bajo mis pies.

De reojo vi un movimiento en la primera fila. Michael Harrington y Megan Foster intercambiaron una mirada breve. No había celebración en sus rostros, solo una aprobación silenciosa.

Aquel era el cargo más probable, pero no era el peor.

El presidente del jurado volvió a clavar la vista en los papeles. Pasó otra página. El roce de la hoja en el micrófono retumbó en mi cabeza.

—Respecto del cargo segundo, intento de recopilación y entrega de información clasificada a un gobierno extranjero…

El presidente del jurado tomó aire y levantó la mirada…

—… culpable.

Un murmullo recorrió la sala. Mis piernas se aflojaron. Sentí que, si los guardias soltaban un solo dedo, me desplomaría allí mismo.

El presidente pasó a la última página.

—Respecto del cargo tercero, sabotaje y tentativa de dañar instalaciones y sistemas críticos de comunicaciones afectos a la defensa nacional…

Se detuvo un segundo.

—… culpable.

El murmullo se transformó en una oleada de susurros y respiraciones entrecortadas. El juez golpeó el mazo reclamando orden, pero el sonido se perdió entre el alboroto que se había adueñado de la sala.

—A la vista de los veredictos de culpabilidad y de las circunstancias agravantes determinadas unánimemente por el jurado, y probada la intención de causar un daño catastrófico a la seguridad nacional…

Sentí cómo la sangre me descendía al estómago.

—… este tribunal condena al acusado, Luka Ivanov, a la pena capital.

La sala estalló. Voces superpuestas, gritos, un banco arrastrándose contra el suelo. El mazo del juez golpeó una y otra vez, impotente ante aquel barullo.

Escuché aplausos.

Mi cuerpo reaccionó con un temblor que no pude controlar.

—La ejecución se llevará a cabo, tras los trámites legales oportunos, mediante inyección letal en la Penitenciaría de Terre Haute, en el estado de Indiana —continuó el juez, con una neutralidad que helaba—. La fecha de la ejecución será determinada conforme al procedimiento establecido. El acusado será trasladado de inmediato a la unidad especial de condenados a muerte, bajo custodia del Servicio de Alguaciles del U.S. Marshals Service.

No escuché nada más. Solo un grito. Uno solo, que desgarró la sala como un disparo. Era Archie.

—¡¡¡Luka!!!

Su silueta apareció ante mí desdibujada, como si fuera a derrumbarse de un segundo a otro: manos en la boca, los ojos abiertos, al borde del desmayo.

El grito se descompuso en fragmentos. El mundo se volvió borroso; primero los bordes, luego el centro. Intenté respirar, pero el aire no entró. Sentí mis piernas ceder, el suelo alejarse.

Unas manos me sujetaron, pero ya no pude responder.

Solo pensé en él, en Archie. Y en cómo se había roto su voz al pronunciar mi nombre. Después, todo desapareció.

Volví desde el fondo. No sabía cuánto tiempo había estado allí, ni siquiera si de verdad había vuelto. Intenté abrir los ojos del todo y

no pude. Me pesaba cada pestaña como si hubiera pasado semanas llorando sin parar.

—Luka…

La voz llegaba desde un túnel, en un eco que tardé en reconocer.

—Luka, mírame…, por favor.

Hice un esfuerzo torpe. Mi cabeza apenas respondió. En cuanto conseguí girarla un poco, las imágenes se mezclaron en un borrón blanquecino. Distinguí dos figuras: una muy cerca, arrodillada ante mí; la otra quieta, unos pasos más atrás.

La figura más próxima se inclinó y sentí una mano temblorosa apartarme el pelo de la frente. Reconocí el gesto antes que el rostro.

—Luka… —sollozó Archie—, estoy aquí.

Parpadeé. Estaba cerca, noté el calor de su respiración en mi mejilla. Detrás, la otra silueta permanecía rígida, sin acercarse.

Archie volvió a acariciarme el pelo con delicadeza.

—Tranquilo… —susurró con la voz quebrada.

—¿Dónde…? —Intenté hablar—. ¿Dónde… estamos?

—En el Correccional Federal de Riverside, la unidad anexa a los juzgados de Alexandria. Te trajeron aquí tras… el veredicto —contestó el hombre de detrás.

Era mi abogado.

Y entonces volvió el miedo. Uno nuevo, que me vació por dentro y me dejó solo con la certeza de que iban a matarme. Una aguja. Un líquido que entraría despacio y lo apagaría todo.

Pensé en eso: en el instante en que la sangre dejara de empujar, en el vacío de después. Y sufrí por ellos. Por mi madre y por Archie. Ella no lo soportaría. Recordé el olor a jabón en su ropa, la forma en que me decía de pequeño que todo iba a salir bien. Quise volver a

ser niño y creerla. Quise cerrar los ojos y, en su regazo, volver a escuchar su promesa.

Ella me dolía más que la muerte misma. Y él también. Lo miré y pensé en lo injusto que era que el destino nos separara para siempre, justo ahora que empezaba a entender lo que era amar sin miedo.

Pensando en ellos, el miedo volvió a cambiar de forma. No era miedo a morir: era miedo a dejar de existir en sus recuerdos. A convertirme en alguien que duele.

—Lo siento —dijo el abogado, sacándome de mis pensamientos.

Archie negó con la cabeza, como si se resistiera a admitir lo que estaba a punto de pasar.

—Lo siento, Luka —repitió mi abogado—. Presentamos todos los atenuantes posibles. La campaña fue enorme, el apoyo también…

Archie sollozó. Se secó las mejillas con el dorso de la mano, incapaz de aceptar mi destino.

Los seis meses anteriores me habían deshecho por dentro. En cuanto bajé del submarino, esposado, el FBI se hizo cargo de mí. Me trasladaron primero a Mount Weather y después a una celda subterránea de Quantico, la unidad destinada a los terroristas más peligrosos.

Allí empezó el despiece. Conté todo lo que sabía. Desde el principio hasta el final. Les hablé de mi padre y de la verdadera razón por la que acabé ingresando en el FSB. Confesé todo lo que sabía del H_2O, de cómo Rusia planeaba provocar una catástrofe sin precedentes. Pero no sirvió de nada.

Me sometieron a lo que ellos llamaban técnicas reforzadas de interrogatorio. No eran golpes. Era mucho peor: frío extremo,

privación del sueño, luces blancas encendidas sin descanso, música militar en medio de la noche, horas esposado en posiciones imposibles, agua derramada en mi garganta para provocar asfixia…

Casi me matan. Llegué a suplicarlo. Tuvieron que parar porque estaba tan débil que ni siquiera podía ponerme en pie. Solo gateaba. Pero las preguntas no cesaron: nombres de agentes encubiertos, patentes del dron suicida, métodos de infiltración…

Yo solo podía repetir la verdad, una y otra vez, hasta que se volvió un murmullo roto: «No lo sé. No lo sé. No lo sé…».

Pero no me creían. Perdí veinte kilos en pocas semanas. Mis brazos parecían de otra persona, mis piernas temblaban incluso al estar sentado.

Y mientras yo me deshacía, Archie movía el mundo. Organizó una campaña que nadie esperaba. Reunió casi doscientos mil dólares. Publicó vídeos, dio entrevistas en todos los canales, fundó una asociación en mi nombre.

Influencers, columnistas y *hashtags* con millones de visualizaciones contaban mi historia. Incluso *The Witz Post* dedicó una portada completa al caso. Pero la Fiscalía había olido sangre desde el primer día. Construyeron un relato perfecto, puro veneno político: la amenaza apocalíptica que estuve a punto de desencadenar.

Nos defendimos como pudimos. Presentamos testimonios de tripulantes del Poseidón, de agentes de la CIA que declararon que nunca me vieron cometer nada sospechoso. Mi abogado explicó, una y otra vez, que fui yo quien detuvo la operación rusa en el último segundo. Que, sin mi intervención, el mundo estaría hoy más cerca de una guerra imposible de medir.

Pero todo fue inútil.

La puerta se abrió con un silbido leve. Dos guardias entraron con gesto agrio.

—Cinco minutos —dijo uno, sin mirarme.

El abogado carraspeó.

—Luka…, ¿recuerdas…?

—Sí —respondí, sorprendiéndome de la serenidad de mi voz, como si otro hablase por mí—. Supongo que ha llegado el momento.

—Te van a trasladar al corredor.

Asentí. Pedí con la mirada lo que mi voz no sabía pedir.

—¿Podemos…? —preguntó el abogado—. Solo será un minuto.

Los guardias se miraron. Uno encogió los hombros. El otro miró el reloj.

—Un minuto.

Salieron y me quedé solo con Archie.

Él lloraba sin parar. Yo me concentré en el presente. No quería perderme nada. Quería recordar cada gesto, cada olor, cada mirada.

Le tomé las manos entre las mías y le acaricié los nudillos.

—Escúchame —dije, inexplicablemente sereno.

—No. —Negó con la cabeza—. ¡No, no, no! —gritó, abrazándome.

—En el fondo… —lo interrumpí, con suavidad—, no me arrepiento de nada. Si pudiera volver atrás, caminaría de nuevo hacia el FSB sin dudarlo. Prefiero mil veces este final antes que una vida entera sin conocer la felicidad ni el amor.

Archie negó una y otra vez, desesperado, como si pudiera impedir que el tiempo siguiera su curso.

—Todo ha merecido la pena solo por ti.

Él me apretó las manos, desesperado. Era incapaz de dejar de llorar ni de pronunciar una sola palabra.

—Archie…, no quiero recordarte así —dije, deslizando mis manos por sus mejillas.

Él levantó la cara.

—¿Sabes cuándo supe que estaba perdido? —le pregunté.

Me miró extrañado.

—El primer día. Cuando te vi salir de tu Volkswagen, despeinado y sin camiseta.

Archie soltó una risa breve, entrecortada.

—Me enamoré al instante —admití—. Ahí me sentí más perdido que navegando en el Poseidón en busca de unas estaciones que no existían.

Reímos un segundo. Luego, el silencio.

Le acaricié el rostro, la línea de la mandíbula, como si quisiera memorizarla.

—No sé cómo seguir sin ti. No voy a poder —murmuró él.

—Vas a hacerlo —respondí—. Sabes surfear olas más complicadas que esta.

Me miró deshecho, y se inclinó. Nuestros labios se encontraron. Un beso breve, tembloroso, con sabor a llanto. Un adiós que no quería serlo.

Cuando nos separamos, aún me sostenía la cara.

—No me dejes —susurró.

—Nunca lo haré.

Las lágrimas volvieron a llenarle los ojos.

—Mi madre… —Cerré los ojos—. Prométeme que irás a verla.

Asintió.

—Cuéntale toda la verdad.

Oí pasos al otro lado de la puerta.

—Dile que soy el Luka que ella conoce. El que creció a su lado, el que nunca quiso hacer daño a nadie, el que ha impedido una catástrofe. Y no ese monstruo sin alma en el que han intentado convertirme rusos y americanos para justificar una guerra que nunca fue la mía.

La puerta se abrió. Los guardias entraron.

—Archie, dile que nunca fui uno de ellos.

Se acercaron a mí.

—Es la hora —anunció uno.

Me acerqué otra vez a él. Pegué mi frente a la suya, respiré su olor y lo besé para siempre.

—Te quiero —dijo, apretándome contra él.

No me soltó. Yo tampoco. Un guardia separó nuestras manos con una delicadeza que agradecí. El otro me incorporó. Esta vez lo hice casi solo. Las piernas me sostuvieron: tal vez quisieron despedirse con dignidad.

Salimos al pasillo. Archie y yo nos miramos por última vez. Le sonreí sin saber de dónde sacaba la fuerza.

Mientras me alejaba, seguí viendo sus ojos fijos en los míos. Y pensé, con la serenidad de quien ya ha amado de verdad, que nada de lo que viniera después podría quitarme aquello.

En el patio para vehículos de custodia esperaba un furgón. Ya no quise girarme. Sabía que él seguía en el pasillo, pero quería llevarme como última imagen la de nuestro beso. No la de su derrumbe.

Subí al furgón. La puerta corredera dejó entrar una bocanada de noche y, antes de que se cerrara, alcancé a ver un fragmento de cielo sin estrellas.

El motor arrancó con un ronroneo triste.

Me quedé quieto, observando la oscuridad que asomaba tras las rendijas. Aquel cielo vacío, sin una sola luz, pareció deslizarse conmigo al interior del vehículo, como si quisiera recordarme que no habría más amaneceres, que el camino que me quedaba por recorrer me conducía únicamente hacia la oscuridad.

Entonces lo entendí: aquel era el último trayecto de mi vida.

Epílogo

St. Thomas
Islas Vírgenes de Estados Unidos
Un año después

El amanecer entraba sin imponerse, extendiéndose despacio sobre Lindquist Beach. La superficie del mar estaba casi plana, apenas rozada por el viento del este, con olas que alcanzaban la arena sin terminar de romper del todo.

Archie caminaba sobre la franja húmeda de la arena, descalzo, con un bañador ancho que le caía suelto sobre las piernas. Unos pasos por delante, Galileo iba de un lado para otro, entretenido en los restos que había dejado la marea durante la noche.

—No —murmuró al verlo hundir el hocico en un montón de algas húmedas—. Eso no es tu desayuno.

El perro levantó la cabeza, lo miró un segundo y volvió a olfatear.

—Te estoy hablando a ti, Galileo.

No se inmutó. Siguió a lo suyo, arrancando tiras de alga y sacudiéndolas entre los dientes.

En uno de los extremos de la playa, donde las olas rompían con algo más de fuerza, un surfista aprovechaba las últimas olas del

amanecer. Apenas levantaban medio metro, pero no las desperdiciaba.

Archie lo siguió con la mirada.

Remó, se incorporó tarde, perdió el equilibrio y cayó de lado, arrastrado por la propia ola. La tabla salió disparada, girando sobre la espuma, y el chico emergió unos metros más allá, sacudiendo la cabeza.

Galileo lo vio entonces.

Primero se le tensaron las patas, clavándolas en la arena, con el cuerpo echado hacia delante y la cola en alto. Después soltó un ladrido corto, nervioso, como si acabara de reconocer a alguien.

—Ya estamos… —murmuró Archie.

A los pocos segundos, el perro salió disparado, levantando la arena mojada a su paso. Entró torpemente en el agua y se frenó donde la espuma le cubría las patas.

El surfista arrastró la tabla hasta la orilla, se pasó la mano por el pelo para apartárselo de la cara y, al verlo, sonrió.

Galileo empezó a saltar y a ladrar, incapaz de estarse quieto.

—Ven aquí, monstruo.

Se agachó y lo recibió en sus brazos. El perro le lamió la cara sin parar, subiendo de la barbilla a la nariz, sin dejarse las mejillas. El chico cerró los ojos, riéndose entre dientes, mientras intentaba apartarlo sin insistir demasiado.

—Ya está, ya está… Si solo he estado en el agua media hora.

Archie se acercó, despacio.

—Lo tienes muy mal acostumbrado —dijo.

—No es cosa mía… Me hago querer —contestó con una media sonrisa.

—Anda ya… —murmuró Archie, empujándolo ligeramente con el hombro—. Pero si luego no hay quien te aguante, David.

Él soltó una risa baja, con un punto de fastidio contenido, mientras miraba alrededor: la playa vacía, solo una pareja mayor caminando a lo lejos y un pescador preparando una caña junto a las rocas.

—Sabes que no me gusta cuando no es necesario…

Archie tardó un segundo en responder.

—De acuerdo, David.

El chico lo miró de lado, como valorando si decir algo más. Al final negó con la cabeza y se le escapó una risa breve.

—Qué tonto eres…

Archie alzó apenas una ceja, satisfecho.

El chico dejó caer la tabla un instante en la arena para sacudirse el agua de la mano y volvió a cogerla por el canto, ajustándola bajo el brazo.

—Venga, vamos a desayunar, Luka —le dijo Archie, pasándole el brazo por los hombros.

Él le devolvió la sonrisa y echó a andar a su lado. Galileo, que no había dejado de dar vueltas a su alrededor, volvió a meterse entre sus piernas, cruzándose de un lado a otro, obligándolos a esquivarlo mientras avanzaban despacio, con el mar abriéndose a su lado.

Estaba vivo.

Y respiraba allí, descalzo sobre una playa del Caribe, con el pelo demasiado largo, un labrador lamiéndole los tobillos y el amor de su vida rodeándolo con el brazo.

Para el resto del mundo, llevaba seis meses muerto.

La noche anterior a la ejecución, dos hombres entraron en la celda de Terre Haute y se detuvieron frente a él.

—En pie.

Luka tardó unos segundos en reaccionar. Se tuvo que apoyar en la pared para incorporarse al notar que el cuerpo no le respondía del todo.

—Por motivos de seguridad, el procedimiento se traslada —dijo uno de ellos.

No preguntó nada. Le faltaban las fuerzas incluso para desconfiar.

El vehículo arrancó sin brusquedad. Durante el trayecto nadie habló. Luka, esposado, con las manos inmóviles sobre las piernas y una capucha cubriéndole la cabeza, cerró los ojos, aunque no hacía falta.

No preguntó a dónde se dirigían. Le daba igual. Iban a matarlo.

Cuando lo bajaron, el suelo había cambiado. Ya no era el material pulido de la penitenciaría. Era más áspero, más abierto. Lo mantuvieron de pie. Alguien le colocó una manta sobre los hombros. Otra persona le tomó el pulso con rapidez.

Después vino el avión.

Sintió el arnés ajustado contra el pecho, la presión constante y el ruido grave de los motores envolviéndolo todo. Luka perdió la noción del tiempo; solo en algún momento notó cómo una mano regresaba para comprobarle las constantes.

Cuando aterrizaron, volvieron los pasillos y las puertas que se abrían y se cerraban con precisión. Hasta que lo sentaron y le quitaron la capucha.

Al otro lado de la mesa, una mujer vestida con un traje oscuro de corte sobrio. En la solapa, una pequeña insignia de la bandera de

Estados Unidos. Tenía la espalda recta y las manos apoyadas sobre una carpeta cerrada.

—Hola, Luka —dijo al cabo de unos segundos—. Soy Michelle McDonnell, la presidenta de Estados Unidos.

Luka la miró sin enfocar del todo, con la mirada algo perdida.

—¿Dónde estoy? —consiguió decir.

—En una instalación federal protegida.

Luka no respondió.

—Mañana está prevista tu ejecución —dijo ella, sin rodeos.

Dejó que la frase se asentara, aunque en él no provocara nada visible.

Entonces, abrió la carpeta con un gesto medido.

—Pero mañana también quiero seguir gobernando este país sabiendo que no traicioné aquello para lo que me eligieron.

Tomó aire antes de continuar.

—Me presenté a las elecciones prometiendo algo que este país llevaba demasiado tiempo sin ver —Aguardó unos segundos—: decencia.

Le sostuvo la mirada un instante.

—Y no puedo permitir que el hombre que evitó una catástrofe sea ejecutado.

Sacó el documento y lo extendió hacia Luka.

—Lo que tienes delante es tu indulto.

Luka no reaccionó de inmediato. Bajó la mirada hacia el papel, pero las palabras tardaron en asentarse.

—¿Y Rusia? —preguntó al fin.

McDonnell no apartó la mirada.

—Para Rusia, y para todo el mundo, morirás mañana. Este indulto es confidencial, el expediente quedará clasificado. Podrás empezar una nueva vida.

Luka negó despacio, como si se resistiera a creerlo.

—¿Qué queréis de mí?

La pregunta salió sola. Había estado demasiado tiempo cerca del poder como para aceptar que aquello no tuviera un precio.

La presidenta asintió, como si hubiera esperado exactamente esa pregunta.

—Nada.

La palabra se quedó ahí, aparentemente sin matices. Hasta que McDonnell apartó ligeramente la carpeta hacia un lado. A su derecha, sobre la mesa, había un pequeño estuche que Luka no había visto hasta ese momento.

Ella se lo acercó despacio. No lo abrió enseguida.

—Desde que entraste en el corredor han pasado muchas cosas —dijo ella—. Mitch Callahan ha sido condenado por alta traición. Estuvo cerca de esquivar la condena; intentó anular la instrucción alegando que las escuchas de la NSA se habían obtenido de forma ilegal…

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Pero su mujer, Kate Sullivan, decidió contar toda la verdad, aunque al hacerlo lo incriminara. A cambio, quedó fuera del procedimiento. Y nos puso en contacto con la persona que destapó todo esto, Mariya Lebedeva.

Señaló entonces el estuche y empezó a abrirlo.

—Ella nos entregó esto para que entendiéramos hasta dónde es capaz de llegar Rusia…

Luka seguía sin moverse. Ella apoyó los dedos sobre la tapa del estuche y lo abrió.

—No ahora —dijo, sin mirarlo a los ojos—. Cuando estés recuperado y solo si tú quieres, podrías ayudarnos a entender… lo que hay aquí dentro.

Entonces empujó el estuche hacia él, deslizándolo despacio sobre la superficie de la mesa.

Luka tardó en reconocerlo. Primero lo miró sin más, como si fuera otro objeto cualquiera. Después algo en su expresión cambió. Era el colgante.

Negó despacio.

—No…

No levantó la voz. Fue casi una reacción física, involuntaria.

—No…

Volvió a negar, esta vez con más insistencia, como si no quisiera tenerlo cerca. Luka se llevó las manos a la cabeza, tirando de sí mismo hacia delante, como si necesitara salir de allí.

—¡No puedo! —exclamó de golpe mientras se ponía de pie, descontrolado—. ¡No puedo!

La reacción fue inmediata. Los agentes del servicio secreto irrumpieron con rapidez, acortando la distancia en dos zancadas, preparados para reducirlo antes de que pudiera acercarse a ella.

McDonnell levantó una mano para detenerlos y se frenaron a medio paso, tensos, sin apartar los ojos de Luka.

La presidenta cerró el estuche con calma, dejando el colgante fuera de su alcance.

—Está bien.

No insistió.

Sacó una pluma del interior de su americana, firmó el indulto y con un gesto breve deslizó el documento hacia él.

—Eres libre, Luka.

Colocó después un pasaporte sobre la mesa.

—A partir de ahora, David Keller.

Luka no lo tocó.

—St. Thomas —añadió ella— es un buen lugar para empezar de nuevo.

Se levantó entonces.

—Y… —dijo, deteniéndose un instante— en nombre de este país, lamento profundamente que no hayamos estado a la altura de tu coraje.

No esperó respuesta. Salió de la sala, dejándolo solo, de pie, frente a una vida que aún no sabía cómo empezar.

St. Thomas los recibió con una indiferencia amable; allí nadie preguntaba. Alquilaron una casa pequeña en la ladera, con una terraza que daba al mar y lo justo dentro para vivir sin pensar demasiado.

Las primeras semanas, Luka no podía dormir más de dos horas. Se despertaba de golpe, con la respiración descontrolada, todavía dentro de la celda. Archie tardaba un segundo en reaccionar. Se incorporaba, lo sujetaba por los hombros y lo acercaba a él hasta que dejaba de tensarse.

—Ya está… —murmuraba—. Ya está.

Luka no respondía. Se quedaba ahí, apoyado contra su pecho, esperando a que su cuerpo volviera a su sitio.

Al principio vivieron en silencio. A Luka le costó volver a ser él. Más de lo que esperaba. Había días en los que apenas salía de la habitación; se quedaba en la cama sin hacer nada, como si su cuerpo no terminara de arrancar.

Archie no lo empujó. Se limitó a estar. A dejarle espacio cuando lo necesitaba y a acercarse cuando intuía que le hacía falta su calor.

Poco a poco empezaron a adoptar costumbres. Archie daba clases de surf por las mañanas, reparaba tablas en el cobertizo de atrás y organizaba salidas de *snorkel* para turistas; mientras, Luka, poco a poco, iba aprendiendo a surfear, lo justo para sostenerse unos segundos sobre la tabla. También volvió a pintar. Al principio sin pretenderlo, sobre papeles sueltos, cartones, cualquier cosa.

Con el tiempo, Luka empezó a alargar los momentos frente al papel. A mezclar colores con cuidado, a detenerse en los bordes, en la presión justa del trazo. Y, a veces, sin avisar, le venía el recuerdo con una claridad incómoda: el estuche de Faber-Castell sobre la cama, en su habitación de entonces, cuando pintar estaba prohibido.

La tienda surgió casi sin planearla. Una antigua caseta de madera cerca de la carretera costera en la que vendían los cuadros y postales que Luka pintaba y Archie organizaba las clases de surf.

Aquella mañana, después de volver de la playa, abrieron poco antes de las nueve. Archie colocó las tablas de surf de alquiler en la terraza mientras Luka ordenaba los cuadros pequeños sobre una mesa. Galileo se tumbó junto a la puerta, con la respiración aún agitada y la lengua fuera.

—Tengo que salir un rato —dijo Archie, desde el umbral.

—¿Dónde vas?

—Al puerto, a por resina.

—¿Tan lejos?

Archie se encogió de hombros, quitándole importancia. Hizo una pausa mínima, como si repasara mentalmente.

—Quiero mirar unas quillas para la tabla que me trajeron ayer.

Luka le sostuvo la mirada un segundo más.

—Vuelve pronto.

Archie se acercó y le rozó los labios en un beso breve.

La mañana avanzó sin sobresaltos. Entraron dos turistas franceses que compraron unas acuarelas pequeñas. Luka envolvió las piezas con papel fino y cordel, cobró y respondió a lo justo. Poco después, un niño se llevó un *leash* para su tabla y se quedó allí un rato, agachado junto a la puerta, jugando con Galileo.

A media tarde cerró la caja, recogió el mostrador y barrió la arena que se acumulaba siempre en la entrada.

Se quedó un momento mirando el cuadro que tenía a medias, apoyado contra la pared desde hacía casi un mes. Era una playa abierta, con un perro cerca del agua y dos figuras pequeñas caminando bajo una luz débil.

Colgó el cartel de cerrado, se apoyó el caballete contra el hombro y cogió el cuadro con la otra mano. Cerró la puerta con llave y bajó por el camino de tierra que salía junto a la tienda, con Galileo moviéndose a su lado, esquivando piedras sueltas y raíces hasta llegar a la arena.

El sol ya empezaba a caer. Había familias recogiendo toallas y una pareja haciéndose fotos. Luka caminó hacia un tramo más apartado, donde la playa se estrechaba junto a unas rocas.

Allí clavó el caballete con cuidado, colocó el lienzo y abrió la caja de pinturas.

Durante unos minutos solo se limitó a escuchar: el agua rompiendo con fuerza, el viento moviendo la arena, su propia respiración acomodándose poco a poco.

Entonces la vio: una ola más grande empezó a formarse mar adentro.

La siguió con la mirada mientras crecía, mientras tomaba altura, despacio, sin romper todavía, avanzando con una calma que no necesitaba imponerse.

Se quedó atento a ese movimiento, a la forma en que todo encajaba sin esfuerzo. Y, sin buscarlo, le vino una sensación conocida: algo que había llegado sin aviso y lo había arrastrado por completo, sin pedir permiso, cambiándolo todo sin romperlo.

Se quedó ahí un segundo más. La ola ya estaba llegando a la orilla y *Big Wave* seguía sonando en su cabeza. Luka tomó el azul, lo mezcló con un poco de blanco en la paleta y descargó el exceso en el borde mientras tarareaba el estribillo. Apoyó la muñeca para fijar el pulso y trazó la primera curva de la ola, sin apretar demasiado, dejando que la línea respirara. Añadió un tono más oscuro en la base, marcando el peso del agua, y con la punta del pincel levantó la cresta justo antes de que rompiera.

Fue entonces cuando sintió una mano en el hombro.

Luka se giró. Y el mundo se detuvo.

Durante un segundo no se movió. Como si su cuerpo no terminara de aceptar lo que estaba viendo. Luego dio un paso. Y otro.

—Mam…

La voz se le rompió antes de completar la palabra. Ella solo lo miraba. Los ojos llenos, desbordados, sin apartarse de él.

Luka la abrazó y hundió la cara en su cuello, como si al soltarla fuera a desaparecer. Notó su cuerpo más frágil, más pequeño. Los huesos marcados bajo la ropa, la espalda estrecha, las manos temblando aferradas a él.

—Te quiero…, te quiero…, te quiero…

Ella lo apretó como pudo. No tenía fuerza para más.

—Estoy aquí… —susurró al fin, casi sin voz.

Le tocó el pelo, despacio, como hacía antes.

—Estás aquí…

Luka negó con la cabeza contra su hombro, incapaz de separarse, hasta que levantó la vista, aún sin soltarla. Vio a Archie, alejado de ellos unos pasos, quieto, dándoles espacio.

—¿Cómo…?

Archie dudó un segundo.

—Cuando fui a verla al poco del indulto…, a decirle que estabas vivo…

Hizo una pausa breve.

—Le pedí que, cuando todo estuviera más tranquilo…, encontrara la forma de venir.

El silencio volvió a caer, distinto.

Olga seguía acariciándole el pelo, despacio, deteniéndose en cada mechón como si necesitara reconocerlo.

Luka cerró los ojos un momento, apoyado en ella. Y, por primera vez, sintió que la vida no le estaba quitando nada. Que no tenía que resistirse a ella. Que podía dejarla venir, como la ola que acababa de pintar. Sin miedo a que lo arrastrara.

Agradecimientos

Esta novela lleva mi nombre en la cubierta, pero nunca habría existido sin todas las personas que, de una forma u otra, han estado a mi lado durante los tres años que hay detrás de estas páginas. También les pertenece y quiero darles las gracias.

A Gonzalo, por confiar en mí y abrirme las puertas de la editorial con la que soñaba. A mi editor, Alberto, por entrar en esta historia con tanta inteligencia y sensibilidad. Al equipo de Plaza & Janés y Penguin Random House, por dar forma a este sueño. Y a Irene, por cuidar cada detalle.

A Jorge, por tantas lecturas del manuscrito y por animarme siempre a seguir. A José Luis, por ser uno de los mejores descubrimientos que me ha regalado este camino.

A quienes, sin saberlo, inspiraron alguno de estos capítulos.

A Juanca, porque tres años son muchos, pero más lo son doce. Gracias por acompañarme en el viaje y en todos los que están por venir.

Y, por último, a ti, que sostienes la novela entre las manos. Gracias por elegir esta historia entre millones y por regalarme algo tan valioso como tu tiempo. Ojalá, al llegar a esta última frase, sientas que ha merecido la pena.

Cuando todos esperan tu lealtad, hacer lo correcto puede ser la peor de las traiciones



Luka Ivanov, un joven ingeniero ruso marcado por una infancia de violencia, acepta colaborar con los servicios de inteligencia de su país para librarse definitivamente de su padre y proteger a su madre. Convertido en agente encubierto, se traslada a los Estados Unidos y trata de infiltrarse en la CIA como parte de una operación secreta que esconde un plan de alcance global. Mientras Washington y Moscú libran una guerra silenciosa bajo el océano, Luka se ve atrapado entre dos potencias dispuestas a sacrificarlo. Durante su entrenamiento conoce a Archie, instructor de buceo, reclutado y chantajeado por la CIA para vigilarlo. Entre ambos nace una relación íntima y vulnerable que derriba sus defensas. Cuando Luka descubre que la operación H_2O desencadenaría un colapso mundial, se

enfrenta a una decisión que le pondrá entre la espada y la pared. ¿Qué decisión tomará y qué precio tendrá que pagar por ella?

En su primera novela, un intenso thriller de espionaje en la tradición de Frederick Forsyth y John le Carré, Javier Zamora se adentra en la inestabilidad política de nuestro tiempo con una trepidante historia de gobiernos enfrentados, lealtades traicionadas y decisiones capaces de cambiar el destino del mundo.

Javier Zamora Ciurana nació en La Pobla de Vallbona (Valencia) en 1991. Es licenciado en Derecho y en Administración y Dirección de Empresas. Vinculado desde el inicio de su trayectoria profesional al ámbito jurídico, trabajó primero en el sector privado y actualmente es funcionario en la Diputación de Valencia. Desde hace años compagina su actividad profesional con la escritura y con su pasión por los viajes, que ha influido en buena parte de su imaginario narrativo. Atraído por los thrillers en los que la tensión narrativa convive con la profundidad psicológica de los personajes, debuta con *Nunca fui uno de ellos*, su primera novela.



Primera edición: noviembre de 2026

© 2026, Javier Zamora
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño e imagen de portada: Agustín Escudero, con imágenes de © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-04028-3

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Nunca fui uno de ellos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Javier Zamora
Créditos